



*Las*  
**CENIZAS**  
*de la*  
**INOCENCIA**

FERNANDO BENZO

PLAZA  JANÉS

FERNANDO BENZO

LAS CENIZAS  
DE LA INOCENCIA

PLAZA  JANÉS

SÍGUENOS EN  
megustaleer



@megustaleerebooks



@adictosalcrimen



@adictosalcrimen



@megustaleer

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial

Acababa de cumplir los diecisiete años cuando maté a un hombre. Ahora, tras tanta vida transcurrida, con los recuerdos de aquel tiempo difuminados en una confusa mezcla de sentimientos contradictorios que han ido sustituyendo a las imágenes concretas, soy aún capaz de recordar aquel momento: el seco estampido del disparo, aquella mirada en la que en un solo y último instante se mezclaron la sorpresa, el pánico y la resignación ante lo inevitable, la mancha oscura que apareció al momento en la pechera de la camisa y mi mano sujetando el arma con la misma fuerza como si creyera que podría aplastarla hasta hacerla desaparecer.

Me gustaría decir que siento culpa y remordimiento por aquello. Pero mentiría. O, al menos, mentiría en parte. No ha sido fácil llevar aquel crimen como compañero de viaje en la conciencia. Pero tampoco acepté, ni en los días siguientes ni en los años venideros, verme a mí mismo como a un asesino. De hecho, a medida que fue pasando el tiempo, llegué a una certeza que es quizá lo que me ha permitido vivir con la carga de ese recuerdo durante el resto de mi ya larga vida: en aquel crimen, yo no fui sólo el verdugo ni el muerto fue sólo mi víctima.

Fueron los tiempos. Fue aquella época sombría y desesperada en la que la guerra había dejado paso al hambre, la locura a la confusión, la rabia a la astucia y la batalla campal a la lucha diaria por salir adelante. Aquella época en la que todos éramos víctimas, los que morían y los que mataban. Fueron aquellos años convertidos en la espesa resaca de una guerra que había dejado tras de sí la desesperanza en los vencidos y la incertidumbre en los

vencedores, la que causó una muerte más en la que daba igual quién fuese el ejecutor y quién el ejecutado.

Aquél era un mundo sin culpables ni inocentes y lo que entonces sucedió no puede ser juzgado con los criterios morales de este otro tiempo tan lejano y distinto a aquél. Porque aquello ocurrió en un mundo en el que no había espacio para el arrepentimiento o el pecado, en el que el dolor ya no era capaz de causar heridas ni las heridas hacían ya sangrar, en el que la muerte estaba desprovista por igual de culpa y de bravura.

Aquel disparo, de alguna forma, también me mató a mí. O, al menos, mató a la persona en la que me estaba convirtiendo. Aquella noche alguien murió para que yo renaciese. Otra vida fue interrumpida. La vida de alguien que era yo y que ya no fui nunca más.

Así terminó una historia que había comenzado de diferentes formas y en diferentes lugares, pero todo ello en una misma noche. Una noche en la que también sonaron disparos de muerte.

Era otra más de las grandes veladas del Dixie, donde cada una parecía ser siempre diferente y mejor que la anterior.

Aquel club era un caso único en el mundo de la noche madrileña. Desde su apertura, apenas un año antes, el Dixie había adquirido un aura de club selecto y misterioso que le permitía competir con los grandes locales que hasta entonces habían reinado en Madrid, aun a pesar de que no tenía nada que ver con ninguno de ellos.

Hasta la ubicación del Dixie, en una esquina de la plaza del Carmen con la calle Montera, era ya un reconocimiento de su afán de discreción y de su aparente modestia frente al Pasapoga o el J'HAY, las dos salas de fiesta que se habían convertido en lugares imprescindibles de encuentro de los noctámbulos

más adinerados de la capital. Ambas salas estaban a apenas unos centenares de metros del Dixie, en la avenida de José Antonio, que aún no había sido rebautizada como la Gran Vía, la una en los sótanos del cine Avenida y la otra en los del cine Rialto, una distancia pequeña pero que marcaba una enorme diferencia social y de prestigio.

El exterior del Dixie era de una extrema austeridad. Tan sólo se anunciaba con el nombre del club escrito con exageradas letras cursivas formadas por luminosas bombillas azules que resaltaban en especial la «D» inicial. Bajo el cartel, la entrada no tenía una sólida y repujada reja de hierro como el Pasapoga. Era sólo una anodina puerta de doble hoja que bien podría haber servido de entrada a un almacén o a la parte trasera de algún comercio.

Para acceder al Dixie, no se exigía ni etiqueta ni el pago previo de quince pesetas, como en el Pasapoga. Un portero de mirada taciturna vestido con una austera levita se encargaba de autorizar o denegar el paso al interior. Pero, aunque no se cobrase por ello, uno sabía que si acudía varias noches al local sin dejarse dinero en la barra o en las mesas, el portero acabaría identificándole y el Dixie le quedaría vedado para siempre, por lo que eran pocos los que se atrevían a disfrutar del lugar sin el obligado gasto en bebidas.

Tampoco el interior del club se asemejaba al de sus vecinos. No había ni rastro del afán por el lujo exuberante de éstos. El Dixie no estaba decorado con una ostentosa opulencia llamada a atraer a quienes necesitaban sentirse y mostrar que estaban fuera y a salvo de la miseria general. En el Dixie, a diferencia del Pasapoga, el suelo no estaba cubierto de mármoles de colores ni las paredes de costosos estucados, no había escaleras con pasamanos recubiertos de pan de oro ni aparatosos candelabros, ni rastro de mobiliario isabelino, alfombras palaciegas o pretenciosas pinturas murales.

El Dixie ni siquiera tenía varias plantas ni pistas de baile. En realidad, sólo

era un amplio sótano con las paredes recubiertas de una tela de color rojo oscuro. No había cuadros ni fotografías ni ningún otro tipo de decoración en las paredes aparte de unas cuantas docenas de pequeños apliques que mantenían el club en una permanente penumbra que contribuía a su fama de ser un establecimiento donde el público buscaba una diversión discreta, a donde nadie iba para ser visto ni para lucirse, marcando así distancias con el exhibicionismo social de la competencia. Una vez bajada la escalera de acceso y superado el cortinón que separaba el guardarropa del resto del local, el espacio se organizaba en tres zonas: el escenario, del tamaño justo para que cupiese la orquesta y el cantante de turno, donde unos potentes focos rompían la penumbra durante las actuaciones; la zona de las mesas, distribuidas en un arco de herradura frente al escenario, con los reservados que ocupaban los mejores clientes en un escalón superior recorriendo la línea del arco y agrupadas las demás mesas en el espacio interior; y, en la zona más alejada del escenario, una barra de hierro sin más decoración que los estantes repletos de botellas.

El Dixie tampoco ofrecía las actuaciones estelares de sus lujosos clubes vecinos. A apenas unos centenares de metros, por el escenario del J'HAY desfilaban noche tras noche desde grandes estrellas como Antonio Machín y Gloria Lasso hasta viejos mitos en declive como la estrella de las películas nazis, Lilian Harvey, así como las mejores orquestas del momento, como la del argentino Tomás Ríos o la del prometedor García Morcillo, nombres con los que el Dixie ni podía ni pretendía competir. La orquesta del Dixie era siempre la misma. Quince músicos vestidos de impecable esmoquin blanco que se situaban tras atriles igualmente blancos con una gran «D» azul en el centro. Al más puro estilo de las orquestas americanas. Porque ése era su reclamo. El Dixie no era una sala de fiestas a la española sino un deliberado remedo de los grandes clubes de jazz de Estados Unidos. Se suponía que

entrar en él era lo más parecido que podía experimentarse en Madrid a acudir a lugares legendarios del otro lado del océano, como el Cotton Club, el Blue Note o el Savoy. A ello contribuía la música. Allí jamás se oirían las canciones de moda de los otros clubes, como *Carita de ángel* o *María Bonita* o hasta *La Vaca Lechera*. Allí, la orquesta sólo tocaba piezas habituales de las más reputadas *big bands* americanas, ya fueran los desenfadados ritmos de Benny Goodman y Glenn Miller o las melodías más elaboradas y elegantes de la gran orquesta de Duke Ellington. Y no había baile. Al Dixie no se iba a bailar. Se iba a escuchar música, a hacer contactos, a cerrar tratos, a culminar conquistas y a beber los mejores licores de contrabando de la ciudad.

Con semejantes desventajas aparentes, el inmediato y creciente éxito del club sólo podía explicarse por razones menos perceptibles que el lujo y la sofisticación que ofrecían sus rivales. El Dixie era diferente. Así de simple. Ése era su único secreto y su atractivo. Su éxito no se basaba ni en el oropel de su puesta en escena ni en la fama de los artistas que encabezaban sus carteles, sino en algo mucho más indefinido pero igualmente atractivo para el público: una inquietante y sugestiva sensación de exclusividad clandestina.

Entrar en el Dixie era como entrar en un escenario de película de gánsters, como penetrar en el ambiente de cualquiera de las películas de ladrones sofisticados y mujeres fatales que proyectaban a sólo unos metros, en las salas de cine de la avenida de José Antonio. Ése era su reclamo. La falsa promesa de que, quizá, en la mesa de al lado te encontrarías con James Cagney o con Edward G. Robinson. Y a ese halo de lugar misterioso y de una oscura reputación contribuían los rumores sobre su clientela. Se solía decir que quien pretendía demostrar que era alguien en Madrid iba al Pasapoga y quien realmente lo era iba al Dixie. Y con una frase tan indefinida todo parecía quedar dicho. Esa leyenda de reputación incierta y de secreto había sido

suficiente para que aquel sencillo sótano carente de excesos y sofisticación hubiese logrado un éxito que no parecía corresponderle.

Aquella noche, como todas, Raimundo Giralda, el dueño del club, echaba un vistazo a su alrededor desde el borde del escalón que separaba la zona de la barra del patio central. Como siempre, vestía su llamativa chaqueta de terciopelo morado y forro azul cobalto y un corbatín color turquesa caía sobre la camisa blanca con ojales ribeteados. Bajo su fino bigotito, una sonrisa complacida se dibujaba en su boca de estrechos y sonrosados labios. El local estaba abarrotado una vez más. En el arco elevado del patio, todos los reservados se habían llenado. Los reservados eran como pequeñas capillas, discretos cubículos semicirculares con una mesa central y un sofá de cuero teñido de granate bordeándola, todos ellos con cortinas también granates que generalmente estaban abiertas para disfrutar de una cómoda visión del escenario pero que podían cerrarse si los clientes deseaban intimidad. Aquella noche, Giralda identificó en los diferentes cubículos a un par de jueces, varios cargos del Gobierno, conocidos empresarios, militares de alto rango sin sus uniformes y un joven actor de cierto renombre ya y, por supuesto, a Matías Sampedro, uno de sus clientes más habituales, en el reservado que tenía permanentemente destinado para él.

Giralda fue recorriendo con la mirada uno a uno cada reservado. Matías Sampedro era el único que sólo estaba acompañado por hombres. Giralda ya estaba acostumbrado a que nunca hubiese mujeres en el reservado de Sampedro. A éste le gustaba más disfrutar de las noches del Dixie en compañía de sus empleados de mayor confianza, que le trataban con una manifiesta sumisión, sin que ninguna mujer los distrajese. En los demás reservados, los hombres sí estaban acompañados por amantes, parejas de una sola noche, novias e incluso alguna esposa, todas ellas vestidas con sus mejores galas, luciendo su más aparatosa bisutería y mostrándose

entusiasmadas por el solo hecho de estar allí. Y, como siempre, las más hermosas —aquella noche, Giralda reconoció a una bailarina del coro del Teatro Eslava, a un par de aspirantes a maniqués y a dos más que le sonaban de otras noches pero cuya ocupación desconocía— se sentaban en el reservado de Jorge Lanza, donde éste y sus amigos masculinos disfrutaban de tan atractiva compañía, justo enfrente, al otro lado del arco, del de Sampedro. El comportamiento de cada uno en el Dixie no podía ser más diferente. Al contrario de Sampedro, en cuyo reservado jamás se oía una voz o una carcajada fuera de tono, Lanza parecía pasárselo siempre en grande con su grupo de acompañantes y se diría que buscaba atraer las miradas del resto de los clientes, ya fuera por el volumen de las conversaciones y las risas de sus acompañantes, ya fuera simplemente por la belleza de las mujeres que se sentaban a su mesa.

Una vez comprobado que todo estaba correcto en los reservados, Giralda dirigió la mirada al patio central. También allí estaban ocupadas todas las mesas. Parejas y grupitos reducidos se apiñaban a la espera de que comenzase la actuación, riendo, charloteando y, lo que era más importante para él, consumiendo champán, gin-fizzes y whiskies de inconfesable procedencia. Aquella noche, la caja volvería a ser excelente.

Una voz le distrajo de la embelesada contemplación de su éxito.

—Una noche mágica, sin duda.

Giralda se dio la vuelta y vio a su lado al comisario Gante, que le guiñó un ojo con complicidad. Giralda fingió una amistosa sonrisa.

—Gracias, amigo —le respondió.

Por supuesto, Giralda no consideraba ni lejanamente su amigo al policía. Le desagradaba su aspecto tosco y los trajes baratos con que se presentaba en su club, con el botón superior de la camisa siempre desabrochado y el nudo de la corbata aflojado. Pero, sobre todo, le desagradaba el alto concepto que tenía

de sí mismo, paseándose siempre por la barra con aires de gallito, como si estuviese dispuesto a partirle la cabeza a cualquiera que se atreviese a poner en duda el temor o la autoridad que estaba convencido transmitía su sola presencia.

—¿Todo bien?

Giralda mantuvo la sonrisa.

—Por supuesto, comisario —le contestó, con una solicitud evidentemente sobreactuada—. Ya sabe que en este local nunca hay problemas. Todo el mundo sabe que usted no lo permitiría.

Gante esbozó una mueca de satisfacción, halagado por el reconocimiento de su poder.

En realidad, la escena era una pantomima. Giralda pagaba todas las semanas una cantidad al comisario en previsión de cualquier problema que pudiera tener en el club. Gante era un hombre a sueldo de cualquiera que estuviese dispuesto a pagar a cambio de favores o protección. Pero ambos representaban aquel papel de falsa amistad y aún más falso respeto mutuo como parte de un pacto sobreentendido.

Giralda se despreocupó del comisario para culminar su repaso del local con un rápido vistazo a la barra, donde se apelotonaban los clientes menos pudientes o los que estaban más interesados en la bebida que en la música. Una vez hubo completado así su comprobación, se dio un leve tironcito del extremo derecho de su bigote, gesto que los que le conocían sabían que tenía un único significado: estaba contento. Y, como si aquel gesto hubiese sido una señal convenida, justo en ese instante se encendió el foco principal del escenario iluminando a los músicos, que ya estaban dispuestos en dos filas detrás de sus atriles.

Giralda, con pasos saltarines, recorrió la distancia que le separaba del

escenario por entre las mesas y se colocó tras un micrófono situado en el centro.

—Buenas noches, señoras y señores, y bienvenidos a una velada muy especial en el club Dixie —anunció, con el tono pomposo de un maestro de ceremonias de circo, estirando la última sílaba de cada palabra e impostando su aflautada voz—. Espero que todos ustedes se encuentren felices y en buena compañía. Seguro que sus esposas también están felices en casa. —Un breve redoble de platillos subrayó el chiste y varias risas se elevaron por entre el murmullo de conversaciones—. Señoras y señores, nuestra orquesta tiene hoy una acompañante muy especial. Ella proviene de Cuba, reside en Madrid, está iniciando su carrera y pronto todos conocerán y recordarán su nombre para siempre. Con todos ustedes la cantante más querida de este club y de todos ustedes... ¡Asia Luján!

El aplauso fue menos sonoro de lo que hubiera correspondido a la teatralidad del anuncio. Al fin y al cabo, la artista no era aún ninguna gran estrella, a pesar de que ya llevaba un par de meses actuando en el club. Pero cuando la cortina que había en un lateral del escenario se abrió y Asia apareció caminando con su vestido de noche de lentejuelas color esmeralda, su negra melena recogida en una trenza y sus ojos brillando de ilusión, un admirativo silencio se apoderó con rapidez de la sala. Ella tenía ese poder. Su sola presencia atraía todas las miradas y llenaba el escenario.

Consciente de ello, Giralda se apresuró a dejarla sola. Asia saludó a los músicos de la orquesta y a su director con una sobria inclinación de cabeza y, a su gesto, sonaron los primeros acordes de *It's Only A Paper Moon*.

Cuando Asia, con una voz más profunda de lo que cabía esperar por su menuda apariencia, empezó a cantar, en el club comenzó, una vez más, una noche especial. Lo que ni Giralda ni ninguno podían imaginar en aquel

momento era que, de alguna manera, aquella noche marcaría el principio del fin del Dixie.

Ocurrió lejos de allí. En uno de los túneles que conectaban con la estación de Atocha, cerca de la calle Méndez Álvaro. En todo aquel barrio, gracias a la cercanía del ferrocarril, habían ido surgiendo desde el final de la guerra pequeños comercios y fábricas que trataban de prosperar, aun a duras penas, convirtiendo Delicias en un barrio de trabajadores carente de cualquier encanto más allá del ir y venir diario de obreros y empleados, los cuales desaparecían al final del día convirtiendo sus calles en un oscuro y silencioso desierto hasta su regreso con el amanecer. Allí, la noche era tan diferente a la que se vivía en el Dixie y sus alrededores que, más allá de la distancia física, bien podría haberse tratado de una época y hasta de un planeta diferente. Allí no había el trasiego de gente engalanada saliendo de los cines y entrando en las salas de fiesta. El tráfico era inexistente. Hasta aquellas calles no llegaban los «simones», como entonces se llamaba a los taxis, que llenaban de vida la zona de Preciados para dejar o recoger a las parejas que terminaban o se incorporaban a la diversión, ninguna de las cuales tenía ni como origen ni como destino aquel barrio en que nadie ganaba un salario suficiente para andarlo derrochando en juergas nocturnas. No había carteles luminosos anunciando estrenos y espectáculos. A lo sumo, las sombras sólo quedaban rotas por alguna solitaria y anticuada farola de gas en las esquinas y el silencio apenas se quebraba por alguna tos o algún llanto de bebé que lograba traspasar las ventanas. Aquél era el lugar perfecto para que cualquier negocio o almacén pasase desapercibido tanto durante el día como durante la noche.

La Imprenta Domínguez no tenía nada que ver con Boetticher y Navarro o Standard Eléctrica o la fábrica de colchones Flex, que entonces aún se

llamaba Numancia, o cualquier otra de las industrias de envergadura que habían ido abriendo en la zona durante los últimos años. Era un pequeño negocio que llevaba allí desde principios de siglo y que había sobrevivido estoicamente a los avatares del tiempo. Por sus máquinas había pasado de todo, desde ejemplares de novelas por fascículos hasta pasquines del Partido Comunista primero y del Movimiento después, sin que nada de todo ello hubiese traído ni ruina ni riqueza a sus dueños. Tampoco ahora, con nuevos clientes demandando nuevos servicios, los nietos del primer Domínguez podían presumir de nada que no fuera una modesta supervivencia. Pero, para esos nuevos clientes, era el sitio perfecto porque llevaba tanto tiempo formando parte del escenario del barrio que ya nadie reparaba siquiera en su existencia.

Más o menos a la misma hora en que Asia Luján salía al escenario del Dixie, Valdés y el Jeta salían del local de Imprenta Domínguez para dirigirse a uno de los túneles de Delicias, el más cercano a los abandonados cementerios de San Sebastián y San Nicolás. El túnel llevaba directamente a Atocha y les suponía acortar en un buen trecho su vuelta a casa. Precisamente, hablaban del Dixie. Por supuesto, ni Valdés ni el Jeta habían estado nunca en el club. No eran lo suficientemente importantes en la cadena de mando para ser invitados a acompañar al jefe. Pero, como todos, habían oído hablar de él y les gustaba comentarlo como si realmente lo conocieran, fantaseando hasta la exageración con la diversión del local y, sobre todo, con la belleza de las mujeres que lo frecuentaban.

Nada más echar el candado de la puerta, Valdés se sacó un cigarrillo de liar y lo encendió con su yesca. Se ajustó la gorra, se levantó los cuellos de la chaqueta como si con eso quedase protegido del relente de la noche, cargó sobre su hombro un pesado petate y siguió con la reflexión que había dejado a medias antes de salir.

—Son mujeres como las de las películas —le iba diciendo a su compañero—. Y lo que yo me pregunto es dónde se meten cuando acaba la noche. Porque, caramba, yo nunca veo por las calles a mujeres de ese porte, como Veronica Lake, ya me entiendes... Como para caerse de espaldas. Pero, joder, cuando se van de esos clubes, ¿dónde las esconden? Porque no están por ninguna parte, aunque todos digan que existen. Yo creo que son como vampiros, camarada, que sólo salen cuando se pone el sol y desaparecen con la luz...

El Jeta asentía de vez en cuando al monólogo de Valdés. Aunque físicamente bien podrían haber pasado en la oscuridad de la noche por gemelos —ambos de baja estatura, ambos caminando con los hombros un poco levantados y ambos vestidos con una chaqueta y cubiertos por unas gorras casi idénticas—, eran muy diferentes entre sí. Valdés era un parlanchín, mientras que el Jeta era de escasas palabras. Durante las largas noches que pasaban trabajando en el taller de la Imprenta era difícil oír más de un par de frases seguidas al Jeta y, en cambio, la voz de Valdés zumbaba tan ininterrumpidamente como el traqueteo de las máquinas. Quizá por eso se llevaban tan bien. Ambos se habían ofrecido juntos para hacer aquel trabajo. En parte porque tenían ya alguna experiencia lejanamente relacionada con imprentas. Durante la guerra, habían trabajado ambos en el servicio de correos del ejército y se suponía que sabían manejarse con tintas y papeles. Pero también porque ninguno de los dos tenía familia, así que no les importaba trabajar de noche, durante las horas que los Domínguez le habían alquilado la imprenta a su jefe sin hacer ninguna pregunta. Pero, además, tal vez otra razón de que se hubiesen ofrecido para una tarea tan monótona y cansina era lo bien que se acoplaban, el uno teniendo a alguien que escuchara su constante parloteo y el otro entretenido sin que se le exigiera hablar a cambio.

Se los toparon al poco de entrar en el túnel. Eran cuatro. Dos de ellos surgieron de la oscuridad interior. Los otros dos aparecieron en la boca del

túnel, impidiendo cualquier retroceso. Valdés y el Jeta se detuvieron al ver a los dos hombres que se plantaban ante ellos. El instinto les hizo mirar atrás casi a la vez y ver a los que se situaban a su espalda.

—No me jodas... —bufó Valdés—. Lo que nos faltaba a estas horas... Ratas en el túnel.

Los cuatro hombres, todos ellos de mayor envergadura que Valdés y el Jeta, se mantuvieron quietos, sus rostros prácticamente inidentificables, apenas iluminados por el debilucho haz de una lejana farola.

—Cacos de poca monta... —volvió a resoplar Valdés—. ¿Qué hacéis aquí? ¿Esperáis a trabajadores que salen tarde y les sacáis los cuartos? Vaya mierda la vuestra, camaradas. Creo que voy a llamar a algún sereno para que se encargue de vosotros.

Valdés se giró, como si fuese a salir del túnel. Pero al ver cómo los dos hombres que estaban a ese lado tensaban las piernas y separaban los brazos del cuerpo, optó por quedarse quieto y volver a mirar a los otros.

—Mierda... —Suspiró. Tiró la colilla de su cigarro, la pisó hasta apagarla, dejó sin prisas el petate que cargaba en el suelo y se volvió a mirar con una sonrisa al Jeta—. ¿Sabes lo que pasa? Que estos tíos se creen que somos unos *cagaos* y que nos van a achantar.

El Jeta sonrió. Conocía a su amigo. Llevaban ya muchas correrías juntos a sus espaldas y sabía bien que, a pesar de su escasa envergadura, Valdés no era de los que se arrugaban con facilidad. Y él tampoco. No iba a ser aquélla la primera vez que se enzarzaran juntos en una pelea contra tipos más grandes que ellos. No les habrían encomendado una tarea tan importante como la de la imprenta si no se supiese que eran tipos con agallas.

Uno de los hombres que estaban en el lado interior del túnel dio al fin un paso al frente. Seguía sumido en la oscuridad, sin que apenas pudiesen distinguirse sus ojos bajo el ala del sombrero.

—No venimos a por vuestros cuatro reales, amiguito —le dijo a Valdés, con una ligera sorna en el tono. Y señalando con un gesto el petate que éste había dejado en el suelo, añadió—: Queremos las planchas.

Un silencio de varios segundos siguió a aquellas palabras. Cosa rara en él, Valdés pareció quedarse mudo. Su boca quedó entreabierta durante unos segundos sin ser capaz de emitir sonido alguno. Por fin, con más sorpresa que temor, acertó a preguntar:

—¿Quién demonios sois?

A pesar de la oscuridad, Valdés y el Jeta contemplaron a la vez y con igual inquietud la sonrisa de aquel hombre al contestar:

—Podéis considerarnos unos colegas de oficio. Y queremos vuestras planchas de impresión. Digamos que queremos entrar a formar parte del negocio...

No estaba así planeado. No eran ésas las instrucciones que tenían aquellos cuatro hombres. Pero las cosas no salieron como se esperaban. Luego, al contarlo, ninguno de los cuatro daría la misma versión. Ninguno sabría decir cómo se llegó a aquello. Pero lo cierto es que ocurrió. Todos coincidirían en que fue el Jeta el primero en resistirse. A pesar de lo oscuro del lugar, los cuatro asaltantes vieron la navaja que, con un rápido gesto, se sacó de la chaqueta. Y, a partir de ahí, nadie sabría ya quién hizo qué durante los breves instantes en que sucedió todo.

Valdés no bravuconeaba cuando dijo que ellos no eran de achantarse. El Jeta se lanzó sin titubeos, navaja en mano, contra los dos que estaban dentro del túnel y Valdés fue a por los otros dos. Sus cuatro rivales no sólo los superaban en número sino también en fuerza y tamaño. Pero la sorpresa de su inmediata reacción les otorgó una cierta ventaja. Valdés logró tirar a uno de ellos al suelo con su primer envite y consiguió atizar un par de patadas a otro.

El Jeta hizo aún más daño. Fue su navaja, al clavarse en el muslo del que les había hablado, lo que precipitó las cosas.

El herido actuó más por instinto que por reflexión. Al bajar la mirada y ver la sangre empapándole la pernera del pantalón, echó mano al bolsillo interior de su chaqueta y sacó una Astrona, la pequeña pistola Astra 400 que en su día solían utilizar los soldados republicanos. Disparó al Jeta en la cabeza.

Antes de que se extinguieran los ecos del disparo, la pelea se había detenido. Todos miraban el cuerpo del Jeta caído y la mancha de sangre que se extendía con rapidez sobre los adoquines.

Valdés fue el primero en lograr articular palabra.

—Pero ¿qué habéis hecho? —murmuró, apenas con un hilo de voz. Y luego volvió a repetirlo, pero esta vez convertida la pregunta en un grito desesperado—: Pero ¿qué cojones habéis hecho?

Como Valdés, los otros tres hombres también levantaron la mirada, pasándola del cuerpo del Jeta al hombre que había disparado.

—¿Y ahora qué? —dijo uno de ellos, la voz temblándole nerviosa—. Ahora éste lo largará todo. Ahora nos joderán a todos.

El hombre que sujetaba la pistola miró al que había hablado. Luego observó de nuevo el cuerpo del Jeta. Y finalmente sus ojos se posaron en Valdés. Y éste supo en ese instante lo que iba a ocurrir.

Sólo tenía que ser un robo. Eso era lo que se les había ordenado a aquellos cuatro hombres. Un robo rápido y fácil. El asunto estaba bien estudiado. La información que tenían era clara. Sólo trabajaban dos hombres en la Imprenta Domínguez. Y, además, dos hombres con pinta de debiluchos. Sería sencillo. Con mandarlos a ellos cuatro bastaría. Lo difícil había sido descubrir dónde estaba aquella maldita imprenta. Conseguir las planchas sería la parte fácil. Sólo tenían que asaltarlos en el túnel, meterles el susto en el cuerpo y llevarse el petate. Nadie habló de matar. Aquello no estaba previsto. Ni lejanamente

parecía necesario. Pero, como dirían luego los cuatro hombres a su jefe, a veces las cosas se complican.

Un segundo disparo rompió la noche. Valdés tenía ya la boca abierta e iba a decir algo. Pero no le dio tiempo antes de morir.

Temerosos de ser castigados, los cuatro hombres se pondrían luego de acuerdo en contar una misma versión de lo ocurrido: que fueron los otros los primeros en sacar pistolas, que alguien debería haber sabido que iban armados, que no les había quedado más remedio que defenderse. Aquellas muertes, dirían, habían sido un accidente imprevisto.

Y aquel accidente desencadenó todo lo que vendría después.

En aquel momento, yo corría. Corría tanto como era capaz. Con el corazón saliéndoseme por la boca. Tropezando, trastabillando y volviendo a recuperar la zancada sin parar. Corría atravesando un descampado en dirección a ninguna parte, sin ver mucho más que las luces de la ciudad a lo lejos. Corría sin mirar atrás, sin caer en la cuenta de que ya no necesitaba correr, sin sentir el dolor de las manos y las rodillas que me había desollado al saltar del tren.

Me había topado con el primero de los guardias al salir del retrete del vagón. Y desde el primer momento noté que aquel guardia civil no era como tantos otros que como él se ocupaban de hacer inspecciones rutinarias en los trenes que llegaban a la capital. Como todos, llevaba la capa abierta y echada atrás, el tricornio calado hasta las cejas y un poblado bigote tan común en los guardias civiles que alguna vez me había preguntado si no formaría parte de su uniformidad reglamentaria. Pero era joven, mucho más joven de lo que solían ser. Y nada más verle, mi instinto me dijo que aquello no era bueno. Como no lo era la mirada que me echó al cruzarnos en el pasillo ni su voz exageradamente marcial al preguntarme sin ningún saludo previo:

—¿Motivo de su viaje?

Le sonreí, con la falsa sonrisa cándida que les ponía siempre a los guardias cuando se dirigían a mí.

—El hambre y la necesidad, mi capitán —le dije.

—Cabo —gruñó él.

—¿Cabo? Bueno, pues seguro que pronto llegará a capitán...

Fue un error intentar hacerme el simpático con aquel joven guardia con ínfulas no ya de capitán sino de general de brigada. Con guardias más mayores, mi interpretación del chico amable e inocentón solía funcionar, pero no con aquel tipo que parecía buscar la oportunidad de demostrar su valía hasta cuando interrogaba a un chaval en el pasillo de un tren nocturno. Por cómo se endureció su cara, comprendí que se tomaba aquello como una burla.

—¿Tiene papeles? —me preguntó, con voz aún más arisca que en la pregunta anterior.

—Los tengo en mi compartimento, señor cabo.

Y pareció que pasar de llamarle «capitán» a reconocer que sólo era un cabo empeoraba aún más las cosas porque el joven guardia echó hacia atrás los hombros, como si quisiera ocupar aún más espacio del angosto pasillo, como si quisiera asegurarse de que yo no podría pasar, lo cual era ya antes imposible.

—¿Viaja solo?

A esas alturas yo ya intuía que aquello podía complicarse, así que esta vez respondí con mi mejor imitación de un recluta obediente.

—Solo, señor. Soy huérfano de padre y madre —mentí.

—Entonces, enséñeme sus papeles —dijo él, sin reblandecerse lo más mínimo—. Y supongo que llevará algún equipaje, que también quiero ver.

Nunca, en los casi tres meses que llevaba haciendo aquel trayecto, me había ocurrido algo así. Pero ya en ese momento supe que aquello no iba a acabar

bien. Quizá, pensé después, alguien me había delatado a cambio de librarse de aquel guardia. O mi imprudente gracia de llamarle «capitán» me había condenado. O simplemente aquélla no era mi noche de suerte. Daba igual. La cuestión en ese momento para mí era que tenía que actuar deprisa si no quería comprobar en mis propias carnes las historias que se contaban sobre los centros reformativos a los que iban a parar los delincuentes menores de edad.

Mis pensamientos fueron aún más rápidos que mis actos. A partir de aquel momento, actué llevado más por el instinto que por la razón. Pero, al menos en apariencia, me mantuve perfectamente calmado ante el guardia.

—Por supuesto, señor —le dije, sin abandonar la sonrisa fingida de niño bueno—. Si me permite pasar, le indicaré dónde está mi asiento.

El guardia se apartó y yo pasé a su lado, rozándose nuestros pechos, y avancé por el pasillo agarrándome al pasamanos que lo recorría para no perder el equilibrio. Por el ritmo del sonido de las ruedas sobre los raíles supe que el tren estaba disminuyendo su velocidad. Me conocía a la perfección cada detalle de aquel trayecto. Estábamos acercándonos al último cambio de agujas previo a la llegada a la estación del Norte.

Según caminaba seguido por el joven cabo, vi a su pareja que entraba en nuestro vagón por el otro lado del pasillo. Otro guardia joven con expresión de estar dispuesto a morir o matar por la patria en aquel mismo momento. Las cosas se ponían aún más feas. Pero, para mi propia sorpresa, no me puse nervioso. Tan sólo estaba decidido a salir de aquello fuera como fuese y tan firme decisión me daba templanza y claridad de ideas.

Fui en dirección contraria a donde estaba mi verdadero compartimento y me detuve frente a la puerta corredera de otro cualquiera justo cuando el nuevo guardia llegó a nuestra altura.

—Viajo aquí —les dije mientras yo mismo descorría la puerta.

Dentro, los pasajeros nos miraron con sorpresa y en las expresiones de

algunos de ellos intuí que lo último que deseaban era verse cara a cara con una pareja de la Guardia Civil.

Eché un vistazo a las cestillas que estaban encima de las cabezas de los pasajeros, recorriendo con una mirada rápida los equipajes sin que diese tiempo a que los guardias pudieran pensar que titubeaba. Elegí un maletón de cartón que estaba justo en la esquina más alejada de la entrada.

—Ahí tiene, señor cabo —dije, señalándolo—. Ése es mi equipaje con mis papeles y con todo.

Me hice a un lado y, tal y como esperaba, por mero impulso los dos guardias entraron en el compartimento sin reparar en que yo me quedaba atrás. Iban a bajar la maleta. Y fue entonces cuando escapé.

Logré sacarles una cierta ventaja. En primer lugar, porque antes de echar a correr les cerré con un rápido empujón la puerta del compartimento. Probablemente también porque los guardias se aturullaron y tropezaron entre sí al querer salir, ya que no era fácil para dos hombretones moverse a la vez en aquel angosto espacio. Y, además, porque yo estaba más acostumbrado que ellos a desplazarme por la temblequeante superficie de un tren en marcha. El caso es que les saqué con rapidez unos cuantos metros de distancia que me permitieron llegar a las puertas que separaban aquel vagón del siguiente, donde sí que estaba mi verdadero compartimento, e incluso cerrarlas a mi espalda para dificultarles más aún la persecución.

El tren estaba ya prácticamente detenido en el cambio de agujas. Y lo lógico habría sido que huyera sin más. Pero en aquel momento no era la lógica lo que guiaba mis actos. Sin pensármelo dos veces, entré en mi compartimento y saqué de debajo del asiento el par de fardos que transportaba aquella noche, me los eché al hombro y regresé al pasillo. Los guardias estaban ya apenas a un par de metros de mí y me dieron a gritos el alto. No sólo oí su voz sino que también pude sentir en la nuca el resuello de sus respiraciones agitadas. Pero

las capas y la pesadez del correaaje de los uniformes y las botas que llevaban les restaban agilidad y rapidez y, a pesar del peso que ahora cargaba, pude volver a distanciarme lo suficiente para llegar a la siguiente separación de vagones. Y esta vez la portezuela que abrí fue la que daba al exterior.

Salté en el momento justo en que el tren comenzaba a ganar velocidad. Salté sin mirar siquiera afuera. Y la carga que llevaba me arrastró impidiéndome aterrizar con un mínimo de equilibrio. Rodé sin control por un terraplén y, para cuando mi cuerpo se detuvo, el tren ya había pasado por completo y la oscuridad más espesa que jamás había conocido pareció devorarme.

Estaba claro que los guardias no habían saltado tras de mí. Pero, a pesar de ello, me levanté ignorando el dolor de la caída y eché a correr al instante.

Corrí sin parar durante mucho tiempo. Me dolían las manos y las rodillas y aquellos fardos pesaban como losas, pero yo me sentía capaz de seguir con mi vertiginosa carrera el resto de la noche.

Y pensé en lo extraño que era todo aquello. Corría y a la vez me veía a mí mismo corriendo, como si fue se otro y no yo aquella sombra que huía de nadie y hacia ninguna parte. Y, en aquel momento, no lograba siquiera recordar cómo había llegado a convertirme en ese fugitivo, ni podía siquiera imaginar a dónde me llevaría esa carrera que, como lo demás que había ocurrido aquella noche, era a la vez el final y el comienzo de una misma historia.

Antes de todo aquello, yo sólo era el hijo de Marita la Olorosa. Cuando uno es niño, no se tiene una identidad propia. Sólo eres el hijo de alguien. Y yo, para bien o para mal, hasta entonces sólo había sido el hijo de Marita la Olorosa.

La llamaban así porque siempre iba muy perfumada. A Marita podía faltarle para comer, pero nunca, ni un solo día, ni durante los años de guerra ni después, dejó de salir a la calle envuelta en una intensa vaharada de perfume, con los labios pintados de un rojo enfebrecido, los rizos en su sitio, un traje estampado de colores lo más chillones posible y hasta un par de medias con los zurcidos bien disimulados. Aún hoy puedo escucharla, canturreando alguna coplilla o un retazo de zarzuela a primera hora de la mañana, mientras se arreglaba para ir a trabajar, regándose sin medida con el perfumador y restregándose por los labios el último resto ya reseco y cuarteado de un lápiz de labios mientras se miraba en un espejito redondo que aumentaba en el reflejo cada detalle de la cara.

Lo que más me gustaba de ella era que siempre parecía estar de buen humor. Daba igual que llevásemos varios días sin comer caliente o que la tarde anterior hubiese llegado a casa con las rodillas enrojecidas y las manos hinchadas de tanto frotar los suelos de las oficinas del Banco Hispano-Americano en las que trabajaba de fregona o incluso que la hubiese dejado, una vez más, su último novio. Pasara lo que pasase, cada mañana la vida parecía comenzar de nuevo para Marita y siempre tenía el buen ánimo de empezar la jornada canturreando alguna pieza suelta de *La Revoltosa* o de *Doña Francisquita* mientras se acicalaba.

Por aquellos años, Marita superaba ya los cuarenta pero aún conservaba una cierta lozanía juvenil que sus perfumes y potingues ocultaban en lugar de resaltar, convirtiendo su rostro en una máscara que, en contra de lo que ella creía, escondía una cara que habría resultado más juvenil si no hubiese abusado tanto del carmín y los coloretos. Tenía buena altura y unas piernas de firmes pantorrillas que atraían las miradas golosas de los hombres. Sus vestidos ceñidos perfilaban unas curvas capaces de arrancar los más osados piropos de los tenderos, los barrenderos y los camareros del barrio. Era todo un espectáculo verla caminar por la calle, con sus andares firmes, su cara siempre pintada de noche de fiesta, la espalda muy recta, la barbilla alzada y una sonrisa coqueta, dejando a su paso ojos hambrientos y sonrisas zalameras sin que se alterasen ni sus andares ni su mirada al frente por toda aquella atención que recaía sobre ella. Cuando estaba vagabundeando por el barrio con mis amigos y aparecía Marita y veía que hasta ellos, apenas unos adolescentes, la miraban con admiración, no podía evitar sentirme orgulloso de tener aquella madre que no era como las demás, que no era gorda ni gruñona, que no bajaba a hacer la cola de la cartilla en bata ni se dejaba ver nunca en público con los bigudíes, que sólo habría necesitado un traje menos floreado y un maquillaje algo rebajado para parecer una estrella de cine.

Mi padre había muerto en la guerra. Apenas conservo recuerdos de él. Sólo sé que era un cenetista muy concienciado con la lucha obrera que antes de la guerra se pasaba todo el día organizando manifestaciones por las calles de Madrid, que cada dos por tres estaba detenido y se pasaba una temporadita en los calabozos de alguna comisaría antes de volver a casa lleno de magulladuras pero con su fe en la revolución del proletariado intacta y que, en cuanto empezó la guerra, nos dio un beso de despedida a Marita y a mí y se largó a alistarse en el Frente Popular. Nadie nos dio nunca detalles de su muerte, más allá de una escueta carta en que se comunicaba oficialmente su

desaparición en el Frente Norte. Tengo difusos recuerdos de los días que siguieron a aquella carta, como si su lectura me hubiese sumido en unas fiebres que hubieran nublado mi memoria. Recuerdo a Marita sentada frente a la mesa en que tenía su espejito, con la frente apoyada en la mano, llorando en silencio mientras yo la observaba, más asustado que triste, desde el otro extremo de la habitación. Recuerdo que, en un ataque de rabia, arrugó la carta y la tiró al suelo y luego sacó su estuche de pinturas, se encaró con el espejo y comenzó a pintarse mientras se sorbía las lágrimas. Nunca volvió a hablar de mi padre y su foto vestido de miliciano, que durante toda la guerra había tenido en la mesilla junto a su cama, fue a parar al fondo de un cajón, donde envejecería en el olvido.

Marita quería casarse. Eso y poder ir algún día a un estreno en el Teatro de la Zarzuela parecían ser sus dos únicos sueños en la vida. Yo creo que desde el mismo día en que le comunicaron que había muerto el marido miliciano tomó la decisión de buscarse un nuevo marido. Y en ello seguía. Aunque no me daba muchos detalles, siempre andaba comenzando nuevos noviazgos que no le duraban demasiado. Cuando estaba jugando en la plaza, solía ver a aquellos novios que venían a sacarla de paseo los sábados por la tarde. Eran todos más o menos iguales, hombres guapetones con aspecto de sentirse orgullosos de llevar a una mujer de bandera como ella a su lado. Pero siempre acababan desapareciendo para ser sustituidos por otro tipo más o menos parecido. No había manera de que le durase un novio. Y Marita siempre andaba igual: planchaba la ropa y hablaba y se contaba a sí misma lo contenta que estaba con su último pretendiente, lo caballeroso que era, lo bien que la trataba y, cuando todo terminaba y, como siempre, volvían a dejarla plantada, nunca se entristecía. Se decía que qué se le iba a hacer, que no estaba de Dios que aquello prosperase, que a ver si algún día había suerte, y volvía a comenzar como si nada hubiese pasado. Y yo sólo me preguntaba cómo los hombres

podían ser tan estúpidos o tan ciegos para abandonar a una mujer como aquélla.

Vivir con Marita era estupendo. Como digo, no era una madre como las demás. No me regañaba nunca ni me obligaba a comer lo que no me gustaba ni me prohibía salir a jugar hasta que hubiera hecho los deberes ni me imponía una hora para estar de vuelta en casa. Cierto es que tampoco me llevaba nunca de paseo a ningún sitio ni se acordaba de conseguir ropa o zapatos hasta que yo le enseñaba los pies asomando por las suelas o los rotos resistentes ya a otro zurcido más y jamás se acordaba del día de mi cumpleaños. Pero todo eso daba igual. Yo me sentía orgulloso de tener una madre tan guapa y, sobre todo, me sentía diferente y especial porque era el único chico de mi barrio que podía hacer siempre lo que me viniese en gana sin dar explicaciones y sin sufrir nunca castigos.

Lo único que me conseguía enfadar en aquella época eran los cotilleos de los vecinos. Marita y yo vivíamos en la última planta de una corrala de la calle de Jesús y María, en el barrio de Lavapiés. Compartíamos una habitación mal ventilada de techos ennegrecidos por la humedad y paredes desconchadas que olía permanentemente a los perfumes de mi madre, en la que apenas cabían nuestras camas, una mesa, un armario, una silla y poco más. En la corrala no había secretos entre los vecinos. Te pasabas todo el día encontrándote con ellos cuando entrabas o salías o mientras hacías cola frente a la puerta del único retrete que tenía la casa, así que todos se sabían la vida de todos. A menudo descubría a hombres y mujeres que en los rellanos hablaban de Marita. Los hombres se centraban sobre todo en repasar los detalles de su físico y solían hablar entre ellos de la viudita apetitosa entre guiños y sobreentendidos. Las mujeres, en cambio, se centraban más en la ropa y los coloretos y fueron ellas las primeras a las que oí llamarla Marita la Olorosa. Y eso hasta podía tener gracia. Lo malo era cuando les oía decir que

menuda fresca, que vaya pinta, que a saber lo que hacía con todos esos novios que le duraban poco más de un cuarto de hora, que era una deshonra para el vecindario, como si aquella corrala ahogada en goteras y con olor a establo fuese un palacete de Chamartín. Cuando escuchaba cosas así, me daban ganas de liarme a tortas con todos ellos.

Pero, al margen de las murmuraciones de vecinos, lo cierto es que viví con Marita tiempos felices. Daba igual que faltase la comida y que en aquella habitación hiciese un frío del demonio en invierno y un calor asfixiante en verano. Si teníamos hambre, me olvidaba de ello escuchándola canturrear y, si hacía calor, nos subíamos un cántaro de agua y nos refrescábamos con un paño mojado mientras Marita me decía que nos imaginásemos en una playa soleada, aunque ninguno de los dos habíamos estado nunca en una playa. Las noches de frío Marita me decía que me metiese en la cama con ella y a mí me gustaba volver a sentirme como un niño pequeño, acurrucado contra su cuerpo, oliendo los restos de su perfume. Luego, cuando todo empezó a cambiar, no me di cuenta de lo mucho que me gustaba todo aquello. Al recordar aquella época, comprendo que, más allá de las penurias que pasábamos, había en aquella habitación un aire de felicidad, pequeña y secreta, que sólo nos pertenecía a Marita y a mí.

La idea nos vino por un soplo. Aquél era un tiempo en que los soplos, los rumores, las palabras dichas a media voz, marcaban el ritmo de la vida en las calles. Noticias contadas a medias sobre personas que iban a ser detenidas o a las que se les había dado el paseo, sobre negocios secretos que podían traer cierta riqueza o al menos algo de comida, sobre lugares o personas que podían proporcionar por cantidades razonables una cartilla de racionamiento o un saco de arroz, sobre mujeres dispuestas a todo por llenar el puchero o sobre

sangrientas venganzas por viejas cuitas de guerra corrían de un lado a otro, como un susurro incesante que resonaba de música de fondo en la convivencia aparentemente pacífica del vecindario. Era un tiempo de murmuraciones y conspiraciones, de desconfianza y resquemor y si uno, como era mi caso, pasaba muchas horas en la calle acababa enterándose de un montón de historias que en algún momento podían resultarle útiles.

Ricardito Lopera, que ejercía de jefecillo entre los chavales que nos reuníamos en la plaza de mi barrio gracias a que era el único que tenía un balón de fútbol de verdad, de cuero, aunque estuviese desinflado y descosido, nos vino un día con el rumor de que en cierto almacén cercano había una partida clandestina de leche aún sin aguar y que él sabía cómo entrar y así llevarnos un buen botín. Debatimos sobre ello muy excitados y, al final, de los seis chicos que estábamos en el ajo sólo nos decidimos a dar el golpe el propio Ricardito, un chico regordete al que llamábamos por razones obvias el Bizco y yo.

Planeamos el asunto con la meticulosidad que requería lo que, a nuestro juicio, era la más sofisticada aventura que a nadie se le pudiese presentar. Pero, en realidad, era de lo más simple. El almacén daba a un estrecho callejón y tenía un ventanuco que no cerraba bien a una altura bastante accesible, así que sólo había que ir allí, entrar, llevarnos la leche y salir pitando. La tarde acordada, los tres nos reunimos en una esquina cercana al almacén y, echando inquisitivos vistazos a nuestro alrededor para estar seguros de que nadie nos seguía, nos encaminamos hacia el callejón sumidos en un tenso silencio, en el que se mezclaban la complicidad y el miedo. Cuando llegamos al callejón, actuamos conforme lo habíamos planeado. Ricardito se mantuvo algo separado del Bizco y de mí para vigilar ambos lados del callejón. El Bizco, que al tener un ojo a la virulé y un peso excesivo no servía ni para vigilar ni para trepar, se apoyó inclinado sobre la pared. Y

yo, el más alto y delgado de los tres, me encaramé a sus hombros y accedí al ventanuco. Con un empujón, logré abrirlo sin demasiada dificultad y deslizarme a través de él al interior del almacén.

Durante unos instantes, todo fue oscuridad. Hasta que, poco a poco, mis ojos fueron acostumbrándose y las sombras fueron transformándose en penumbra gracias a la escasa luz que entraba por el estrecho ventanuco. Pronto acerté a ver unas cajas que se amontonaban contra una de las paredes de aquel pequeño almacén. El retumbar de los latidos de mi corazón me resonaba en los oídos y, durante unos segundos, el sonido de mi respiración agitada fue la única señal de vida en el polvoriento cuartucho.

Respiré hondo y me armé de decisión. Fui hasta las cajas y abrí una de ellas y observé las seis tinajas de metal que contenía. Pensar en el dinero que sacaríamos vendiéndolas en el mercado negro me insufló nuevos ánimos.

Estaba ya estirando la mano para sacar una de las tinajas cuando la puerta del almacén se abrió con un crujido y una bombilla desnuda colgada del techo se encendió dejándome ciego por unos segundos. Me volví a mirar y, al principio, sólo distinguí un bulto en la puerta que poco a poco empezó a cobrar forma hasta convertirse en la silueta de tres figuras humanas. Aún no había conseguido habituar mis ojos a la repentina luz cuando oí una risa sarcástica y una voz que decía:

—Vaya, vaya, vaya... Mira lo que tenemos por aquí. Parece que han entrado cucarachas en el almacén.

Me quedé paralizado por el terror. En apenas un instante, mil ideas me rondaron la cabeza. Vinieron a mi mente como un eco todas aquellas historias que se contaban por las calles. Historias de hombres que desaparecían en la noche y nunca más se volvía a saber de ellos. Historias de reyertas en calles oscuras, de cuerpos cargados en camiones que nadie sabía a dónde iban, de mujeres que se dejaban la vida buscando por todas partes a maridos

desaparecidos. Historias de escarmientos, de venganzas y de castigos. Historias que corrían de boca en boca, siempre contadas con miedo a ser oído, algunas quizá inventadas, quién sabe si exageradas, siempre terroríficas. Y en aquel largo instante tuve la certeza de que también se contaría de bar en bar, de patio en patio de vecinos, la historia del pobre Emilio, el hijo de Marita la Olorosa, que desapareció un buen día por meterse donde no le llamaban.

Uno de aquellos tipos dio un paso al frente y se acercó a mí mientras los otros dos se quedaban atrás, cubriendo la puerta. Mis ojos ya se habían adaptado a la luz y pude observarle con detenimiento.

Aquella fue la primera vez que vi a Nico. Pero no le vi tal y como era. Vi a un Nico distorsionado por mi pánico. Aunque en realidad no era mucho más alto que yo y de cuerpo más bien delgaducho, en aquel momento le vi gigantesco y corpulento. Y no aprecié el brillo pícaro que había siempre en su mirada ni la sonrisa chulesca que luego, más adelante, yo mismo intentaría imitar tantas veces. En su lugar, lo que yo veía entonces era una mirada aviesa que me recorría de pies a cabeza y una sonrisa maligna de la que me podía esperar lo peor. Con el tiempo, yo acabaría sintiendo una gran admiración por Nico, por su apariencia de permanente seguridad en sí mismo y la sensación que transmitía de saberse siempre de antemano ganador ante cualquier circunstancia. Pero en aquel primer momento sólo me pareció un tipo con un temible aspecto de rufián del que sólo podía esperar que me proporcionase una muerte lo menos dolorosa posible.

—¿Y bien? —me dijo, plantándose ante mí, las manos apoyadas en la cadera, sin perder la sonrisa—. Nada ocurre en la calle sin que yo me entere. Alguien me ha venido con el cuento de que se preparaba un robo en este almacén. Os han vendido por muy poco dinero, ¿sabes? Dime, ¿eres tú el jefe de la banda de ladrones?

Por un instante, el miedo dejó paso a la rabia al saber que habíamos sido

traicionados, probablemente por alguno de los chavales de la plaza que no se había decidido a acompañarnos, prefiriendo hacer negocio por su cuenta delatándonos. Pensar en ello retrasó mi respuesta e hizo que Nico insistiese.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó.

La rabia me devolvió brevemente la lucidez y acerté a ver con más realismo a quien tenía delante. Me di cuenta de que no era ni tan grande ni tan fuerte como me había parecido. En realidad, no tenía pinta de ser mucho más mayor que yo. En aquel momento, Nico debía de rondar ya los veinte años pero aún podía intuirse un aire infantil, de niño malo, en esos aires de matón con que pretendía intimidarme. En su mirada y su sonrisa había más de burla que de verdadera amenaza, y darme cuenta de ello me permitió recobrar un poco el aplomo.

—Me llaman Emilio el Monaguillo —le dije, tratando de sonar como un tipo duro. En aquella época, era habitual tener algún mote. Todos los tipos curtidos que vagaban por las calles en busca de cualquier trapicheo con el que ganar algunas perras tenían su nombre de guerra, así que se me ocurrió añadirme el apodo para darme pisto y demostrar que no era un cualquiera.

Nico sonrió al oír aquello.

—¿Y por qué te llaman así? —me preguntó.

—Porque me paso el día repartiendo hostias.

Aquella baladronada fue lo primero que se me ocurrió. En realidad, el mote sólo lo usaban algunas de las viejas del barrio que acudían a misa de diez y media, en la que yo a veces ayudaba al párroco a cambio de una ración de sabrosos recortes de hostia. Pero, una vez lanzado, decidí que lo mejor era seguir intentando impresionarle.

No lo conseguí. En realidad, Nico se partió de risa al oír aquello.

—Caramba —les dijo a sus dos compinches—, nos la estamos jugando con alguien peligroso.

Los otros corearon sus risotadas. Nico volvió a clavar los ojos en mí.

—Dime, ¿te parecía una buena idea robarnos?

—Me parecía una buena idea sacarme unas pesetas.

—¿Eres capaz de cualquier cosa por dinero?

—No tengo miedo a nada —dije, tratando de mantener firme la voz, de no delatar el miedo que en realidad sentía.

Nico se quedó entonces mirándome en silencio, calibrándome, y yo decidí que mi única oportunidad de salir con vida de allí era sostener aquella mirada, mantener el aplomo y conservar la dignidad y así, al menos, si aquello no daba resultado, cuando se contase aquella historia nadie podría decir que me había portado como un cobarde.

—Está bien, monaguillo —dijo él, por fin, tras su larga mirada inquisitiva—. Entonces, contéstame a una sola pregunta: ¿qué crees que debo hacer contigo?

—Deberías dejarme marchar —dije, sin el menor titubeo.

—¿Ah, sí? —Volvió a sonreír—. ¿Y por qué debería hacer eso?

—Porque entonces te debería un favor y algún día podré serte útil.

No meditaba mis palabras. Tan sólo trataba de aguzar el ingenio para salir de allí de una pieza. Pero lo cierto es que, por puro azar, debí de dar en el clavo porque vi una expresión de sorpresa en la cara de Nico. Durante unos segundos, mantuvo un caviloso silencio antes de decir:

—Puede que lo haga.

Eché un vistazo a los otros dos matones y, al ver que éstos no hacían gesto alguno desaprobando la idea, se mostró más decidido.

—Sí, creo que te dejaré ir. Estoy de buen humor y reconozco que me has hecho gracia. Pero quiero que recuerdes algo, monaguillo.

Dio otro paso hacia mí e inclinó un poco la cara hacia delante, acercándoseme hasta que nuestras respiraciones se confundieron.

—Recuerda que me llamo Nico. Así, sin más. Ni mote ni apellido. Y recuerda que estás en deuda conmigo.

Me limité a asentir, aceptando el compromiso. En aquel momento, lo único que me importaba era salvar el pellejo. Aquella estúpida aventura había sido mi primera experiencia como ladrón y, visto el resultado, tenía muy claro que, si conseguía salir de allí ileso, sería también la última, que volvería a ser un chaval preocupado sólo de jugar al fútbol y que no me metería en más líos.

Pero eso lo pensaba entonces, cuando el miedo nublaba aún mi pensamiento. Luego sería diferente. Luego, cuando pensase en lo ocurrido con más calma, me volvería a la cabeza la imagen de aquel muchacho apenas mayor que yo vestido con ropas de hombre, su sonrisa y su mirada, el poder que hinchaba sus palabras al perdonarme la vida, y el temor pronto dejaría paso a la admiración. Luego, nada más salir de aquel almacén, por encima de la humillación y el alivio se impondría otro sentimiento: la envidia, el deseo de poder llegar a convertirme en alguien como él.

Y, aunque entonces aún no podía siquiera imaginarlo, ese sentimiento iba a cambiar para siempre mi vida.

Nico apareció un par de semanas después de aquel primer encuentro en la sacristía de la parroquia del barrio, donde yo ayudaba de monaguillo dos veces a la semana. Había pensado mucho en él durante aquellos días. Le había dado un millón de vueltas a nuestro encuentro en el almacén y a sus palabras y, aunque de ellas parecía deducirse claramente que tarde o temprano nos volveríamos a ver, pasadas aquellas dos semanas empezaba a perder la esperanza de que así fuera.

A medida que transcurrían los días, el recuerdo del miedo que había pasado en el almacén había ido desvaneciéndose, sustituido por la intriga que sentía al

recordar la estampa de Nico, tan cercano a mí en edad pero tan lejano en la sensación de seguridad, arrogancia, poder y riesgo que transmitía. No era capaz de quitarme de la cabeza la idea de que nada me gustaría más que convertirme en alguien como él.

La parroquia era también la escuela de los chicos del barrio. Allí íbamos todas las mañanas a que don Francisco, el párroco, nos enseñara a leer y a escribir y nos pusiera unas cuentas que debíamos llevarnos a casa y traer resueltas el día siguiente. Aquel cura áspero, que cimentaba nuestra educación en la constante amenaza de la condenación eterna ante el menor pecado que pudiésemos cometer, no cobraba por sus clases. Tan sólo exigía a sus alumnos que le ayudásemos en las misas y rosarios, algo que hacíamos gustosos porque de vez en cuando nos regalaba un cucurucho con suculentos recortes de hostia que sabían a gloria bendita y que, si lograbas reprimir la tentación de devorarlos, tenían también una alta cotización en el mercado.

Estaba en la sacristía, una vez acabada la misa, doblando el alba que había vestido don Francisco para guardarla en el armario. El párroco se había ido con prisas a dar una extremaunción y ya no quedaba nadie por allí. La puerta de la sacristía se abrió con un rechinar de madera y Nico apareció en el umbral.

—Así que es por esto por lo que te llaman el Monaguillo.

Se quitó la gorra y la lanzó con indiferencia sobre la mesita donde se dejaban las vinajeras. Con las manos en los bolsillos, echó un vistazo a su alrededor, mientras yo le observaba, paralizado por la sorpresa. Después de recorrer la estancia con la mirada, se acercó sin titubeo a los armarios y fue abriendo puertas y cajones. Sacó de uno de ellos un candelabro y lo sopesó con la mano, calibrando su calidad y supongo que su posible valor. Hizo lo mismo con una figurita de san Pancracio y con un pañito bordado de seda. Yo le dejé hacer, más temeroso en aquel momento por una posible aparición de

don Francisco que descubriese a aquel intruso fisgando en sus cosas que por la presencia del propio Nico.

—Ya te avisé que algún día podía pedirte un favor —me dijo, sin dejar de curiosear en los armarios, mostrándose más interesado en sus pesquisas que en mí.

Abrió entonces el armario de los hábitos y volvió a olvidarse de mí. Descolgó uno de los trajes de monaguillo, un hábito de fraile de color blancuzco, y se lo pegó al cuerpo para ver si era de su talla. Le quedaba corto. Probó con otros dos hasta que encontró uno un poquito más largo y, sin devolverlo al armario, se volvió a mirarme con una misteriosa sonrisa que no acerté a descifrar.

—Cuando el otro día me dijiste que no tenías miedo a nada, ¿hablabas en serio?

Noté sus ojos escrutando mi expresión. Me esforcé por mostrar el mismo aplomo que el día del almacén al asentir en silencio.

Sonrió, satisfecho.

—Veamos si es cierto...

Recuperó uno de los hábitos más cortos y me lo lanzó.

—Nos vamos —me dijo.

—¿Con las túnicas?

—Con las túnicas.

—Pero don Francisco... El párroco...

La sonrisa de Nico flojeó.

—¿No te atreves?

Nico se quedó esperando mi respuesta. Observé el hábito que tenía entre mis manos. Don Francisco me mataría si se enteraba de que me había llevado ropa sagrada de la sacristía. Pero ahí estaba Nico esperando una respuesta y yo quería ganarme su respeto. Además, estaba harto de ser monaguillo y de

vagar por el barrio y quería hacer algo diferente y atrevido y acabé diciéndole que por supuesto que me atrevía y me marché con él y con las ropas de monaguillo.

Las llevamos ocultas bajo el jersey mientras nos alejábamos de la iglesia y del barrio. No hablamos mucho durante el camino. Nico me preguntó por mi familia, dónde vivía, si iba a la escuela y poco más. Yo le contesté con monosílabos, demasiado inquieto e intrigado por el destino de nuestra caminata para poder concentrarme en la conversación.

Fuimos andando hasta la calle de Alcalá. Entramos en el Retiro y allí, al resguardo de unos árboles, nos pusimos los hábitos.

—¿Qué vamos a hacer? —me decidí por fin a preguntarle.

—Vamos a sacarnos unas perras. De eso se trata siempre, chaval. De sacar dinero.

Y a eso fuimos. Y debo decir que jamás antes lo había pasado mejor que aquella mañana. Fuimos por las casas de la calle de Alcalá vestidos de monaguillos. Alcalá no era un barrio ni tan pobretón como el mío, Lavapiés, ni tan rico como el barrio de Salamanca. Estaba formado por un vecindario de cartillas de segunda. Las cartillas de racionamiento eran de tres categorías, según los recursos de cada familia, siendo las de primera las de los más ricos y las de tercera las de los pobretones como Marita y yo, así que uno podía situar socialmente a las personas y los vecindarios en función de las cartillas que predominaban y Alcalá estaba en una zona intermedia. No era un barrio de pensiones y corralas como el mío sino de casas de tres o cuatro plantas con viviendas particulares e independientes, con baños y cocinas propios y no compartidos como en mi casa, y vecinos que sin llegar ni mucho menos a la abundancia en que vivían los más privilegiados, tampoco vivían en la profunda penuria de mis convecinos del cercano Lavapiés.

Entrábamos en los edificios y les decíamos a los porteros que éramos

postulantes de las Hermanas de la Caridad y del Sagrado Corazón de Jesús y al instante nos permitían subir a los pisos para pedir una ayuda para los pobres huérfanos de la guerra. Nico abandonó su porte de tipo duro y se transformó en un chico tímido y bonachón que hablaba a media voz y con tono afligido. Se mostraba ante las mujeres que nos abrían las puertas con la sencillez cristiana de un santo bendecido con la humildad divina. Era fantástico verle actuar. No había ninguna que no se enterneciera, apresurándose a darnos algunos reales que Nico les agradecía con el más arrobado «Que Dios la bendiga» que nadie pudiera imaginar. Algunas aprovechaban para contarnos la historia de sus parientes perdidos en la guerra o para sermonearnos sobre lo necesaria que era la caridad en estos tiempos que nos había tocado vivir, y Nico se detenía a escuchar a todas ellas y les ofrecía siempre alguna frase de consuelo y comprensión que las buenas mujeres recibían tan agradecidas como si se la hubiese dicho el mismísimo san Francisco de Asís.

Al principio, yo me mantenía en un segundo plano, fascinado por la caradura de Nico, convencido de que, en cualquier momento, algún portero o algún marido aparecerían para echarnos el guante y entregarnos a los guardias. Pero, después de recorridos tres o cuatro edificios, Nico me anunció que era mi turno y me ordenó que fuese yo quien llevase la iniciativa. Y, para mi sorpresa, conseguí tan buenos resultados como él. Cuando me llegaba el momento de actuar, el miedo se desvanecía por completo y era capaz de resultar tan piadoso, tan desinteresado y tan seductor como él mismo. Y lo mejor de todo fue que me divertía. Era un placer sentir el cosquilleo en el estómago cuando oía descorrerse el cerrojo de una puerta y adoptar aquella actitud santurróna cuando un ama de casa o una criada aparecían en el umbral y me moría de gusto cuando por fin dejaba asomar mi mano por la bocamanga para recoger el botín y cada vez me sonaba mejor mi voz cuando les decía el

«Dios se lo pague, señora», y hasta improvisaba y les aseguraba que aquel día un pobre huerfanito podría comer gracias a ella.

Cuando Nico decidió por fin que ya podíamos retirarnos y regresamos al Retiro para quitarnos los hábitos, yo estaba exultante. Recontamos las ganancias sentados en la hierba. Habíamos sacado más de seis pesetas en apenas unas horas. A mí me parecía una fortuna, pero Nico se mostró desdeñoso cuando se lo dije.

—Sólo es calderilla —fue su conclusión.

—¡Es algo increíble! —insistía yo.

Nico se rio al oír aquello.

—No tienes ni idea del dinero que puede ganarse en esta ciudad —me dijo, recobrando su aire de gallito.

Me echó otra de sus escrutadoras miradas y luego dijo, caviloso:

—Eres valiente. Podrías servir.

—¿Servir para qué? —le pregunté. En aquel momento, estaba dispuesto a servir para lo que fuese con tal de vivir junto a él otra aventura como aquélla.

Pero no me contestó. Iniciamos el camino de vuelta y durante un buen trecho se mantuvo en silencio, sumido en sus propios pensamientos. Estábamos ya llegando a mi barrio cuando se detuvo, se sacó de debajo del jersey su traje de monaguillo y me lo entregó. Luego, se metió la mano en el bolsillo y me dio dos pesetas y cincuenta céntimos.

—¿Te gustaría ganar más dinero? —me preguntó.

—Claro que sí.

Volvió a medirme de un vistazo.

—Podrías servir —repitió, como antes, y yo traté de que no se me notara la ansiedad por saber a qué se refería—. Puede que venga a buscarte otro día. Hoy sólo quería ponerte a prueba. Puede que venga o puede que nunca más me vuelvas a ver. Aún no lo he decidido.

Se giró y se marchó sin más, dejándome allí con los dos trajes de monaguillo, mi parte del dinero y sintiéndome todo un aventurero por lo que habíamos hecho.

No tenía ni idea de lo que tenía en mente Nico ni para qué podría regresar a buscarme. Pero, en aquel momento, me daba igual. Yo ya no era el mismo chico del día anterior. Ahora era alguien capaz de cualquier cosa. El mundo entero me parecía un lugar lleno de oportunidades que podía alcanzar con sólo alargar la mano. Al atardecer de aquel mismo día, después de deslizarme al interior de la sacristía para devolver los hábitos, cuando me dejé caer por la plaza donde solíamos reunirnos los chicos del barrio para echar un partido de fútbol, yo ya no me sentía igual que ellos. Me creía superior. Y mientras estuve con mis amigos, de mi cara no se borró en ningún momento una sonrisa engreída que quise pensar que empezaba a parecerse un poco, al menos un poco, a la del mismísimo Nico.

Regresó apenas unos días después. Apareció otra vez de improviso. Estaba con mi grupo de amigos haciendo el zángano, sentados en un banco de la plaza de Cascorro discutiendo si empezábamos un partido de fútbol o nos dedicábamos a jugar a la lima, cuando le vi avanzar hacia nosotros. Iba vestido, como siempre, con una chaqueta de corte recto que le hacía parecer más mayor y se cubría con una gorra de ala ancha ladeada con estudiada indolencia. Supe que venía a por mí pero dejé que se acercara hasta nosotros sin moverme para que pudieran verlo mis amigos.

—Eh, tú, el monaguillo —me llamó cuando ya estuvo cerca—. Ven acá.

Disimulé bajo una aparente indiferencia la alegría que me invadió porque finalmente hubiese decidido venir a buscarme. Me levanté sin prisas y les dije a los demás que me disculpasen, que tenía que irme a tratar un asunto de

negocios, y me acerqué a él orgulloso de sentir clavadas en mi espalda las miradas curiosas de todos mis amigos.

—¿Puedes venir conmigo? —dijo Nico cuando estuve frente a él—. Tenemos que ver a alguien.

Me encogí de hombros y él me indicó con un gesto que le siguiera. No miré atrás. Era fantástico saber que todos los otros chicos se quedarían allí, aburridos, preguntándose qué me traería entre manos, a dónde demonios iba, quién era aquel tipo, tan incapaces como yo mismo de intuir en qué me iba a convertir.

Fuimos en tranvía. Nico me pagó los diez céntimos del billete y viajamos en la jardinera trasera. Al principio permanecimos en silencio hasta que, sin preámbulo alguno, Nico comenzó a hablar:

—Hay muchas formas de hacer dinero. Hay quien piensa a lo grande y quien piensa en ir tirando. ¿Ves a aquel hombre de ahí, el que está agarrado al estribo? Yo podría acercarme a él, simular un tropezón y quitarle la cartera en menos de cinco segundos. Con un poco de suerte, llevará encima tres o cuatro pesetas. Quizá más. Y hasta la cartilla de la carne. Muchos pensarían que merece la pena. Un negocio rápido y fácil. Otros, como tú, se creen más listos y atrevidos y planean robar comida en algún almacén. Y hay quien piensa que pedir limosna vestido de monaguillo es jauja. Madrid está lleno de gente así. Carteristas, trileros, timadores... gente de poca monta. Yo prefiero pensar a lo grande. Si vas a entrar en el mundo de los negocios, hazlo por la entrada principal, no por el callejón ¿Me sigues?

—A duras penas.

—El caso es que necesito gente. Gente como tú. ¿Y sabes qué es lo bueno en ti? Que tienes cara de no haber roto un plato. Eres un inocentón, un panoli. Nadie desconfiaría de alguien con tu aspecto. Y eso es bueno.

—¿Bueno para qué?

Nico me miró y se rio al ver mi cara de despiste. Pero no me contestó. En lugar de ello, dijo:

—Hace no mucho tiempo yo era un niño como tú. Y vivía en un orfanato. ¿Sabes lo que es eso? Un sitio sucio y sin futuro. Ni más ni menos. Un sitio donde se apolillan los que no tienen nombre. Yo me llamo Nico pero podría llamarme de cualquier otra manera. Da igual. ¿A quién podía importarle? El caso es que conocí a alguien. Igual que tú a mí. Un hombre inteligente, de los que también piensan a lo grande. Un hombre que conoce a la gente adecuada, que movió los papeles deprisa, que ayudó a los de la Casa Cuna a librarse rapidito de mí. Lo más parecido a un padre que he tenido jamás. Y ahora todo es diferente. Ahora vivo por mi cuenta. En la pensión donde estoy, hay hasta cinco o seis personas que tienen que compartir la misma habitación. Yo tengo una habitación para mí solo. Y llevo ropa de primera mano. Y consigo todas las cosas que me propongo. Puedo tener casi todo lo que quiera.

Nico volvió a callar para fijar sus ojos en mí, para asegurarse de que sus palabras me estaban impresionando. Y en eso no tuve que fingir para agradecerle. Estaba realmente impresionado. Hasta un ingenuo como yo podía darse cuenta de que Nico se estaba dando un exceso de pisto. Pero había algo enigmático y osado y atrayente en sus palabras que me mantenía tan atento como asustado.

—Me dijiste que no tenías padre, que vives con tu madre, una fregona... Ningún futuro, chaval. A lo más que puedes aspirar es a acabar picando piedras en alguna obra. Pero eres espabilado. Y detrás de tu aspecto de muerto de hambre, se adivina cierta ambición.

En aquellas duras palabras se escondían tantas promesas que dejé pasar la posibilidad de sentirme ofendido por su forma de describir mi persona, mi vida y mi futuro.

No me dio más pistas hasta que llegamos a nuestro destino. Para entonces,

yo ya había intuido lo mucho que Nico disfrutaba con aquello, con el misterio, con contar las cosas a medias, con mantener secretos para atraer la atención de los demás, así que me callé las preguntas para que siguiese disfrutando.

Me llevó a un viejo edificio de la calle Gaztambide, en el barrio de Moncloa. Subimos por unas escaleras desvencijadas que crujían lastimeramente a cada pisada. Olía a tabaco y a humedad. A lo lejos se oía llorar a un niño y a una mujer que intentaba acallar los lloros gritando que estaba ya harta de tantas lágrimas. A pesar de que fuera brillaba el sol, hacía frío allí dentro o, al menos, eso me pareció a mí. Mientras subíamos, tuve la sensación de que aquella vieja casa no resistiría nuestro peso, que se derrumbaría en cualquier momento bajo nuestros pies, convirtiéndose en una atracción para el vecindario. Durante la guerra, después de cada bombardeo, a la gente le encantaba ir a ver las casas derruidas. Siempre que algún edificio se venía abajo, se reunía frente a él una muchedumbre que contemplaba los restos con el mismo embeleso que si estuvieran viendo la más apasionante representación teatral. Aquella costumbre duraba aún. El mayor éxito de público de los últimos tiempos en Madrid había sido el hundimiento de un edificio en la calle Maldonado, que se había venido abajo inesperadamente, herido de muerte por los bombardeos de años atrás. Habían muerto varias decenas de personas y los escombros atrajeron durante varios días a más espectadores que la mejor revista del Lope de Vega. Me acordé de aquello mientras subía la escalera porque aquella casa de Moncloa estaba tan castigada por los años que se diría que habría bastado con pisar fuerte, sin necesidad de bomba alguna, para que toda ella se desmoronase y el vecindario pudiese disfrutar de un espectáculo gratuito.

Nos detuvimos ante una puerta del tercer piso. Nico llamó con los nudillos y al poco oí las pisadas de alguien que nos venía a abrir. Era una mujer entrada en años y en carnes que vestía un aburrido vestido de descolorido

estampado y tenía una melena demasiado larga en la que se mezclaban mechones canosos con otros de un imposible color violeta. Una colilla colgaba de entre sus labios y hubo de entornar mucho los ojos para vernos, a pesar de la corta distancia, en una mueca propia de un miope desahuciado. Me recordó a las prostitutas viejas que pululaban a la espera de un golpe de suerte por los alrededores de la Red de San Luis.

—Teresita, me está esperando don Matías.

Sin dejar de achinar los ojos, su mirada pasó de Nico a mí. Se quedó observándome un rato, tratando de identificarme, hasta que Nico suspiró con impaciencia y le dijo:

—Es un socio, Teresita. Anda, déjanos pasar.

Teresita se hizo a un lado sin mediar palabra. Seguí a Nico por un angosto pasillo de cuyas paredes colgaban unas horrendas estampas de santos barrocammente enmarcadas. Nico llamó a la puerta que había al fondo del pasillo y una voz masculina respondió con un escueto «adelante».

El despacho de don Matías Sampedro era un cubículo mal ventilado en el que se mezclaban el olor a anís, a polvo acumulado y a sudor y en el que había por todas partes desperdigadas pilas de papeles que estaban a punto de devorar por completo la mesa, un par de ficheros de metal y las sillas de piel desgastada que constituían todo el mobiliario de la estancia. Don Matías era un hombre de edad indefinida entre los cincuenta y los sesenta, escaso de altura y rechoncho de formas, de ojillos huidizos y boca apretada. En su rostro, bajo una calva perlada de sudor, florecían dos gruesas patillas despeinadas en las que se mezclaban las canas con largos y rizados pelos de color caoba que caían hasta enmarcar una floja papada. Estaba sentado tras la mesa, delante de una ventana con la persiana a medio bajar a través de cuyas láminas de madera se colaban lánguidos rayos de luz que atravesaban la habitación abarrotados de motas de polvo.

—Buenos días, don Matías —saludó Nico nada más entrar, quitándose la gorra y adoptando una actitud servil que me sorprendió en él—. Le traigo al chico del que le hablé...

—¿El chico?

Don Matías me echó un rápido vistazo y, aunque estaba claro que no sabía de qué iba el asunto, asintió con una mueca desganada que decidí interpretar como una sonrisa de bienvenida. Luego, recuperó de entre los papeles que inundaban su mesa una copita de anís, dio un breve sorbo, se recreó saboreándolo, dejó escapar un sordo eructito y después clavó en mí unos ojos con mirada de hurón.

—Así que quieres hacerte una carrera, ¿eh?

Miré a Nico, miré a don Matías, me pregunté por enésima vez qué era todo aquello y volví a pensar que me importaba un comino de qué se tratase y que, fuera lo que fuese, estaba dispuesto a formar parte de ello.

—Quiero hacer dinero —dije, con cierta solemnidad, porque lo único que tenía claro tras escuchar a Nico era que todo el asunto giraba en torno al dinero.

Para mi sorpresa, don Matías se echó a reír al oír mi respuesta. Nuevas gotas de sudor se unieron en su frente a las que ya estaban allí instaladas. Se sacó un pañuelo del bolsillo, se lo pasó por la frente y, a pesar de ello, el sudor permaneció inmutable.

—El chico sirve para los negocios —le dijo a Nico, con un guiño cómplice, y Nico soltó también una risa que me sonó a obligada.

La risa de don Matías derivó en una tosecilla de fumador veterano y, cuando por fin pudo controlarla, volvió a dirigirme la palabra:

—Está bien, jovencito. Veremos de lo que eres capaz. Harás todo lo que te diga Nico, ¿está claro? Irás a donde él te diga, hablarás con quien él te diga y

no harás nunca ninguna pregunta que él no te haya dicho que hagas. Si respetas esas reglas, quizá hagas dinero...

Dicho eso, don Matías cogió —juraría que al azar— uno de los papeles que había sobre su mesa y pareció concentrarse repentinamente en su lectura y olvidarse por completo de nuestra presencia allí. Nico me indicó con un gesto que me levantara, le dio los buenos días a don Matías sin recibir respuesta y salimos del despacho sin que éste volviera a levantar los ojos del papel. Teresita nos esperaba en el pasillo, con una colilla colgándole de los labios que bien podría ser la misma que mordía a nuestra llegada. Nos guio por el pasillo hasta la salida con paso cansino y nos marchamos sin cruzar con ella palabra alguna.

Una vez en la calle, Nico se mostraba satisfecho.

—Ya eres de los nuestros —me anunció con cierta pompa.

—¿Así de simple?

—A don Matías le has gustado.

—¿Cómo puedes saber eso?

—Don Matías tiene buen ojo para las personas y para los negocios. No hace falta más.

—Entonces, ¿cuándo empiezo? —le pregunté, como si supiese de lo que estaba hablando.

Nico se echó a reír.

—Ya has empezado. Ya estás con nosotros, monaguillo. Desde ahora mismo. ¿Qué te ha parecido don Matías?

Aquélla era una pregunta difícil. En aquel momento, la escena anterior, el polvoriento despacho de don Matías, Teresita y sus colillas, el olor a viejo de todo el edificio que acabábamos de dejar, me parecía más parte de un sueño extraño que algo real.

Por pura precaución, me limité a contestar:

—Aún no me he hecho una opinión.

Nico volvió a reír.

—¿Ves como eres un panoli? —Y recuperando los aires que había abandonado en presencia de su jefe, añadió—: Acabas de conocer al hombre que puede proporcionarte un futuro, chaval. Que las apariencias no te engañen, monaguillo. Tu vida acaba de cambiar por completo.

Era una sensación extraña. Se suponía que mi vida había cambiado por completo gracias a que había estado unos minutos con un hombre que apenas me había hecho caso en un cuartucho que olía a polvo y a anís y yo ni siquiera sabía en qué consistía ese cambio. Me sentí repentinamente cansado de tanta incertidumbre.

—La verdad, no entiendo nada de todo esto —confesé al fin.

Nico me dedicó, por una vez, una sonrisa carente de altanería. Me dio un amistoso puñetazo en el hombro y me dijo, con un tono de camaradería que me levantó de nuevo el ánimo:

—Está bien, monaguillo. Ha llegado el momento de que sepas a lo que te vas a dedicar...

Mi primer trabajo fue de *trenero*. Tal y como me explicara Nico al encomendármela, aquella era una tarea cansada y no exenta de riesgos, pero a don Matías le gustaba que todos sus empleados empezasen desde abajo y, sin duda, ser transportista de mercancías de contrabando en los trenes, lo que se conocía por *trenero*, era probablemente una de las labores menos gratificantes a las que podía dedicarse un aspirante a hacer carrera en el mundo del estraperlo.

Durante semanas tuve la sensación de que estaba atrapado en un permanente trayecto de tren. Estaba continuamente yendo y viniendo de Santander en una tercerola, el vagón más barato del tren nocturno, en compartimentos que olían a madera rancia, a sudor y a una confusa mezcla de comidas, en los que nos sentábamos como buenamente podíamos hasta un máximo de ocho viajeros en unos asientos corridos que de tan duros más parecían de piedra que de madera. Mi misión era sencilla, siempre y cuando no apareciesen los guardias. Nico me venía a buscar a la corrala cuando había un transporte que hacer. Él me daba el dinero para los billetes de ida y vuelta y para mi comida y yo me marchaba a la estación del Norte para coger el tren a Santander. El viaje de ida lo hacía sin cargamento. Llegaba a destino al amanecer y me pasaba todo el día deambulando por la playa del Sardinero. Aquello era lo mejor del trabajo. Yo nunca había salido de Madrid hasta entonces y fue gracias a aquellos viajes que conocí el mar. Y quedé hechizado por él. Era capaz de pasarme el día entero vagabundeando por la playa, mirando las olas y a los escasos bañistas que, sin importarles la temperatura, se atrevían a zambullirse

en el agua cualquier día del año. Nunca olvidaría los días pasados allí. Libre, solo y viendo el mar. Comía en una tasca cercana a la playa y, si me sobraba algo de dinero, me compraba un cucurucho con una bola de helado de vainilla en una confitería del paseo marítimo y dejaba pasar las horas fascinado por aquel mar que era capaz de hipnotizarme hasta hacerme perder la noción del tiempo. A veces, si había pasado mala noche en el tren, recobraba fuerzas echando una cabezada sobre la arena, repechado contra algún murete, y otras veces recopilaba unas cuantas piedras lo más planas posible y me acercaba a la orilla para divertirme tirándolas contra las olas e intentando que rebotaran sobre la superficie de las aguas revueltas. Me gustaban aquellos días muertos, sin obligaciones ni nada que hacer, dedicados tan sólo a disfrutar del olor, la visión y la brisa de aquel mar verde e infinito, de oleaje incansable y de una belleza como nada que hubiese visto antes.

Al anochecer, cogía el tren nocturno de regreso a Madrid. Y apenas veinte minutos después de iniciado el viaje, comenzaba mi trabajo. Cuando el traqueteante tren se detenía en el primer cambio de agujas, yo bajaba la ventanilla del compartimento de la tercerola y encendía una yesca que llevaba siempre encima y la agitaba sacando el brazo hasta que los que allí me esperaban me veían. Al poco, de las sombras surgían dos hombres que me pasaban la mercancía a través de la ventanilla. Aunque llevé paquetes de todo tipo, lo más frecuente eran los garrafones. Según me explicara Nico, se trataba de vino de la mejor calidad que llegaba a Santander procedente de las bodegas más prestigiosas de Burdeos, cruzando ilegalmente la frontera. Las garrafas parecían contener un barato aceite de soja pero, en realidad, se les obturaba el cuello y tan sólo se rellenaba con aceite el gollete por si alguien las abría y olisqueaba. El resto del contenido era un vino libre de impuestos por el que mucha gente estaba dispuesta a pagar una fortuna en la capital. Una vez recogidos los garrafones o cualquiera que fuese el cargamento que tocara

esa noche, ocultaba la mercancía bajo el asiento del tren, escondida entre los equipajes de los viajeros. Los demás ocupantes del compartimento solían observar impertérritos todo ese proceso o simplemente miraban para otro lado, conscientes de que aquello no iba con ellos, de que uno no debía inmiscuirse en los asuntos ajenos. Nunca, ni una sola vez, hubo nadie que me hiciera pregunta o comentario alguno al respecto.

Durante el resto del viaje me limitaba a dormir. Y en el último cambio de agujas antes de llegar a Madrid, llevaba a cabo la operación inversa. Cuando el tren aminoraba su marcha, abría la ventanilla y hacía señas con la mano para ser visto porque, al estar amaneciendo, ya no necesitaba utilizar la yesca. Cuando veía asomar de entre los árboles a quienes allí me esperaban, lanzaba las garrafas o lo que fuera que llevase por la ventana. Y con eso terminaba todo mi trabajo. Suficiente para un principiante como yo. Nunca supe quiénes eran aquellos hombres que entregaban o recogían las mercancías ni qué se haría con ellas después. Ya había aprendido, a pesar de ser sólo un novato, que la mejor forma de que se confiara en alguien era haciendo el menor número de preguntas posible.

En aquellos años los trenes iban llenos de falsos viajeros como yo que usaban todo tipo de estratagemas para transportar sus cargas de contrabando. Cada uno iba a lo suyo. Éramos como una gran familia distante pero bien avenida. Con algunos acababas coincidiendo en el mismo compartimento y normalmente hacíamos el viaje manteniendo un silencio cómplice, sin intercambiar palabra, a pesar de que de tanto verlos hubo ya a quien apreciaba como a un viejo compañero de fatigas. Conocí a hombres que bajo sus pantalones colgaban ristras de tocino desde la cadera hasta los tobillos y a mujeres que simulaban llevar en brazos a un bebé cubierto con una manta que era en realidad un saco de judiones. Me admiró una astuta embarazada que, cuando los guardias le pidieron los papeles durante una de sus inspecciones,

simuló sufrir dolorosas contracciones de parturienta. Cuando se hubieron ido, partiéndose de risa, me mostró el tripón de preñada formado por saquitos de arroz cosidos a su blusa y cubiertos con un faldón. En una ocasión compartí tercerola con todos los miembros de una supuesta orquesta de verbena que llevaban los estuches de los instrumentos llenos a rebosar de garbanzos y chorizo. Y aprendí mucho de un espabilado tipejo que llevaba unas sacas con un gancho cosido y que, al aparecer los guardias, las sacó por la ventana, las sujetó con el gancho a un remate exterior del vagón y las recuperó tranquilamente después de que éstos pasaran. En aquellos trenes, uno conocía a todo tipo de personajes y había una confortable y discreta camaradería, conforme a la cual todos hacíamos y dejábamos hacer y, entre todos, proveíamos al mercado negro de Madrid de toda clase de productos que esquivaban así restricciones, tasas y cartillas.

Rara vez se rompía la monotonía durante aquellas noches interminables. El único riesgo era que apareciesen los guardias. Normalmente, las parejas de la Guardia Civil controlaban las estaciones, de ahí que hubiesen de hacerse las cargas y descargas de aquella manera. Sólo de vez en cuando, en cualquiera de las paradas del trayecto, sin regla fija, subía al tren una pareja para hacer una inspección. Se asomaban al compartimento y echaban un vistazo a los viajeros y a los bultos de equipaje, aunque por alguna razón que desconozco solían fijarse más en los que estaban colocados en las cestillas que colgaban encima de nuestras cabezas que en los amontonados bajo los asientos. Si no les gustaba alguna cara, podían pedirte la documentación y en ocasiones te hacían mostrar el contenido del equipaje. Pero era raro que se interesaran por un chaval que parecía estar durmiendo plácidamente. Las pocas veces que me preguntaron qué hacía un chico tan joven a solas en un tren adoptaba mi expresión de cara más inocente y, fingiendo una cierta aprensión por mi propio futuro en Madrid o en Santander, según fuera el trayecto, les contaba historias

que siempre eran más o menos iguales, como que me trasladaba para trabajar en la panadería de un hermano de mi madre, que mi padre había muerto en la guerra fusilado por los rojos y mi madre no ganaba para mantenernos a los siete hermanos y había decidido enviarme a ganarme la vida y a mandar algún dinero a casa trabajando con el único pariente pudiente que nos quedaba. Aquel tipo de historias solían colar hasta el punto de que a menudo inspiraban en los adustos guardias un gesto de comprensión y hasta un resignado asentimiento ante las trágicas consecuencias de la guerra. Muchas veces pensé que los guardias, bajo su aparente dureza, escondían una cierta tolerancia y tenían tan poco interés en descubrir los chanchullos de los viajeros como nosotros en ser descubiertos. Sólo de vez en cuando se esmeraban un poco más en las inspecciones, más por demostrar a sus superiores que cumplían con las órdenes recibidas que por verdadero interés en arruinarle la noche a alguien, y acababan deteniendo a alguno de los pasajeros y requisando su equipaje, ante la interesada indiferencia del resto. Pero yo me fui librando hasta aquella noche en que mi suerte terminó con aquellos dos guardias demasiado jóvenes y demasiado severos que me pillaron desprevenido y me obligaron a saltar del tren.

Mi vida había cambiado mucho desde que empecé a trabajar como trenero para don Matías. Hacía como mínimo un viaje a la semana, así que entre los días de viaje y los días perdidos recuperando sueño, dejé prácticamente de ir por la parroquia a la clase de don Francisco. Ante tanta ausencia, un día el párroco acabó asaltando por la calle a Marita para preguntarle qué me ocurría. Y Marita le explicó, con un fingido suspiro de tristeza, que no me había quedado más remedio que ponerme a trabajar en el turno de noche de una fábrica de papel para ganar algunos cuartos, que era la milonga que yo le había contado a ella. A Marita, siempre permisiva conmigo, no le sorprendió ni pareció importarle demasiado que decidiera, como tantos otros chicos de

mi edad, dejar los estudios para buscarme los reales, y a mí me encantaba la expresión de alegría y alivio cuando le daba las cinco pesetas que recibía de Nico tras cada viaje, una vez retirada una peseta que yo me quedaba para gastos propios. Al fin y al cabo, Marita era una mujer práctica y al instante comprendió que aquel dinero nos sería más útil que aprender las tablas de multiplicar con don Francisco.

Aquellos viajes no eran lo que me imaginaba cuando empecé a soñar con unirme a Nico. La mayoría de los viajes no tenían nada de apasionantes. Pero, aun así, me gustaba todo aquello. Era una vida nueva en la que se había abierto un horizonte de aventuras, posibilidades y promesas. Me gustaba darle dinero a mi madre y hasta pude permitirme regalarle algún botecito de perfume que Nico me conseguía a un precio ridículo. Me gustaba que los vecinos de la corrala pudiesen oler la comida que mi madre preparaba en el hornillo y que supieran que también Marita la Olorosa y su hijo podíamos comer caliente gracias al jornal que yo aportaba a nuestra pequeña familia. Y me gustaba también el riesgo, esa sensación que nunca te abandonaba yendo en el tren por muy aburrida que transcurriera la noche sólo por saber que en cualquier momento podías ser descubierto por los guardias. Nunca en aquellas largas noches sentí ni cansancio ni miedo, porque me consideraba todo un aventurero al que no le estaban permitidos semejantes sentimientos. Me halagaba ser felicitado por Nico tras cada viaje y sentirme diferente de mis amigos del barrio, con los que ya apenas compartía juegos en la plaza, y que me miraban con una mezcla de curiosidad y respeto cuando les decía que no podía echar un partido de fútbol con ellos porque estaba demasiado ocupado con mis negocios para perder el tiempo dándole patadas a un balón.

Aquellos viajes me mantuvieron ocupado durante las semanas siguientes a mi encuentro con Nico. Hasta la noche en que los guardias fueron a por mí y salté para siempre de aquellos trenes lentos y malolientes que llegaron a

convertirse en algo parecido a un segundo hogar para mí. Mi vida dio un nuevo giro entonces y encaró un destino que tampoco esta vez podía siquiera imaginar.

Durante varios días, me devoró un sentimiento de rabia y de fracaso. Desde que la noche de mi huida llegué al fin a nuestra corrala, cuando ya amanecía, dolorido y exhausto, mi mente no dejó de darle vueltas a lo ocurrido y sólo podía culparme por mi estupidez. A pesar del agotamiento, no logré conciliar el sueño aquella noche. Y los días siguientes seguí atormentándome, preguntándome una y otra vez si podría haberlo evitado o qué error había cometido o por qué, más allá del azar, aquel guardia se había fijado especialmente en mí. Pero daban igual las posibles respuestas. Aquello ya no tenía arreglo. Y lo que me llenaba de rabia era pensar que aquel fracaso iba a poner fin a mi recién iniciada vida de aventurero. Me veía condenado a volver a ser un mero chico de barrio, el monaguillo de la misa de diez y media, el hijo de Marita la Olorosa, y nada más.

Cuando Nico vino por fin a verme, supuse que era para decirme que les había decepcionado tanto a él como a don Matías, que me olvidara de ellos, que ya no contarían conmigo nunca más. Afronté el encuentro con la resignación del que se sabe perdedor, rendido a un futuro en el que ninguna de mis fantasías de verme convertido en un tipo respetado, incluso temido, en el mundo de los estraperlistas, se haría ya realidad. Pero no fue así.

Para mi sorpresa, Nico ni siquiera parecía enfadado. Nada más encontrarnos en la plaza, me preguntó con tranquilidad qué había ocurrido. Los hombres que, como siempre, esperaban la entrega de la mercancía a través de la ventanilla del vagón se habían quedado esperando en vano. Y don Matías estaba preocupado, añadió, y yo di por hecho que su preocupación no era por

mí sino por la mercancía perdida. Pero no percibí ningún rastro de reproche o reprimenda en su forma de hablarme sino tan sólo curiosidad.

Le pedí que me acompañase a mi casa. Por el camino le conté el encuentro con los guardias y cómo de milagro había conseguido saltar del tren y no ser detenido. Subimos a la habitación que yo compartía con Marita. Nico no había estado nunca allí y sentí una cierta vergüenza de que viese dónde vivía. Pero él me siguió sin hacer ningún comentario burlón ni hiriente cuando entramos en aquella habitación en que se apelotonaban nuestros escasos y un poco cochambrosos muebles.

Él esperó junto a la puerta y yo me agaché bajo mi camastro y saqué de debajo los dos petates con los que había huido del tren.

Al verlos, Nico abrió mucho los ojos y no pudo evitar soltar una carcajada.

—¿Fuiste capaz de salvar el cargamento? —exclamó, más que preguntar.

Aunque me gustó verle reír, yo aún no me sentía tranquilo. Nico había escuchado mi relato de los hechos pero aún no había dictado veredicto ante mi fracaso, así que me limité a asentir con cautela.

—Por suerte, esa noche no tocaba llevar garrafas de vino, porque no habría podido con ellas. —Le tendí los dos petates y añadí—: No los he abierto. No sé lo que hay dentro. Pero por lo menos no pesaban demasiado.

Nico me miraba con una expresión a medio camino entre el asombro y la diversión.

—Eres increíble, monaguillo —fue todo lo que dijo antes de soltar otra carcajada.

A la mañana siguiente, Nico me llevó a ver a don Matías. Tan sólo me dijo que le había contado lo ocurrido y que deseaba verme. Como la primera vez, fuimos en tranvía. Durante el trayecto, advertí que Nico tenía un gesto serio y, aunque tenía bien aprendida la lección de que no debía hacer preguntas, la incumplí para preguntarle si le pasaba algo.

—Hay problemas —fue lo único que dijo antes de un largo silencio.

Esperé, sin atreverme a volver a preguntar. Nico me escrutó por un instante, midiendo si debía o no darme más información, y por fin se decidió a hablar.

—A don Matías le han robado algo muy valioso. Planchas de imprenta. Planchas para imprimir cartillas de racionamiento.

Nico calló, como si de pronto hubiese decidido que ya había hablado demasiado. Su gusto por el misterio pareció imponerse sobre su impulso de contarme aquel suceso. Pero, al poco, fue como si cambiara otra vez de opinión. Debió de decidir que me impresionaría más si me demostraba lo mucho que sabía.

—Las cartillas de racionamiento falsas son uno de los negocios que más dinero pueden dar en esta ciudad. Y hay muchos tipos de falsificaciones corriendo por ahí. Pero ninguna está hecha con las planchas originales. Hasta ahora, sólo don Matías tenía unas copias.

Hizo una pausa teatral para dar mayor trascendencia a sus revelaciones. Si lo que quería era deslumbrarme, sin duda lo había conseguido. De todo lo que podía adquirirse en el mercado negro —y en aquellos días podía adquirirse ilegalmente cualquier producto que uno pudiese imaginar—, nada era más valioso que las cartillas de racionamiento. Las cartillas oficiales, incluso las de primera categoría, apenas permitían poco más que sobrevivir al hambre. Cada día se anunciaba en el periódico la ración autorizada de los productos a los que daba derecho cada categoría de cartillas y daba igual que uno tuviese dinero, porque los tenderos tenían prohibido vender más allá de esos límites. Con la cartilla de tercera de Marita, a duras penas podíamos lograr cada semana poco más de un cuarto de litro de aceite, cien gramos de arroz y otros tantos de garbanzos o lentejas, doscientos gramos de pan negro, un trozo de jabón y unos kilos de carbón. Existía también una cartilla especial para la carne, pero tener la cartilla no era garantía de conseguir la ración, dado que

era frecuente que el abastecimiento fallara y no llegaran a los mercados ni carne, ni leche ni huevos. Como todos nuestros vecinos, Marita y yo nos habíamos acostumbrado a convivir con el hambre y, si ésta apretaba mucho, como todos, sabíamos a quién recurrir en el barrio para comprar algún añadido en el mercado negro con el que aliviarla. Pero ni siquiera con el dinero que yo había podido aportar gracias a mis viajes en tren podíamos alcanzar para hacernos con algo tanpreciado como una cartilla falsa. Eso estaba reservado a gentes de más posibles, dispuestas a pagar lo que fuera para que sus familias esquivasen el racionamiento.

Con semejante penuria, es fácil imaginar lo próspero que resultaba el negocio de las cartillas falsificadas. Corrían de mano en mano docenas de cartillas falsas de tan poca calidad que pronto eran detectadas y retiradas, y servían más para que algún timador de tres al cuarto se sacase unas perras endosándolas a cualquier incauto que para obtener alimentos. Pero, frente a esas chapuzas, era incalculable el dinero que podía obtenerse con cartillas impresas con unas planchas que fuesen copia de las oficiales. Saber que don Matías las había conseguido —y saber también que alguien se las había robado— era como para estar impresionado.

Nico no me dio más detalles. Ni siquiera mencionó que en el robo había habido muertos. Todo aquello se lo guardaba para él o, simplemente, los muertos eran menos importantes que el robo. Liquidó el asunto con una mirada de solemne misterio para que me quedara claro que había más cosas detrás de todo aquello que él sí sabía pero que a mí no me podía contar, y derivó la conversación a asuntos intrascendentes.

Por segunda vez en mi vida, volví a aquella oficina de Moncloa. Volví a pasar el control de Teresita, que seguía llevando colgada de su boca una colilla que bien podía ser aún la misma de la primera vez, y volví a entrar en el despacho de don Matías. Y esta vez, sabiendo que era un hombre capaz de

lograr planchas oficiales de cartillas, estar en su presencia me sobrecogió aún más que en mi anterior visita.

—Nico me ha contado lo que ocurrió en el tren... —fueron sus palabras de saludo.

Su mesa seguía siendo un caos de papeles y todo parecía impregnado del mismo espeso olor dulzón a anís y a polvo.

Con los ojillos estrechos de don Matías fijos en mí, me asusté. Nico parecía haber comprendido la mala suerte de lo ocurrido en el tren. Pero quizá, pensé, tan sólo lo había fingido para llevarme ante su jefe, que sería quien me impondría la pena por mi fracaso. Noté que el corazón se me aceleraba y por mi mente pasaron como ráfagas imágenes de terribles castigos.

—Dime, ¿por qué cogiste la mercancía antes de escapar? —me preguntó don Matías, que seguía mirándome fijamente—. Lo que hubiese hecho cualquiera sería abandonarla al tener que huir.

La pregunta me desconcertó. No fui capaz de intuir a dónde llevaría aquello, así que, más por rendición que por astucia, decidí decir la verdad:

—Porque ése era mi trabajo, don Matías, y yo cumplo con mi trabajo.

Un silencio inescrutable siguió a mis palabras. Don Matías mantuvo los ojos clavados en mí. Y, a mi lado, podía oír la respiración de Nico, pero ni siquiera me atreví a mirarle para buscar alguna pista de lo que podría ocurrir. Hasta que, para mi sorpresa, de manera repentina don Matías soltó una peculiar risita que sonaba como una tos infantil.

—Ahí lo tienes, Nico —dijo, apartando al fin los ojos de mí, y señalándome, añadió—: Ésa es la madera de la que están hechos los hombres de una pieza.

Aquella frase fue para mí como si de pronto entrase un rayo de luz en aquel despacho siempre sumido en la penumbra. De pronto, el cargado ambiente de la estancia me pareció fresco como una mañana de primavera y la mesa

anegada de papeles bien podría haberme parecido un jardín cubierto de flores. Todo mi miedo se desvaneció y sólo dejó paso a la incertidumbre sobre lo que vendría a continuación.

La risa de don Matías apenas si duró un par de segundos antes de que regresase la habitual inexpresividad a su rostro y a su voz.

—Voy a haceros una pregunta —dijo, mirándonos alternativamente a Nico y a mí—. Imaginaos un mendigo. Un mendigo que recoge colillas en la calle. Las deshace y recupera el tabaco que ha quedado sin quemar. Y con ese tabaco se lían un cigarrillo completo. Cada cinco colillas obtiene tabaco suficiente para liarse un nuevo cigarrillo. Así que, si recoge veinticinco colillas, ¿cuántos cigarrillos podrá liar?

Miré a Nico. Pero no porque buscase su ayuda para dar una respuesta, sino porque la pregunta me parecía tan tonta que no estaba seguro de haberla entendido bien. Al ver que Nico se encogía también de hombros ante lo obvio de la cuestión, me decidí a contestar primero:

—Pues cinco, claro.

Don Matías negó, apesadumbrado, con la cabeza.

—Ésa es la clave... —dijo y, con un tono paternal propio del maestro a quien decepcionan sus alumnos, continuó—: Está claro que esas veinticinco colillas proporcionan cinco cigarrillos completos al mendigo. Pero, una vez fumados, esos cinco cigarrillos se habrán convertido también en cinco colillas. Y esas cinco colillas le permitirán liar otro cigarrillo. Así que la respuesta es seis.

Satisfecho por la lección que nos acababa de dar, don Matías se tomó su tiempo para abrir un cajón de la mesa, sacar una copa y una repujada botella de Anís La Cordobesa y servirse. Luego, dejándonos tiempo para sentirnos completamente idiotas, volvió a guardar con parsimonia la botella en el cajón y a cerrarlo antes de volver a hablar.

—Ésa es la clave de los negocios. No despreciar ninguna ganancia por pequeña que sea. Un mendigo tonto se fumaría sus cinco cigarrillos y se quedaría tan contento. Un mendigo inteligente disfrutaría del sexto más que de todos los anteriores. Porque es ese sexto cigarrillo el que marca la diferencia entre el éxito o el fracaso. —Y añadió, señalándome con un dedo—: Tú, muchacho, has demostrado ser inteligente. Pocos de los hombres que trabajan para mí se habrían comportado como tú. Habrían abandonado la mercancía que transportaban para huir más deprisa y más ligero de los guardias. No era tan importante. No se habría perdido tanto. Pero tú la llevaste contigo. Por pequeña que fuera, no renunciaste a esa ganancia. Y ése es el secreto de cualquier negocio: no renunciar a ningún posible beneficio por pequeño que sea.

Ni se me ocurrió decir que en absoluto había pensado en algo así cuando me detuve en mi huida para cargar con aquellos patates. Le había dicho la verdad. Sólo los había recogido por instinto, por cumplir con mi deber. Pero no iba a desmerecer el repentino éxito en que se había convertido mi fracaso.

Eché otro rápido vistazo a Nico y vi que éste sonreía satisfecho y me gustó pensar que en aquel momento se sentía orgulloso de haberme reclutado. Cuando mi mirada regresó a don Matías, éste había abandonado ya su tono profesoral para volver a ser el hombre práctico que no se perdía en detalles.

—Evidentemente, no puedes volver a los trenes —me dijo—. Habrá que buscarte otras ocupaciones. Pero tu comportamiento de la otra noche merece ser reconocido. Tienes coraje y lealtad, chico. Dos de las cosas que más aprecio en los hombres. Y por eso voy a ayudarte. Buscaremos algo que te permita llevar un jornal a casa. Te lo has ganado, muchacho.

Oír aquello me dejó desconcertado. Nada en aquella visita al despacho de don Matías había ido como había temido. Iba a ser premiado. Debería haberme sentido loco de alegría. Pero aquellas palabras de don Matías me

inquietaron. Me resultó extraña y poco deseable aquella promesa que sonaba muy alejada de mi deseo de vivir en el mismo mundo de misteriosas aventuras al que pertenecía Nico. Me sentí obligado a sonreír y a dar las gracias, aunque de pronto estaba mucho más incómodo que contento.

—Yo me ocupo —concluyó don Matías que, tras unos segundos pensativo, añadió una enigmática pregunta—: ¿Conoces el club Dixie?

Negué con la cabeza. Jamás había oído hablar de aquel lugar. Pero mi ignorancia no le provocó ninguna reacción.

Nico ya se había puesto en pie. Estaba claro que don Matías daba la reunión por terminada, así que imité a Nico y nos despedimos sin recibir respuesta. Don Matías tenía ya la cabeza en otro asunto.

Salí del despacho detrás de Nico y me sorprendió que, en lugar de Teresita, había un hombre allí. Era un tipo alto y corpulento, con una cabeza enorme. Peinaba hacia atrás un pelo negro zaíno, lo que resaltaba más aún su gruesa nariz de boniato y unas mejillas picoteadas de cicatrices de viruela. Saludó a Nico con un gruñido carente de cortesía y a mí ni siquiera me miró.

Cuando íbamos ya por el pasillo, Nico se volvió a mirarme y me dijo a media voz para que el otro no pudiese oírnos:

—¿Sabes quién era ése?

—No tengo ni idea, pero sólo verle da miedo.

Nico se rio.

—Es el Ruso —me dijo y, con esa voz de misterio que tanto le gustaba poner, solamente añadió—: Ya oirás hablar de él...

Se contaban miles de historias sobre el pasado del Ruso, pero ninguna había surgido de su propia boca. Fueran del bando vencedor o del vencido, la mayoría de los hombres regresaban de la guerra convertidos en versiones

taciturnas de quienes habían sido al partir. Con el tiempo, unos volvían a su antiguo ser y otros quedaban convertidos para siempre en seres nublados por una dolorida melancolía. Y algunos, muy pocos, regresaban convertidos en personajes de leyenda. El Ruso era uno de éstos. De él se contaban tantas cosas que nadie era siquiera capaz de afirmar con total seguridad en qué bando había luchado. Había quien le atribuía asaltos de conventos, con violaciones de monjas y ejecuciones de curas incluidas. Otros decían que su misión principal durante la guerra había sido pasar a cuchillo a los milicianos que quedaban heridos en el mismo campo de batalla tras cualquier combate para evitar a los suyos el engorro de cargar con prisioneros moribundos. Con el tiempo, la imaginación colectiva de quienes especulaban sobre su pasado había ido aumentando la épica de sus hazañas. Se llegó a decir que en su día había participado en el asesinato de Calvo Sotelo y otros aseguraban que era él quien dirigía al pelotón que había fusilado a García Lorca. Hasta su apodo tenía explicaciones diversas y ninguna de ellas segura, más allá de que nadie conocía su nombre real. Unos lo explicaban porque había formado parte de la comitiva que transportara a Moscú las 510 toneladas de oro del Banco de España que el Gobierno de la Segunda República había decidido llevarse a la Unión Soviética al principio de la guerra. Pero otros aseguraban que se debía a su servicio con la División Azul, donde había sobrevivido sin haberse hecho ni un rasguño a los meses del asedio de Leningrado luchando mano a mano con el ejército del Tercer Reich. Las historias que corrían sobre él eran contradictorias e incompatibles pero, en todo caso, todos los relatos incluían muerte, sufrimiento y una aterradora sangre fría por su parte. Lo único cierto era que el Ruso era el hombre en quien más confiaba Matías Sampedro y su empleado más fiel. En cuanto al origen de aquella férrea lealtad a don Matías, también eran muchas las justificaciones que corrían de boca en boca. Desde que éste había movido sus hilos para salvarle de una condena a muerte cuyo

cumplimiento esperaba en una celda de la cárcel de Carabanchel a cambio de que se convirtiese en su esbirro de por vida hasta los que aseguraban que don Matías había reunido todo un archivo de pruebas de sus crímenes con el que le chantajeaba para lograr sus servicios. Daba igual cuál fuese la verdad. Todo el mundo sabía que si Sampedro daba una orden al Ruso, éste la cumpliría fuera lo que fuese sin hacer la menor pregunta. Y eso le había convertido en alguien cuya sola mención inspiraba terror y obediencia sumisa a muchos.

Por supuesto, había sido al Ruso a quien Matías Sampedro encargó averiguar lo que realmente había ocurrido en el túnel de Delicias. Y éste había acudido a su despacho aquella mañana para ofrecerle respuestas.

Como era habitual entre los dos hombres, la conversación se limitó a lo estrictamente necesario, sin perder un solo segundo en preámbulos. Nada más entrar el Ruso en su despacho, donde siempre permanecía de pie ante la mesa sin que don Matías le invitara jamás a sentarse, éste le preguntó:

—¿Sabemos ya quién ha sido?

El Ruso no tardó un segundo en contestar:

—Han sido hombres de Jorge Lanza, señor Sampedro.

A don Matías no pareció sorprenderle la información. No movió un solo músculo de la cara. Sus dedos siguieron acariciando con parsimonia el borde de la copa de anís que tenía entre las pilas de papeles de su mesa. Y más por ganar tiempo mientras pensaba que por verdadera duda, tan sólo insistió:

—¿Tenemos alguna prueba que lo confirme?

—No es fácil —le respondió el Ruso—. Pero no hay duda. Ya sabe que hemos tenido problemas con Lanza y su gente últimamente. Quieren crecer, quieren quitarnos el sitio... Siempre andan metiendo las narices en nuestros asuntos. Hasta ahora, sólo habían sido incidentes sin importancia. Algún pequeño robo, alguna pelea, nunca nada demasiado grave... Nada que ver con lo que ha pasado esta vez.

Don Matías asintió, con un gesto quizá más dirigido a sus propios pensamientos que a las palabras del Ruso.

—Lanza es un advenedizo. Un arribista —dijo, sin que el tono de su voz se alterase lo más mínimo—. Madrid se está llenando de tipos así. Hombres que no vienen desde abajo, que tienen demasiada prisa, que no quieren sembrar sino sólo recoger los frutos de lo que otros hemos plantado...

Se tomó un instante para dar un sorbo a su copa de anís antes de continuar.

—Soy un hombre tolerante. Es normal que ahí fuera, en las calles, ocurran cosas. Puedo admitir incluso esos pequeños robos de los que hablas. Puedo entender a lo que llevan el hambre y la necesidad y hasta las prisas de algunos por hacer fortuna rápido. Pero esto es diferente. Esto es asesinato.

Por un momento pareció que don Matías iba a perder su imperturbable templanza. Su frente se cubrió con rapidez de más gotas de sudor de las habituales y su rostro se coloreó ligeramente de un pálido tono rojizo desde la calva hasta la papada. Don Matías rara vez elevaba el tono de voz o se le veía afectado por algo, pero en aquel instante faltó poco para que ocurriera.

Levantó de nuevo su copa de anís, pero esta vez dio un largo trago. Aquello pareció ser la única muestra de que estaba alterado, porque al hablar otra vez su tono volvía a ser tan pausado y reflexivo como siempre.

—Los hombres mueren en las guerras —dijo—. Los españoles lo sabemos bien. Y, en cierto modo, aún libramos una guerra en las calles de esta ciudad. Que dos hombres hayan muerto es algo que forma parte de esa guerra. No tiene mayor trascendencia. Rezaremos una oración por ellos y luego seguiremos adelante. Pero lo que no podemos permitir es que el asesinato entre a formar parte de nuestra manera de hacer negocios. Porque eso lo cambia todo. Lo ensucia todo.

Calló, como si necesitase meditar sobre sus propias palabras. La piel de su rostro fue poco a poco recuperando su tono normal y, cuando levantó por

tercera vez su copa de anís, esta vez volvió a ser para darle el habitual sorbito moderado. Después, cogió un ejemplar abierto del *ABC* que había entre sus papeles. Echó un vistazo a la breve reseña sobre la «misteriosa muerte de dos posibles maleantes» que apenas ocupaba espacio en una esquina de la página, ahogada entre un gran anuncio de la pomada Barachol, que garantizaba la cura de la sarna, y otro de más tamaño aún de las sandalias para hombres Boxtton, que aseguraban comodidad permanente sin importar las horas que se caminase. Luego, dejó el periódico a un lado con desinterés, como si con ello hubiese concluido las honras fúnebres por sus hombres asesinados y pudiese ya centrarse en otro asunto.

—Nos han robado, Ruso —dijo—. Esas planchas de cartillas eran una de nuestras mayores fuentes de ingreso. Y no será fácil conseguir otras. Trabajé duro para obtenerlas. Y no es justo que otros vayan a enriquecerse con lo que me han robado.

Sacó su inseparable pañuelo del bolsillo y se lo pasó por la frente, mientras negaba con la cabeza, en el único gesto de contrariedad que iba a mostrar durante aquella conversación. Tras guardarse de nuevo el pañuelo, continuó:

—Yo no creo en la venganza. Este país sólo saldrá adelante si nos olvidamos todos de nuestros deseos de venganza. Si cada uno se dedica a perseguir sus propios ajustes de cuentas, estaremos condenados a vivir en el odio y en el miedo para siempre. Pero yo creo en la justicia. Y lo que ha ocurrido no es justo.

Una inesperada sonrisa se perfiló en sus labios y se habría dicho que su voz se teñía de un repentino tono paternal cuando le preguntó:

—¿En qué crees tú?

El Ruso no era hombre de largas reflexiones. La pétrea expresión de su rostro no cambió lo más mínimo ni a sus ojos asomó ningún atisbo de

sentimiento. Su voz sonó tan carente de inflexiones como cuando poco antes informara de sus averiguaciones al decir:

—Yo creo en la supervivencia.

Por su sonrisa, quedó claro que a Matías Sampedro le complacía aquella respuesta.

—La justicia es una garantía de supervivencia, amigo mío —dijo, como si de verdad aquélla fuese una charla entre amigos y no la reunión entre un jefe y el más obediente de sus subordinados—. Por eso, por nuestra propia supervivencia, tenemos la obligación de hacer justicia ante el crimen que se ha cometido.

A aquellas palabras les siguió un largo silencio durante el cual el Ruso permaneció impertérrito de pie frente a la mesa de su jefe mientras éste se limitaba a asentir lentamente. Hasta que por fin dijo:

—Responderemos.

Y, para reafirmarse en su decisión, añadió tras otro silencio más breve:

—Responderemos para restablecer la justicia. Responderemos para sobrevivir. La aparición del asesinato ha cambiado las reglas. Ahora la regla es que uno debe sobrevivir y el otro debe pagar por el crimen que ha cometido. Porque en eso consiste la justicia.

Matías Sampedro dio por terminada la conversación con una sonrisa de satisfacción ante sus propias conclusiones. Apoyó la cabeza en el respaldo de su asiento, cerró por un instante los ojos y, cuando volvió a abrirlos, cualquier posible rastro de rabia o de disgusto que pudiese quedar en su mirada había desaparecido.

—Has entendido lo que quiero decir, ¿verdad, Ruso?

El Ruso no titubeó.

—Sí, señor Sampedro.

Nico se quitó la chaqueta y se la puso sobre los hombros a Asia. Disimuló el escalofrío que sintió al quedarse en mangas de camisa. Asia se acomodó la chaqueta sobre su fino abrigo de lana y le dio las gracias con una sonrisa.

—Eres muy amable acompañándome a casa.

Nico se encogió de hombros.

—Una señorita no debe andar sola por las calles a estas horas.

—Para eso te tengo a ti, ¿no?

—Todas las grandes estrellas necesitan un guardaespaldas —le dijo él, con un tono de exagerada galantería.

Asia se echó a reír. Y Nico se quedó encantado, porque nada le gustaba más que hacerla reír.

Hacía ya semanas que Nico solía acompañarla a casa después de su actuación. La esperaba fuera, en la salida trasera del Dixie, por donde acostumbraban a marcharse los músicos y el resto de los empleados del club. A Nico le gustaba que todos le vieran irse con Asia. Le gustaba que le considerasen una especie de protector suyo, su amigo más íntimo, quizá incluso que sospecharan que podía haber algo más entre ellos. Por supuesto, también hacía semanas que Nico estaba enamorado de Asia.

Bajaban siendo aún noche cerrada por la avenida de José Antonio, que una vez apagadas las luces de los bares y las salas de fiesta, se convertía en un escenario un poco fantasmagórico, con el reflejo de las farolas creando sombras espectrales en los rostros gigantes de las estrellas de Hollywood de las carteleras de los cines. Los más rezagados corrían en busca de algún taxi

imposible ya de encontrar y algún borracho buscaba refugio en un portal mientras los mendigos husmeaban en los cubos de basura como gatos de callejón a la caza de restos aprovechables de otra noche de fiesta. Y hablaban. O, más bien, Nico hablaba y Asia escuchaba. Porque, a diferencia de lo misterioso que se ponía con los demás, a Asia le habría contado hasta el más íntimo de sus secretos.

Solía compartir sus planes con ella. Nico tenía montones de planes. Algunos eran permanentes y otros le duraban lo que duraba su caminata con Asia. A veces le decía que tenía claro que su futuro era abrir su propio restaurante. Un sitio para gente muy rica. Más elegante que cualquier otro que pudiera existir en Madrid. Otras veces le decía que estaba ahorrando dinero para montar un gran taller de coches, porque estaba seguro de que en unos años los automóviles colapsarían las calles de Madrid. Pero otras noches también le había dicho que pensaba convertirse en promotor de combates de boxeo, en representante de toreros y en propietario de una tienda de ropa mayor que los almacenes Madrid-París de Callao. Y Asia le escuchaba detallar cada uno de sus proyectos siempre sonriendo, con la misma atención que si fuera el primero que le contaba, y le animaba, fuera cual fuese, a ponerlo en marcha cuanto antes porque estaba segura, le decía, de que con su talento y sus ganas se iba a hacer de oro. Nico era capaz de pasarse hablando sin parar todo el largo camino desde el club hasta Legazpi, donde Asia vivía junto a su madre y una hermana menor.

Si alguien la hubiese visto cuando caminaba junto a Nico, difícilmente habría reconocido en aquella chica a la cantante del club Dixie. Cuando se quitaba el traje largo y se limpiaba el maquillaje y su melena quedaba recogida en un pequeño moño, Asia volvía a ser Rosita Muñoz, que era como de verdad se llamaba, una chica a la que no le gustaba llamar la atención. Incluso su carácter se transformaba cuando Asia volvía a ser Rosita, hasta el

punto de que bien podrían haber pasado por dos personas sin nada en común. En el escenario, Asia irradiaba seguridad, con sus andares firmes, con su forma casi imperceptible de llevar el ritmo con el cuerpo, con sus ojos llenos de sueños y su sonrisa llena de promesas y, sobre todo, con una voz capaz de adaptarse a cualquier melodía y atraer con cada frase que cantaba la atención de todas las miradas de la sala. Cuando no estaba actuando, Rosita era una joven de una frágil dulzura, con un aire de vulnerabilidad que inspiraba más el afán de protegerla que el deseo imposible de seducción que despertaba Asia.

Asia Luján era un invento de Raimundo Giralda, el dueño del Dixie. Poco después de abrir el club, Giralda había publicado un breve anuncio en la prensa en que ofrecía una audición a aspirantes a cantantes femeninas. Rosita se presentó junto a un par de decenas de chicas que, como ella, soñaban con salir de la pobreza para convertirse en la nueva Bella Otero. Nada más oírla cantar, Giralda supo que Rosita sería la cantante del club Dixie. Mientras las demás chicas trataban de deslumbrarle cantando coplas, tangos y pasodobles, haciendo burdas imitaciones de Lilian de Celis o Conchita Piquer, Rosita salió al escenario del Dixie, con Giralda como único espectador, y sin apenas moverse y sin levantar la mirada, interpretó en un perfecto inglés una versión a un *tempo* muy lento de *My Funny Valentine*. Y Giralda supo al instante que aquella chica menuda y apocada era no sólo la cantante perfecta para el tipo de club que quería crear sino también la futura estrella que siempre había soñado con descubrir.

Giralda tenía claro que en su recién abierto club sólo se escucharía swing y jazz y nada de música española ni ritmos como el boogie-woogie o el foxtrot, que tanto sonaban en las salas de fiesta vecinas y que él tanto despreciaba. Y quería que la principal atracción del Dixie fuese una cantante que le recordara a las grandes estrellas que admiraba hasta la veneración. Se encargó personalmente de cada uno de los detalles que perfilarían la imagen de Asia.

Le compró tres trajes largos, todos ellos con lentejuelas para que los focos crearan reflejos de colores sobre su cuerpo. Le hizo él mismo la trenza con la que salía siempre al escenario. Le eligió un maquillaje oscuro que resaltaba sus grandes ojos y el grosor de sus labios a la vez que daba un tono de raza incierta a su piel. Le hizo escuchar una y mil veces su más preciado tesoro, los discos de acetato que recibía por correo de América, para que aprendiera a modular la voz como Billie Holiday y Ella Fitzgerald. Y hasta se inventó aquel nombre exótico y un poco absurdo que él ya imaginaba en grandes carteles con deslumbrantes neones formando cada letra.

Rosita se dejó hacer, más por obediencia a quien la había contratado que porque creyese, como Giralda, que el Dixie era sólo la primera parada de un viaje relámpago a la gloria musical. Ni siquiera había contestado al anuncio por voluntad propia sino por insistencia de su madre, que vio en ello una oportunidad no ya de fama y fortuna sino de conseguir algún dinero que las ayudase a ella y a sus dos hijas a ir tirando. A Rosita le gustaba cantar, lo hacía desde niña, y su madre le había trasladado sus propios gustos musicales, enseñándole canciones en inglés que ella reproducía con un acento sorprendentemente perfecto gracias a su buen oído, porque apenas entendía una sola palabra de lo que cantaba. Ir a la audición de Giralda y plantarse a cantar delante de él en el escenario había sido el mayor esfuerzo de su vida. Le temblaba todo el cuerpo y llegó a pensar que las rodillas acabarían fallándole y que se desplomaría allí mismo. O que aquel hombre de aspecto cursi y remilgado la despediría de malos modos en cuanto le escuchase cantar algo tan inesperado como una balada en inglés. Su primera sorpresa fue que la contratara. La siguiente sorpresa llegaría después, cuando noche a noche fue descubriendo lo mucho que le gustaba salir a cantar a un escenario, arropada por una orquesta y delante de una sala llena de gente. No había una sensación igual, una sensación tan poderosa como aquella, que era capaz de transformar

a la tímida Rosita en la deslumbrante Asia Luján como si la música ejerciese sobre ella un hechizo mágico.

Era una vida de contrastes que la hacía feliz. No sólo porque nada en el mundo le gustaba más que cantar sino porque, además, ahora ganaba lo suficiente para que las tres mujeres de la familia comiesen cada día, algo que no siempre habían conseguido durante demasiado tiempo ya. El padre de Rosita había muerto tres años atrás. Los vecinos del barrio le habían apodado burlonamente como Teodoro el Indiano. En su juventud, a principios de siglo, Teodoro se había ido a Cuba a buscar fortuna. Se había despedido de su familia y amigos asegurándoles que volvería, si es que alguna vez se dignaba a volver, convertido en un hombre rico. Pero las cosas no habían salido como había planeado. A diferencia de muchos otros que convirtieron en realidad el sueño de hacer las Américas, Teodoro regresó tres décadas después con una esposa mulata, dos hijas pequeñas, los bolsillos vacíos, una profunda tristeza que ahogaba demasiado a menudo en vino peleón y una tuberculosis que tardó poco tiempo en llevarle a la tumba. Tan sólo se resignó a mostrar a los suyos el fracaso que era su vida porque esperaba que a su muerte, que sabía cercana, su familia se ocupase de aquella mulata con la que se había casado y de las dos pequeñas, que temía que acabaran mendigando en alguna sucia calle de La Habana.

Rosita creció gracias a la escasa caridad que podían permitirse sus parientes y a los trabajos esporádicos de tendera que iba consiguiendo su madre en los comercios del barrio. Creció cantando porque su madre combatía una asfixiante nostalgia de su tierra poniendo una y otra vez en un viejo gramófono las grabaciones que guardara en su única maleta para que le recordasen el estilo de música que solía escuchar de jovencita, cuando trabajaba de camarera en el Hotel Nacional de La Habana, mucho antes de cometer el error de enamorarse de un español que sólo le trajo pobreza y

disgustos y aquel exilio forzoso en un país que nunca iba a sentir como suyo. Rosita creció cantando hasta convertirse en aquella chica que ahora era Asia Luján, cuya mezcla de sangres tan diferentes le había dado una belleza también diferente, una peculiar fusión de piel blanca y rasgos de mulata que encandilaba cada noche a todo el que la veía aparecer en el escenario del club Dixie.

Una de las cosas que más le gustaban de aquellos paseos nocturnos con Nico era saber que él veía en ella a Rosita y no a Asia. Desde la primera vez que se atrevió, cauteloso y comedido, a hablarle en el club, ella había tenido la agradable sensación de que Nico buscaba más conocer a la chica que a la cantante y esa misma sensación había persistido a medida que iban construyendo poco a poco su amistad. A Asia le gustaba que Nico no se pareciese en nada a los hombres que se le acercaban en el Dixie, tan evidentes en sus intenciones como impertinentes en sus insinuaciones. Nico sólo hablaba y trataba de hacerla reír y nunca, en ninguno de sus paseos, había dicho o hecho nada que pudiera incomodarla. Le gustaba que alguien quisiera estar con Rosita mucho más que los piropos y los halagos que continuamente recibía como Asia. Y le divertía aquel permanente entusiasmo de Nico cuando le contaba sus grandes planes. Era fácil dejarse contagiar por su optimismo. Ella también tenía sus propios sueños, mucho menos grandilocuentes que los de Nico. Soñaba sobre todo con poder dar a su madre y a su hermana la vida digna que la mala fortuna del padre les había negado. Aunque sabía que en las palabras de su amigo había más fantasía que auténtica decisión, le gustaba dejarse llevar por su entusiasta cháchara, porque escuchando a Nico acababa convencida de que podría llegar a cumplir cualquier sueño que tuviera tan sólo dejándose contagiar por el convencimiento que él tenía de que iba a cumplir los suyos.

Por eso, aquella noche le sorprendió lo taciturno que se mostraba. Habían

recorrido ya la mitad del camino hasta su casa y Nico apenas había abierto la boca. Se le veía pensativo, caminando con la mirada clavada en la acera, y apenas si intentaba fingir su habitual actitud entusiasta y divertida cuando ella le dirigía la palabra. Para azuzarle un poco, Asia probó incluso a hacerle rabiar.

—Estás tan callado hoy que a lo mejor debería haber aceptado la oferta del señor Lanza de llevarme en su coche a casa...

Le bastó la mirada que le lanzó Nico para darse cuenta de que su inocente intento de chincharle no había sido la mejor idea. El señor Lanza había invitado ya unas cuantas veces a Asia a unirse a él y a sus invitados en su reservado del Dixie cuando terminaba la actuación. No era algo que a Asia le apeteciese especialmente, pero sabía que a Giralda no le habría agradado que le hiciera un feo a uno de sus mejores clientes, así que accedía con oculta resignación. Lanza solía estar acompañado en su reservado de hombres que se daban aires de importancia y de mujeres que se desvivían por gustarles. Asia se sentaba junto a Lanza, en el centro del sofá, y simulaba sentirse muy agradecida por la retahíla de elogios a su talento y a su belleza que recibía de todos ellos y que en realidad la incomodaban más que halagarla. Y si alguno de los acompañantes masculinos de Lanza se pasaba lo más mínimo de la raya en el tono de sus piropos, bastaba una mirada de éste para que reulara. Él la trataba con una obsequiosa caballerosidad. Saltaba a la vista que era un hombre de cuidada educación y modales exquisitos. Hacía todo lo posible para que Asia se sintiera a gusto a su lado, con una actitud que parecía más la de un padre protector que la de un galán con ambiciones. A menudo le mencionaba amistades indefinidas en el mundo del espectáculo con las que podría hablar, si ella le daba permiso, para lograrle actuaciones más allá del Dixie e incluso para llegar a grabar un disco que, decía, estaba seguro de que sería un enorme éxito. Asia le agradecía su interés sin creerse demasiado

nada. Nunca se quedaba mucho tiempo en el reservado. Aunque Lanza le resultaba agradable, no se sentía cómoda entre aquellos hombres y mujeres que pertenecían a un mundo tan diferente al suyo y en el que no sabía desenvolverse. Tomaba una sola copa de champán, que en realidad no le gustaba, tan sólo por no desairarle, y apelaba al cansancio tras la actuación o a cualquier otra vaga excusa para dejar el reservado, rechazando con cortesía las ofertas del señor Lanza, ya fuera cenar con él y sus amigos alguna noche o llevarla a casa en su coche o lo que fuese, algo que él aceptaba sin insistir.

Nico, que en el Dixie permanecía siempre en la barra, no perdía detalle desde la distancia cada vez que veía a Asia en el reservado de Lanza y se le llevaban los demonios y, aunque nunca se lo había hecho notar, por cómo cambiaba de tema con brusquedad las pocas veces que ella le había mencionado a Lanza, Asia lo sabía. Por eso, nada más decir aquello para chingarle un poco, se arrepintió de su pequeña maldad.

—Anda, dime... —le insistió, ahora con afecto—. A ti te pasa algo.

Nico volvió a mirarla y esta vez sonreía, reblandecido al instante por su cambio de tono.

—No me pasa nada. Es sólo que estoy algo cansado.

Por supuesto, Nico jamás le habría contado a Asia lo que le tenía tan sumido en íntimas cavilaciones.

Apenas dos horas antes, el comisario Gante se había acercado a Nico en la barra del Dixie para decirle que quería hablar con él en privado. Nico y Gante no habían tenido hasta entonces más relación previa que el intercambio de alguna mirada en las noches del club. Pero nadie le decía que no al comisario. Éste le había indicado con un gesto que le siguiera y habían ido al callejón al que daba la salida trasera del club, la misma donde Nico esperaba a Asia dos horas después. Aquél era un lugar discreto. La única iluminación la daba un desvencijado farolillo clavado a la pared junto a la puerta por donde salían

los empleados. Ni desde la plaza del Carmen ni desde las ventanas de las casas que daban al callejón se podía llegar a vislumbrar a quien allí estuviese. A menudo, los empleados salían al callejón a tomarse un descanso y fumar un cigarrillo. De hecho, cuando llegaron Gante y Nico había dos camareros fumando, pero les bastó una señal del comisario para tirar al instante sus cigarrillos y regresar al interior, dejándolos solos.

Fue entonces Gante quien se sacó del bolsillo interior de su chaqueta una pitillera de latón y tomó de ella un cigarrillo, sin ofrecerle otro a Nico. Lo encendió con un fósforo y, al devolver la pitillera al bolsillo, se le abrió lo suficiente la chaqueta para que Nico pudiera distinguir la pistolera que le colgaba de un costado. Éste no tuvo ninguna duda de que el comisario se la había dejado ver deliberadamente.

Gante dio dos caladas al cigarrillo y exhaló con tranquilidad el humo antes de hablar, y luego, como si de una charla intrascendente entre dos viejos amigos recién encontrados se tratara, le preguntó:

—¿En qué andas metido últimamente, Nico?

Nico le dedicó una sonrisa beatífica.

—En nada, comisario. Ya sabe, haciendo cosillas aquí y allá, las chapuzas que van saliendo, lo justo para ir tirando...

—¿Algo que yo deba saber?

—Pues no se me ocurre, la verdad, comisario. Yo no soy de los que se meten en líos...

El comisario se detuvo a contemplar el cigarrillo entre sus dedos como si estuviese apreciando una exótica obra de arte. Por fin, se decidió a darle otra calada y sólo cuando hubo expulsado el humo, que brotó a la vez de su boca y de su nariz, volvió a hablar y todo rastro de falsa amistad desapareció ya de su voz.

—Van a pasar cosas.

Fue todo lo que dijo. Y esperó a ver la reacción de Nico. Éste se limitó a encogerse de hombros y a poner una exagerada cara de lerdo que escondía una burla tan evidente como el tono que había usado en sus respuestas anteriores.

Aquello no gustó a Gante. Le acercó tanto la cara a Nico que pareció que fuese a besarle. Incluso se puso un poco de puntillas, porque Nico le sacaba casi una cabeza. Éste pudo percibir con más intensidad de la que hubiera deseado el olor a coñac y a tabaco de su aliento y, a pesar de la escasa luz, pudo también ver con claridad las manchas de nicotina que ensuciaban los dientes del comisario que asomaron bajo su descuidado mostacho.

—Deja de poner esa cara de imbécil —le dijo Gante, y Nico hubo de dar un paso atrás para que la nariz de aquél no chocara con su barbilla—. A mí no intentes tomarme el pelo, niño de mierda. Con el resto de la gente puedes darte los aires que quieras. Te he visto en el club. Te crees muy importante, ¿verdad? Un pez gordo, ¿no? Pues sólo eres otro muerto de hambre, otro de los esclavos de Sampedro, otro pobre idiota al que utiliza para sus negocios sucios. Y cuando a él le convenga, te dejará tirado como a esos dos imbéciles que mataron en el túnel.

Aunque hasta entonces no hubiese tenido trato directo con él, Nico sabía muy bien quién era Gante. Sabía lo que te podía ocurrir si te metías en problemas con un comisario de la Dirección General de Seguridad. Sabía que no debía dejarse engañar por las apariencias. Aquel hombre de aspecto desaliñado, con esos trajes que siempre parecían quedarle grandes y, a pesar de lo cual, nunca conseguían ocultar una tripa que asomaba desbocada por entre sus solapas, una rala pelambreira mal peinada, zapatos que jamás habían pasado por las manos de un limpiabotas y una empecinada afición por el Soberano, no era un tipo a menospreciar. Pero si algo no toleraba Nico era ser él el menospreciado y aquellas palabras, más que asustarle, le envalentonaron.

—No me asusta, comisario —fue su respuesta, manteniéndole la distancia y

la mirada.

Gante reaccionó al reto con una rapidez de movimientos mayor de la que cupiera suponerle. Lanzó un brazo hacia él y sus dedos se agarrotaron en la tráquea de Nico. Le empujó hasta hacerle chocar de espaldas contra la pared y le mantuvo ahí mientras le hablaba, sin importarle si podía respirar o no. Aunque estaba seguro de que, si entraba en pelea, ganaría sin dificultad a aquel cincuentón más bajo y menos ágil que él, Nico no respondió al envite. Su orgullo no le cegaba lo suficiente para no recordar que, tanto como él le superaba en fuerza, el comisario le ganaba en poder y que cualquier reacción por su parte le acarrearía consecuencias funestas. Así que se mantuvo quieto, dejando que el otro le apretara la garganta hasta obligarle a abrir la boca para buscar un poco de aire, mientras le hablaba.

—Mira, gracioso, podría ahora mismo trincarte y llevarte conmigo y nadie volvería a saber de ti nunca más. Nadie te echaría siquiera de menos. ¿O es que crees que Sampedro movería un dedo por ti? Pobre diablo... Un día aparecerás muerto en un túnel como esos dos y nadie recordará siquiera tu nombre. Ése es tu futuro, don importante.

Gante le soltó con un ademán de desprecio, como un cazador que hubiese decidido que la presa no merecía la pena. Nico dio una larga bocanada para llenar sus pulmones y apretó los puños para contener el deseo desenfrenado de tumbar en ese mismo instante al comisario de un puñetazo. En aquel momento, Nico sentía tanta ira y humillación como temor ante lo que le pudiera traer aquella situación inesperada.

El comisario tenía suficiente experiencia en momentos así como para saber percibir cómo le estaba haciendo sentir. Y debió de pensar que ya tenía a Nico justo como quería tenerle, porque su ánimo pareció cambiar. Seguía sujetando el cigarrillo con la mano que le había quedado libre al cogerle de la garganta y

volvió a fumar con tranquilidad y su voz sonó de nuevo absurdamente amistosa cuando habló.

—Las cosas pueden ser diferentes —le dijo—. Yo puedo ayudarte. Sé lo que estás pensando de mí ahora mismo, muchacho. Pero, aquí donde me ves, quizá te vaya mejor conmigo que con Sampedro.

Nico respiraba ya con normalidad y se frotaba con una mano la garganta donde Gante le había apretado.

—¿Qué quiere de mí?

Gante sonrió, evidentemente satisfecho de que la conversación hubiese llegado al punto al que él quería llegar.

—Quiero saber. Quiero saber cuándo, cómo y dónde van a pasar las cosas antes de que pasen. Quiero que tú me lo cuentes.

—¿Quiere que sea su chivato? —inquirió Nico, sinceramente sorprendido.

La sonrisa de Gante se hizo aún mayor, curvando hacia arriba los extremos de su bigote. Toda su brusca agresividad había desaparecido.

—Quiero que seas inteligente, niño. Quiero que comprendas que al final de esta partida no ganará Sampedro ni Lanza ni cualquier otro de esos tipejos que se creen muy poderosos porque saben cómo hacer dinero vendiendo un puñado de judías. Ellos caerán. Antes o después. Y si apuestas por ellos, tú también caerás, porque no eres nadie. Salvo que seas listo y sepas elegir a tus amigos...

La mano de Gante que no sujetaba el cigarrillo volvió a subir. Nico logró contener de nuevo el impulso de defenderse. Pero esta vez no se aferró a su tráquea. Tan sólo le dio un cachete, demasiado fuerte para ser cariñoso, a la vez que le decía con una sarcástica dulzura:

—Yo quiero ser tu amigo, Nico.

Los pensamientos de Nico iban más deprisa que las palabras de Gante. Ya había superado la sorpresa inicial ante todo aquello. Ya estaba situado. Ya

entendía lo que estaba ocurriendo. Ya sabía que en aquel momento se esperaba de él una decisión que llevaría su futuro por una u otra dirección. Y, a pesar de lo delicado de su posición, comprender en toda su dimensión aquel momento hizo que su miedo se redujera y que su orgullo herido recuperara espacio.

Gante no pudo disimular su sorpresa cuando vio que Nico mostraba de nuevo la exagerada expresión de inocencia con la que se había burlado de él al principio de la conversación y le hablaba de nuevo con un sobreactuado tono de niño ingenuo y desamparado.

—Lo siento, comisario —le dijo—. Pero no sé de qué me habla. No tengo ni idea de qué son esas cosas que van a pasar. Yo sólo soy un chico de barrio que no se entera de nada.

Nico se atrevió incluso a acompañar sus palabras con una sonrisa propia de un querubín de estampita. Gante, en cambio, apretó los labios y entornó los ojos y Nico pudo percibir cómo todo su cuerpo se agarrotaba al contenerse para no acabar con su pantomima a bofetones.

—¿Eso eliges? —le escupió, más que preguntar.

—No le entiendo, comisario.

—¿Eliges no ser mi amigo? Sólo piensa bien tu respuesta. Porque yo puedo ser un gran amigo. Pero puedo ser también el peor de los enemigos.

Nico mantuvo su candorosa sonrisa.

—Claro que no quiero que sea mi enemigo, señor comisario. Me encantaría que fuésemos buenos amigos. Es usted un hombre muy agradable y estoy seguro de que pasaríamos muy buenos ratos juntos. Pero es que no sé qué es todo eso de lo que me está hablando...

Por un instante, el acelerado cerebro de Nico le llevó a preguntarse si no estaría pasándose de la raya. Frente a él, estaba claro que Gante hacía serios esfuerzos para no despedazarle allí mismo. Pero Gante era un hombre práctico. Tal vez no fuera el comisario más inteligente ni el más sutil ni el más

sofisticado de la Policía Armada. Pero, sin duda, era todo un experto en manejarse en los callejones traseros de los clubes nocturnos, en llegar a acuerdos rentables con quienes podían darle una ración suficiente de poder y dinero y en lidiar con mequetrefes despreciables como era para él aquel insolente jovenzuelo que ahora tenía delante.

Controló la decepción y la ira. Disfrutó de la última calada de su cigarrillo y después lo lanzó a las sombras y se tiró con ambas manos hacia arriba de los pantalones mientras soltaba un bufido.

—De acuerdo, niño. Ésa es tu elección. Y ahora mismo, que te crees muy valiente y que te sientes muy satisfecho de mantener tu lealtad a Sampedro, no tienes ni idea de lo mucho que te equivocas. Pero te esperaré. Esperaré por si cambias de opinión. Y, mientras tanto, piensa en esos dos cadáveres del túnel, pudriéndose ahora en alguna fosa común. Y no olvides en ningún momento que Sampedro tampoco llorará por ti.

Poco más de dos horas después, tras haber recogido a Asia en el mismo lugar en que tuviera ese encuentro con el comisario Gante, Nico seguía pensando en aquella conversación. No era tan ingenuo para creer que había ganado el pulso. Podía haber mantenido el tipo, podía haber salvado su dignidad e incluso haber sorprendido y desconcertado al comisario con su entereza al no dejarse intimidar. Pero eso no dejaba de ser una íntima satisfacción momentánea. Gante había puesto sus ojos en él y eso era mucho más que un problema. Nico sabía bien que, de una u otra manera, aquello significaba el augurio de futuras derrotas.

Pero no habló de nada de eso con Asia. Cuando llegaron al estrecho portal del edificio donde ella vivía, se despidieron como siempre con un amistoso beso en la mejilla. Asia le devolvió su chaqueta y Nico le dijo:

—Siento haber estado un poco aburrido esta noche.

Ella se echó a reír.

—Tendré que pensarme si te lo perdono o me busco otro acompañante.

Asia entró en el portal y Nico se puso la chaqueta y levantó la mirada a un cielo que empezaba a perder su negrura preparándose para el amanecer. Se cerró la chaqueta sobre el pecho, se subió los cuellos, echó a andar y trató de ignorar el frío de la noche y las sombras de su ánimo.

La cocina del Dixie era poco más que una habitación de unos treinta metros cuadrados donde, aunque todos la llamasen así, nunca se cocinaba porque el club no servía comida. Seis empleados se encargaban desde allí de que en la sala no faltara de nada. Cada noche había que lavar una y otra vez docenas de vasos, que esperaban flotando en cubetas llenas de agua hasta que alguien se encargaba de fregarlos con un estropajo y jabón de sebo, secarlos y ordenarlos en bandejas que se llevaban a la barra del club y que volvían siempre cargadas de nuevo con vasos sucios. Había además que ocuparse de atender un sinfín de necesidades, como reponer las botellas de la barra que se iban agotando, llevándolas desde un cuartucho que hacía las veces de almacén, vigilar que las barras de hielo se mantuviesen sin derretir en un ruidoso congelador industrial que ocupaba todo un lateral de la habitación o apresurarse a acudir a la sala para recoger los cristales o limpiar lo manchado si alguien rompía o derramaba sus bebidas. Todo ello generaba una actividad frenética en un espacio muy reducido en que se trabajaba esquivándose unos a otros y, al mismo tiempo, procurando no tirar ni cubetas, ni vasos ni bandejas, en algo parecido a una interminable danza caótica. Y no ayudaba mucho a aquel desbarajuste la costumbre de Raimundo Giralda de asomarse periódicamente a la cocina a arrear a los empleados con su estridente vocecilla a golpe de gritos y amenazas de despido. Pero, además, la jornada no terminaba con el cierre del club porque, en ese momento, los seis

empleados se convertían en limpiadores y pasaban a encargarse de dejar la sala impecable para volver a abrir la noche siguiente, cambiando el manejo de vasos y botellas por el uso de escobas, recogedores, paños y plumeros. A menudo pasaban las noches en vela, ya que lo normal era que llegase el amanecer antes de que se hubieran concluido todas las tareas. Si se hubiese hecho una escala de rangos entre los trabajadores del Dixie, aquel grupo de seis habría ocupado sin duda el último escalón, por debajo de músicos, camareros y demás personal del club. Y yo era uno de ellos.

Ése era el supuesto premio que había recibido de don Matías por salvar su mercancía la noche que salté del tren. Desde entonces, mi vida de contrabandista había quedado atrás para convertirme en el pinche de aquella cocina donde no se cocinaba por cinco pesetas al día. Todas las noches, al llegar al club, me ponía en el almacén el pantalón y la camisa negros que Giralda nos exigía vestir y me dedicaba sin descanso a ir de un lado a otro ocupándome de las labores que correspondían al empleado más joven y más reciente del grupo, por supuesto las menos deseadas por todos, ya fuera cambiar el agua de los cubos donde se fregaban los vasos o pasar una escobilla por los retretes de los baños. Aquello era más rentable que ser trenero, pero no podía haber nada más lejano a la vida de aventuras que tanto había deseado.

Sólo había una cosa que me compensaba en parte tan descorazonador destino. Y era el propio club. A lo largo de la noche, hacía numerosas idas y venidas entre la cocina y la barra que me obligaban a atravesar la sala. Y ver el Dixie en plena ebullición me fascinaba. Aquél era un mundo que no sólo no conocía antes sino que ni siquiera había sabido hasta entonces que pudiera existir. Todo lo que veía me resultaba nuevo y deslumbrante. Nunca había visto mujeres tan guapas, con sus elaborados peinados, sus elegantes trajes y sus brillantes collares y pulseras decorándoles la piel. Ni a hombres que

podieran permitirse fumar puros y vaciar una botella tras otra sin preocuparse ni del gasto ni de las restricciones. Era emocionante ver a Asia cantando en el escenario escoltada por aquellos músicos vestidos con sus impecables esmóquines blancos y tocando sus instrumentos plateados. Con ellos descubrí aquella preciosa música tan desconocida y diferente a lo que solía sonar en la radio y que te hacía sentir como si estuvieses celebrando una fiesta sin fin. Me costaba trabajo no pararme a observar cada detalle de todo aquello, que se me antojaba como una representación teatral, una recreación ficticia de una forma de vida que nada tenía que ver con la vida real que transcurría al otro lado de las paredes del Dixie. Para alguien como yo, el club era algo así como un paraíso secreto sólo permitido a unos pocos privilegiados y desconocido para el resto de la humanidad. Aquella gente parecía tan feliz que llegué a creer que, si uno lograba estar entre los elegidos que ocupaban las mesas y los reservados del Dixie, nada en la vida podría irle mal. Y poder ver todo aquello me llenaba de un orgullo absurdo porque, aunque yo sólo fuese el chico que fregaba retretes y vasos, sentía que también formaba un poco parte de aquella luminosa forma de vida que transcurría dando la espalda a las sombras del exterior.

Pero ni siquiera eso era suficiente para dejar de añorar los viajes en tren y su agradable sensación de riesgo. Nico y yo seguíamos viéndonos en el club. Nos saludábamos cuando coincidíamos en la barra, pero yo estaba demasiado ocupado con el trabajo y no quería que Giralda me viese entreteniéndome con un cliente, así que apenas tenía oportunidad de cambiar un par de frases con él. Me moría de ganas de preguntarle si algún día volvería a tener algún encargo que hacerme, pero a la vez me daba miedo que me dijese que bastante tenía yo con aquel empleo y que ni soñase con volver al contrabando después de lo ocurrido en el tren. Durante varias semanas, confié en que alguna noche entraría en la cocina para decirme que había pensado en algo nuevo para mí,

pero a medida que pasaba el tiempo y eso no ocurría, empecé a convencerme de que aquel premio de don Matías se había convertido, en realidad, en una condena a perpetuidad.

También veía a don Matías en el club, siempre en su reservado. Pero, desde mi última visita a su despacho, jamás había vuelto a hablar con él ni a intercambiar siquiera una mirada ni él hizo nunca gesto alguno que demostrara que recordaba mi existencia. Y a mí jamás se me habría ocurrido tomar la iniciativa y acercarme a él. Nadie en el Dixie importunaba a don Matías si éste no se dirigía a él primero.

Si algo estaba claro a medida que uno iba conociendo aquel pequeño universo con reglas propias, era que don Matías y Jorge Lanza no sólo eran los dos clientes más asiduos y a los que mejor había que atender en el club, sino también que, en buena medida, era su presencia en el Dixie lo que había dado a éste su atractiva reputación de enigmático peligro. A pesar de que sus reservados estaban el uno frente al otro, jamás vi intercambiar entre ellos ni siquiera un mero saludo. Disfrutaban de las noches del club ignorándose, como si un muro impenetrable les impidiese verse el uno al otro.

En el club, don Matías cambiaba el anís de su despacho por una única copa de coñac con sifón que le duraba toda la noche y atendía a las actuaciones sin distraerse un segundo, tan respetuoso e inmóvil como si estuviese en un oficio religioso. En cambio, al otro lado de la sala, Lanza apenas prestaba atención al escenario, demasiado ocupado en compartir champán, puros, confidencias y risas con sus amistades. Hasta su aspecto parecía deliberadamente contrapuesto. Don Matías aparecía en el club con aburridos trajes de lana marrones, que quizá pudieran ser siempre el mismo, sin más acompañamiento que una insulsa corbata oscura de nudo simple. Lanza, en cambio, iba siempre vestido de punta en blanco, con trajes de cachemira o de alpaca que realzaban sus hombros y se entallaban en su cintura haciéndole parecer aún más alto de

lo que era, acompañados invariablemente de un colorido pañuelito que asomaba en pico del bolsillo del pecho y de vistosas corbatas de rayón que lucían más aún gracias a un impecable nudo Windsor. Al verlos, resultaba sorprendente que dos hombres que no tenían nada en común en apariencia fuesen tan parecidos en sus ambiciones y objetivos.

Uno de los principales entretenimientos de todos los que trabajaban en el Dixie era hablar de ellos. Bastaba que dos empleados del club coincidiesen en el callejón trasero fumando un cigarrillo o se tomasen un descanso en algún momento de la jornada para que ambos apareciesen en la conversación. A todo el mundo le gustaba cotillear, especular y hasta inventarse historias sobre uno u otro para tratar de demostrar que sabían algo más que los demás. Y gracias a aquellas charlas en que se mezclaban por igual mentiras y verdades, también pude yo ir enterándome de quiénes eran los dos personajes más admirados e intrigantes de toda aquella exuberante fauna que llenaba noche tras noche el club Dixie.

Era a don Matías al que le envolvía un mayor halo de misterio. Y sólo a base de retazos que iba escuchando aquí y allá pude ir construyéndome una imagen de su pasado y su presente. Nadie tenía claro cómo había llegado don Matías a ser quien era. El punto de partida solían situarlo los que parecían mejor informados en una pequeña empresa familiar fundada por su padre y dedicada a la compra diaria de alimentos en los mercados de abastos para luego distribuirlos a tenderos y restaurantes. Cuando don Matías sucedió a su padre al frente de aquella empresa, empezó por modernizarla pasando del transporte de la mercancía en carretas tiradas por burros al uso de camionetas. Pero además comprendió que, ante la que se avecinaba en España, debía ampliar el negocio si deseaba sobrevivir y, así, durante los años de guerra, la empresa de don Matías se dedicó también a proveer de alimentos al ejército para las raciones de la tropa, logrando no ya subsistir sino incluso

enriquecerse en aquellos tiempos en que para tantos otros empresarios como él sólo llegó la ruina. Don Matías ya había aprendido que el mayor beneficio no era nunca para el que producía ni para el que vendía sino para el que llevaba las mercancías de un punto a otro. Y esa misma filosofía fue la que aplicó cuando, terminada la guerra y llegados el hambre y la miseria, volvió a entender el escenario antes que nadie y comprendió que a partir de entonces el futuro estaba en un incipiente mercado que empezaba a surgir al margen de la legalidad.

En apenas un par de años, don Matías se había convertido en el principal estraperlista de Madrid. Y una de las claves de su éxito había sido aquella máxima que me enseñara en su despacho: no había un beneficio despreciable por pequeño que fuera. Así, don Matías prestaba la misma atención y vigilaba con igual dedicación cualquiera de sus negocios, ya fuese traer a Madrid de contrabando alimentos o cualquier otro producto imaginable, por escaso que pudiese ser el margen de ganancia una vez vendidos en el mercado negro, ya fuesen otros asuntos de mayor complejidad y riesgo pero también mucho más lucrativos, como la falsificación de cualquier clase de documentos, desde cartillas, vales de gasolina o cupones de tabaco hasta permisos de importación o salvoconductos para presos. No había nada en lo que no se metiese si con ello podía ganar una sola peseta.

Para poder desplegar semejante variedad de negocios, era imposible de calcular el número de personas que podían trabajar para él. Había por toda España agricultores y ganaderos que le proporcionaban los productos y materias primas que luego se vendían en la capital. Por tren y por carretera, docenas de transportistas, como yo mismo había sido, se jugaban la libertad trayendo sus mercancías. En cada barrio, en cada calle y quizá hasta en cada edificio de Madrid había alguien que se encargaba de vender todo aquello en su nombre. Eran también docenas los soplones, matones, timadores y chorizos

de tres al cuarto que recibían de él algún dinero cada vez que le daban cualquier información aprovechable. Y, por supuesto, tenía los contactos imprescindibles en los despachos de los ministerios de Comercio y de Gobernación y en la Comisaría General de Abastecimientos y Transporte que, a cambio de un generoso sobresueldo, estaban a su servicio para cuanto fuera necesario. Aunque había otros que como él habían creado sus propias redes de estraperlo, se solía decir, quizá exagerando, que no había una sola venta por pequeña que fuera en el mercado negro de Madrid detrás de la cual no estuviese Matías Sampedro. Una vez oí decir medio en broma medio en serio, para explicar hasta dónde llegaba su afán expansivo, que trabajaban para él hasta las ancianas que se solían colocar a la salida de las estaciones de metro para vender por un céntimo a los más desesperados los *chuscos*, unos repugnantes panes de almorta que amarilleaban y se endurecían hasta quedar como piedras aun antes de haber salido del horno. Fuese o no verdad todo lo que se contaba sobre él, escuchando las historias sobre sus negocios y su poder, don Matías iba creciendo en mi imaginación hasta parecerme el mariscal de un ingente ejército clandestino que se desplegaba por todos los rincones de Madrid y que él dirigía con mano de hierro desde la penumbra de su despacho del barrio de Moncloa.

Pero lo que más intrigaba de él a todos y sobre lo que más cábalas se hacían era a qué destinaba su fortuna. Para explicar su ausencia absoluta de lujos, cada uno elegía según sus gustos. Había quien quería ver en aquel hombre austero a una especie de Robin Hood que se saltaba las leyes con el único fin de ayudar a los desamparados y proporcionar un salario a todos aquellos que trabajaban para él. Y estaban también los que optaban por pensar que sólo era el más avaro de los Scrooge, tan amante del dinero que no se permitía a sí mismo el despilfarro de un real. Pero, al margen del motivo, sólo había que ver su oficina o su aspecto para comprobar que, a diferencia de tantos otros

estraperlistas prósperos, a don Matías no le gustaba hacer ostentación alguna. Nada de *haigas* descapotables, nada de esposas paseando por el bulevar de Narváez para lucir sus abrigos de armiño y astracán, nada de adquirir al peso libros de tapas doradas en la librería Pueyo o muebles de anticuario, cuanto más barrocos mejor, en las almonedas de la Puerta de Toledo para decorar sus casas recién compradas en el barrio de Chamberí, como hacían toda aquella recua de nuevos ricos a los que la pobreza del resto les había llenado los bolsillos. Nadie sabía siquiera dónde vivía o si existía una señora Sampedro o unos hijos o nietos que disfrutasen de su fortuna.

Llevaba una vida tan ordenada y monótona que apenas podía vérselo fuera de su despacho salvo cuando iba al Café Roma o al Dixie, donde tampoco cometía exceso alguno. El Café Roma, en la esquina de Serrano y Ayala, pasaba por ser el lugar donde los estraperlistas más poderosos resolvían sus diferencias y cerraban sus tratos con los altos funcionarios del cercano Ministerio de Comercio. Don Matías iba allí a diario, siempre después del almuerzo, para tomarse un café con leche y reunirse con quien correspondiese, y nunca se quedaba más tiempo del que durase la conversación con su cita. Y en cuanto al Dixie, no había más que verle en su reservado, siempre silencioso y atento al escenario, para comprender que sólo iba allí porque era el único sitio de Madrid donde podía escuchar jazz, su única pasión, una peculiar excentricidad en una ciudad donde eran pocos los que conocían aquella música de negros americanos y menos aún los que sabían apreciarla.

Al margen de lo que cada uno pensara de él, todos sentían por don Matías la misma mezcla de respeto y temor que yo mismo había sentido en mis dos visitas a su despacho. Todos sabían que más valía no intentar jugársela o incumplir una orden suya. Circulaban historias a cual más siniestra sobre la suerte de los desaprensivos que se habían atrevido a algo así. Sólo ver al Ruso, que era de los pocos que solía sentar a su mesa en el Dixie, bastaba

para que a uno se le quitasen las ganas de sisarle algunas perras u ocultarle alguna ganancia en cualquiera de sus negocios, por pequeño que fuese.

Por eso, aquellos días, de lo que más se hablaba en los corrillos del Dixie era del asesinato de Delicias y del rumor de que Jorge Lanza tenía algo que ver con ello. Se hacían todo tipo de conjeturas sobre qué haría al respecto don Matías y lo que podía ocurrir a partir de entonces y todas esas murmuraciones habían convertido en algo aún más extraño e inquietante el ver a don Matías y a Lanza coincidiendo cada noche en el Dixie y actuando como si no se conociesen de nada.

Nunca les hablé a mis compañeros de la cocina de mi etapa como trenero ni les dije que había estado por dos veces en el despacho del poderoso don Matías y mucho menos que era gracias a un favor que él le había pedido a Giralda por lo que yo tenía aquel trabajo. Sin duda, que lo hubiesen sabido me habría dado un apetecible prestigio entre ellos. Pero yo tenía la sensación de que contarlo habría sido, en cierto modo, como traicionar a Nico y a don Matías, algo que por nada en el mundo quería hacer. Además, aunque me habría apenado perderme las noches del Dixie, nada deseaba más que dejar de fregar vasos y de limpiar retretes y retomar donde la había dejado mi incipiente carrera de estraperlista. Y no iba a hacer nada que pusiera en riesgo la posibilidad de recuperar aquel sueño interrumpido.

Echaba de menos a Marita. Entre mi nuevo trabajo nocturno y el suyo diurno en el banco apenas si nos quedaba tiempo para poco más que saludarnos cuando yo llegaba al amanecer y ella estaba a punto de marcharse. Durante el día, aprovechaba para dormir y, para cuando ella regresaba, yo ya estaba camino del Dixie. A diferencia de cualquier chico de mi edad, que probablemente sólo esperaba de una madre que atendiese sus demandas y no fuese demasiado regañona, yo lo pasaba bien estando con Marita. Siempre supo convertir nuestra habitación en un lugar donde los problemas se quedaban al otro lado de la puerta. Era agradable pasar tiempo con ella, compartiendo momentos cotidianos, viéndola acicalarse, escuchándola canturrear o preparando juntos en nuestro hornillo el falso cocido de garbanzos y sopa aguada que comíamos casi a diario y al que intentábamos dar sabor con un hueso de jamón que de tan utilizado era ya más un fósil que un condimento. Desde que empezara a trabajar en el club, en cuanto estábamos juntos ella me pedía que le hablara de la gente que iba allí y se le encendía la mirada de placer y hasta se le escapaban risitas gozosas cuando le describía la elegancia de los caballeros y los trajes y los peinados y las joyas de las señoras y, a veces, me pedía detalles tan concretos sobre vestimentas o sobre qué bebían o incluso sobre cómo se comportaban que yo acababa inventándome la respuesta con tal de seguir entreteniéndola. Marita seguía siendo la madre más divertida que nadie pudiera desear.

Fue en uno de esos amaneceres en que nos cruzábamos durante el tiempo justo para decirnos un «qué tal» y un «todo bien», cuando lo vi. Acababa de

llegar a la habitación y ella estaba sentada de espaldas a mí, sujetando con una mano su espejo y repasándose con la otra la pintura de los labios. Marita no habría salido de casa sin pintarse ni aunque hubieran vuelto a sonar de pronto las sirenas de bombardeo.

Como todas las mañanas, me moría por dejarme caer en mi catre. Tan sólo murmuré un «buenos días» pero quiso la casualidad que, al mirarla, viese en el espejo el reflejo aumentado de una parte de su rostro.

—Mamá, mírame —le dije.

Ella no se volvió.

—Voy a llegar tarde, hijo.

—Mírame.

—Anda, déjame, que no puedo entretenerme...

Le puse la mano en el hombro y la obligué a girarse. Un moratón de vetas rojizas y azuladas recorría todo el arco de su párpado derecho y, a pesar del carmín, podía notarse que el labio inferior estaba hinchado.

—¿Qué ha pasado, mamá?

Marita se zafó de mi mano y volvió a mirarse en el espejo para darse un último retoque de pintura en la boca.

—No te entiendo, Emilio.

Se dio un vistazo aprobatorio, se levantó, se alisó con las manos la falda de su vestido estampado y fue a recoger su abrigo de una silla.

—No puedo perder un minuto o llegaré tarde —dijo, manteniendo su habitual tono animoso, pero esquivando mi mirada.

Yo ya me había colocado entre ella y la puerta.

—¿Qué ha pasado? —volví a preguntarle, esta vez con más firmeza aún.

Ella vaciló. Yo ya no era un niño al que pudiese apartar con facilidad de su camino y comprendió que no me movería hasta obtener una respuesta.

—No es asunto tuyo, Emilio —me dijo con dulzura—. Anda, descansa y no

te preocupes.

Intentó sonreírme con despreocupación, pero su sonrisa no resultaba tan tranquilizadora como siempre con aquel ojo amoratado.

Yo nunca le preguntaba a Marita por sus novios. La escuchaba con igual discreción cuando se acababa de echar uno más y llegaba encantada a casa y me decía que quizá algún día me lo presentaría y que me iba a caer de espaldas de lo guapo y educado que era como cuando, tras la previsible ruptura, liquidaba la historia asegurándome con la misma alegría que seguro que algún día habría ahí fuera alguien perfecto para ella y que ningún tontaina de tres al cuarto iba a hacerle perder la esperanza. Durante el breve período que solía transcurrir entre ambos momentos, yo nunca indagaba. Respetaba su sucesión de noviazgos fallidos tanto como ella respetaba mi vida dejándome hacer lo que me viniese en gana.

Pero aquello no iba a dejarlo pasar y supongo que ella comprendió con sólo mirarme que yo no pensaba moverme un milímetro de delante de la puerta, porque no hizo falta que insistiese para que dejara de fingir que no pasaba nada.

—Sólo ha sido un idiota. —Suspiró, llevándose la mano a la cara como si quisiera borrar con un gesto el golpe del ojo—. No tiene ninguna importancia...

—Dime quién ha sido.

Marita volvió a mirarme y en sus ojos vi un temor ante la dureza de mi voz apenas disimulado por un fino velo de lágrimas.

—De verdad que sólo es eso, hijo: un idiota.

No pude contenerme más. Le agarré la muñeca y debí de hacerlo con más fuerza de lo que pretendía porque su rostro se contrajo en una mueca de dolor.

—¡Dímelo!

Había visto llorar tan pocas veces a Marita que, al brotarle las lágrimas,

estuve a punto de desistir. Pero mi ira era mayor que mi compasión.

—¿Para qué? —se resistió ella, con debilidad ya—. No nos metamos en problemas, Emilio, por favor...

Sólo la dejé ir cuando me hubo dicho quién era el hombre que le había pegado.

Se despidió dándome un beso y una caricia en la mejilla y me pidió que le prometiera que no haría ninguna tontería. No le contesté.

Aquel día no pude dormir. Las horas fueron pasando mientras luchaba contra una asfixiante sensación de impotencia, enloquecido por deseos de venganza y dándole vueltas a cómo concretarla. Un sentimiento de injusticia me devoraba. Pero, a medida que pasaba el tiempo, ya no me parecía injusto solamente que se hubiesen atrevido a hacer daño a alguien tan bondadoso como Marita. Poco a poco, fue como si aquel ojo amoratado y aquel labio partido fuesen no sólo las consecuencias de los golpes de un miserable, como si el rostro de mi madre hubiese sido herido por toda nuestra vida de estrecheces y renunciaciones, toda la incomodidad de aquella habitación que a duras penas podía llamarse hogar, todas las maledicencias que los vecinos intercambiaban sobre Marita, todo aquel tiempo perdido haciendo cola ante el maloliente retrete compartido, toda la sorda tristeza que flotaba como una bruma perenne cuando salías a caminar por las calles de Madrid. Porque, tras horas alimentando mi ira, ésta se desbocó y explotó y fue más allá de Marita y de mí. Mi rabia se transformó en una oscura niebla que se extendía más allá de nuestra habitación y de la corrala, cubriendo toda aquella ciudad sometida a un hambre sumisa y a un rencor mal disimulado, como si los puñetazos dados a mi madre fueran en realidad golpes recibidos por todas y cada una de las miles de personas que malvivían en sus calles simulando que iban hacia delante en una vida que en realidad no iba a ningún sitio. Nunca antes había sentido algo así. Era como si de pronto hubiese caído sobre mí la

responsabilidad no ya de vengar a mi madre sino a todos los que como ella habían sido golpeados por un destino inmisericorde.

Aquella tarde llegué temprano al Dixie y, antes de entrar en la cocina y cambiarme la ropa, me quedé esperando un buen rato en la esquina más cercana de la plaza del Carmen, viendo a los clientes llegar. Iba a retrasarme, pero me importaba un comino si Giralda se enteraba o si mis compañeros protestaban por ello. Estuve observando el desfile de hombres y mujeres engalanados que iban entrando en el club en busca de diversión y esa noche todos ellos me parecieron sólo una banda de estúpidos ingenuos que intentaban engañar a su propia miseria escondiéndose en aquel sótano, en un vano intento de olvidar que la vida no se parecía en nada a una pieza de jazz.

Estuve allí hasta que vi llegar a Nico y me acerqué a él sin dudarle. Tras tantas semanas sin atreverme a pedirle nada para mí, aquella noche ni siquiera me detuve en preámbulos.

—Necesito pedirte un favor —fueron mis palabras de saludo.

Nico se encogió de hombros.

—Tú me dirás, monaguillo.

Le conté con un atropellamiento nervioso lo que le había ocurrido a mi madre y quién se lo había hecho. Y, cuando hube terminado, Nico permaneció pensativo durante unos instantes. Me dio tiempo a temer que me mandara a paseo.

Pero, en lugar de ello, fue maravilloso ver aparecer en su cara aquella sonrisa inimitable que en aquel momento fue suficiente para devolverme la calma y la razón. Y sus palabras sonaron como la más hermosa de las sinfonías cuando solamente dijo:

—Cuenta conmigo, Emilio.

Eulogio Durán era lo que se llamaba un «camisa vieja», un falangista de los de antaño. Siendo poco más que un veinteañero, en los años de la República, se había alistado en la Falange más por diversión que por convicción. Por aquel entonces, varios de sus amigos formaban parte de lo que se conocía como la Falange de la Sangre, una milicia poco estructurada formada por jóvenes cuya principal aportación al partido era andar repartiendo palos a universitarios, obreros y sindicalistas. Aquello le pareció a Durán una excelente forma de entretenimiento y no dudó en unirse a ellos, más por lo excitante que resultaba que por afán de hacer carrera política. Pero su dedicación y eficacia a la hora de dar palizas le reportó pronto una cierta reputación, la cual aumentaría durante la guerra a base de presentarse voluntario para todo aquello que requiriese fuerza bruta o pocos escrúpulos, desde ocuparse de interrogar sin miramientos físicos al enemigo hasta organizar sacas o darle el paseo a quien tocase. Su obediencia a cualquier orden sin hacer nunca preguntas y su ausencia de sutileza a la hora de adular a los superiores le habían ido proporcionando algún ascenso y una razonable esperanza de recompensa una vez llegada la paz. Poco interesado en idearios o principios, cuando la Falange cayó en desgracia, no dudó en reconvertirse de inmediato en un firme defensor del Movimiento, lo que había reforzado su confianza en acabar recibiendo buenos réditos por todos aquellos años ejecutando cualquier salvajada que le fuera ordenada. Pero quizá había llegado a alimentar sus ambiciones más allá de lo que era razonable para un matón que no había ni acabado sus estudios de tan ocupado como estaba siendo un mamporrero. Para su sorpresa y decepción, todo lo que había conseguido fue que le nombraran jefe de distrito en el barrio de Tetuán.

Desde el final de la guerra, las calles de Madrid estaban divididas en zonas a las que se asignaban jefes de distrito, jefes de barrio y hasta jefes de casa. La principal misión de todos ellos era informar de las tendencias políticas de

los vecinos. Se vigilaba sobre todo a los excombatientes del bando perdedor. Pero también a todo aquel sobre en quien recayera, ya fuera en él mismo o en algún miembro de su familia, cualquier sospecha o antecedente de actividad política. Bastaba haber sido miembro de alguno de los partidos o sindicatos ahora prohibidos o haber ocupado un puesto, aunque fuese de escasa relevancia, en anteriores gobiernos o simplemente haber demostrado en algún momento cualquier tipo de simpatía por ideologías ahora perseguidas para ser vigilado. El objetivo era cortar de raíz cualquier riesgo de subversión por pequeño que fuera. Con un solo informe del jefe correspondiente, aunque su origen estuviese en poco más que una suposición o en un mero soplo de algún vecino, se le podía complicar mucho la vida al sospechoso. En el mejor de los casos, un informe podía hacerte pasar un par de días en comisaría contestando una y otra vez preguntas reiterativas sobre supuestas actividades contra el régimen. Si contenía acusaciones de cierto calado, daba igual que fueran o no fundadas, al detenido podía retirársele el carnet de paro, un documento que extendían los jefes de distrito y que era imprescindible para poder tener un empleo legal, o incluso podía mandársele a pasar una temporada en cualquiera de las cárceles de la capital para quitarle las ganas de soñar siquiera con subversiones. Y se decía que en ocasiones alguno de esos informes había sido causa suficiente para que la desaparición del acusado fuera definitiva y ni siquiera sus parientes más cercanos volviesen a saber jamás de él. Con semejante poder para su uso discrecional, no cuesta imaginar el temor que inspiraba en todos sus convecinos un jefe de distrito como Eulogio Durán.

Y Durán ejercía y disfrutaba de ese poder. Atrapado en un destino muy alejado de los elegantes despachos con los que llegara a soñar, Eulogio Durán seguía cumpliendo las órdenes recibidas con la misma vehemencia con que en sus años de juventud usara los puños y las cachiporras. Y, como más de una vez se le había oído decir en alguna tasca del barrio cuando ya se le había ido

la mano con el «sol y sombra», lo hacía en beneficio de Dios, de la Patria y de sí mismo.

Para alguien con ansia de medrar, Tetuán era lo más parecido a un callejón sin salida. Caminando por sus calles, uno tenía la sensación de que la guerra primero y el olvido después se habían cebado en aquel barrio más que en cualquier otro. Allí no había aceras sin socavones ni luces en las calles ni pasaban apenas automóviles y aún quedaban muchos solares donde permanecían a la espera de ser retirados los escombros de edificios alcanzados por los numerosos bombardeos que había sufrido el barrio. Habitado en gran medida por familias de campesinos que en su día dejaron el campo para probar suerte en la ciudad, la mayoría de las casas tenían un aire rural, con sólo dos o tres alturas, y en ellas se hacinaban familias que trataban de sobrevivir ejerciendo profesiones de escaso presente y nulo futuro. Traperos y chamarileros, aguadores y afiladores, colchoneros y remendones compartían desesperanza buscando cada día sacarse unos reales con los que completar las ayudas que recibían del Auxilio Social. Tetuán era un barrio de hombres acostumbrados a sufrir los reveses de la suerte que habían aprendido de sus mayores a plantar cara a los daños de las bombas con una mezcla de impasible resignación e invencible determinación, del mismo modo que sus padres y abuelos habían vuelto una y otra vez a recomenzar sus vidas tras los destrozos de las más furiosas tormentas. Y era allí donde Eulogio Durán desplegaba toda su frustración y su soberbia.

Durante varios días, Nico y yo nos dedicamos a seguirle. Yo me moría de ganas de actuar cuanto antes, aunque ni siquiera tenía decidido lo que quería hacer, pero Nico se empeñó en que era necesario saber con quién nos la estábamos jugando para descubrir sus puntos débiles y poder así aplicarle el castigo más adecuado. En algunos momentos de aquellos días llegué a sospechar que para Nico todo aquello era sólo un divertimento y me llegó a

irritar que él pareciese estar pasándose en grande jugando a los espías mientras a mí me comían las ganas de hacer realidad cuanto antes la ansiada venganza. Pero seguí sus órdenes sin rechistar y sin preguntarle ni una sola vez qué ocurrencias le rondaban la cabeza.

Sólo habría necesitado seguir a Eulogio Durán por las calles de Tetuán durante aquellos días para llegar a odiarle incluso aunque no le hubiera puesto una mano encima a mi madre. Sus jornadas eran todas más o menos iguales. Salía por la mañana temprano a pasear por las calles, vestido siempre con un mismo traje de rayas que le quedaba pequeño y que marcaba quizá deliberadamente sus fornidos brazos, botines acharolados, los andares marciales, el pecho hacia fuera, los pulgares remetidos en los bolsillos del chaleco, la barbilla alta y el pelo brillando por la gomina. En su rostro permanecía fija una sonrisa en la que se unían el desprecio hacia lo que le rodeaba y la complacencia consigo mismo. No había vecino que no le diera los buenos días, pero él no se detenía a hablar con ninguno, limitándose a responder con apenas una inclinación de cabeza sin siquiera mirarlos. Dedicaba buena parte de la mañana a recorrer los humildes comercios de la zona. Analizaba con detenimiento la mercancía expuesta en fruterías y verdulerías, las telas y tejidos de las mercerías o las sillas y las cómodas en restauración de los talleres de carpintería abiertos a la calle. Lo miraba todo dándose aires de experto, recreándose en cualquier producto, como si estuviese visitando los mejores establecimientos de la ciudad y no aquellas tienduchas de pobre y escaso género. Los dependientes respondían a sus preguntas sin quitarse el «don Eulogio» de la boca y él asentía complacido por igual ante las explicaciones que le daban sobre la frescura de una manzana o sobre la suavidad de un ovillo de lana. Antes de marcharse, señalaba con displicencia aquí y allá y seguía después su ronda. Y no tardamos en descubrir que, apenas unos minutos después de que dejara cada comercio, de él salía la

esposa o el hijo del tendero cargando con lo que hubiese señalado para entregarlo en su casa, sin que él hubiera pagado ni un real o hubiese mostrado cartilla alguna a cambio.

Comía a diario en la Vinícola Manchega, una taberna de la calle Pinas Alta, y a la sobremesa le limpiaban con esmero los restos de la comida, le dejaban sobre la mesa una copa y una botella de orujo casero y allí se pasaba las tardes vaciándola mientras iban desfilando en procesión delatores y soplones, serenos espabilados y cotillas a sueldo, vecinos enfrentados con ganas de malmeter o antiguos soldados del bando nacional que sólo acudían a suplicar alguna ayuda. Y él impartía justicia y dictaba sentencia más allá de las funciones que le correspondían, como si fuese un pequeño virrey a veces magnánimo y siempre despótico.

Entrada la tarde, se dejaba caer por el número 7 de la calle Tenerife y fue suficiente con soltarle unas monedas a un locuaz portero para que nos contara, no sin antes suplicarnos discreción porque Durán no era hombre de represalias moderadas, que en el segundo izquierda vivía una modistilla a la que le resultaba más próspero recibir cada tarde a don Eulogio que los pocos encargos de costura que le hacía el vecindario.

Sólo en dos ocasiones le vimos salirse de sus rituales diarios. Una vez fue en domingo, para acudir a misa de doce en la iglesia de Nuestra Señora de las Victorias con una esposa de peinado muy cardado, mallas mal contenidas bajo un traje con demasiados bordados y cara de mandona y dos hijos de corta edad vestidos con una cursilería propia de pajes reales. Al terminar la misa, don Eulogio y su familia remolonearon a la entrada de la iglesia para permitir al resto de los feligreses que se les acercaran a rendirles pleitesía, alabando la elegancia de su señora y lo bien que crecían aquellos dos repelentes vástagos, hasta que el mismísimo párroco acabó apareciendo para despedirle con tantas reverencias como si Durán fuese algún santo bajado a la tierra.

Su otra salida de la rutina había sido al llegar el viernes por la noche, cuando dejó el barrio para ir a El pequeño París, un saloncito de baile de Chamartín. Allí pasó la primera parte de la velada compartiendo bebidas y charla nostálgica sobre viejas hazañas con un grupo de lo que debían de ser antiguos correligionarios y cuando estuvo bien cargado de alcohol y de hombría, se dedicó a buscar entre las viudas de combatientes, chachas de casas finas y aspirantes a queridas que frecuentaban el lugar una buena compañía con la que acabar la noche. No me resultó difícil deducir que era en aquel salón donde había conocido a Marita y algo debió de torcerse en su encuentro para que acabara a golpes. Y me entristeció imaginar a mi madre, sin duda más guapa que todas las mujeres que por allí rondaban, buscando engañar a la soledad y persiguiendo sus sueños románticos en aquel lugar donde ningún hombre andaba buscando ni amor ni matrimonio.

A pesar de mi impaciencia, aquellos cansados días siguiéndole los pasos a Eulogio Durán me trajeron una renovada ilusión. Mi vida ya no consistía sólo en dormir y trabajar en el Dixie. Volvía a estar con Nico. Aunque sólo fuese para pasarnos las horas observando las andanzas de aquel fatuo tirano de tercera, en cuanto aparecía Nico siempre tenía la sensación de que podía ocurrir algo importante y de imprevisibles consecuencias. Y eso era suficiente para sentir de nuevo el pellizco de la aventura en el estómago, el mareante temor ante lo inesperado.

Finalmente, Nico decidió que ya sabía todo lo que necesitaba de Eulogio Durán. Una noche en el Dixie, aprovechó una de mis salidas de la cocina a reponer vasos limpios en la barra para acercarse y decirme:

—Mañana ya no hace falta que vayamos a Tetuán. Tengo un plan.

Sentí una inmediata mezcla de entusiasmo y curiosidad.

—Te avisaré cuando llegue el momento.

No pedí detalles porque ya le conocía lo suficiente para saber que no me

los iba a dar, que uno de sus mayores placeres con todo aquello era mantener la tensión y el misterio.

Se limitó a guiñarme un ojo y volvió a la barra y yo seguí con mi tarea. Y aquel amanecer volvería a quedarme sin dormir, pero esta vez por la emoción y la impaciencia.

Me llevó a una vieja cochera en el Camino de la Cuerda, más allá de la Plaza de las Ventas. Yo acababa de terminar mi jornada en el Dixie y Nico me esperaba en la salida trasera. Sólo habían pasado un par de días desde que me anunciara que tenía un plan y al toparme con él me saludó con una escueta frase:

—Tenemos un asunto que acabar.

Cuando llegamos, tras una larga caminata en silencio, una estrecha franja grisácea en el horizonte anunciaba la cercanía del amanecer. Yo temblaba, no sé si más por nervios o por frío. Cualquier rastro de cansancio o de sueño tras toda la noche de trabajo había desaparecido. Tan sólo me sentía rígido y muy asustado.

Frente a la entrada de la cochera nos esperaban dos hombres a los que yo no conocía. A pesar de que vestían pellizas y llevaban gorras y guantes de lana, ambos intentaban mantenerse calientes, el uno frotándose las manos y el otro dando pataditas en el suelo.

—Os habéis retrasado —le dijo uno de ellos a Nico como saludo.

—No hay ninguna prisa —le respondió éste, y luego preguntó—: ¿Lo tenéis?

El que no había hablado asintió y se sacó de debajo de la chaqueta un alargado paquete de papel de estraza que llevaba remetido en la cintura. Nico lo cogió y lo sopesó y sonrió con satisfacción.

—Habéis hecho un buen trabajo.

—A buen salario, buena obra —respondió uno de ellos y los tres rieron como si aquello tuviese mucha gracia, aunque a mí no me lo pareció.

—¿Necesitas algo más? —preguntó el otro.

Nico negó con la cabeza.

—Ahora ya me ocupo yo —les dijo—. Id a tomar algo caliente y volved para la recogida dentro de una hora.

Y, tras decir aquello, se volvió a mirarme y me preguntó:

—¿Estás listo?

Me latía tan fuerte el corazón y se me acumulaba tanto aire en los pulmones que a duras penas logré decir que sí.

Nico se llevó una mano al bolsillo del pantalón y sacó un par de paños que al instante reconocí como servilletas del Dixie. Me tendió una y él se quedó con la otra. No supe qué hacer con aquello hasta que vi que él se llevaba la suya a la cara y se la cubría, anudándosela en la nuca. Hice lo mismo y, de no ser porque yo no estaba para bromas, me habría hecho gracia vernos a ambos embozados como dos forajidos de una película de vaqueros.

Nico descorrió el portón de la cochera y me invitó con un gesto de cabeza a entrar.

Aquella era una estancia alargada, fría y desnuda que, por su aspecto de abandono, con el suelo cubierto de polvo y hojas secas y las paredes salpicadas de desconchones, estaba claro que se le había dado poco uso desde los lejanos años en que acogiera carruajes de los que ya no quedaba rastro. Por toda iluminación, había en el suelo cuatro candiles encendidos que formaban un titilante cuadrado de luz entre teatral y fantasmagórica. En el centro de aquel cuadrado iluminado, había una silla. Y sentado en ella, amordazado y con las manos atadas tras el respaldo, estaba Eulogio Durán.

Era difícil reconocerle. No sólo porque el trapo que le tapaba la boca

cubría también parte de su cara sino también porque no parecía el mismo sin su traje a rayas. Sólo llevaba una camiseta interior de tirantes y unos calzones que le llegaban hasta las rodillas. Y, a pesar del momento, resultaba un poco cómico ver que aún calzaba sus botines acharolados de color negro, de los que subían unos calcetines sujetos por ligas a la altura de las pantorrillas. Su pelo engominado estaba ahora reseco y revuelto y de sus ojos había desaparecido el brillo altivo y desafiante para dejar paso a una mirada desbocada a medio camino entre el desconcierto y la rabia.

Nico se acercó hasta él y le contempló en silencio durante unos instantes. Yo me quedé atrás, buscando la protección de las sombras, obligándome a recordar quién era aquel hombre para frenar mi primer impulso de interceder por él.

Eulogio Durán se retorció en su asiento, los ojos desmesuradamente abiertos, fijos en Nico. Cuando éste se inclinó y le bajó hasta el cuello el trapo que le tapaba la boca, boqueó con ansia buscando aire y su voz brotó en un bronco rugido:

—¡Llevo toda la noche atado a esta silla! ¿Se puede saber quiénes sois para atreveros a hacerme esto?

Nico le contestó sin levantar lo más mínimo la voz.

—Somos ángeles venidos del cielo para ayudarte.

—¡Y una mierda! —Durán lanzó el cuerpo hacia delante, como si creyese que podría abalanzarse sobre Nico, pero sólo logró dar un saltito en su silla—. ¿Quiénes sois? ¿Comunistas? ¿Hedillistas? ¿Masones?

Nico no se molestó en contestar y, aunque en su situación resultase absurdo, Durán pareció envalentonarse.

—Escuchadme bien —dijo, esforzándose sin éxito por contener el desprecio y la ira que traslucía su voz—. Si me dejáis ir, puedo daros dinero. Puedo daros muchas cosas. Sólo decidme lo que queréis.

Desde mi refugio en la oscuridad, pude por un instante imaginar a Durán estando al otro lado. Seguro que también él había escuchado muchas veces una oferta desesperada hecha por otros hombres en situaciones semejantes, pensé, y no tuve duda de que a ninguno le había servido de nada.

Nico llevaba en la mano el paquete que le habían entregado antes de entrar. Y en aquel momento comenzó, con deliberada parsimonia, a desenvolverlo. No había terminado aún de liberar su contenido cuando de la garganta de Eulogio Durán se escapó un lastimero gemido al acertar a ver de qué se trataba. Yo tuve que avanzar un poco para poder verlo también. Nico tiró el papel desgarrado al suelo y en su mano sólo quedó un cuchillo. Un enorme cuchillo de hoja gruesa terminada en punta, que bien podría haber pasado por un sable de bucanero pero que en realidad era un cuchillo para despiezar de carnicero. Nico lo mantuvo en alto sin pretender resultar amenazador, como si sólo quisiese facilitar a Durán su contemplación en todo su exagerado esplendor. Y la sola visión de aquel cuchillo pareció anular en éste cualquier capacidad de mantener la entereza y hasta la dignidad. Cuando volvió a hablar, todo rastro de valentía había desaparecido súbitamente de su voz.

—Pero ¿por qué me hacéis esto? —preguntó, con un desvalido temblor en el tono cercano al sollozo—. ¿Quién os ha mandado a hacerme esto?

—Puede que nos manden tus vecinos, que están ya hartos de tanto abuso — le respondió Nico.

Durán hizo una mueca de desprecio.

—No te creo. Esos muertos de hambre no podrían ni reunir el dinero para pagaros.

Nico asintió, como si se mostrase de acuerdo con una sesuda reflexión.

—Entonces, puede que nos mande tu santa esposa, harta ya de compartir con tantas otras tu devoto amor.

Me pareció que Durán dudaba, sopesando esa posibilidad por un instante,

sin darse ni cuenta de que Nico se burlaba de él, pero pronto movió negativamente la cabeza.

—O puede que nuestra misión sea de verdad ayudarte, Eulogio. Puede que hayamos venido para ayudarte a encontrar el camino de la rectitud y que así no vuelvas a hacer a más mujeres lo que ya les has hecho a otras.

Esta vez, Nico no esperó una reacción a sus palabras. Antes de que Durán pudiese decir nada más, bajó el cuchillo hacia él y le colocó la punta en la entrepierna.

Durán dio un alarido de pánico que retumbó con un sordo eco en las paredes desconchadas. Si aún le quedaban los más mínimos arrestos para intentar plantar cara a todo aquello, en aquel momento saltaron por los aires. Cualquier recuerdo del bravo falangista, del aguerrido militar, del engreído jefe de distrito se desvaneció para dejar sólo a un hombre que rompió a gimotear como un niño asustadizo al que le estuvieran gastando una broma pesada. Me resultó incluso decepcionante ver lo poco que duraba su aguante, como si en algún momento hubiese sentido una admiración por aquel hombre que, ahora, al oírle suplicar que por favor no le hicieran nada, se hubiera venido de pronto abajo.

—Esto es lo único que se me ha ocurrido para que todos estemos seguros de que no vuelva a ocurrir... —le dijo Nico, aparentando resignarse a una inexorable fatalidad.

Y, tras esas palabras, empujó un poco el cuchillo hacia delante y desde donde yo estaba pude ver que su punta rasgaba y atravesaba unos milímetros la tela de los calzones de Eulogio Durán, quizá llegando a tocarle la piel.

En ese momento, Durán ya no acertó a articular palabra, ahogado en un llanto de miedo y rendición.

Nico no se inmutó ni ante sus lágrimas ni ante sus ruegos de clemencia. Parecía que nada pudiese alterar la calma que en todo momento había

mantenido. Ignorando a Durán, se volvió hacia mí sin apartar el cuchillo de donde estaba y me preguntó en tono amistoso:

—¿Te gustaría encargarte tú?

Toda aquella escena me tenía tan asombrado que me sentí incapaz de decir nada. Ni siquiera acerté a mover un solo músculo. Dudo que llegase siquiera a negar con la cabeza. Sentía una vertiginosa mezcla de horror y curiosidad y disfrute y remordimiento por lo que allí estaba pasando, como si todo aquello me hubiese convertido a la vez en vencedor de un duelo y culpable de un crimen.

Nico se volvió de nuevo a mirar a Durán. Y, en ese momento, tanto él como yo pudimos ver la mancha que surgía en sus calzones y cómo se extendía con rapidez oscureciéndolos hasta que unas gotas mojaron el suelo.

—¡Por Dios, Eulogio, qué asco! —protestó Nico.

Durán no dijo nada. Se limitó a bajar la cabeza y a cerrar los ojos. Su llanto se redujo a poco más que un sordo quejido y ya ni se molestó en suplicar piedad.

Nico volvió a girarse hacia mí.

—¿Quieres que lo haga? —me preguntó, esta vez poniéndose serio—. Tú decides.

Mantuvo la mirada fija en mí, esperando una respuesta. Y lo primero que pensé fue que no podía decepcionar a Nico, que no quería volver a cometer un error que me devolviese a la cocina del Dixie y me alejase de lo que tanto deseaba. No me sentía bien. Era como si de pronto me marease esa mezcla entre desagrado y satisfacción que sentía. Quería salir de allí corriendo y a la vez quería seguir viendo a aquel hombre derrotado y a Nico haciendo todo aquello por mí y por Marita.

—No, no lo hagas —dije al fin, con voz queda.

Nico asintió, sin mostrar ni alivio ni contrariedad por mis palabras. Retiró

el cuchillo de entre las piernas de Eulogio Durán y le habló casi con ternura:

—Ya has visto que sabemos quién eres y dónde estás. No nos obligues a tener que volver a vernos, ¿vale?

Durán no contestó. Ni siquiera levantó la cabeza. Su única preocupación parecía ser tratar de contener los hipidos lacrimosos que aún agitaban sus hombros.

La última vez que le miré, me pregunté si alguna vez se habría imaginado cómo habría reaccionado él estando en el lugar de aquellos a quienes sometía a cosas parecidas.

Me marché de aquella cochera sin molestarme en buscar una respuesta, ansioso por dejar de pensar en Eulogio Durán para siempre.

Nico salió de la panadería con un cucurucho de churros. Yo estaba esperándole fuera y cuando vino hasta mí me lo ofreció. Cogí uno solo por no hacerle el feo, porque más que hambre lo que yo tenía eran ganas de vomitar. Aquellos churros no tenían nada que ver con los de Quiroga o San Ginés. En realidad, a duras penas podía considerárseles tales. Sólo era una fritanga grasienta hecha con aceite de trigo y harina sin apenas masa que algunas panaderías vendían al amanecer a veinte céntimos la media docena para que los obreros que iban camino del trabajo pudiesen dar consuelo al hambre y calentarse un poco el estómago. En mi caso, comerme uno de ellos sólo me sirvió para que se me revolviesen un poco más las tripas.

Dejamos atrás la plaza de toros. Ninguno de los dos teníamos ganas de hablar. Nico parecía disfrutar vaciando el cucurucho y yo trataba de templar al menos mi ánimo, ya que mi estómago no podía.

Nuestros caminos se separaban en la plaza de Manuel Becerra. Antes de que cogiésemos direcciones diferentes, me detuve ante él y le tendí la mano.

—Gracias —le dije.

Nico se encogió de hombros, quitándole importancia.

—Ha sido un placer.

Me estrechó la mano y, para mí, aquel apretón no fue sólo un gesto de amistad o una despedida. Aunque no se lo dije, para mí en aquel momento estaba adquiriendo un compromiso, estaba sellando un pacto con Nico. Dándole la mano estaba también haciéndole la promesa de que algún día pagaría la deuda de agradecimiento que había contraído aquella noche con él.

Se volvió para marcharse pero le hice detenerse llamándole por su nombre. Yo, que nunca le hacía preguntas, aquella noche necesitaba al menos una respuesta.

—Si hubiese dicho que sí, ¿lo habrías hecho?

Nico se me quedó mirando unos instantes con una sonrisa que por una vez no supe interpretar. Luego, se giró y se alejó silbando una alegre tonada.

Lanza dio un puñetazo en el escritorio que hizo saltar la escribanía y la colección de cinco plumas que se alineaban en su borde exterior.

—¡Intolerable!

Era la tercera vez que gritaba lo mismo, como si su cerebro se hubiese atascado en un punto del que no conseguía salir.

Se dejó caer en el sillón, se echó hacia atrás el flequillo que se le había venido a la frente con tanta alteración y resopló varias veces trompeteando con los labios apretados, mientras sus dedos tamborileaban sobre la caoba del escritorio.

—Ese pequeño cabrón... —logró articular al fin entre dientes, pero la ira le ahogaba hasta tal punto que no consiguió ni terminar la frase.

Tras sonar dos tímidos golpecitos en la puerta del despacho, ésta se abrió y una criada con cofia y mandil se asomó, portando en una bandeja de plata un par de cafés, un azucarero y un platillo con pastas.

—¿Me da su permiso, señor? —preguntó, con extrema cautela, sin duda porque había oído las voces desde el otro lado de la puerta.

Lanza le indicó con un ademán que podía pasar y la mujer entró y dejó la bandeja en una mesita auxiliar frente al escritorio y se apresuró a volver a dejar a solas a Lanza y su visita. La interrupción pareció servir para que la respiración de Lanza recuperase cierta normalidad y sus manos cesaran el impaciente tamborileo.

Cuando la criada se hubo ido, Lanza clavó la mirada en el comisario Gante.

—No voy a tolerar esto —afirmó y, para que quedara bien claro, como si no

lo hubiese dicho ya antes, volvió a levantar la voz para repetir—: ¡Es intolerable!

Gante cogió la taza y su platito de la bandeja y se echó una cucharada de azúcar con sumo cuidado de no derramar nada. El comisario no parecía compartir los nervios de Lanza. Muy al contrario, parecía más calmado de lo que era habitual en él. Gante ya había visto así a Lanza otras veces. Afrontaba con escasa templanza las contrariedades. Cuando las cosas no ocurrían como él quería, el caballero de exquisitas maneras del Dixie se transformaba en un niño enrabietado y, en esos momentos, Gante sabía que lo mejor era esperar a que se le pasara el sofocón.

—Quiero que Sampedro vaya a la trena.

Gante dio un sorbito a su taza sin esperar a Lanza, que había ignorado el café. El bigote se le manchó un poco de leche y el lametón que se dio para limpiárselo, sacando la lengua de más, arruinó la finura con la que había intentado comportarse hasta el momento para adaptarse a la elegancia del despacho. Luego, respondió con serenidad:

—Sin pruebas ni testigos, usted comprenderá que carece de sentido hacer cualquier detención. Con los contactos que tiene Sampedro, en cinco minutos volvería a estar en la calle.

Lanza fue a replicar algo pero se contuvo antes de hablar. Prefirió respirar hondo y no volver a abrir la boca hasta que pudo controlar otro poco su enfado.

—Pues tendrá que pagar por lo ocurrido de otra manera —dijo al fin, con tono más comedido.

Se levantó de su silla y paseó por el despacho, que tenía el suficiente tamaño para poder dar cinco o seis pasos de zancada larga antes de tener que girarse y deshacer lo andado. Se detuvo un momento ante el retrato que colgaba de una de las paredes laterales, un Lanza del siglo pasado que había

posado muy erguido con uniforme de almirante y que recordaba vagamente en el firme mentón y la mirada de arrojado a este otro Lanza que ahora le contemplaba.

Gante aprovechó la pausa para coger un par de pastas del platillo. Eran las nueve de la mañana y aún no había desayunado. Lanza le pagaba lo suficientemente bien para que, si éste le llamaba diciendo que quería verle con urgencia, Gante no se demorase un segundo en acudir. Y esa mañana le estaba reclamando ya a las siete, por lo que no había tenido tiempo ni de llevarse algo a la boca.

—Sampedro nos ha declarado la guerra —dijo Lanza al retomar su paseo, ahora ya más reflexivo que iracundo, como si el antepasado del retrato le hubiese transmitido algún sabio consejo y un poco de sosiego—. Y cuando uno entra en una guerra, sólo la gana cuando se destruye al enemigo. Y eso es justo lo que pienso hacer.

—Si me lo permite, don Jorge... —le interrumpió Gante, a la vez que masticaba aún las pastas—. Quizá él esté pensando que la guerra comenzó con las muertes de Delicias...

Lanza se paró en seco y miró al comisario. Nunca antes habían hablado entre ellos de ese asunto y la mención le pilló por sorpresa. Pero recompuso con rapidez la compostura y respondió con aparente indiferencia.

—Como puede imaginar, no tengo ni idea de lo que me está hablando, comisario... —fue lo que dijo y, apenas por un breve instante, asomó su sonrisa más seductora, quizá teñida de un cierto sarcasmo.

Gante asintió al tiempo que volvía a echar mano de las pastas.

—Si puedo darle mi opinión, señor Lanza —dijo—, lo mejor sería que ustedes dos se entendieran. Sus negocios pueden cruzarse a veces, pero en realidad hay sitio suficiente en el corral para dos gallos de pelea, válgame la expresión. Una guerra entre ustedes no traerá nada bueno a ninguno de los dos.

Lanza se detuvo de nuevo, observando al comisario tan fijamente como había observado antes al Lanza de bandas en el pecho y bicornio en mano.

—¿Entendernos? —Una carcajada remachó la pregunta—. ¿Entenderme yo con ese patán?

Gante no era fácil de impresionar. Había visto y vivido a lo largo de su carrera demasiadas cosas para que un señorito como Lanza pudiera sorprenderle. Pero lo cierto fue que dio un brinco en su asiento cuando aquél se abalanzó sobre el plato de pastas, lo cogió y lo tiró contra la pared contraria a la del retrato, donde se estrelló y se hizo pedazos justo al lado de un reloj de mesa dorado que coronaba un librero y que sobrevivió por milímetros.

—¡No vuelva a decirme algo así, comisario! —le gritó Lanza, de nuevo perdido el freno de su enfado—. ¿Le recuerdo lo que ha ocurrido esta noche?

Lo imprevisto de aquella reacción había hecho que, tras mucho intentar evitarlo, a Gante se le hubiese derramado al fin un poco de café fuera de la taza, lo que le dio casi tanta rabia como haberse quedado sin pastas.

—¿Quiere que le cuente despacio otra vez todo lo que ha ocurrido, a ver si así entiende por qué voy a destrozar a ese pequeño cabrón de Sampedro? —siguió gritando Lanza.

En aquel momento, Gante no prestaba atención a sus palabras. Sólo pensaba que había momentos, como aquél, cuando te arruinaban un placer tan poco frecuente como disfrutar de un café auténtico y unas pastas de té, en que no estaba muy seguro de si compensaba estar a sueldo de tipos tan cargantes como Lanza.

Jorge Lanza era el último eslabón de una cadena familiar que había permanecido en el entorno del poder establecido desde los tiempos de

Espartero. En el árbol genealógico de los Lanza había una saturación de embajadores, gobernadores, diputados y militares de alto rango que a lo largo de décadas habían ido dando al apellido más lustre que fortuna. Pero los años de república habían interrumpido aquella tradición familiar. El padre de Jorge había muerto de unas fiebres sin tiempo de coronar una incipiente carrera política en la CEDA y la madre había ido manteniendo a duras penas las apariencias a base de ir con excesiva frecuencia al Monte de Piedad. Jorge había pasado su juventud viendo cómo iban saliendo de la casa familiar en Montesquinza un objeto valioso tras otro camino del empeño. Y cada vez que la madre se veía obligada a desprenderse de otro cuadro o tapiz o joya o de alguna pieza de plata, lo despedía con la misma pena que a un difunto. Jorge se tuvo que acostumbrar a vivir durante años devorado por la impotencia de ver a una madre en permanente duelo por aquel patrimonio que se escapaba gota a gota, hasta que llegó el momento en que lo único valioso que les quedaba ya era la propia casa, que había pertenecido a la familia desde su construcción, más de cincuenta años atrás. Aquellos años enseñaron al joven Lanza que más valía el patrimonio que el buen nombre y le reafirmaron en la decisión de dedicar su futuro a buscar más la satisfacción material del presente que el prestigio estéril de la posteridad.

Para cuando estaba a punto de terminar sus estudios de Derecho, era ya un joven tan ambicioso como apuesto al que se rifaban todas las debutantes de la buena sociedad que, como él, frecuentaban los habituales bailes en los salones de las mejores casas de Madrid. Jorge sólo tenía que elegir y, tras tantos años esforzándose por mantenerse a flote en un círculo social que a duras penas se podía permitir, optó al fin por Eulalia Armendáriz, la hija poco vistosa de un vasco venido a la capital, propietario de una de las principales constructoras del país, sin importarle los acertados rumores que atribuyeron su elección más a un criterio de bolsillo que de corazón. Su boda se celebró por todo lo alto en

los salones de la Gran Peña y ocupó toda una página en los ecos de sociedad de la revista *Luna y Sol*. Pero Lanza se equivocó.

La prosperidad de la constructora del suegro era tan falsa como el supuesto patrimonio de la viuda Lanza y su hijo. Y Jorge lo descubrió con rapidez, cuando sólo dos años después de aquella boda de insolvente postín el suegro constructor sufrió una hemiplejía que le dejó inconsciente hasta su muerte y Eulalia le pidió a Jorge que abandonase la pasantía en un prometedor despacho de abogados para ponerse al frente de la empresa familiar.

Las deudas se comían a la constructora cuando Jorge Lanza tomó las riendas del negocio. Fue entonces cuando estalló la guerra y resultaba casi una cruel paradoja el pretender sacar adelante una empresa de construcción en unos tiempos en que los edificios no se levantaban sino que caían destrozados por las bombas. Lanza pasó aquellos años en la casa de paredes desnudas y estancias sin muebles de Montesquínza, soportando la tristeza crónica de su madre y la angustia quejica de su esposa, tan arruinado que, a pesar de sus antecedentes familiares, ni siquiera se interesó en él ni en sus escasos bienes el Gobierno republicano que a muchos de sus compañeros de aquellas fiestas de salón envió a las checas o al paredón.

Tras la guerra, el nuevo régimen prometió reconstruir lo que siendo ejército antes que gobierno había destruido. Y Lanza supo ver al instante que tenía ante sí su gran oportunidad. Su apellido le abrió las puertas adecuadas para garantizarse los más lucrativos contratos de obras de vivienda social que aprobaban Regiones Devastadas y la Junta de Reconstrucción de Madrid. Lo único que tenía que lograr era evitar la inminente bancarrota saldando el alud de deudas que sepultaba a la empresa. Y la única forma de hacer aquello con la suficiente rapidez no podía ser pidiendo ayuda a los mismos bancos que le exigían el pago de anteriores préstamos e hipotecas. El único camino para salir de la ruina y aprovechar las nuevas oportunidades que se abrían ante él

era lograr dinero rápido al margen de la ley. Y la hartura acumulada durante los años de larga decadencia no le dejó sitio para los escrúpulos.

Lanza desplegó así, en sólo unos años, una doble actividad, a cual más lucrativa. A la vez que su empresa se había convertido en la constructora que más encargos recibía para la reconstrucción de la capital, Lanza se dedicó en paralelo a introducirse en las florecientes redes del mercado negro. Compinchado con viejos amigos de juventud ahora sentados en los sillones adecuados, había comenzado haciendo negocio con el otorgamiento a cambio de comisiones de licencias de construcción, para ir entrando luego, paso a paso, en el mercado ilegal de materiales de obra y de ahí al de todo tipo de mercancías.

La combinación de la construcción y el estraperlo pronto transformó las viejas deudas en unos beneficios fulgurantes. La casa de Montesquínza resucitó. Muchos de los objetos empeñados pudieron ser recuperados. El apellido Lanza reapareció en la vida social de la capital con mayor esplendor aún del que nunca antes tuviera. Todos reconocían en Jorge a uno de los empresarios más exitosos de la ciudad. Eulalia disfrutaba liderando a sus amigas de juventud, ahora esposas de otros prohombres, en la organización de todo tipo de vistosos actos benéficos, desde bailes hasta sorteos y subastas, para aportar fondos al Auxilio Social. Y, a cambio de haber salvado la empresa de su padre y a ella misma de una vida sin los lujos con los que había crecido, dejaba disfrutar también a su marido, sin preguntar nunca ni por destinos ni por compañías cuando decidía salir de casa a divertirse.

La vida de Lanza no podía ser más perfecta. Hasta que sus intereses se dieron de bruces con los de Matías Sampedro.

A lo largo de los últimos meses, la gente de Lanza le había informado de diferentes encontronazos con los hombres de Sampedro. En general, sólo le habían parecido pequeñas cuitas callejeras a las que no había dado mayor

importancia. Sampedro parecía ser una competencia menor, nada de lo que preocuparse. Cuando empezó a coincidir con él en el Dixie, tan sólo lo había visto como un zarrapastroso que ni siquiera merecía su atención. A lo sumo, había disfrutado con el asunto de Delicias, a pesar de la torpeza de sus hombres dejándose dos muertos en el camino, porque vino a confirmarle que podía darle una lección a Sampedro cuando le viniese en gana. Y así lo había seguido pensando, ignorando a quienes le advertían que no era un hombre a menospreciar. Hasta que esa noche le habían sacado de la cama para darle la primera de una sucesión de malas noticias.

Antes de que llegara Gante a la casa de Montesquinza, antes incluso de que amaneciera, sentado a solas y a oscuras en su despacho, vestido aún con pijama y batín, ya había comprendido su error. Y comprobar lo mucho que se había equivocado al juzgar a Sampedro le había sacado de sus casillas casi tanto como todo lo ocurrido esa noche. Lanza no era hombre de perdonar con facilidad los errores, ni siquiera los suyos propios.

Al comienzo de aquella noche, yo jamás habría podido imaginar a dónde iría ni cómo iba a terminar. Poco después de acabar mi jornada en el Dixie, estaba sentado junto a Nico en la parte trasera de una camioneta, en dirección a un destino que en aquel momento desconocía. Nico se me había acercado en el club para preguntarme si me apetecía acompañarle a hacer un trabajo que le habían encargado y, por supuesto, dije que sí, sin lograr disimular mi entusiasmo por la propuesta y sin pedir ningún detalle. Habían pasado sólo unos días desde el asunto del falangista y que Nico me ofreciese ir con él, fuera a donde fuese, era lo que más podía desear.

La camioneta nos estaba esperando en una esquina de la calle Montera. Cuando llegamos hasta allí, había un hombre en la acera junto a ella y otro

sentado ya tras el volante del vehículo. Aun antes de tenerle cerca, reconocí en el primero la gruesa cabeza, la mirada torva y las cicatrices de viruela en las mejillas. Lo primero que hizo el Ruso fue fijarse en mí.

—¿Quién es? —le preguntó a Nico, con brusquedad.

—Tranquilo, que es de confianza.

El Ruso me miró de arriba abajo y yo me quedé muy quieto, como si estuviese pasando un examen médico. Estaba claro que no me reconocía de verme trabajando en el club. El corazón se me aceleró ante el temor de que no le gustara lo que veía. Pero no debió de ser así, porque sin dictar sentencia alguna sobre mí, me ignoró y su mirada pasó de nuevo a Nico.

—Dentro tienes todo lo que necesitas —le dijo, señalando con un gesto la camioneta.

Nico asintió, sin que la imponente presencia del Ruso ni esa rudeza al hablar, en la que cada palabra sonaba como un gruñido, parecieran amedrentarle.

—Todo irá bien, ya lo verás —le dijo, con una despreocupada jovialidad que no reblandeció lo más mínimo su hosca expresión.

Subimos a la parte trasera de la camioneta sin más despedidas del Ruso y sin intercambiar siquiera un saludo con el tipo que nos iba a hacer de conductor. Fue un viaje incómodo. La endeble estructura crujía como si fuese a desmembrarse en cualquier momento y el menor bache del camino nos hacía dar un bote. La loneta que cubría la parte trasera nos impedía ver nada pero, en cambio, no evitaba que entrase el frío de la noche. Al poco de ir allí a ciegas, se perdía la noción del tiempo y del espacio y el traqueteo resultaba mareante. Pero Nico no parecía percibir nada de eso. Era evidente que aquello le divertía. Se mostraba hablador y de un humor tan estupendo como si aquello fuese una agradable excursión en el más lujoso de los vehículos.

En algún momento del camino me preguntó qué tal me iba trabajando en el

Dixie y yo me limité a contestar con un escueto «bien», evitando comprometerme con mi respuesta. Me dijo que era bueno que tuviese aquel trabajo, que eso me aseguraba un dinero fijo, que me había dejado en paz un tiempo para que me habituase a él, pero que ya iba siendo hora de que empezara a hacer también otras cosas. Y oír aquello me alegró tanto que durante el resto del camino me olvidé del frío y de la incomodidad y ni siquiera atendí ya demasiado a lo que Nico habló después. Tras aquellas semanas convencido de que el resto de mi vida lo pasaría sacando brillo a vasos y retretes en el Dixie, tan inciertas palabras de Nico fueron suficientes para sentir que volvía a nacer. Cuando la camioneta por fin se detuvo, estaba tan contento por estar allí como parecía estarlo Nico, aunque aún no tuviera ni idea de dónde estaba ni para qué.

Al saltar al suelo, necesité unos segundos para que mis ojos se adaptaran a la escasa luz que proporcionaba una luna casi llena y, cuando al fin pude echar un vistazo a mi alrededor, me quedé sorprendido. La ciudad había desaparecido y la oscuridad me impedía ver nada más allá de unos pocos metros. Bajo nuestros pies no había adoquines sino tierra. A nuestro alrededor no había ningún edificio. Estábamos en medio de la nada. Apenas habíamos recorrido unos pocos kilómetros cuando, de pronto, el escenario que nos rodeaba había cambiado por completo.

Yo no conocía mucho las afueras de Madrid. En realidad, las únicas veces que había salido de la ciudad había sido en mis viajes nocturnos en tren a Santander. No tenía ni idea de que bastaba alejarse un poco de las calles de la capital y dejar atrás las fábricas que en los últimos años habían empezado a surgir en las afueras para entrar en un mundo que en nada se parecía al bullicio urbano. Madrid estaba rodeado por pequeños pueblos que en pocos años acabarían absorbiendo pero que, en aquel momento, aún estaban habitados por campesinos y labriegos que trabajaban sus parcelas de cultivo de trigo, cebada

y legumbres o cuidaban de sus rebaños de cabras y ovejas. Resultaba desconcertante aquel brusco contraste que existía entre la ciudad y sus alrededores, como si recorrer la pequeña distancia que los separaba fuese un drástico viaje en el tiempo entre dos civilizaciones distanciadas por siglos.

Nico saltó al suelo detrás de mí. Se había echado a la espalda un macuto que había en la camioneta. Se acercó a la ventanilla del conductor y le dio instrucciones.

—Por aquí no va a pasar nadie a estas horas —le dijo—. Échate a un lado del camino y nos esperas y si, por cualquier cosa, no hubiésemos aparecido en una hora, te largas.

Oír aquello último no me inquietó. Estaba aún muy sorprendido por dónde estábamos pero, sobre todo, seguía encantado de volver a sentir el vértigo del riesgo junto a Nico. En aquel momento, si me hubiese dicho que íbamos a subirnos a un cohete espacial para viajar a las estrellas, también le habría seguido sin pestañear. Pero sólo me indicó que le siguiese caminando.

Justo donde habíamos parado en aquel camino de tierra, éste se cruzaba con otro sendero más estrecho que atravesaba los campos. Seguí a Nico por él. Ni siquiera la luz de la luna permitía ver lo que había a los lados. Era imposible incluso distinguir dónde se situaba la separación entre el cielo y la tierra.

Caminamos poco más de trescientos metros. Hasta que en las sombras se perfiló la silueta de una solitaria edificación que debía de ser un almacén de grano.

—Hemos llegado —anunció Nico.

—¿A dónde hemos llegado?

No me contestó. Estaba ya andando hacia aquel edificio. Fui tras él. La luz de la luna se reflejaba en el candado y la cadena que cerraban la puerta. Nico dejó el macuto que había cargado en el suelo y sacó de él unas tenazas de herrero.

—Allá vamos, monaguillo —me dijo, con una evidente excitación en el tono.

—Iré a donde vayas tú —le dije.

Le oí reírse mientras se disponía a hacer saltar el candado. No le llevó demasiado tiempo y cuando por fin pudo abrir la puerta de aquel granero o lo que fuese, me anunció con una burlona solemnidad:

—Bienvenido a la mansión del señor Jorge Lanza.

El asalto se llevó a cabo en la cima del Puerto de los Leones, bien entrada ya la madrugada. La carretera que unía Galicia y Madrid era conocida por muchos como la «carretera de la muerte», por ser frecuentes los accidentes, y aquél era uno de sus tramos más peligrosos. Las cerradas curvas, las pronunciadas pendientes y la niebla permanente obligaban a los vehículos a circular a una velocidad extremadamente lenta, sobre todo a los numerosos camiones que hacían aquella ruta. Y aquellos dos camiones cargaban con un peso mayor del habitual. Aparentemente, transportaban piezas de hierro, chapa y uralita destinadas a alguna obra de la capital, todo ello debidamente legalizado, con las tasas y las licencias en regla. Eso ya era de por sí un cargamento valioso. La creciente demanda y la escasez habían encarecido los materiales de construcción de manera extrema en los últimos tiempos, desde que se acelerara la reedificación de bloques destruidos durante la guerra. Pero, además, aquellos camiones transportaban un cargamento oculto. Ningún guardia que los hubiese parado en la carretera para inspeccionarlos habría sido capaz de detectar nada de todo aquello de un somero vistazo. Los cilindros de hierro iban rellenos de harina. Bajo las pilas de placas de chapa se ocultaban compartimentos con piezas de carne de vaca cuidadosamente empaquetadas para que no se pudiera percibir su olor. Y, ceñidos a los

largueros del chasis, cada camión tenía un doble fondo donde cabían varias sacas de aceite, vino, arroz, patatas y azúcar. Probablemente, el dinero que se obtuviese en el mercado negro con todos esos quintales de mercancía ilegal sería más que suficiente para cubrir los costes del cargamento legal.

Los camiones subían el puerto a escasa distancia el uno del otro, como habían hecho todo el viaje desde que doce horas antes saliesen de El Ferrol. En cada uno de ellos viajaban dos hombres que se turnaban al volante. Los robos en las carreteras no eran algo frecuente, así que todos ellos iban tranquilos. Cuando los faros del primer camión iluminaron unas rocas en medio de la carretera que impedían el paso, aparentemente desprendidas del risco que bordeaba la carretera, no sospecharon nada.

Detuvieron los camiones y los cuatro bajaron a analizar la situación mientras intercambiaban quejas sobre el frío, el cansancio y aquel inoportuno incidente que iba a alargar aún más su viaje. A aquellas horas, era poco probable que pasasen otros vehículos, así que tendrían que ocuparse ellos solos de retirar las dichas rocas.

Ocurrió en apenas un par de minutos. De las sombras de la cuneta surgieron diez hombres, todos ellos armados con escopetas de caza de cañones paralelos. La oscuridad era tal que ni siquiera llevaban las caras cubiertas para no ser reconocidos. Los encañonaron sin mediar palabra. Si a alguno de los cuatro camioneros se le pasó por la cabeza resistirse no dio ninguna muestra de ello, porque estaba claro que habría sido inútil. Siguieron dócilmente las instrucciones de tumbarse en el suelo boca abajo a un lado de la carretera. Los asaltantes retiraron las piedras que ellos mismos habían colocado, se repartieron en los dos camiones y se marcharon dejando a aquellos cuatro hombres abandonados en la oscuridad de la noche.

A la mañana siguiente, los dos camiones aparecieron a la entrada de Los Molinos. Del cargamento, el legal y el ilegal, nunca más se volvió a saber.

Gante se mantuvo en un cauto silencio mientras Lanza seguía paseando de un lado a otro del despacho. El comisario podía percibir en su regreso al silencio tanta tensión como en sus gritos anteriores. Y cuando volvió a hablar, ni siquiera le pilló por sorpresa por dónde salió esta vez su ira.

—Le pago para que me mantenga informado, comisario. Usted debería haber conocido de antemano todo lo que iba a ocurrir esta noche. Quizá deba replantearme nuestra relación profesional...

Gante sonrió, aprovechando que Lanza estaba a su espalda y no podía verle la cara. Esperaba que le soltara aquel reproche, pero si a algo era inmune el policía era a las amenazas y los chantajes, probablemente porque él mismo era un especialista en ambas cosas.

—No creo que pueda tener queja, señor Lanza. Si me permite, le debería recordar quién le pasó la información de lo que ocurría en la Imprenta Domínguez de Delicias... Y estoy seguro de que esa información le ha dado buenos dividendos.

Lanza también sonrió al oír aquello. Si algo le reconfortaba era saberse más inteligente que la ralea con la que se veía obligado a tratar, como ese comisario vendido que pretendía competir en astucia con él. Sonrió al pensar que Gante jamás habría podido imaginar el destino de aquellas planchas de cartillas que sus hombres habían conseguido en el túnel de Delicias. Lanza no quería las planchas para pasar a ser él quien se dedicara a imprimir cartillas falsas. Se las había entregado a un buen amigo, un alto cargo del Ministerio de la Gobernación que de ese modo se apuntaría un gran éxito político recuperando aquel duplicado de las planchas cuya desaparición había provocado un terremoto interno en las alturas, con amenazas de rodar cabezas incluidas, entre otras la de su propio amigo. Cualquiera otro se habría dedicado a ganar varios miles de pesetas imprimiendo cartillas. Lanza, en cambio, había renunciado a aquel beneficio inmediato para obtener otro que sin duda le sería

aún más rentable a largo plazo, como era que su amigo le debiera de por vida el favor no sólo de haberle salvado el cuello sino además de haber dado un espaldarazo definitivo a su carrera política. Así se hacían los negocios, pensó ahora al recordarlo, de una manera que a gañanes como Gante jamás se les ocurriría.

Detuvo su paseo junto a la silla en que se sentaba el comisario y buscó que sus miradas se encontrasen antes de volver a hablar.

—Sólo espero que no fuese usted quien le proporcionara a Sampedro la información necesaria para llevar a cabo los golpes de esta noche...

Gante soportó la mirada e incluso la confrontó poniendo una expresión de falsa humildad.

—La duda ofende, señor Lanza...

Si el uno quería dejar claro que no confiaba en el otro, el otro quería dejar igual de claro que no se dejaba intimidar con facilidad. De alguna manera, aquélla era la forma que tenían ambos de delimitar el territorio en que se movía su relación.

Lanza rodeó el escritorio y se dejó caer en su asiento. Se frotó la cara con las manos, como si de pronto le cayera encima por sorpresa todo el cansancio de aquella larga noche recibiendo malas noticias.

—Quiero acabar con Sampedro —dijo, tras un largo suspiro con el que pareció dejar atrás la ira para volver a ser el templado hombre de negocios—. Y quiero que usted me ayude a conseguirlo...

Gante no dejó que se notase su satisfacción al oír aquello. Tras dos horas allí sentado, soportando con paciencia el desahogo de Lanza, comprendió que la reunión se dirigía al fin a un lugar al que estaba seguro de que acabaría llegando y donde él empezaba a tener las de ganar. Al final, pensó, a pesar de toda su riqueza y su poder y su puesta en escena de despacho elegante y furia desbocada, aquel señorito necesitaba a un hombre como él. Hubo de

esforzarse para seguir hablando con la calma que hasta entonces había demostrado.

—Lo primero es no apresurarse, señor Lanza. No dar pasos en falso. Esta noche le han golpeado, es cierto. Así que ahora debe devolver el golpe. Pero con cabeza. En realidad, todo lo ocurrido le ha hecho más daño a su orgullo que a su bolsillo. No tardará en recuperarse de las pérdidas. Pero lo que tiene que recuperar cuanto antes es el respeto al que le han faltado esta noche.

Gante advirtió en la expresión de Lanza que le gustaba oír aquello.

—Dígame cómo —le pidió.

Y Gante tuvo que controlarse más aún para evitar que se trasluciera lo mucho que estaba disfrutando aquel momento. Por supuesto, él cumplía con quien le pagaba. Y, además, Lanza tenía parte de razón: no había conseguido enterarse de lo que se estaba cocinando. Pero, sobre todo, Gante trabajaba para sí mismo. Y en aquel momento vislumbraba la posibilidad de sacar un jugoso rédito personal de aquella situación. Sampedro tenía que pagar por lo que le habían hecho a Lanza. Pero, de paso, el comisario ya había decidido que utilizaría el ansia de respuesta de Lanza para cobrarse alguna deuda propia.

—Igual que Sampedro le ha herido en lo que a usted más le importa, usted debe también advertirle que sabe hacerle daño en donde a él más pueda dolerle.

Lanza hizo un gesto de contrariedad al oír aquello.

—No, comisario, no se trata de hacerle daño —protestó—. Lo que quiero es destruirle por completo.

Gante asintió. Pero en realidad ya no le escuchaba. Su mente se había detenido en la idea que acababa de tener. Lanza le pedía ayuda. Y le ayudaría. Pero, sobre todo, usaría aquella situación en su propio beneficio.

—Paso a paso, señor Lanza. Paso a paso —le dijo, mostrando sus pequeños

dientes manchados por el tabaco en una amplia sonrisa—. ¿Le importaría si pido otro café?

Si algo había aprendido Lanza durante los últimos años era lo imprescindible que resultaba la diversificación para blindar su creciente fortuna. Varios meses atrás, uno de sus invitados en el reservado del Dixie le había dado un soplo sobre la inminente autorización del proyecto de construcción más grandioso que se había puesto en marcha en Madrid desde el fin de la guerra. En los límites de la ciudad iba a construirse un descomunal estadio de fútbol, el Nuevo Estadio Chamartín, tan ambicioso que más de uno pensaba que acabaría siendo una hecatombe económica. La constructora de Lanza no tenía capacidad aún para competir por semejante obra. Pero éste vio en ello una oportunidad que no iba a dejar escapar. El mayor problema de cualquier construcción en aquel momento era la carencia de cemento. La guerra había destruido las infraestructuras necesarias y aún no se había recuperado un ritmo de producción suficiente para atender a todas las obras de reconstrucción que iban poniéndose en marcha. Aquel estadio iba a requerir miles de toneladas de cemento y Lanza se aseguró de cerrar con rapidez el contrato que le convertiría en su principal proveedor.

Aún no se había puesto la primera piedra del estadio y Lanza ya había comprado una vieja cementera fuera de funcionamiento en la ribera del río Tajuña. Para cuando comenzó la demanda de la obra del estadio, Lanza ya tenía su nueva empresa lista para responder. Convencido de su apuesta, no había escatimado en gastos. Aprovechó la estructura ya existente y la renovó instalando los más modernos hornos, reforzando el suministro eléctrico con un complejo equipo de generadores que pudieran suplir los frecuentes cortes de luz y asegurándose la fluidez de la producción con una flota de camiones

propia que de manera regular traía caliza, arcilla y yeso de las canteras más cercanas y llevaba hasta Madrid las partidas de cemento. Si aquella primera experiencia con el estadio resultaba tan rentable como esperaba, Lanza tenía ya planes de abrir nuevas cementeras por todo el resto del país.

Aquella noche, a la misma hora que diez hombres asaltaban dos camiones en el Puerto de los Leones, otros diez visitaban la cementera de Lanza. Llegaron en una caravana de tres coches y no tuvieron ninguna dificultad para entrar. Los dos vigilantes nocturnos, debidamente untados para ello, habían encerrado en su caseta a los cuatro pastores alemanes que los ayudaban en su trabajo antes de dejar abiertas las verjas que rodeaban la fábrica. Los recién llegados dejaron sus coches fuera y desfilaron disciplinadamente a pie hacia el interior. Cada uno de ellos llevaba un hacha idéntica en la mano.

Los vigilantes sólo tuvieron que indicarles el camino por el entramado de puertas, escaleras y pasillos. Unos bajaron al sótano donde estaba el cuarto de la electricidad. Otros acudieron a la sala desde la que se regulaban los hornos. Y un tercer grupo se ocupó de la pequeña zona donde estaban las oficinas. Todos ellos destrozaron a hachazos, con sistemática eficacia, lo que les correspondía. Cuando al día siguiente llegasen los trabajadores y la cementera no pudiese iniciar su actividad, la visión de los daños no dejaría duda de que no se debía a ningún accidente fortuito. Y eso era justo lo que se pretendía con aquel destrozo carente de la menor sofisticación.

Una hora después de su llegada, los diez visitantes desfilaban de nuevo de vuelta a sus vehículos. Los dos vigilantes quedaban atrás, atados y amordazados para demostrar su inocencia. Los cuatro perros fueron sacados de la caseta después de que recibieran como cena unos filetes empapados en cloro que con bastante probabilidad los habrían matado antes del amanecer. Y un hombre con marcas de viruela en las mejillas, que no había entrado en la

fábrica con los demás, esperaba junto a los coches a los que iban llegando para asegurarse de que habían cumplido su encargo sin contratiempos.

El nuevo estadio acabaría construyéndose y, para equivocación de los más agoreros, se convertiría en un símbolo del renacer de la ciudad. Pero la obra duró bastantes meses más de los previstos. La causa principal fue la escasez de cemento, agravada por lo ocurrido en la fábrica de su principal proveedor. Lanza hubo de renunciar a su contrato. La cementera no fue capaz de volver a producir hasta varios meses después de aquella noche.

Cuando Nico encendió las lamparitas de aceite clavadas a las paredes que daban luz al interior del almacén, me llevó algún tiempo creermelo lo que estaba viendo. En aquel granero, en medio de aquel campo sin rastro alguno de civilización, sobre un piso cubierto por restos secos de paja y trigo, alineados en dos filas de a tres, impecables y deslumbrantes, todos iguales, estaban los seis automóviles más bonitos que había visto jamás.

Nico se partió de risa al ver mi cara de asombro, encantado como siempre de haberme sorprendido.

—Citroën 11 —dijo, impostando la voz como si fuese un locutor de radio—. El coche más lujoso que existe en toda Europa. Directamente traído de Francia.

Resultaban impresionantes, con sus exageradas aletas negras cubriendo las gruesas ruedas de tapacubos plateados y los laterales pintados con una franja de un suave tono beige que estilizaba su estampa. Nunca había visto por las calles unos automóviles tan elegantes.

—Cada uno de ellos es un favor que Lanza querrá hacer a algún pez gordo —me explicó Nico—. Él se encarga de traer los coches desde Francia sin pagar ni aduanas ni ningún otro impuesto, consigue también sin esperas los

permisos de circulación y se los vende, por el doble de su valor, a algún ricachón que estará encantado de pagarlo y que además creará que le debe un favor. Todos contentos. Hay que tener grandes contactos para poder hacer todo eso. Y está claro que el señor Lanza los tiene.

Había algo fascinante en ver aquellos lujosos vehículos en un entorno que tan poco les correspondía. La temblorosa luz de las lámparas creaba unos reflejos en la negra carrocería de los coches que aumentaba la sensación irreal de su visión, como si lo que teníamos ante nosotros fuese una imagen del sueño incontrolado de algún millonario caprichoso.

—¿Y nosotros? —pregunté, una vez que me repuse de la sorpresa inicial—. ¿Qué pintamos aquí?

—Hemos venido a hacer un trabajo, ¿recuerdas? —me contestó Nico—. Pero aún nos sobra un poco de tiempo.

Me guiñó un ojo y su sonrisa brilló más que nunca al decir:

—Ven conmigo.

Fuimos hasta el coche que estaba en el centro de la primera fila. Nico abrió la portezuela y se sentó tras el volante. Yo entré por el lado contrario y me senté a su lado, en el asiento corrido de tres plazas delantero. Él encendió los faros del coche, llenando el granero de una intensa luz que me cegó por un momento. Manejó el arranque hasta que el motor rugió como una fiera furiosa tras un largo cautiverio.

—¿No estarás pensando...?

No me dio ni tiempo a completar la pregunta.

—¡No pienso en otra cosa!

Nico agarró el enorme volante con una mano y el cambio de marchas con la otra y, con una brusca sacudida, el Citroën salió disparado hacia delante. Di un solitario grito de sorpresa pero un instante después los dos soltamos a la vez un aullido de placer.

No seguimos el camino de tierra. Los faros nos abrían paso en la oscuridad de la noche y Nico condujo campo a través, sin preocuparse de la velocidad porque no había nada contra lo que pudiésemos estrellarnos. Tomó curvas imaginarias e hizo crujir el motor con acelerones y cambios de velocidad a destiempo propios de un conductor inexperto y un par de veces tuve que apoyarme en el salpicadero para no salir disparado contra el parabrisas. En ningún momento dejamos de reír y gritar.

Sería incapaz de calcular el tiempo que estuvimos circulando por aquellos campos, dando vueltas en redondo o cogiendo velocidad en una recta, siguiendo el propio rastro que acabábamos de dejar en el trigo o abriéndonos camino por entre las espigas hacia ninguna parte. Nico disfrutaba dando volantazos y pisando el acelerador tanto como disfrutaba yo cada vez que mi cuerpo era impulsado por una velocidad que jamás había sentido. Me habría pasado el resto de la noche en aquel coche y estoy seguro de que Nico también. Ninguno de los dos lo habíamos pasado nunca tan bien.

Ahora, cuando recuerdo todo lo que Nico y yo vivimos juntos, si tuviese que elegir el mejor momento, el instante en que uno desearía detener el tiempo si pudiese, sería aquél. Fue un irrepetible momento de felicidad y de locura, de libertad y de triunfo. Uno de esos momentos tan escasos en la vida en que tienes de pronto la exultante sensación de que nada en tu pasado ni en tu futuro merecerá tanto la pena como lo que estás viviendo en ese preciso instante.

Cuando por fin volvimos al interior del granero y Nico apagó el motor, ambos jadeábamos excitados.

Antes de bajarnos, Nico acarició con ambas manos el volante y dijo:

—Algún día, monaguillo, seré dueño de uno de éstos.

Y yo no tuve ninguna duda de que lo sería.

Al salir del coche, Nico recuperó el macuto que había dejado en una esquina. Sacó de su interior una botella vacía y un trapo grisáceo.

—¿Sabes para qué sirve esto?

Negué con la cabeza. Pero él ya se había desentendido de mi respuesta. Sacó también una garrafa transparente, rellena con un líquido amarillento que en mi ignorancia creí que eran orines. Le quitó el tapón a ésta y rellenó hasta la mitad su botella con aquel líquido, luego echó otro poco en el paño para empaparlo y después me tendió la garrafa.

—Echa esto por el suelo, alrededor de los coches —me pidió.

Tardé un poco en obedecerle. No entendía qué era aquello y además, con la excitación de nuestro loco paseo en coche, se me había olvidado que habíamos ido allí para algo más que para divertirnos.

—No tenemos toda la noche —me azuzó él—. ¿Quieres hacer de una vez lo que te digo?

Cogí la garrafa y sentí cómo el olor a gasolina me inundaba la nariz. Derramé todo el contenido sobre los restos de trigo seco, alrededor de los seis coches y, cuando hube terminado, Nico me indicó que saliésemos de allí.

Nos detuvimos a unos metros de la entrada del granero. Nico introdujo el trapo mojado en el cuello de la botella, dejando por fuera la mitad, y se sacó una yesca del bolsillo.

—¿Te gustan los fuegos artificiales?

Prendió con la yesca el trapo, que se convirtió al instante en una lengua de fuego y, antes de que le quemara la mano, lanzó la botella al interior del granero.

El ruido de los cristales rotos quedó ahogado por el sordo zumbido de las llamas al extenderse. Un repentino calor me rodeó la cara. Al poco, llegaba hasta nosotros el crepitar de la madera y el chasquido del metal a medida que las llamas alcanzaban coches y paredes.

—¡Rápido! —me gritó Nico, que se había quedado tan paralizado como yo contemplando cómo un telón de fuego se alzaba en el interior del granero

ocultando a nuestros ojos las dos filas de automóviles—. ¡Tenemos que alejarnos!

Echamos a correr. Antes de que hubiésemos llegado a la camioneta, sonaron a nuestra espalda varias explosiones que a punto estuvieron de hacerme trastabillar y caer al suelo por la sorpresa. Pero en ningún momento miré atrás. Tan sólo, cuando ya nos

metíamos en la parte trasera de la camioneta y la loneta volvía a impedirnos la visión, eché un rápido vistazo y vi las llamas que ascendían partiendo en dos las sombras del cielo y lo que antes había sido el granero convertido ahora en una inmensa tea.

Una vez que arrancó el conductor que tan pacientemente nos había esperado, rompimos a reír durante un buen rato, ahora más por nervios que por diversión. Mientras volvíamos a Madrid, tuve dudas de si Nico y yo éramos los dos tipos más valientes y atrevidos del mundo o solamente un par de chiflados inconscientes. Pero no llegué a preguntárselo.

Gante dio un sorbo a su segundo café, que acababa de llevarle la criada. Durante unos segundos, se concentró en disfrutar del aroma que subía de la taza, tan diferente al amargo olor de la achicoria que solía tomar. Frente a él, al otro lado del escritorio, Lanza se mantenía pensativo. Parecía haberse olvidado de la presencia del policía.

Le dejó tomarse su tiempo. Gante quería llevar a Lanza a donde él deseaba. Y sabía que para ello debía ir con cautela, dejarle pensar, esperar a que se diese cuenta por sí solo de que seguir los pasos que él le marcara era su mejor opción.

Cuando decidió que había llegado el momento de darle otro empujón en la

dirección adecuada, dejó la taza en la mesita sin prisas, carraspeó y dijo:

—Hay un joven... Suele rondar por la barra del Dixie...

Lanza seguía sin mirarle, los ojos fijos en algún punto indeterminado de la superficie del escritorio.

—Es un protegido de Sampedro. Hace todo lo que éste le pide. No me extrañaría nada que tuviese algo que ver con lo ocurrido esta noche...

Seguía sin captar la atención de Lanza. Pero Gante no se impacientó. Hizo una pausa, volvió a carraspear y, sin darle importancia, como si sólo estuviese contando una anécdota que supiese poco interesante, añadió:

—Le he visto muchas noches acompañando a casa a la cantante, a Asia Luján... No sé si no será su novio...

Logró a duras penas reprimir una sonrisa cuando los ojos de Lanza saltaron como un resorte desde el escritorio hasta el rostro de Gante.

Lanza recompuso con rapidez una expresión de indiferencia.

—¿Y por qué me habla de ese chico, comisario? —protestó, sin demasiado énfasis—. Mi objetivo es Sampedro, no un rufián de medio pelo.

Gante se encogió de hombros, como si estuviese a punto de renunciar a una idea aún no propuesta.

—Sólo digo que, a través de ese joven, se puede llegar a Sampedro.

Lanza pareció calibrar sus palabras. O quizá, pensó Gante, al que aquello empezaba a divertirle, sólo se tomaba un tiempo para apartar de su mente la imagen de Asia Luján paseando con su novio.

Lanza dio una palmada sobre el escritorio en un gesto en que se mezclaba impaciencia y decisión.

—¿Qué tiene en la cabeza, comisario?

—Sólo le pido que me dé algún tiempo. La precipitación no es buena consejera —le respondió Gante—. Y necesitaré que ponga a mi disposición a algunos de sus hombres.

Lanza se levantó de su silla. Echó un vistazo a la calle a través de los gruesos cortinones que enmarcaban uno de los dos ventanales del despacho.

—De acuerdo, comisario. Pero si quiere seguir recibiendo mi dinero, necesito ver resultados.

El policía recuperó su taza de café y la apuró de un último sorbo.

—Los tendrá, señor Lanza.

—No me cuente lo que planea. Cuénteme lo que consiga.

Lanza le estaba dando la espalda, así que Gante se permitió una sonrisa dirigida a sí mismo.

Aquella reunión había salido mucho mejor de lo que hubiese podido imaginar al llegar. Ahora ya sólo quería salir de allí cuanto antes. No iban a servirle más café y ya había sacado todo el provecho posible de la situación. No podía sentirse más satisfecho.

El salón de billares Rodrigo, que tomaba el nombre de su ubicación en la calle Ciudad Rodrigo, junto a la Plaza Mayor, poco tenía que ver con lo que podía encontrarse en otras salas de juego más populares. Cuando Nico quería jugar al billar, algo que le encantaba, solía ir al salón de Callao. Allí, junto a la entrada del cine, estaba uno de los mejores salones de billares de la ciudad, con nada menos que treinta y dos mesas de juego. El salón Callao tenía servicio de bar propio y mesas de ajedrez y futbolines para quienes deseaban alternar las carambolas con jaques y goles y asientos para que el público presenciase los torneos que se organizaban. En Callao, el salón olía a talco y a perfume ambientador y cada una de las mesas contaba con iluminación individual gracias a unas coquetas lámparas de estilo francés que colgaban de un cable del techo hasta media altura. Uno no osaba ir allí a buscar rivales de mesa para jugar un *pierdepaga* si no estaba muy seguro de que iba a estar a la altura. El salón Rodrigo, en cambio, no era más que un sótano sin ventilación, con sólo siete mesas de tapiz remendado, tacos mal calibrados y bolas que más que rodar iban dando saltitos porque estaban descascarilladas de tanto ser lanzadas al suelo por jugadores inexpertos. No había más luz que la que daban tres lámparas de araña con las bombillas cubiertas por tulipas de paño y el único empleado era un vejete con la peculiar habilidad de pasarse las horas dormido en equilibrio en un taburete sin respaldo junto a la escalera de acceso. Pero era un lugar discreto y Nico no iba allí para jugar sino para trabajar. Y allí empecé yo también a pasar tantas tardes como noches pasaba en la cocina del Dixie.

Por aquel salón de billar desfilaban para verse con Nico los más variopintos personajes. Estaban los que se presentaban de improviso porque habían oído que en el salón podían darles alguna ocupación a cambio de unas pesetas, por lo general jóvenes desocupados y padres de familia con un exceso de hijos que siempre decían acudir enviados por alguien que conocía a alguien al que le había contado alguien que allí había una oportunidad de sacarse unas perras y que se ofrecían «para lo que fuese necesario», según solían repetir casi todos. Por allí se dejaban caer también muchos listos que buscaban una ganancia rápida a cambio de ofrecer cualquier información, que siempre aseguraban que venía de buena fuente, ya fuese un soplo sobre algún fraude en las ventas o sobre una supuesta llegada a la ciudad de alguna mercancía cuya compra para ser colocada en el mercado podía dar pingües beneficios o cualquier otra historia a la que pudiesen ponerle un precio. Y, sobre todo, pasaban por el salón tenderos y vendedores sin local, conductores y mozos de carga y cualquier otro que de alguna manera interviniese en la tupida red de negocios de Sampedro. Iban allí para recibir instrucciones o encargos o para pedir ayuda ante algún problema con la policía, la competencia o algún vecino chivato, para solicitar más partidas de algún producto cuya demanda les hubiese aumentado o para consultar dudas sobre cantidades y precios. A veces llegaban a acumularse los visitantes y se formaba cola para ser atendidos, como si Nico fuese un médico pasando consulta. Éste se reservaba la mesa más apartada de la entrada, donde ensayaba nuevas carambolas mientras escuchaba al que le tocara el turno, acompañado siempre por tres o cuatro tipos que sólo estaban ahí para echar una mano si se montaba alguna trifulca. Una vez que había escuchado lo que buscaba cada visita, Nico daba una orden en uno u otro sentido, ofrecía un consejo o la información requerida o se libraba del pelmazo mandándole a la calle sin más miramientos. Sólo si alguien le iba con algún asunto que consideraba de especial importancia, le

decía al que lo hubiese planteado que volviera unos días después, cuando él hubiera podido trasladárselo «al jefe» —allí jamás se mencionaba el nombre de Sampedro—, pero en la mayoría de los casos las cuestiones que se trataban en el salón no solían ser de tanta trascendencia y él se encargaba por sí solo de resolverlas.

A las nueve, cuando el salón se cerraba al público, Nico permanecía aún en él otro rato, antes de salir para el Dixie. A partir de esa hora, ya sólo se permitía la entrada en el salón a una categoría muy especial de visitantes. Eran los *correos*, los encargados de llevar a diario los beneficios de la jornada. Sampedro tenía una norma: el dinero de cualquier venta, por pequeña que fuera —y podían contarse por cientos las que cada día se hacían en la ciudad en su nombre—, debía recogerse cada día. Todo hombre, mujer o niño que vendiese un solo producto de Sampedro en el mercado negro tenía la obligación de entregar lo cobrado a uno de sus correos. De esa manera, era casi imposible que algún vendedor tramposo pudiese distraer una parte de las ganancias y, al mismo tiempo, se reducía el riesgo de que la policía pudiera interceptar grandes sumas de dinero circulando por las calles. Para mantener tan férreo control de sus negocios, Sampedro necesitaba toda una tropa de correos que se dedicaran cada tarde a ir recogiendo el dinero obtenido, el cual entregaban en el salón Rodrigo a Nico para que éste, escoltado por el grupo de tipos que le hacían compañía en los Billares, lo llevara más tarde al Dixie, donde, a su vez, se lo entregaba discretamente a alguno de los hombres que solían acompañar a Sampedro en su reservado. Por eso era por lo que Nico acudía sin faltar ni una sola noche a la barra del club.

Todo aquello lo fui descubriendo poco a poco, a lo largo de las semanas en que no sólo fui aprendiendo en qué consistía la vida de Nico, sino también mi nueva labor como correo. Porque ése fue el nuevo trabajo que Nico me había

asignado cuando decidió que ya estaba listo para dedicarme a algo más que a pasar las noches fregando en el Dixie.

Cada tarde, recorría la ciudad recaudando dinero. Me pasaba horas pateando las calles para encontrarme en trastiendas, bancos de parques, habitaciones de pensiones o callejones discretos con hombres o mujeres de los que no conocía ni el nombre para que me entregaran fajos de billetes obtenidos en ventas del mercado negro cuyos detalles también ignoraba. No se hablaba más de lo imprescindible en aquellos encuentros. Lo normal era que no surgiese ningún problema, a lo sumo aislados retrasos en los pagos por culpa de algún comprador a quien se le había fiado por ser de confianza, a pesar de que eso era algo que estaba prohibido.

Yo recibía el dinero, lo iba acumulando en un saquito que llevaba atado con un imperdible al interior del pantalón, porque los bolsillos eran blanco fácil de carteristas, y seguía mi ruta, casi siempre a pie, salvo si llovía o hacía demasiado frío o alguna tarde estaba demasiado cansado, en cuyo caso me permitía el lujo de coger el metro o el tranvía. Mi única responsabilidad era evitar que algún ratero o algún policía descubriera lo que llevaba encima y me impidiera entregarlo en el salón Rodrigo. Más allá de eso, aquella nueva ocupación no era ni de lejos tan arriesgada ni tan emocionante como los viajes en tren y resultaba aún más solitaria, porque aquí no tenía siquiera compañeros de viaje. Mi ansia de emociones tampoco se veía satisfecha yendo de un lado a otro para recoger y entregar dinero y vivía acompañado de un cansancio que no lograba quitarme de encima. Entre las caminatas de las tardes y las noches en el club, dormir por las mañanas apenas me servía para recuperar energías. Pero no habría renunciado a aquello por nada.

Después de pasarle a Nico la bolsa del día, me quedaba con él y su grupo en los Billares. Eso me diferenciaba del resto de los correos, que se iban tras hacer su entrega. Aquello me hacía sentir importante. Era agradable tener la

sensación de que formaba parte de algo, que había gente que contaba conmigo y confiaba en mí y con quien yo podía también contar. De un modo que no habría sido capaz de explicar, me sentía protegido formando parte de aquello. Pero, además, me gustaba estar con Nico, que cada día me trataba más como a un igual y no como a aquel chico pánfilo al que pillara robando leche y en el que ni siquiera yo mismo me reconocía ya. Cuando las entregas terminaban, solíamos irnos andando juntos al Dixie y, mientras los tipos que le daban protección nos seguían unos pasos por detrás, Nico y yo hacíamos el camino charlando. Siempre era divertido escucharle. Sólo por aquellos ratos ya merecía la pena mi nuevo trabajo. Oyéndole hablar, cualquiera diría que Nico era tan rico y poderoso como el mismísimo Sampedro. Estaba claro lo agradecido que se sentía con éste y lo orgulloso que estaba de lo que hacía para él y, aunque ahora yo ya conocía aquel negocio lo suficiente para comprender que Nico sólo era otro eslabón, como yo mismo y tantos otros, de la infinita cadena de personas que conformaban las redes de estraperlo, seguía entreteniéndome escucharle cuando se ponía a contar sus historias, como si él y sólo él fuese el amo de toda la ciudad. Durante los paseos desde los Billares hasta el Dixie, solía extenderse en reflexiones sobre cómo podría mejorarse la organización de las ventas o por dónde deberían crecer los negocios de Sampedro o hacía vaticinios de grandes riquezas aún por llegar que no sólo harían más rico a éste sino también a él y hasta a mí mismo. A veces me enternecía y a veces hasta podía llegar también a irritarme aquella ingenuidad suya tan inquebrantable que le permitía confundir y disfrutar por igual de fantasía y realidad, como si ambas formasen un todo inseparable que le situaba a la vez en la cima y en el punto de partida de una vida que a él siempre se le antojaba perfecta.

Aquél fue el mejor de los tiempos para mí, porque aquella vida me permitió hacer realidad lo que hasta entonces sólo habían sido vanas ilusiones

inalcanzables. Y, sin duda, el día en que más disfruté de los cambios que se habían producido en mi vida fue cuando llevé a Marita a la calle Buenavista.

Era domingo y, como siempre, yo había regresado del Dixie cerca del amanecer. Pero aquella mañana no dormí demasiado. Eran poco más de las nueve cuando abrí los ojos. Marita, que ya estaba levantada y vestida, hojeaba sentada en una silla un ejemplar de la revista *Triunfo*, haciendo comentarios en voz alta. Marita traía a menudo periódicos y revistas que habían abandonado los clientes en la sucursal donde limpiaba. Los iba acumulando y, cuando llegaba el fin de semana, le gustaba leerlos sin importarle que fueran números atrasados. A menudo comentaba consigo misma lo que leía, así que yo estaba acostumbrado a escucharla indignándose con alguna decisión política o espantándose con el relato de alguna desgracia o alabando su belleza al contemplar la foto de alguna artista.

—Mamá —le dije, sin haber salido todavía de la cama—, prepárate porque vamos a salir.

Ella me miró sorprendida.

—¿A dónde quieres ir tan temprano?

Le indiqué que se callara llevándome un dedo a los labios y me apresuré a vestirme mientras ella me miraba perpleja y divertida.

Llevaba varios días planeando aquello y estaba tan nervioso que a punto estuve de abrir la puerta para irnos sin haberme puesto aún los zapatos. Marita intentó un par de veces más preguntarme a dónde íbamos pero yo volví a chistarle para que se callara aun antes de que acabara de hacerme la pregunta. Le entregué su bolso y su abrigo, la cogí de la mano y casi la saqué de un tirón de nuestra habitación.

La calle Buenavista estaba a medio camino entre la plaza de Lavapiés y la calle Atocha. No estaba muy lejos de nuestra corrala, pero todo el camino era

cuesta arriba, así que cuando llegamos al número 5, entre la subida y el ritmo casi de trote al que había llevado a mi madre, ambos estábamos jadeando.

Al detenernos delante del portal, Marita recuperó el resuello para preguntar:

—¿Qué hacemos aquí, Emilio?

Yo me metí la mano en el bolsillo del pantalón y saqué una arandela de alambre de la que colgaban unas llaves. Y Marita lo adivinó con sólo ver aquellas llaves y mi sonrisa.

Cruzó las manos sobre el pecho y abrió mucho la boca y los ojos y, tras permanecer enmudecida durante unos segundos, sólo acertó al fin a suspirar:

—Dios mío...

Habíamos hablado de aquello miles de veces, con esa ilusión desesperanzada con la que se hacen los planes que uno nunca espera cumplir. Nos habíamos prometido el uno al otro que algún día viviríamos en un piso y no en una habitación, temerosos ambos de que aquella promesa mutua acabase convirtiéndose en una mentira consentida según pasasen los años. Nos consolábamos imaginando en un sinfín de conversaciones cómo sería poder disfrutar de un baño propio, sin soportar ni las colas ni los olores dejados por los vecinos en el retrete compartido de la corrala o poder entrar y salir sin la constante vigilancia de las comadres que pasaban las horas vigilando tras el visillo a todo el que atravesaba el patio o hasta poder dormir en una habitación propia y no tener que darnos la espalda cada vez que uno de los dos necesitaba intimidad para cambiarse de ropa. Marita soñaba sin lamentarse. Durante todos los años que vivimos en la corrala, jamás la oí quejarse o protestar por las incomodidades. Pero aquella mañana de domingo, cuando me saqué las llaves del bolsillo y se las mostré y ella comprendió al instante lo que ocurría, pude ver escondido tras sus ojos humedecidos, por una vez de

alegría y emoción, el silencio de todos aquellos años en que ni una sola vez le había reprochado al destino por habernos encerrado en aquella habitación.

La letra «C» del tercer piso de aquella casa de cuatro plantas en la calle Buenavista tenía un saloncito y un dormitorio, ambos amueblados con lo justo, un cuartito desnudo que podía hacer las veces de cocina y un baño poco más grande que un armario donde cabían a duras penas un retrete y un lavabo. Entre mi sueldo en el Dixie y el de Marita en el banco y lo que ahora me sacaba haciendo de correo, aunque fuera con apreturas, podríamos llegar a pagar el alquiler. Y sólo ver a Marita entrando en aquel piso, tan deslumbrada como una reina que recorriese por vez primera las estancias de su nuevo palacio, me hizo estar seguro de que cualquier esfuerzo merecería la pena.

En el saloncito sólo había una mesa camilla, un sofá que en su día debió de estar cubierto por alguna imitación de piel que hacía mucho que había desaparecido casi por completo, siendo sustituida por una colcha de lana, y un sillón con orejeras cuyo respaldo Marita acarició con tanta delicadeza como si estuviese apreciando una frágil y preciada joya.

—Yo dormiré en el sofá y tú tendrás tu propia habitación —le dije.

Recorría con una mirada embelesada cada detalle de la habitación sin siquiera escucharme. Esperé unos minutos sin decir nada más, dejando que disfrutara del momento. Sobre la mesa camilla había una caja de cartón que no había llamado su atención a pesar de ser de considerable tamaño. Una vez que se hubo asomado al dormitorio y regresado al saloncito, le dije:

—Tengo un regalo de bienvenida para ti, mamá.

Marita estaba tan aturdida que yo mismo me ocupé de abrir la caja y sacar su contenido. Sobre la mesa, dejé un magnífico aparato de radio, el modelo más moderno de la marca Radio Invicta, que Nico me había ayudado a conseguir por la mitad de su precio. En aquella habitación de muebles viejos y

paredes desnudas, sus láminas de madera y sus botones nacarados brillaban como si de una lujosa escultura se tratara.

Tardó en reaccionar. Se quedó mirando aquella radio como si no supiese lo que era. Marita solía decirme que, si alguna vez pudiese darse un capricho de los caros, elegiría comprarse una radio y así podría escuchar en su propia casa sin necesidad de irse a ningún café las retransmisiones de las obras del *Teatro del Aire* y los concursos de canciones y poesía de Radio Madrid y hasta el parte de noticias de Radio Nacional. Y ahora que tenía el deseado aparato delante, ni siquiera acertó a decir nada. Tan sólo volvió a abrir la boca en un gesto de mudo asombro, como cuando le había enseñado las llaves, y se mantuvo así un tiempo infinito. Hasta que fue por fin, mirando aquella radio, después de haber conocido el que sería nuestro nuevo hogar, cuando las lágrimas brotaron sin freno de sus ojos.

Y esas lágrimas convirtieron aquel día en el más feliz de mi vida.

—¿Una sorpresa?

—Tendrás que confiar en mí.

—¿No será peligroso?

—Nada es peligroso si estás conmigo.

Asia se echó a reír y Nico rio con ella. La había recogido en el portal de su casa. En uno de sus últimos paseos nocturnos acompañándola desde el Dixie, Nico le había preguntado, con un mal disimulado nerviosismo, si le gustaría salir con él aquel domingo y ella le había contestado al instante que por supuesto. Y fiel a sí mismo, cuando ahora ella le preguntó a dónde tenía pensado llevarla, él se hizo el misterioso.

Aquella tarde le ofreció el brazo, algo que nunca había hecho cuando la

acompañaba desde el club por las noches, y ella se cogió de él y así dieron un largo paseo bajando por Recoletos.

Nico se había presentado hecho un pincel. Durante los días anteriores, había recorrido los alrededores del Dixie preparándose para la cita. Había estado en Galerías Preciados y en la Camisería Vergara, en Los Pequeños Suizos y en la sombrerería Zapater y ahora estaba allí, hecho un dandi con un traje nuevo, una impecable camisa blanca, zapatos de piel y un elegante sombrero con cinta de raso negra y le había bastado con la expresión de sorpresa y admiración que puso ella al verle para que le compensara todo aquel derroche con el que esperaba parecerse lo más posible a Cary Grant.

Asia también se había arreglado. Llevaba un vestido sastre de color azul lavanda y un coqueto sombrerito a juego en forma de cono con un bordado azul marino, un bolsito de cierre dorado y zapatos de medio tacón, todo ello préstamos de una tía suya, y se había coloreado las mejillas y retocado las pestañas y los labios con unos tonos más suaves que cuando salía al escenario del Dixie.

—No sé si estoy a la altura de tu elegancia —le había dicho a Nico al verle.

—Ojalá yo estuviera a la altura de tu belleza —le había contestado él, galante.

Fuera cierto o no, Nico tenía la agradable sensación de que todo hombre con el que se cruzaban los miraba con una mezcla de admiración hacia Asia y de envidia hacia él. A pesar de que fuera del escenario Asia parecía siempre hacer un deliberado esfuerzo de discreción para ocultar su belleza, él caminaba convencido de llevar del brazo a la mujer más hermosa y llamativa de todo Madrid.

Había planeado con todo detalle aquel encuentro. Asia no tenía nada que ver con otras chicas con las que hubiese salido y, desde luego, sus planes en nada se parecían a los que habría tenido con cualquier otra. Nico había tenido

antes novietas pasajeras. Con ellas, su único objetivo era llevarlas a pasear al Parque del Oeste para terminar disfrutando de un rato de besuqueo antes de que apareciera a amonestarlos algún agente de la Brigada de Costumbres, la unidad policial encargada de vigilar que ninguna pareja rozase siquiera el escándalo público abrazándose o besándose más allá del más estricto decoro. Pero jamás se le habría ocurrido proponer nada parecido a Asia, que sin duda merecía una diversión con más clase que la simple búsqueda del refugio de un banco de parque lo suficientemente oculto por los árboles para compartir un rato de intimidad.

Lo pasaron en grande. Nico fue llevándola de un sitio a otro sin anticiparle cada uno de los destinos. Fueron primero a la sesión de tarde del cine Mediterráneo, en Reina Victoria, donde proyectaban *Los últimos de Filipinas*, el gran éxito del momento. Había elegido aquel cine por ser de los pocos que tenían asientos almohadillados. Nico le dio una generosa propina al acomodador, porque aquella tarde estaba dispuesto a comportarse como un gran caballero en todo momento, y ambos ocuparon sus asientos para compartir las desventuras de Armando Calvo haciendo frente al sitio de Baler. Asia permaneció absorta en lo que ocurría en la pantalla, pero a Nico, en cambio, la película se le hizo demasiado larga y acabó impacientándose, porque estaba deseando volver a la calle para sentir de nuevo la mano de Asia apoyada en su brazo mientras paseaban.

Después del cine, la siguiente parada fue Chicote. Aún era temprano para que el bar estuviese ya hasta los topes de su clientela habitual, una exótica mezcla de donjuanes sin fortuna, aristócratas ociosos, políticos en ascenso, crápulas infatigables, chicas de alterne, parejas de amantes clandestinos e imprudentes, toreros pintureros y todo tipo de artistas consagrados o aún por descubrir. A diferencia de los demás locales nocturnos de la avenida de José Antonio, en Chicote no había ni baile ni actuaciones. De hecho, por decisión

del propietario, en su bar jamás sonaba música, porque a lo que se iba allí era a beber y a conversar, sin necesidad de ninguna otra distracción. Nico y Asia encontraron asiento en la barra nada más llegar y él se encargó de pedir dos combinados de los caros, de los que costaban cinco pesetas cada uno y no sólo tres porque requerían más ingredientes y elaboración. Ambos bebieron lo mismo, un cóctel llamado «Esperanza» que mezclaba zumo de limón, curaçao Artams, un chorrito de vermut y unas gotas de angostura y, aunque no se lo confesaron, a ninguno de los dos les gustó porque no estaban acostumbrados a bebidas de sabor tan complicado. Pero daba igual, porque lo emocionante era estar juntos sentados a la barra de bar más famosa de Madrid o quizá de España entera. Nico le contó a Asia los rumores sobre el comercio ilegal de penicilina que se llevaba a cabo en los sótanos del local y ambos se divirtieron tratando de adivinar si cada hombre que entraba sería o no un estraperlista y, a medida que sus copas se iban vaciando, llevaron más lejos aquel juego y acabaron inventando todo un historial criminal cada vez más tormentoso para cada nuevo cliente que aparecía por la entrada.

Su tercera y última parada, entrada ya la noche, fue el Dancing Casablanca, en la cercana plaza del Rey. Aquél era el salón de baile —o, como los más cursis gustaban llamarlo, *boîte de nuit*— más elegante de Madrid. Sin necesitar la exageración decorativa del Pasapoga ni buscar el oscuro misterio del Dixie, aquel club había sido diseñado para parecer el decorado de la más exuberante película de Hollywood. Tan sólo ver la enorme palmera de neón que se alzaba en la entrada, iluminando toda la plaza, uno ya tenía la sensación de que al entrar en el Casablanca iba a dejar atrás las vulgaridades de una vida ordinaria para adentrarse en un pequeño e irreal universo, transformado por el solo hecho de estar allí en el galán más apuesto o la más bella estrella de una historia de ensueño. Una vez que se cruzaba la entrada bajo la luminosa palmera y se pasaba al interior, una pasarela con vitrinas a los lados tras la

que podían contemplarse una variedad de aves de colores conducía hasta su único y amplio salón, que estaba cubierto por un techo móvil que en las noches de verano podía abrirse para que las parejas bailasen a la luz de la luna. La orquesta, con el doble de miembros que la del Dixie, tenía fama de ser la mejor de la ciudad. Era impresionante verlos tocar repartidos sobre una gran plataforma giratoria que a su vez se dividía en seis secciones circulares y también móviles, lo que permitía cambiar periódicamente su disposición sin que la música se interrumpiese, dando una apariencia diferente al escenario con cada rotación. Las mesas se distribuían alrededor de la pista de baile, en cuyo suelo de terrazo había dibujado un gran sol de fantasía que hacía parecer a cada pareja de baile un pequeño astro que girase en torno a él, formando entre todas ellas una gran constelación moviéndose al ritmo que marcaba cada pieza musical.

Nico, que conocía al portero del local porque alternaba aquel trabajo con el de matón por encargo, había conseguido reserva en una de las mesas más cercanas a la pista. Cuando ya estuvieron sentados, observó la expresión de Asia mientras ella paseaba la mirada por la orquesta y la pista de baile y el resto de las mesas, ocupadas ya todas por grupos o parejas que iban y venían de sus sillas a la pista, y por el brillo de sus ojos y su sonrisa ilusionada supo que la noche que había planeado para ella había salido tan bien como esperaba.

—Quiero bailar —le dijo ella, antes incluso de que les trajeran los gin-fizz con limón que había pedido Nico al camarero.

—¿Sabes que no he bailado en mi vida?

—¿Sabes que yo tampoco?

—Pero tú eres una cantante...

—Y tú un valiente, así que no habrá ningún problema...

Asia le tendió la mano y Nico se la tomó y ella le llevó de la mesa a la pista

de baile y él la siguió más aterrado por enfrentarse a aquel desafío de lo que podía haberle asustado cualquier cosa que hubiese hecho antes en su vida.

Pero fue mucho más fácil de lo que se esperaba. Empezó titubeante. Sus manos temblaban cuando tomó por la cintura a Asia y sintió las manos de ella apoyándose en sus hombros. Los primeros pasos fueron poco más que un torpe trastabilleo. Pero ella fue guiándole con sutiles movimientos que al poco aprendió a seguir, y el rostro de Asia tan cerca del suyo, su sonrisa divertida y tranquilizadora y la complicidad de su mirada fueron transformando en seguridad su susto inicial. Poco a poco, Nico fue olvidándose de su preocupación por no quedar como un idiota pisándola a cada paso para dejarse llevar por ella a un lugar muy lejano, más allá de los rayos de aquel sol sobre el que bailaban.

De pronto, precisamente en aquel momento en el que todo lo que estaba viviendo no tenía nada que ver con su vida habitual, le resultó algo lógico y natural estar vestido con aquel traje que al principio de la tarde sólo le había parecido un pretencioso disfraz del caballero que no era y que Asia y él estuviesen bailando juntos en aquel precioso salón donde no existía el mundo exterior y en el que todos los que le rodeaban compartían una misma sonrisa de inocente felicidad y que de fondo sonase una melodía cuyas notas expresaban lo que sentía mejor que cualquier palabra que hubiese podido decir y que tuviese entre sus brazos a la chica más guapa que nunca hubiera podido imaginar y que ambos formasen una pareja tan perfecta y predestinada en aquella pista de baile como si fuesen Fred Astaire y Ginger Rogers en la escena final de una película perfecta.

En algún momento de aquella noche inolvidable, Nico miró a Asia a los ojos y sólo le dijo:

—Algún día te mereceré.

Regresaron dando un largo paseo, como tantas otras veces habían hecho desde el Dixie. Pero aquella vez era diferente. No iban hablando, en parte por cansancio, pero sobre todo porque cada uno parecía sumido en su propio repaso íntimo de los mejores recuerdos de todas aquellas horas, como si tuviesen prisa por aferrarlos en su memoria antes de que el paso del tiempo los comenzara a diluir. Asia no sólo cogía el brazo de Nico sino que se arrimaba a él buscando un poco de calor y Nico caminaba con la barbilla alta, el sombrero recto y el paso firme, con la actitud entre altiva y complacida de un hombre que ha logrado lo que quiere.

En aquel paseo, tan distinto a todos los anteriores, el silencio traía ecos de música de baile y las calles vacías se iban perfilando a la luz de las farolas como una ruta que los llevara en línea recta a una tierra prometida que a Nico, con cada paso que daba, se le antojaba más cercana.

Cuando llegaban ya a la plaza de Legazpi, le molestó que dos tipos se le acercaran para interrumpir su ensoñación. Uno de ellos le mostró el cigarrillo que llevaba entre los dedos y le pidió fuego. Impaciente por continuar con su paseo y sus sueños, Nico echó mano del bolsillo en busca de la yesca que siempre llevaba con él. Y sólo entonces se dio cuenta, un segundo demasiado tarde, de que algo estaba a punto de ocurrir.

Echó un vistazo atrás y vio a otros cuatro hombres que ya se acercaban hacia ellos. Instintivamente, liberó a Asia de su brazo y dio un paso a un lado para alejarla de él. Ella le miró sorprendida, aún sin entender. Asia sólo supo que algo pasaba cuando Nico ya había recibido el primer puñetazo.

Se lo dio el tipo que acompañaba al del cigarrillo. Fue un golpe seco e inesperado al mentón que hizo a Nico tambalearse hacia atrás. No llegó a caerse porque dos de los hombres que se acercaban por detrás estaban ya allí para sujetarle. Le agarraron por los brazos y le mantuvieron en pie para que el que ya le había golpeado pudiera volver a lanzar su puño, esta vez a la boca

del estómago. Asia dio un grito y los otros dos que completaban el cuarteto llegado a su espalda se apresuraron a agarrarla también a ella cuando ya se lanzaba a socorrer a Nico. Éste logró gritar con el poco aire que entraba en sus pulmones que la dejaran en paz. Pero ellos la mantuvieron así, inmovilizada, testigo obligada de lo que estaba por venir.

Probablemente los asaltantes ya sabían que había cerca un callejón lo bastante oscuro para poder seguir con su tarea sin espectadores, y allí empujaron a Asia y a Nico. Éste empezaba a recuperar la respiración cuando un puñetazo en las costillas volvió a doblarle. Asia gritó de pánico y uno de los que la sujetaban le dijo que se callara si no quería recibir lo mismo. Nico pudo oírlo y le llamó «cobarde de mierda» y aquello fue lo último que dijo.

Fue un trabajo preciso y rápido. Dos sujetaban a Asia, dos sujetaban a Nico y los otros dos sacaron de sus bolsillos sendas cachiporras de caucho con las que se alternaron golpeando a éste con un ritmo tan constante como unas lavanderas que golpeasen la colada tendida hasta dejarla seca. Cuando las piernas de Nico se quebraron y no fueron ya capaces de sostenerle, la pareja que le sujetaba los brazos le dejó caer a plomo. Asia no pudo evitar volver a gritar al ver en el suelo a Nico, el rostro cubierto ya de sangre, el cuerpo doblado buscando una imposible protección. Intentó de nuevo zafarse de las manos que la agarraban, pero lo único que logró fue que una de las mangas de su vestido se rasgara descosiéndose del hombro.

Con Nico caído y hecho un ovillo en el suelo, los golpes con las porras fueron sustituidos por patadas. Ahora eran cuatro los que estaban libres para golpearle y ninguno de ellos renunció a hacerlo. No hubo parte de su cuerpo que se librara de la paliza. Para cuando pararon, el traje de Nico estaba hecho jirones y uno de sus zapatos se había perdido al fondo del callejón. Sus ojos estaban tan hinchados que era difícil saber si aún podía ver algo y la sangre que brotaba de su boca, nariz y oídos había enrojecido ya la camisa rota.

Los cuatro hombres jadeaban por el esfuerzo y el sonido de sus respiraciones agitadas se unió en el silencio de la noche con el del llanto impotente de Asia. A uno de ellos aún le quedaban ganas para acuclillarse junto a Nico. Éste ni siquiera se movía y era imposible saber si estaba o no consciente aún. Pero, a pesar de ello, aquel hombre le agarró por el pelo, le levantó la cabeza y acercó la boca a su oído para decirle:

—¿Sabes quién soy? Soy el hombre que disparó a los dos idiotas de Delicias. Así que piensa que tú has tenido suerte. A ti no voy a volarte la cabeza, por lo menos esta noche...

La cabeza de Nico golpeó contra el suelo cuando la soltó.

La cuadrilla de matones dejó sin prisas el callejón. En cuanto la soltaron, Asia corrió a arrodillarse junto a Nico. Tomó su cabeza y la apoyó en su regazo, la sangre mojándole manos y ropa, y buscó con desesperación cualquier signo de que aún seguía vivo.

Aquella noche, el sombrero de Nico quedaría olvidado sobre la acera en una esquina de la plaza de Legazpi. En otra esquina, justo al otro lado de la plaza, un hombre había esperado con paciencia hasta ver salir a la banda de asaltantes del callejón. Una vez que estuvo seguro de que habían cumplido con su encargo, tiró al suelo la colilla que aún apuraba, la pisó para apagarla, se atusó en un gesto reflejo el mostacho y decidió que ya iba siendo hora de ir a casa para dormir un poco, porque en apenas un par de horas le tocaba entrar de servicio en la comisaría.

Durante semanas, desde la noche en que Sampedro demostrara a Lanza que no era enemigo pequeño asaltando por igual sus negocios legales e ilegales, se siguieron sucediendo acontecimientos. En la barra del Dixie, en su callejón trasero, en los Billares Rodrigo, en cualquier otro lugar en el que coincidieran al menos dos personas que formaran parte, de un modo u otro, de aquel vibrante hormiguero de frenética actividad que bullía bajo la vida en apariencia tranquila de las calles de Madrid que era el mercado negro, de lo único que se hablaba era de esa guerra cuyo desenlace y consecuencias nadie podía prever. Sampedro y Lanza se habían convertido, a los ojos de todos aquellos espectadores cuya propia supervivencia dependía de uno u otro, en dos boxeadores enrabiados que intercambiaban golpes tan cegados por el afán de tumbar al otro que ya no parecían seguir más estrategia en la pelea que la de hacer alarde de sus respectivas fuerzas soltando los puños en cualquier dirección, buscando más hacer daño que noquear de una vez por todas al rival.

Las historias de cada golpe que se daban se sucedían sin pausa y, como siempre que se hablaba de ambos, en ellas se mezclaba fantasía y realidad, exagerándose unas, deduciéndose de vagos indicios otras, quizá inventándose por completo algunas. Las había para todos los gustos, desde conspiraciones políticas hasta rifirrafes callejeros. Se decía que Lanza estaba detrás de una redada policial que había llevado a la cárcel a varios funcionarios del Servicio Nacional del Trigo, todos ellos a sueldo de Sampedro, que habría perdido así el control de uno de sus más prósperos negocios. Y a Sampedro se le atribuía un incendio que había tenido lugar en el puerto de Valencia, donde

habían ardido durante varios días las bodegas de dos barcos cargadas hasta arriba de neumáticos traídos de contrabando desde Italia con la complicidad de los socios que Lanza tenía en la Policía de Aduanas. Contaban que algunas de las industrias mineras de Asturias que proveían de carbón el mercado negro madrileño ya no querían trabajar para Sampedro porque habían recibido amenazas si lo hacían, y que varias cuadrillas de obreros, empleados en las construcciones de Lanza —y que, según se decía, cambiaban de ocupación por las noches para convertirse en sus cuadrillas de matones—, habían advertido a su jefe de sabotajes en las obras. No paraban de contarse historias así. Historias sobre peleas, amenazas, denuncias, sobornos o chantajes detrás de las que siempre se apuntaba al uno o al otro.

Estaban los que se divertían haciendo cábalas sobre quién derrotaría al final a quién, los que empezaban a sentir el miedo de que alguno de esos incidentes los cogiera en medio y acabara enviándolos a la cárcel, al hospital o al cementerio, los que volvían a estar dispuestos a matar por uno de los dos bandos enfrentados con el mismo ardor guerrero con el que habían luchado pocos años antes en montes y trincheras, los que se mantenían a la espera de vislumbrar un ganador para subirse con rapidez al carro de la victoria y los que confiaban en sacar algún pellizco de todo aquello vendiendo al mejor postor cualquier información que pudieran ofrecer. Y estaban también algunos que veían en aquel duelo un indicio de que quizá había una época que estaba llegando a su fin.

Raimundo Giralda, el propietario del Dixie, era uno de estos últimos. Cada noche, en el club, observaba a Sampedro y a Lanza en sus respectivos reservados, actuando en apariencia como siempre lo habían hecho, el uno hipnotizado por la música, el otro ejerciendo de anfitrión para sobreactuados juerguistas. Nada había cambiado a simple vista. Pero la indiferencia que siempre habían mostrado el uno por el otro parecía haberse transformado

ahora, a los ojos de Giralda, en desafío y provocación, como si cada uno quisiera desesperar al otro dejándole bien claro que los golpes recibidos no le hacían el menor daño. Lanza y Sampedro habían sido hasta entonces una bendición para Giralda y para el club. Ambos habían servido de reclamo para atraer clientela, el uno atrayendo al Dixie a tipos de baja ralea pero con los bolsillos llenos que preferían un local discreto para divertirse y que aportaban al club su atractiva áurea de reputación dudosa, el otro arrebatando a los clubes lujosos de la avenida de José Antonio a hombres y mujeres de clase alta y gasto fácil que no deseaban exponer su diversión al juicio social. Aquella mezcla era perfecta para un club de jazz que buscaba ser diferente a todos esos otros locales esclavos de la corrección y las modas.

Noche tras noche, cada vez que echaba su último vistazo a la sala, justo antes de salir al escenario a anunciar la actuación de la velada, Giralda recordaba a James, el amigo de juventud que conociera en Francia y que le había descubierto el jazz. James era uno de los muchos jóvenes americanos que en aquella época recalaban por París siguiendo las huellas de Hemingway, Fitzgerald y Stein, ansiosos por conocer el escenario de una fantasía romántica tan idealizada como irreal. Aquel americano culto, atildado y soñador vivía con la resignación de saber que aquella era su última etapa de libertad tras el fin de sus estudios y antes de quedar atrapado de por vida en el bufete familiar de Nueva York al que su padre le instaba a incorporarse cuanto antes. Durante los meses que compartieron en París, James le inculcó a Giralda, por entonces camarero en un garito de Montparnasse con más pretensiones que éxito, una pasión por aquella música y todo lo que ella representaba que le acompañaría el resto de su vida. Ambos pasaron juntos infinitas tardes escuchando grabaciones de Louis Armstrong y Bessie Smith y Tommy Dorsey en un gramófono del hotel donde vivía el americano. James solía decir, con sus aires petulantes de estudiante de Yale, que el jazz era una música nacida para los

parias y los desarraigados, creada para quienes atesoran en sus vidas más derrotas que esperanzas y dedicada a vestir la soledad de engañosa poesía. El jazz, decía James, era una música rebelde y subversiva. Era James quien se las había arreglado a lo largo de los años, salvando todo tipo de dificultades, para cumplir de manera infalible la promesa que le hiciera a Giralda al separarse de que le enviaría desde Estados Unidos las mejores y más novedosas grabaciones de jazz. Y a Giralda le gustaba pensar que el Dixie era en cierto modo un homenaje a su amigo, como si con aquel club hubiese transformado en una realidad tangible el espíritu que James le atribuía al jazz. A Giralda le gustaba ver al Dixie como un rincón irredento en medio de aquel mundo asustado y sometido en que se había convertido Madrid, un escondite libertario por el solo hecho de que en él podía escucharse una música despreciada por los demás locales nocturnos de la ciudad. Y que sus clientes fuesen una imposible combinación de vencedores y vencidos que compartían a ritmo de jazz sus mentiras, secretos y sueños rotos en aquel sótano, le parecía la mezcla perfecta para el mito que para él daba vida el club.

Pero ahora, con toda aquella guerra desatada, Giralda tenía una indefinida sensación de riesgo, una incómoda premonición de que tal vez los mejores tiempos del Dixie empezaban a quedar atrás y que podía haber nubes negras amenazando el futuro de su club.

Giralda luchaba noche tras noche consigo mismo para ahuyentar de su ánimo aquellos malos augurios que ni siquiera habría sabido concretar. A él también le llegaban todas esas historias sobre los enfrentamientos entre Lanza y Sampedro. Pero, por supuesto, él no contribuía a expandirlas contándoselas a otros. Antes de ser propietario de su propio club, Giralda había trabajado durante más de dos décadas de barman. Desde detrás de la barra, había escuchado a docenas de enamorados rechazados, maridos engañados, delincuentes acorralados, comerciantes en la ruina, mujeres ansiosas de amor,

prostitutas agotadas, gobernantes sin vergüenza y curas con remordimientos abriéndole el corazón al ritmo que vaciaban sus vasos para compartir con él sus dramas amorosos, sus descalabros económicos y una larga lista de lamentos, culpas y pecados nunca antes admitidos. Con los años, había aprendido que no había mejor confesor que un camarero callado ni sacramento más sagrado que el de no desvelar jamás lo escuchado tras la barra de un bar. Siempre había respetado esa máxima como un mandamiento religioso, desde que dejara Madrid sin más equipaje ni fortuna que el deseo de esquivar un indeseado destino como camarero de bar de chatos y bocadillo de calamares, siguiendo la estela de su padre, y durante los años en que, tras París, había recorrido el Casino Barrier de Biarritz, La Perla de San Sebastián, el Cock de Madrid y tantos otros locales menores entre medias, en los que había ido aprendiendo el oficio de barman primero y los intrínquilis del resto del negocio después con la mente puesta siempre en su sueño de abrir algún día su propio local. Y la seguía cumpliendo con escrupulosa reverencia ahora que era ya el propietario. Jamás saldría de su boca un solo chismorreó, rumor o maledicencia que llegara a sus oídos sobre Lanza, Sampedro o cualquier otro cliente del Dixie.

Pero su inquebrantable voto de silencio convivía ahora con una solitaria preocupación. A él le importaba un comino quién hiciese qué a quién o quién acabase ganando aquel duelo. En general, siempre había vivido de espaldas al mundo, incluso cuando el mundo estallaba en pedazos a su alrededor durante los años de guerra. A Giralda sólo le interesaba el jazz y, ahora, su club y todo lo que pasase más allá de las puertas del Dixie carecía de importancia para él. A lo largo de los años, había desarrollado una inalterable desconfianza hacia las personas, fueran quienes fuesen, de las que sólo esperaba que pagasen las cuentas, dejasen buenas propinas y disfrutasen de la música que él les ofrecía. Tampoco el futuro de Sampedro o de Lanza le importaba más allá de aquello

en lo que su maldita lucha afectase al club. Y, ahora, aquellos dos hombres, tan ambiciosos y estúpidos como tantos otros hombres con algún tipo de poder a los que había atendido a lo largo de su vida, se habían convertido a sus ojos en una indefinida amenaza que le ahogaba el ánimo en un profundo pozo de lúgubres intuiciones.

Cada noche, acodado en una esquina de la barra del Dixie, pedía que le sirvieran dos dedos de oporto y contemplaba su club con esa incómoda mezcla de inquietud y melancolía. Y cada vez que la orquesta tocaba una de sus piezas favoritas, uno de los grandes éxitos del repertorio de Duke Ellington, titulada *Things Ain't What They Used to Be*, se le dibujaba en la boca una triste sonrisa, porque no podía haber una canción que expresase mejor sus más íntimos sentimientos. Aquella pieza escondía bajo una melodía en apariencia frívola, una mal contenida nostalgia. Piano y trompeta imponían su presencia sobre el resto de los instrumentos, en un diálogo musical en el que parecían no ponerse de acuerdo sobre si aquella canción era una amable invitación a dejarse llevar por una despreocupada alegría o una soterrada advertencia sobre la imposibilidad de conservar, en el futuro, un presente feliz que inexorablemente llegaba a su fin. Y ese debate era el mismo que Giralda libraba en su interior.

Pero cada noche, como un milagro a la vez nuevo y reiterado, la orquesta terminaba aquella canción y Giralda se pasaba una mano por el pelo y la chaqueta para asegurarse de que todo seguía alisado y trotaba hasta el escenario y los focos le iluminaban cuando cogía el micrófono desplegando su mejor sonrisa para anunciar una vez más:

—Señoras y señores, con ustedes la estrella del club Dixie y, muy pronto, de toda España y tal vez de más allá... Con ustedes, ¡Asia Luján!

Y entonces Asia salía al escenario con su traje largo de brillos esmeralda, su trenza cayéndole sobre el hombro desnudo y su belleza de rasgos mulatos y

piel blanca, y las conversaciones decaían, atraído todo el público por el hechizo de su voz. Y los miedos y las dudas de Giralda se desvanecían como el humo y una sonrisa, esta vez de embeleso, iluminaba su cara. En aquel momento, no había nada que temer. Porque ésa era la magia del jazz, pensaba Giralda. Una música capaz de hacerte creer que sólo existía un presente lleno de promesas y que el mañana seguiría mereciendo la pena con tal de que en él hubiese alguien que cantase como Asia.

La madre de Asia no sólo había tratado en vano de combatir la nostalgia por la tierra cubana a la que soñaba con regresar escuchando junto a sus hijas las grabaciones que la devolvían a sus años de juventud. También se había empeñado en conservar y recrear las recetas que le transmitieran su propia madre y su abuela, herederas de sabe Dios cuántas generaciones de mujeres de la familia que antes de ellas habían habitado y cocinado en la misma casa del barrio de El Fanguito en La Habana. La falta de abastecimiento en los mercados de Madrid y su propia pobreza la habían obligado a adaptar las viejas recetas a los escasos alimentos disponibles. Sus platos se aferraban desesperadamente a un lejano regusto a su sabor original con la misma desesperada añoranza con que su memoria trataba de no dejar escapar los recuerdos de su pasado cubano. Así, el ajiaco criollo de la madre de Asia, su receta favorita, no contenía ni malanga, ni ñame ni yuca, pero a base de aderezar tocino, pollo y una mezcla de plátanos verdes y maduros con un sofrito de ajo, sal y limón, conseguía recrear un guiso que aún conservaba una cierta fidelidad hacia el original. Su sopa de cebolla y queso, por ser más sencilla, se parecía más a la que tomara en su infancia y el pudín de pan, que sólo requería leche, ralladura de naranja y un poco de miel, era un postre más que digno cuando preparaba una comida familiar, que en realidad nunca

gustaba demasiado a sus parientes españoles pero que ella disfrutaba cocinando porque la llenaba de orgullo patriótico y recuerdos que teñían de consuelo su dolor.

Aquello fue lo que comió Nico durante sus semanas de convalecencia. Yo me encargaba de conseguir los ingredientes en el mercado negro y se los daba a Asia, y ella, cada día, le llevaba lo que su madre le preparaba a la habitación de la casa de huéspedes de la calle Ancona donde vivía. Lo recalentaba en un hornillo y se aseguraba de que Nico se alimentase correctamente. Durante los primeros días, cuando Nico no podía ni siquiera incorporarse en la cama y aún tenía vendadas las manos, los ojos casi cerrados y los labios tan hinchados que a duras penas podía abrir la boca, la propia Asia se encargaba de darle de comer, cucharada a cucharada, con infinita paciencia. Pero en cuanto Nico mejoró lo suficiente para al menos coger los cubiertos, se negó a que le siguieran alimentando. Al principio, Nico apenas tenía apetito y se resistía a comer con la misma cabezonería que un bebé caprichoso. Pero, a medida que fueron pasando los días, el hambre fue regresando y ya no dejaba en el plato ni las migajas del pudín.

Aquél fue un tiempo extraño para mí. Durante las semanas en que Nico estuvo convaleciente, en mi ánimo convivieron angustia y felicidad. El mundo pareció partirse en dos realidades que nada tenían en común, la una en las calles, la otra en el reducido espacio de aquella habitación de la calle Ancona.

De manera espontánea había surgido allí una peculiar vida hogareña. Nico, Asia, Marita y yo nos convertimos en una improvisada unidad familiar que sólo existía entre aquellas cuatro paredes, una pequeña familia formada por los retazos de otras previamente desmembradas. Nico necesitaba ayuda permanente, así que hacíamos turnos para estar a su lado. Asia asumió desde el primer momento la responsabilidad de cuidarle. No sólo le llevaba la comida que le preparaba su madre sino que también pasaba buena parte del

día a su lado, sentada en una silla junto a la cama pendiente de cualquier necesidad que Nico pudiera tener. Al principio, aquellas horas transcurrían en un pesaroso silencio. Nico había quedado tan malherido que ni siquiera tenía fuerzas para hablar. Y también su ánimo parecía vapuleado. Yo tenía la impresión de que, bajo las vendas, los moratones y las heridas, su orgullo había quedado aún más maltrecho que su cuerpo. Todas las mañanas, en cuanto me despertaba, me unía a ambos en la habitación y permanecía allí hasta que me llegaba la hora de iniciar mi ruta como correo, antes de entrar a trabajar en el Dixie. Nico permanecía postrado en la cama, sin quejarse pero sin mostrar tampoco ningún deseo de relacionarse, así que Asia y yo compartíamos su silencio, sin atrevernos a romperlo con una conversación propia. Las horas pasaban con una mortecina lentitud, con una quietud espesa apenas rota cuando Nico solicitaba un sorbo de agua o llegaba la hora de comer o nos pedía que le dejásemos solo para poder hacer sus necesidades sin salir de la cama, en una palangana de la que luego me ocupaba yo y que a Asia le tenía prohibido siquiera ver. A pesar de lo monótono de aquellos días, de alguna manera me sentía a gusto allí. Asia, a la que apenas conocía hasta entonces más allá de verla en el escenario, era una compañía agradable incluso en aquel silencio. Atendía a Nico con solicitud maternal, siempre paciente y con una tranquilizadora sonrisa. Ignoraba sus gruñidos cuando se empeñaba en darle de comer y se alegraba como si fuese la mejor de las noticias cuando le preguntaba si se encontraba mejor y éste respondía con un escueto asentimiento. Aunque no fuera a mí a quien atendía, estar en su compañía me hacía sentir que todo iba bien. Transmitía tal serenidad que bastaba estar con ella para convencerme de que las cosas mejorarían, que no había de qué preocuparse solamente porque ella estaba allí.

Marita se incorporó algo más tarde al grupo. Al atardecer, después de haberme ido yo, Asia debía irse también para actuar en el Dixie, así que

Marita la sustituía al salir del banco. Fui yo quien se lo pidió. Le di pocas explicaciones sobre quién era Nico y qué tenía que ver conmigo. Tan sólo le dije que necesitaba su ayuda para cuidar de un amigo, sin entrar en más detalles, y ella me respondió que por supuesto sin hacer tampoco pregunta alguna. En cuanto salía de su trabajo en el banco, se iba a la calle Ancona. Cada día, nada más llegar, era ella la que se ocupaba de aplicar tintura de yodo en las abrasiones y heridas que se apelotonaban en el cuerpo de mi amigo, con el mismo cuidado que un restaurador repasaría con sus pinceles una obra de arte dañada. Mi madre pasó más de una noche en vela sentada en la misma silla que Asia ocupaba durante el día, pendiente de Nico hasta que era reemplazada y podía irse a trabajar sin haber pegado ojo.

Lo más curioso es que Marita, tan despreocupada siempre ante cualquier virus o fiebre que me hubiera aquejado a lo largo de mi vida, afrontó aquella cansina e inesperada tarea con el mejor de los ánimos y la más aplicada dedicación, ajena a la pesadumbre que compartíamos los demás. Le gustaba sentirse útil, como si cuidar a aquel joven del que nunca antes siquiera había oído hablar fuera una misión que le diese un nuevo y revitalizador sentido a su monótona vida, hasta entonces centrada sólo en fregar suelos y consumir noviazgos efímeros. Pero, además, le fascinaba haber conocido a Asia y compartir con ella el breve rato en que coincidían para hacerse el relevo. Intentaba llegar lo antes posible a la habitación para tener un rato de charla con ella. Para Marita, la cantante del Dixie era lo más parecido que había conocido a las estrellas del cine y la música que aparecían en las revistas. Conocía lo suficiente a mi madre para saber descifrar la mirada de arrobada admiración con la que la escuchaba cuando le pedía que le describiera los trajes con los que salía al escenario o lo que sentía cuando el público rompía a aplaudir al terminar una canción. A pesar de que las ropas y el comportamiento de Asia eran lo más alejado que uno podría imaginarle a una

gran estrella del espectáculo, yo estaba seguro de que a los ojos de la soñadora Marita estar con ella era como si tuviera ante sí a Carmen Miranda vestida de baiana con sus trajes de volantes de colores chillones y sus sombreros de frutas tropicales, o a María Félix envuelta en visones lista para destrozar parejas y corazones. Para Marita, Asia personificaba una vida que estaba más allá de los sueños, y estar con ella era como tocar un poco de ese mundo de aplausos, focos, orquestas y hombres misteriosos que hasta entonces sólo podía intuir hojeando revistas y dejándose llevar por íntimas fantasías.

A medida que Nico mejoraba, también lo hacía el ambiente de aquella habitación, hasta entonces tan sombrío. Una baraja española ayudó a llenar las horas con disputadas partidas de brisca y algún domingo nos olvidamos de los turnos y coincidimos los cuatro para comer ajiaco y pudín y, al fin, llenar de risas la estancia contando tontadas. La progresiva mejora de salud y de ánimo de Nico parecía contagiarnos y, según él recuperaba vitalidad, todos recuperábamos las ganas de charla y risa. Así, esa habitación pasó en unas semanas de ser un sanatorio gris a ser un refugio de amistades cruzadas en donde, cada uno por sus diferentes razones, disfrutábamos de la compañía mutua hasta el punto de que, a menudo, remoloneábamos para retrasarla cuando nos llegaba a cada uno la hora de partir.

Fuera de aquellas cuatro paredes, la vida seguía avanzando pero, durante algún tiempo, Nico pareció haberse olvidado de que existía un mundo exterior. Yo continuaba haciendo de correo y yéndome después al Dixie a trabajar. Pero las cosas habían cambiado también para mí. Con Nico fuera de la circulación, Matías Sampedro había encargado la tarea de controlar los negocios desde los Billares Rodrigo al Ruso. Eso había transformado lo que antes era una agradable forma de concluir mi ruta de cobros en un incómodo ritual. Por supuesto, el Ruso no me incluía en su círculo de confianza, suponiendo que aquel hombre que despreciaba la conversación y no gastaba energía en gesto

alguno fuese capaz de confiar en alguien. Desde que él tomara el mando en los Billares, mis visitas a aquel sótano se reducían a apenas unos minutos. El Ruso recibía los cobros sentado en un taburete, sin mover un músculo de su cara picada de viruela, respaldado por los mismos tipos que antes solían acompañar a Nico. Pero nunca le vi intercambiar palabra con ninguno de ellos y mucho menos entretenerse echando una partida de billar. Se limitaba a contar el dinero que le entregabas con meticulosa lentitud, como si estuviese deseando comprobar que habías intentado sisarle un céntimo, y cuando al fin se daba por satisfecho te despedía con un breve gruñido a modo de adiós. Por muy seguro que te sintieras de llevar la cantidad correcta, durante su recuento no podías evitar aterrarte pensando en lo que aquel perro de presa podría hacerte si lo entregado no le parecía bien. A diferencia de antes, cuando me quedaba en los Billares con Nico y su cuadrilla hasta la hora de irnos al Dixie, ahora sólo deseaba salir de allí lo más rápido posible.

Cuando Nico recuperó fuerzas y empezó a interesarse por lo que ocurría fuera de su habitación, no le conté que el Ruso había ocupado su lugar. Siempre había sido evidente que el Ruso estaba en un escalón más alto que él dentro de la organización de don Matías. En el Dixie, el Ruso era de los que se sentaban en el reservado con el jefe, mientras que Nico se quedaba deambulando por la barra, lo cual marcaba con nitidez dos rangos muy diferentes. Y que aquél se hubiese hecho cargo de la tarea crucial de Nico en los Billares Rodrigo me pareció que podía inquietar a mi amigo, así que le ahorré esa información para evitarle preocupaciones en plena convalecencia. No quería que las ganas por recuperar el sitio perdido le hiciesen abandonar la cama antes de que estuviese recuperado del todo.

De todas formas, lo que más le importaba a Nico no era quién se ocupaba ahora de sus tareas. Lo que me preguntaba más a menudo era si don Matías se había interesado por su salud. Cuando me miraba muy fijamente y me decía

«¿Sabe el señor Sampedro que estoy mejor?» o «¿Te ha preguntado por mí?», lo hacía con la tierna curiosidad de un niño que necesitase confirmar que su padre ausente aún le quería. La contenida ansiedad de su mirada y la voz insegura ante la posible respuesta con que me lo preguntaba, le hacía parecer ante mis ojos más desvalido que todos los golpes que había recibido.

Nunca le dije la verdad. No le hablé de la noche en el Dixie en que, harto de esperar a que don Matías me preguntase por Nico, me salté la orden de Giralda de que los empleados de la cocina no hablásemos con los clientes y me planté ante Sampedro cuando éste atravesaba el local camino de su reservado. El Ruso y los otros tres tipos malencarados que le acompañaban me fulminaron con la mirada, pero antes de que pudieran apartarme, yo ya le había hablado a don Matías.

—Nico ha estado muy mal —le dije, sin perder tiempo en saludo alguno—. Pero ya está mejorando. Se lo digo por si estaba preocupado por él...

Matías Sampedro se detuvo y me miró con parsimonia, como si necesitase un tiempo para tratar de identificarme. Y ni siquiera estuve seguro de si lo había hecho cuando me preguntó.

—¿Y por qué tendría que preocuparme?

Lo dijo sin mostrar en su tono ni ira ni desprecio por mi asalto, tan sólo una sincera curiosidad, como si la mera posibilidad de haberse preocupado por quien se suponía que era uno de sus protegidos le resultase inconcebible.

Me quedé tan sorprendido que no acerté a contestar, así que él lo hizo por mí.

—El chico saldrá adelante. Esas cosas pasan... —fue todo lo que dijo antes de seguir su camino.

Yo me quedé paralizado mientras el Ruso y los demás pasaban a mi lado dirigiéndome miradas asesinas por haber osado hablarle al jefe.

Aquel breve encuentro me dejó pensando en lo que se contaba en los

corrillos de cotilleos sobre los inicios de Matías Sampedro. Cómo reclutaba a chicos de los hospicios, comprometiéndose a darles techo y jornal a cambio de que trabajasen para él. En aquellos años, recién acabada la guerra, los hospicios y orfanatos estaban abarrotados de chicos que habían perdido a sus padres en el frente o en prisiones o que simplemente habían sido abandonados por no poder darles de comer. En Madrid, las niñas iban a parar al Colegio La Paz, en Embajadores, y los niños eran acogidos en el hospicio Municipal de Fuencarral o en el Hospital de los Desamparados de la calle Atocha. Había tantos que todos los lugares de acogida estaban deseando librarse de huéspedes y una oferta de cama y trabajo para aquellos que hubiesen cumplido los dieciséis era un enorme alivio. Propuestas así se aceptaban sin entrar en detalles ni hacer demasiadas preguntas sobre el futuro de los chavales. Se contaba que ésa era la manera como había reclutado Sampedro a su primera tropa de estraperlistas. Con su habitual buen ojo para los negocios, había descubierto que aquélla era la forma más rápida y barata de tener una recua de jóvenes trabajando para él. Aquellos muchachos vagaban por las calles ocupándose de los primeros trapicheos de Matías Sampedro, ayudándole a tejer sus redes de mercado negro con lealtad y obediencia ciegas, dispuestos a cumplir cualquiera de sus órdenes porque la alternativa era volver al hospicio a morirse de asco y hambre mientras les enseñaban un oficio o ingresar de reclutas en el ejército.

Nico había sido uno de aquellos chicos. Y le gustaba presumir de que había destacado de entre todos ellos desde el principio. Pronto logró llamar la atención de don Matías por su astucia y su valentía, hasta el punto de que algunos, incluido él mismo, le consideraban lo más parecido a un hijo adoptivo para aquel hombre del que ni siquiera se sabía si tenía hijos propios. Por ese motivo me resultó tan difícil de comprender su reacción de aquella noche en el Dixie. Quizá Matías Sampedro no sentía por Nico lo que éste y

tantos otros creían. Tal vez para él sólo era otra pieza más, tan insignificante como todas las demás, de aquella inmensa maquinaria de hacer dinero al margen de la ley que con tanto esmero había ido poniendo en marcha y de la que no le importaba otra cosa que no fuera su beneficio personal. Eso me hizo pensar aquel encuentro y, aunque yo no era nadie para Sampedro y, a diferencia de Nico, no sentía por él nada más allá de un temeroso respeto, no pude evitar sentir también una profunda decepción.

Nunca le conté a mi amigo ni a nadie la indiferencia que mostró hacia él aquella noche. Cuando Nico me preguntaba si don Matías se había interesado por él, seguí diciéndole que por supuesto, que lo hacía a menudo y que siempre se alegraba cuando le informaba de su mejoría.

A Sampedro no le gustaba verse con Gante en su oficina de la calle Gaztambide. Jamás le había citado allí, quizá por un mero reparo a que alguien que, al fin y al cabo, era un policía y por tanto un enemigo natural, por más que un fajo de billetes le convirtiese en aliado ocasional, conociese su mundo más privado. Y por supuesto, Gante jamás habría aceptado dejarse ver con él en el Café Roma o en el Dixie, así que cuando necesitaban verse tenían por costumbre hacerlo en la Casa de Fieras del Parque del Retiro, como si fuesen dos visitantes del zoológico que coincidieran por casualidad y mantuviesen una inocua charla de cortesía.

Sus encuentros eran escasos y breves. Para Sampedro, cuya vida diaria se regía por rutinas sagradas, tener que salirse de éstas para acudir a aquel lugar era un incordio que le ponía de un pésimo humor. Sólo lo hacía si el motivo era lo suficientemente importante. Además, Gante le desagradaba. Por supuesto, como les pasaba a tantos otros, se resignaba a soltarle el dinero necesario a cambio de que éste mantuviera a sus colegas policiales alejados

de sus asuntos y de paso le diera algún soplo de interés de cuando en cuando. Pero para Sampedro, cuya máxima exigencia a todo el que trabajaba para él era una inquebrantable lealtad, un hombre que se servía de la traición a sus superiores para llenar de dinero sus bolsillos y de sensación de poder su vanidad, era alguien que le resultaba repugnante. Además, el desprecio que sentía Sampedro por Gante era recíproco y ninguno de los dos se molestaba demasiado en disimularlo, lo que no ayudaba a hacer aquellas citas más llevaderas. Para el comisario, Sampedro era un gañán tan irritante como el finolis de Lanza. Si no fuera por los beneficios que le reportaban, con gusto habría enviado a cualquiera de los dos a la más oscura de las celdas. Ambos, solía pensar Gante, eran tan idiotas de creerse que eran ellos los que desplegaban su poder por las calles de Madrid, cuando en realidad era él quien movía los hilos a su antojo. Le llamaban y acudía al instante y se mostraba ante ellos sumiso, obediente y agradecido, y ninguno de los dos tenía el cerebro suficiente para darse cuenta de que, bajo todo ese teatro, era él y no ellos el que imponía las reglas y decidía las partidas y los ganadores de aquel juego del que formaban todos parte. Así era, al menos, como el comisario veía las cosas.

Aquel día, como siempre que Sampedro le citaba, Gante acudió al Retiro a la hora exacta que el Ruso le susurró en el Dixie. Y, también como siempre, le esperó frente a la jaula en la que dormitaban dos chimpancés con el cuerpo salpicado de calvas y moscas, adormilados bajo el sol de la incipiente primavera, resignados a acabar sus días en un sucio cuchitril del que surgía un intenso olor a heces al que jamás se acostumbraba el olfato humano por mucho tiempo que se permaneciese ante él. La Casa de Fieras, que había estado al borde del cierre al final de la guerra, había resucitado en los últimos tiempos gracias a la llegada de nuevos animales traídos desde el zoológico de Berlín para salvarlos de la guerra de allá. Los animales locales habían desaparecido

durante la contienda española, muertos probablemente de inanición, aunque se decía que algunos habían servido de alimento para saciar el hambre de aquellos mismos madrileños que en su día sólo los visitaban para disfrutar de su visión y no para llenar su estómago. Ésa era una de las leyendas que corrían sobre aquel zoológico. Otra era que, en los años de la guerra, un grupo de soldados republicanos había lanzado una noche de juerga a la jaula de los leones a una decena de prisioneros del bando nacional para divertirse recreando los espectáculos del circo romano, con las mismas funestas consecuencias que entonces. Pero nadie sabía a ciencia cierta qué había de verdad ni en la leyenda de los animales devorados por humanos ni en la de los humanos devorados por animales. Sólo eran otras más de las miles de historias que se contaban de aquellos años terribles. Lo único cierto para Gante era que el zoológico del Retiro le resultaba un lugar apesadoso y deprimente en el que prefería permanecer el menor tiempo posible.

Matías Sampedro llegó, como siempre, puntual, apenas un par de minutos después que él. No se estrecharon las manos para saludarse ni perdieron el tiempo en formalismos sociales. Antes de hablar, Sampedro se entretuvo echando un vistazo a la jaula, como si le interesase más la presencia de los dos monos que la del policía.

—¿Qué ha pasado con el chico, comisario? —le preguntó después, sin andarse con rodeos.

Gante, que no tenía ni idea de para qué le había citado aquella mañana Sampedro, contestó con igual tranquilidad:

—¿Qué chico, señor Sampedro?

Sampedro no le miraba. A Sampedro no le gustaba que sus ojos se encontraran. Parecía seguir prefiriendo la contemplación de aquellos dos chimpancés, que se ignoraban mutuamente a pesar de que uno estaba casi tumbado sobre el costado del otro y que ignoraban a su vez a aquellos dos

espectadores, a los que no parecían dispuestos a divertir con la más mínima gracietta simiesca.

—Sabe perfectamente a quién me refiero —protestó Sampedro, en tono suave—. ¿Por qué ha ido Lanza a por él?

Gante acabó contemplando también a los dos monos, tan inmóviles como ellos mismos, y por unos instantes pareció más interesado en observarlos que en la conversación, hasta que por fin dijo, con un suspiro:

—Bueno, señor Sampedro, usted sabe cómo son estas cosas... Es ley de vida. Los hijos acaban queriendo tener vida propia más allá de la de sus padres...

Gante dijo aquello esbozando una falsa sonrisa de camaradería que dejó al descubierto bajo el bigote sus dientes amarilleados por el tabaco. Pero Sampedro mantuvo su voz sin tono y el rostro inexpresivo.

—¿Qué quiere decir?

El comisario se encogió de hombros con resignación, como si le resultase demasiado obvio lo que estaba a punto de decir.

—Ese joven... Nico se llama, ¿no? No le conozco. Por lo que le he visto en el club, tiene pinta de ser un joven con ambiciones...

Se diría que Gante se resistía a seguir hablando, como si temiese herir al otro con sus palabras. Pareció titubear, entristecido por verse obligado a poner en palabras algo que hubiese deseado no tener que decir.

—Digamos que el muchacho tiene ganas de prosperar.

Sampedro pareció impacientarse.

—Hable claro de una vez, comisario —le espetó.

Gante aparentó rendirse ante la incomodidad de confesar lo que sabía.

—Lamento tener que decírselo, señor Sampedro —dijo al fin, tan resignado a la fatalidad como quien confiesa un crimen o transmite malas noticias—. Hace tiempo que ese Nico anda... ¿Cómo decirlo...? Distrayendo parte de las

ganancias que le corresponden a usted. Está tratando de montar sus propios negocios a costa suya y del señor Lanza. Y me temo que el señor Lanza lo ha descubierto antes que usted y ha decidido darle una pequeña lección.

Sampedro quedó sumido en un caviloso silencio. No era hombre de reacciones rápidas. Se tomaba siempre unos segundos para construir las frases que pensaba decir a continuación. Pero esa vez el silencio pareció durar más de lo que era habitual en él.

—Me cuesta creerle, comisario —dijo al fin—. Nico no me traicionaría.

Gante sonrió con la misma triste sonrisa de quien quiere ofrecer cariño dando un pésame.

—Siento su decepción, señor Sampedro. Ya conoce el refrán: cría cuervos...

—¿Tiene pruebas de eso?

—¿Qué mejor prueba que la paliza que le han dado por coger lo que no era suyo?

Sampedro volvió a tomarse un tiempo para procesar las palabras del otro. Tan sólo, de manera imperceptible, su cabeza hizo un breve movimiento de negación.

—Tendrá que creer en mi palabra, señor Sampedro —dijo Gante, con el mismo tono de pretendida comprensión y conmiseración que había usado antes—. Si yo fuera usted, dejaría de proteger a ese muchacho.

La mirada de Sampedro había regresado a los dos chimpancés, que parecían devolvérsela con sus ojos acuosos y aburridos. Gante esperó a su lado, respetuoso con un silencio que se extendió durante varios minutos. Comprendió que el encuentro había llegado a su fin.

Como siempre, se despidieron sin tampoco estrecharse las manos. Pero cuando Gante ya se había girado y empezaba a alejarse, Sampedro le llamó. El comisario se volvió y, para su sorpresa, la mirada de Sampedro se clavó en la

suya. Le costó mantenerla porque había en sus ojos una frialdad, una extraña carencia de cualquier sentimiento, que hacía de aquella mirada algo inescrutable y, por ello, demasiado incómoda.

—Comisario, en algún momento tendrá que elegir.

—No le entiendo, señor Sampedro.

—Todos tenemos que hacer elecciones antes o después, comisario. Y usted también tendrá que hacerlas.

Los dos hombres se miraron unos segundos más, hasta que el policía se llevó la mano al ala de su sombrero en señal de despedida y, con exagerado tono de respeto, dijo antes de dar media vuelta y marcharse sin mirar atrás:

—Es un placer tratar con usted, señor Sampedro.

No sabría precisar cuánto tiempo permaneció Nico recuperándose en su habitación. Aquello solo fue un paréntesis en su vida y también en la mía y, cuando llegó a su fin, sentí una cierta tristeza al darme cuenta de que con ello se acababa también el pretexto para pasar las horas en compañía de Nico, Asia y Marita, y me invadió la misma nostalgia inmediata que provoca el abrupto final de unas buenas vacaciones. Pero, a la vez, aunque sólo habían transcurrido unas semanas desde lo ocurrido aquella noche en la plaza de Legazpi, cuando Nico estuvo listo para retomar su vida, parecía haber pasado un tiempo infinito y se diría que, fuera de aquella protectora habitación de la calle Ancona, nuestras vidas y todo lo que las rodeaba habían dado un giro y tomado una nueva dirección de incierto destino.

En las calles, el miedo a lo que pudiera traer el enfrentamiento entre Sampedro y Lanza se había extendido como una plaga. No había ya nadie en la larga cadena del mercado negro, por poco importante que fuera su posición en ella, que no temiera verse atrapado de una u otra manera en aquella batalla. La

desconfianza, el recelo y el miedo se podían sentir en cada callejón, en cada portal, en cada habitación, en cada trastienda en las que se llevaban a cabo las operaciones de mercadeo ilegal. Y, aunque nadie habría sabido concretar qué era a lo que se temía, se había instalado la sensación general de que algo, desde luego nada bueno, estaba a punto de ocurrir. Y nadie quería verse atrapado en medio. Tan sólo la necesidad —para unos la de adquirir lo imprescindible para seguir sacando adelante a los suyos, para otros la de seguir vendiendo a cambio de una exigua comisión con ese mismo fin— era aún más fuerte que el miedo y mantenía vivo un mercado negro sometido a la incertidumbre de lo que aquel pulso podía acarrear.

Como era costumbre, había rumores para todos los gustos, pero ahora, a medida que saltaban de boca en boca, cada vez se elevaba más su dramatismo. Se decía que Lanza estaba organizando una banda de asesinos a sueldo que pronto empezarían a liquidar a todo aquel que trabajara para Sampedro, y que éste estaba haciendo acopio de explosivos para volar en una sola noche todos los edificios en construcción que tenía aquél. También corrían historias sobre algún tipo de actuación de las autoridades, alarmadas por los sucesos que estaban teniendo lugar y que parecían obligar a la ruptura del tácito consentimiento que hasta entonces había mostrado el Gobierno ante el mercado negro. Había quienes aseguraban saber de buena tinta que por fin se iba a aplicar con la máxima firmeza la lejana e inútil ley del 41 que decretara pena de muerte para quien se dedicara al tráfico ilegal de mercancías, una ley caída en el olvido y cuya principal víctima mortal había sido un modesto contrabandista aragonés que, a los pocos días de ser promulgada y llevado por el pánico al paredón, optó por lanzarse voluntariamente a las aguas del Ebro. No dejaban de ser las habladurías habituales. Pero, fueran reales o no, era difícil no dejarse contagiar por aquel estado de creciente alarma.

El día en que llegué a casa de Nico y le encontré vestido, con aire animoso,

la sonrisa reconstruida, la mirada brillando de nuevo, listo para regresar a la calle, sentí un ramalazo de culpa. Nico se aprestaba a reaparecer en un escenario que había cambiado deprisa durante sus semanas de ausencia. Ni siquiera él mismo ocupaba ya, en aquel confuso teatro de intereses y ambiciones enfrentadas, la posición que había tenido hasta entonces. Pero él no sabía nada de todo eso porque yo había optado por protegerle y no advertirle de nada, y ahora, al verle de vuelta, dudé y temí haberme equivocado no haciéndolo.

Pero ya no había tiempo para corregir aquello y me obligué a pensar que quizá yo estaba exagerando, que no había de qué preocuparse y que pronto Nico volvería a estar donde había estado siempre, metiéndose en cualquier lío que se le presentara y saliendo airoso de él.

Aquella mañana, le felicité por su espléndido aspecto y le seguí escaleras abajo y fingí compartir su entusiasmo cuando, nada más salir del portal, se detuvo en la acera, se llenó con ímpetu de aire los pulmones y, con una sonrisa de triunfo inapelable, me dijo:

—Estamos de vuelta, monaguillo.

Se llamaba Armando Mosquera pero todos le conocían como el Tuerto, un mote sin duda exagerado para alguien con mirada exotrópica y que siempre le había irritado. De no ser por aquellos ojos yendo cada uno por su lado, que más que tuerto le hacían mirada de camaleón, habría podido ser todo un galán. Alto y delgado, de mentón firme y pómulos marcados, a duras penas peinada su espesa mata de rizos negros, sus ojos desbaratados que echaban para atrás a las mujeres le llevaron desde la juventud a desinteresarse por una carrera de donjuán y a dedicarse en su lugar a juntarse con amigotes poco recomendables para cometer todo tipo de fechorías y andar partiendo huesos a todo aquel rival sobre el que ponía uno u otro de aquellos ojos desobedientes.

El comienzo de la guerra le había pillado preso en Carabanchel. Sus correrías criminales quedaron interrumpidas tras un robo a un joyero de Velázquez. Un asunto sencillo que se complicó. El joyero se puso nervioso y cometió la estupidez de resistirse a los tres ladrones que, con la cara cubierta y pistola en mano, se habían plantado a la hora del cierre en su local para desvalijarlo. Fue uno de los compinches del Tuerto el que le disparó. Un solo tiro que mató en el acto a aquel pobre hombre temerario y sin templanza. Tres días después, la policía detuvo al Tuerto en un bar de Arapiles. Creyó que nadie podría identificarle, pero algún confidente bien informado debió de guiar a los agentes hasta los tres ladrones y Armando Mosquera acabó entre rejas con veinte años y un día por delante por ladrón y por cómplice de asesinato. Se libró de la muerte a garrote por los pelos.

La cárcel le endureció. Él, que había sido hasta entonces un tipo gallito pero

divertido, se tornó hosco y solitario al verse encerrado. Partió aún más huesos en prisión, en reyertas con otros reclusos, que cuando estaba fuera. Todos los informes le calificaban como un preso peligroso y agresivo en extremo.

Pero el devenir de aquella época caótica le trajo un regalo inesperado. Ocurrieron cosas increíbles en aquel Madrid en guerra. Y una de ellas fue que algún político insensato y sin escrúpulos, falto de hombres por las exigencias del reclutamiento, tuvo la descabellada idea de liberar a presos comunes para ponerlos a trabajar en las checas de la ciudad. Daba igual el delito que hubieran cometido o la duración de su condena. No se pedía siquiera ningún tipo de compromiso ideológico ni de afiliación partidista. Bastaba con que el expediente personal acreditase que se trataba de alguien sin remilgos, aficionado a la violencia y capaz de cualquier cosa, para estar entre los elegidos. Cuanto más animal, mejor. Y, así de fácil y sin mayor burocracia, pillastres de medio pelo, rateros, ladrones, matones y asesinos fueron puestos en libertad en aquellos años en que la política, la justicia y hasta la lógica se habían rendido al servicio de la sinrazón. El Tuerto, condenado a veinte años y un día, recuperó la libertad sin mayor dificultad.

De la noche a la mañana, el Tuerto pasó de ser un preso sin esperanza a ser un agente de checa con mando en plaza. Así de loco era todo por aquel entonces.

El Tuerto se convirtió en un buen conocedor de las checas, los centros de detención e interrogatorio a donde se trasladaba a todo ciudadano sospechoso de ser enemigo del Gobierno republicano. Madrid estaba plagado de ellas. Y él era cada vez más reclamado en unas u otras para echar una mano ante sobrecargas de trabajo a medida que su siniestro prestigio, basado en su indiferencia tanto para aplicar cualquier método de tortura como para liquidar después al torturado de un disparo en la cabeza, fue en aumento. Prestó servicios en la checa del Círculo de Bellas Artes, donde hizo buenos amigos

que formaban parte de la Escuadrilla del Amanecer, un grupo especializado en las sacas, esto es, en detectar afines a los sublevados, ir a buscarlos a sus casas, arramplar con sus bienes de paso y entregarlos en la checa correspondiente para ser interrogados y ejecutados. También se unió en ocasiones a los cenetistas de la checa de la estación de Atocha y tuvo ocasión de dar muestras de su talento en otros centros como los del Cinema Europa o el Convento de las Salesas, hasta asentarse como jefe de unidad en la checa de Marqués de Riscal, en el Palacio de los Condes de Casa Valencia.

Fueron buenos años para él. El trabajo era sencillo. Los milicianos llevaban a los detenidos al anochecer, en torno a un par de docenas los días de más trabajo. Ya fueran civiles, militares o religiosos, jóvenes o viejos, hombres o mujeres, el procedimiento era siempre el mismo. Se los molía a palos hasta que accedían a confesar cualquier cosa que permitiese calificarlos de quintacolumnistas, que era como se llamaba a los supuestos colaboradores de los sublevados, y así justificar su ejecución. Luego, al amanecer, se les daba el paseo. Se subían aquellos cuerpos apaleados a una camioneta y se los llevaba a los Altos del Hipódromo o a la Pradera de San Isidro, donde se les pegaba un tiro antes de que hubiese salido el sol. Para cuando había llegado el día, los muertos de la jornada se apilaban ya en las fosas comunes del Cementerio del Este. Unas horas de descanso y vuelta a empezar.

El Tuerto adquirió buen nombre y riqueza durante la guerra. Le pagaban con los bienes incautados a los detenidos. Aquello era más rentable que sus robos de juventud. Se había librado de la cárcel, tenía el respeto de sus jefes y camaradas y le sobraba el dinero. No podía pedir más de aquella bendita guerra.

Y, cuando todo aquello comenzó a desmoronarse, fue más listo que la mayoría. Mientras sus compañeros de torturas y asesinatos huían de Madrid ante la inevitable derrota, casi todos para ser detenidos poco tiempo después

en Valencia o en la frontera de Ayamonte, él fue de los pocos que optaron por quedarse. Tenía dinero suficiente para cubrir sus necesidades durante meses, así que pagó a un compinche que le escondió en el sótano de su casa en Usera hasta que las cosas se calmaron. Se agenció documentación falsa sobornando a otro viejo conocido, un funcionario de Gobernación que a cambio de protección había sido delator de un sinfín de vecinos y amigos y que ahora, en cambio, se había convertido en fiel adepto al nuevo régimen. Cuando Mosquera reapareció, había cambiado de nombre y de bando, lo cual no le costó mucho porque nunca sintió apego alguno ni por lo uno ni por lo otro.

Encontró trabajo en una de las primeras reconstrucciones de viviendas que comenzaron en la ciudad. Ser albañil era mucho más cansado y menos lucrativo que torturar y asesinar, pero los ahorros no iban a durar para siempre y aquéllos eran malos tiempos, así que había que apechugar. El dueño de la constructora que llevaba la obra era un tal Jorge Lanza, un joven de familia bien que milagrosamente se había librado de acabar en sus manos en alguna checa. Entre los trabajadores se contaba que, al margen del negocio de la construcción, Lanza se estaba convirtiendo en uno de los amos del creciente mercado negro. Aquello interesó al Tuerto. Hizo por conocerle. Un día oyó que había acudido a la obra. Le buscó y se dirigió a él con descaro.

—Yo puedo ayudarle —le dijo.

Lanza, un hombre bien plantado que al Tuerto le recordó a Rodolfo Valentino, se mostró amable con él.

—Ya lo hace. Todos ustedes me ayudan con su esfuerzo diario.

—No, no —insistió él—. En lo otro... Yo puedo ayudarle en sus otros negocios.

Lanza hizo un gesto como de no entenderle. Le miró de arriba abajo con curiosidad, se volvió y le dejó allí plantado. Unos días después, el capataz de la obra, sin ocultar su sorpresa, le dijo al Tuerto que el patrón quería verle y

le dio la dirección de una casa en Montesquiza. Cuando se vieron, Lanza le dijo que le gustaban los hombres como él mismo, con iniciativa y un cierto descaro. Tan sólo una semana después de su encuentro, el Tuerto combinaba ya su trabajo diurno en la obra con otros trabajos nocturnos para el señor Lanza.

El Tuerto fue quien mató a aquellos dos hombres, Valdés y el Jeta, en el túnel de Delicias. Una torpeza. Ése era su mayor defecto. Le faltaba frialdad. Era de gatillo fácil. Lo arreglaba todo por las bravas. De aquello venían todos los problemas de ahora, todo lo ocurrido con Sampedro. Lanza se lo reprochó, le cayó una buena, pero ya no había marcha atrás y ahora Lanza le necesitaba más que nunca, porque las cosas se estaban poniendo feas y había pocos tipos tan dispuestos a todo como él.

El Tuerto se encargó también de encabezar a los hombres que le dieron la paliza a Nico en la plaza de Legazpi. Un trabajo menor. Fácil, rápido e intrascendente.

Y el Tuerto fue también el hombre que apareció muerto una mañana en las obras de unos bloques de viviendas que la empresa de Lanza estaba realizando en el barrio de Quintana. Le encontraron los trabajadores al comenzar su jornada. Era un edificio de cuatro plantas aún en esqueleto. El Tuerto trabajaba de jefe de cuadrilla en aquella obra y la conocía bien. Por eso sorprendió a todos que se hubiera caído desde alguna de las plantas superiores. Debía de estar supervisando algo y se hizo de noche y tropezaría o lo que fuese y cayó al vacío. Un desgraciado accidente. Así lo acreditó el secretario judicial que acudió al levantamiento del cadáver. Así se encargó Jorge Lanza, haciendo algunas llamadas al Ministerio de Justicia, de que se certificara cuanto antes. Lanza no quería ni investigaciones, ni escándalos, ni preguntas incómodas. El secretario y los policías que acudieron a la obra levantaron el atestado sin siquiera entrar en el edificio en obras. Estaba claro que se había despeñado por mala suerte. Nadie repararía en que en la última

de las plantas, en el mismo borde, desde donde debió de caer, en la arenilla del piso había un revoltijo de huellas de varios calzados diferentes. Accidente laboral y asunto cerrado.

El Tuerto se convirtió en un difunto registrado con el nombre que sustituyó al de Armando Mosquera tras la guerra. Le enterraron en una fosa común en la que quién sabe si sus restos acabaron compartiendo eternidad con los de otros a los que él había enviado al mismo sitio durante los años de guerra. Nadie acudió a su entierro porque nunca tuvo ni familia ni auténticos amigos. Nadie, ni siquiera Lanza, volvió siquiera a mencionarle desde el día siguiente a aquella noche en la que alguien le tiró desde la última planta de aquel edificio en obras del barrio de Quintana.

A pesar de que tanto sus más leales clientes como sus visitantes ocasionales vivían cada noche del Dixie como si nunca una se pareciese a la otra, en realidad el club tenía sus propias liturgias, unas rutinas que se cumplían con la precisión de una representación teatral perfectamente ensayada. Noche tras noche, había escenas que se repetían con la exactitud con que una cámara fotográfica inamovible podría captar un día tras otro un mismo paisaje, apenas cambiante en detalles, inmutable en su conjunto.

Aquella noche, como todas, bastaba echar un vistazo a la sala para ver los elementos habituales de aquella invariable escenografía. Allí estaba, en su lugar de siempre, Raimundo Giralda. Acodado en la esquina de la barra, contemplando, con una mezcla de disfrute y vigilancia, la actuación de la orquesta en el escenario y supervisando a la vez la desordenada coreografía de camareros y clientes moviéndose por entre las mesas del patio central de la sala, los reservados y la barra. Aquella noche prestaba especial atención a la orquesta, con la concentración de un severo crítico. Sus músicos interpretaban

por vez primera toda una serie de piezas que él mismo había elegido de entre el repertorio de la famosa orquesta californiana de Count Basie, cuyas últimas grabaciones acababa de recibir desde Estados Unidos. Eran composiciones menos sofisticadas que las que solía interpretar la otra gran orquesta americana, la favorita de Giralda, la de Duke Ellington. Tenían un *tempo* más acelerado, más festivo, más entregado al ritmo que a la elegancia. Aquellas canciones eran más difíciles de aprender, ensamblar y saber reproducir con todo su vigor para la modesta orquesta del Dixie. Giralda les había hecho ensayar durante muchas horas antes de decidirse a que las interpretaran ante el público. Y aquella noche, escuchándolas por vez primera ante una clientela que llenaba una vez más el local, Giralda se sentía orgulloso de su orquesta y de sí mismo. Por supuesto, sus músicos no podían aspirar a sonar como las deslumbrantes *big bands* americanas, pero se acercaban bastante. Había hecho un buen trabajo, pensaba Giralda escuchándolos. Porque aquella orquesta de quince músicos, la única especializada en jazz de Madrid y de toda España, la había creado él con el minucioso cuidado del obsesivo perfeccionista que era. Había ido reclutando uno a uno a cada miembro de entre escuelas de música, bandas de pueblo y orquestas de salas de fiesta. Había ido buscando el talento individual que se ocultaba tras la rutinaria interpretación de rumbas y pasodobles y había trabajado con cada uno de los elegidos para transformarlos en músicos de jazz mediante horas y horas haciéndoles escuchar todas sus grabaciones y ensayar después sin descanso. Y aquella noche, escuchándolos interpretar *Take The A Train*, con una soltura a la que sólo un oído tan experto como el suyo podría ponerle pegas, cualquiera que viese a Giralda acodado en la esquina de la barra saboreando su oportito habría pensado que aquélla no era sino la imagen de él que podía captarse cada noche, sin saber que en su interior, por una vez, no estaba enfadado por errores del servicio, una mesa mal atendida, un exceso de colillas en el suelo o

cualquiera de los detalles que solían mantenerle en tensión, sino que, simplemente, disfrutaba de la música sin reparar en nada más a su alrededor.

A su lado, en la zona de la barra, la escena tampoco se salía de lo habitual. Por allí pululaban sobre todo hombres sin pareja y sin dinero suficiente para permitirse el sobrecoste en la bebida de ocupar una mesa, alguna mujer que disimulaba su decepción por que su galán de turno no fuese de los que ocupaban reservados y, entre ellos, personajes infalibles de la fauna del Dixie, como el comisario Gante, que rara vez dejaba de pasarse un rato por el club cada noche, para recordar con su sola presencia que más les valía a todos respetarle. Solía hacer uso de su derecho a beber de gorra pidiendo un Soberano, porque él no era de gustos exquisitos ni siquiera cuando era gratis, dejaba caer alguna frase entre el aviso, la amenaza y la mera chulería a cualquiera de los truhanes de baja estofa que rondaban por la barra, se paseaba de uno a otro lado para que desde los reservados no pasase desapercibida su presencia e ignoraba por completo aquella música que para él sólo era un ruido estridente que acababa levantándole dolor de cabeza.

También Sampedro y Lanza estaban, como siempre, en sus reservados. La rutina de costumbre. Elementos indispensables del paisaje del Dixie. El uno acompañado de su silenciosa camada de esbirros, a los que, dada su habitual inexpresividad, se diría que si la orquesta tocaba a Basie o a Ellington les importaba tanto como si alternaran marchas fúnebres y militares. El otro, rodeado también por su perenne grupo de juerguistas adúladores y agradecidos. Aunque los rostros hubiesen cambiado, podrían haber pasado por ser los mismos de siempre. Hombres todos en torno a los cuarenta que compartían trajes caros, puros caros, bebidas caras y compañía femenina a la que trataban como otra más de sus caras aficiones. Nada, ni lo más mínimo, que se saliera de lo de siempre, de aquella representación de la más frívola felicidad que eran las noches del Dixie.

Y allí estaban también, en su papel de figurantes de aquella fotografía en movimiento, el resto de la fauna del local: las parejas de las mesas del centro del salón, los camareros, las dos cerilleras siempre pendientes de proveer de tabaco de contrabando a la clientela, la chica del guardarropa y los mozos de la falsa cocina. Nada diferente. Nada que hiciese esperar una variación en la ceremonia nocturna del club.

Pero aquella noche ocurrió algo que se salió de todos los rituales establecidos del Dixie. Fue algo breve, en apariencia insignificante para un testigo ignorante, pero a ninguno de los presentes que conocían lo que se cocía bajo el aparente paraíso de felicidad sin mácula que era el Dixie le pasó desapercibido.

La orquesta acababa de terminar una de sus piezas y la sección de viento atacaba ya otra cuando Jorge Lanza se levantó, salió de su reservado y rodeó el arco de herradura del patio central del club para dirigirse a la zona de la barra. Al instante, fueron muchas las miradas que vigilaron sus pasos, todas ellas mal disimuladas, casi de reojo, esquivando encontrarse con la suya, pero también todas alertas y alarmadas ante algo tan insólito como ver a Jorge Lanza camino de la barra, un lugar donde su presencia parecía tan imposible como la de un dios que bajase a la tierra para mezclarse con simples mortales.

El comisario Gante también le vio venir y pronto comprendió que Lanza iba a su encuentro. Y eso le hizo revolverse incómodo. Echó un rápido vistazo al reservado de Sampedro y, aunque éste aparentemente parecía estar tan ensimismado en contemplar la orquesta y disfrutar de la música como siempre, tanto el Ruso como el resto de los tipos que le acompañaban estaban siguiendo con la mirada a Lanza. Y eso inquietó más aún al comisario. Aunque fuera de todos sabido que Gante estaba a la venta por igual para todo el que estuviese dispuesto a pagarle por sus variados servicios, el comisario no se dejaba ver en público con Lanza o Sampedro jamás. Aquélla era una regla tácita de su

relación con ambos que habían respetado siempre escrupulosamente. Hasta esa noche.

Lanza recorrió la sala con su habano incrustado en la boca, los maxilares marcados por la tensión de la mordida, los ojos fijos al frente, el andar ardoroso de un general que caminara sin titubeos hacia la batalla.

Se plantó ante Gante y éste, sabedor de que eran muchos los que los contemplaban, dio un paso atrás de manera refleja.

Lanza se arrancó el puro de la boca, se inclinó hacia delante y acercó tanto su cara a la del comisario que los pelos del bigote de Gante quedaron cerca de llegar a acariciar su nariz. Le habló con una ira desbocada y con un tono tal que sólo la música impidió que el resto de los clientes de la barra oyeran lo que decía.

—Quiero que ocurra y quiero que ocurra ya.

Gante trató de aguantar el tipo. No quería que nadie de los que le rodeaban le viese perder el aplomo. Inspirar respeto, y aún mejor temor, era algo imprescindible para él y no estaba dispuesto a permitir que aquella escena hiciera que nadie le perdiera el respeto al verse acoquinarse ante Jorge Lanza. Pero, a la vez, le preocupaba la estúpida actitud de éste, exponiéndose de aquella manera ante todos cuantos los rodeaban.

—Ya le dije que está todo listo —le contestó, hablando deprisa, ansioso por quitarse de encima a Lanza, por acabar cuanto antes con aquel momento tan peligroso para ambos—. En unos días voy a...

—¡No! —le interrumpió Lanza, levantando la mano que sujetaba el puro en un gesto de autoridad, casi de amenaza—. Le he dicho un millón de veces que no quiero saber ni el cuándo ni el cómo. Sólo quiero que ocurra, comisario. ¿Me ha entendido bien? Quiero que ocurra y que ocurra ya. No voy a permitir que ese cabrón mate a uno solo más de mis hombres.

Por un instante, Gante estuvo tentado de mandar todo al garete. Le

repugnaba Lanza. Odiaba su pelo engominado e histéricamente peinado hacia atrás, sus pétreos cuellos almidonados, su traje sin una sola arruga, sus anchos puños de camisa cerrados por gruesos gemelos dorados y, sobre todo, aquella arrogancia de abolengo añejo y fortuna nueva. Y, encima, ahora se portaba como un imbécil montando aquella escenita de una innecesaria y temeraria imprudencia. Gante hubo de hacer un esfuerzo por refrenarse y no tirar por la borda todo el dinero y el poder que esperaba obtener de su trato con Lanza. Sólo por ello, en vez de partirle allí mismo la cara como le pedía el cuerpo, se limitó a asentir con digna obediencia.

Lanza se recolocó el puro en la esquina de la boca y regresó con el mismo caminar marcial al reservado, donde al instante cambió de actitud para volver a mostrarse risueño y charlatán con sus amigotes.

Aquella escena que rompió la feliz rutina del Dixie apenas duró unos segundos. Pero, durante los días siguientes, daría para horas y horas en las que muchos serían los que contarían, especularían, temerían y elaborarían rebuscadas explicaciones e hipótesis sobre lo que había ocurrido. En lo único que todos los narradores y sus oyentes se pusieron de acuerdo era en que ese «algo» del que todos hablaban pero nadie sabía concretar, ese «algo» indefinido pero sin duda temible, estaba a punto de ocurrir.

Gante se marchó del Dixie poco después, una vez que hubo pasado el tiempo suficiente para que nadie pudiera pensar que huía o se escondía. Y en su reservado, Matías Sampedro siguió disfrutando de aquellas canciones vivarachas de Count Basie como si no hubiese ocurrido nada.

Marita subía por la calle de Alcalá. Acababa de salir de la sucursal bancaria donde fregaba suelos y regresaba a casa. Iba a paso ligero porque quería llegar a tiempo para escuchar en la radio un concurso de canciones llamado *Tu*

*futuro en las ondas* que celebraba aquella tarde su gran final, un duelo de resultado incierto entre una joven cantante de coplas de Barbate y un florido tenor catalán. Había seguido cada una de las eliminatorias durante semanas y por nada del mundo quería perderse aquella reñida final, que esperaba que concluyese con la victoria de la coplera andaluza, su favorita de lejos. Como siempre, avanzaba calle arriba sin reparar en los muchos hombres que se giraban a su paso para contemplar sus espléndidas pantorrillas ni escuchaba a los más atrevidos, que se lanzaban a soltarle algún piropo al cruzarse con ellos. Para Marita, atraer la atención de los hombres era algo tan habitual que si alguien le hubiese hecho notar las miradas que provocaba no habría siquiera sabido de qué le estaban hablando.

Le salieron al paso a la altura del Ministerio de Educación Nacional. Iba tan absorta que prácticamente chocó contra ellos. Eran dos hombres que bien podrían haber pasado el uno por el reflejo en un espejo del otro. Altos, con el sombrero tan calado que el ala casi les llegaba hasta las cejas, y vestidos con unos gabanes idénticos que, aunque de tela ligera, resultaban innecesarios en aquel atardecer soleado.

Se plantaron ante ella y se identificaron como inspectores de policía. Uno de ellos le pidió en una misma frase que dijera su nombre y les enseñara sus papeles. Y, en cuanto Marita hubo hecho ambas cosas, el mismo inspector le dijo que debía acompañarlos a la vez que la cogía de un brazo, con suavidad pero con decisión, para indicarle en qué dirección.

Antes de que pudiera siquiera preguntar qué pasaba, Marita estaba sentada en la parte trasera de un discreto Hispano-Suiza negro sin ninguna identificación policial que esperaba en la acera. Para cuando el vehículo rodeaba la plaza de Cibeles para encarar la subida por Alcalá, el cerebro de Marita había logrado ya asimilar lo que acababa de ocurrir. Y ello hizo que su cuerpo empezara a temblar al darse cuenta de a dónde se dirigía.

No lloró. Se mordió el labio inferior, que sabía a carmín porque acababa de repintarse antes de salir del banco, como siempre, porque Marita no olvidaba nunca retocarse con el carmín aunque fuese sólo para recorrer el camino del trabajo a casa y no esperase encontrarse con ningún conocido. No hizo preguntas, porque sabía que aquellos dos inspectores no las contestarían. Tampoco pensó, porque los primeros pensamientos que acudieron a su mente fueron tan escalofriantes que prefirió alejarlos cuanto antes. Tan sólo se concentró en controlar aquel temblor extraño de su cuerpo, desconocido para ella porque nunca antes había sabido que se podía temblar sin tener frío.

Sabía a dónde iba. Era evidente. El automóvil se dirigía a la cercana Dirección General de Seguridad, en la Puerta del Sol. Y sólo saber eso era suficiente para que el pánico luchara por apoderarse de todo su cuerpo. Si Madrid era un hervidero de historias contadas a media voz, de rumores y leyendas, de temores reales e imaginarios, de amenazas tan ciertas como indefinidas y de secretos que nadie guardaba, nunca faltaba en los más terribles de todos los relatos la mención a aquel lugar. Algunas cosas no habían cambiado en Madrid desde los tiempos de la guerra. Podían ser otros los que mandaban, las víctimas o los lugares. Pero ciertas cosas parecían seguir igual. Del edificio de la Puerta del Sol, como antaño de las checas, se decía que era la primera parada obligada de todo aquel que era detenido en Madrid, un tránsito inexcusable previo a un posible destino definitivo en alguna fosa común para fusilados sin nombre o, en el mejor de los casos, en alguna de las cárceles de la ciudad, a esperar juicio o a cumplir sin más condena llevándose una buena paliza de recuerdo. Las detenciones de excombatientes aún perseguidos y al fin capturados o de sospechosos de conspiración y subversión llevaban siempre al interior de aquel edificio, y había quienes aseguraban que en las noches silenciosas en que no había muchos viandantes ni tráfico era posible oír desde la plaza los aullidos de los

que allí dentro estaban siendo torturados. Cuando se entraba en la antigua Casa de Correos, uno nunca sabía si al salir lo haría con los pies por delante o si los suyos volverían a saber de él o tendrían que llorarle sin cuerpo presente. Y Marita, que como todos había oído hablar de lo que allí dentro ocurría, se preguntó cuál de esas posibilidades sería su final, y la imposibilidad de intuir siquiera una respuesta le hizo someterse con aterrada resignación a lo que quisiera hacer de ella un destino que ya no estaba en sus manos.

Los inspectores la guiaron por el interior del edificio. Con uno a cada lado, subió un par de plantas por unas escaleras y atravesó después un pasillo estrecho con puertas a los lados. Por fin, la hicieron detenerse ante una de aquellas puertas, la abrieron y le pidieron que esperase dentro. Para su sorpresa, no entraron con ella. La dejaron sola en una pequeña habitación en la que sólo había una mesa y un par de sillas de metal. Sobre la mesa había una máquina de escribir Hispano-Olivetti y una lamparita encendida que apenas llenaba con una pálida luz blanca la pequeña habitación. Un ventanuco en lo más alto de la pared estaba cegado con ladrillos. Eso era todo.

Marita esperó un largo rato de pie a que algo ocurriese. No estaba esposada y nadie entró en todo aquel tiempo a ver lo que hacía, así que llegó a dudar de si estaba detenida o si estaba allí por otro motivo y aquella leve esperanza le permitió controlar un poco los nervios. Para cuando empezó a sentir el cansancio de tanto recorrer de un lado a otro los escasos tres metros de anchura de la habitación y de frotarse las manos, algo que por alguna razón la ayudaba a no temblar, había perdido ya la noción del tiempo. Estaba segura de que llevaba allí más de dos horas, pero sin luz exterior y con las ideas nubladas por el miedo, era imposible calcular el paso del tiempo. Finalmente se sentó en la silla y para entonces su ánimo había vuelto a dar un brusco giro y, de nuevo, no tenía ninguna duda de que estaba detenida y toda esperanza de

que aquello fuese un error, un asunto menor o un mero trámite intrascendente se había esfumado.

Cuando al fin volvió a abrirse la puerta, Marita habría jurado que había pasado a solas más de cuatro horas. Para entonces, la angustia era tal que a punto estuvo de agradecerle al hombre que apareció su llegada. Era un policía bastante menos apuesto que los dos inspectores que la habían llevado hasta allí. Iba de uniforme y éste le quedaba pequeño, tanto que uno de los botones bajos de la camisa había saltado dejando al descubierto una zona peluda cercana al ombligo. Ni siquiera miró a Marita al entrar. Un cigarrillo sin filtro colgaba de entre sus labios y el oscuro humo que surgía de él ascendía por ambos lados de su nariz y velaba sus ojos, algo de lo que aquel hombre panzón, calvo y de aire aburrido no parecía siquiera darse cuenta.

Se sentó en la silla que estaba frente a la máquina de escribir. En la mano llevaba un par de hojas en blanco y, entre ellas, una lámina de papel carbón para hacer copias. Introdujo todo ello en el rollo de la máquina, que hizo girar con tanta lentitud como si estuviese tratando de mover la más pesada de las norias, hasta dejarlo todo listo. Le pidió entonces a Marita que se sentara en la otra silla y, cuando lo hizo, con una voz sin entonación, con la misma desgana con que se recitaría una mala poesía repetida antes un millón de veces, inició un listado de preguntas cuya respuesta tecleaba con desesperante lentitud usando sólo los dos dedos índices. Nombre y apellidos, edad, domicilio, estado civil, profesión, hijos... Marita contestó a cada una con una voz como encogida que a ella misma le pareció de otra persona. Esperar a que aquel hombre terminase de escribir cada respuesta ya le pareció una sutil forma de tortura.

No hablaron más allá de las preguntas y respuestas y los ojos cubiertos por el humo del cigarrillo del policía no se levantaron ni un solo segundo del papel para mirarla. Ni siquiera se inmutó cuando la ceniza del cigarrillo cayó

sobre su propio regazo, tan concentrado como estaba en mecanografiar correctamente las respuestas. Una vez terminado el interrogatorio, el hombre sacó dando un tirón los papeles de la máquina y cuando se hubo levantado para marcharse, Marita no pudo contenerse más.

—¿Podría decirme por qué estoy aquí, por favor? —le preguntó.

Hasta entonces no había derramado una sola lágrima. Pero cuando aquel tipo ignoró su pregunta como si no la hubiese ni oído y cerró la puerta tras de sí sin siquiera haberla mirado una sola vez, las lágrimas brotaron bruscamente de sus ojos como si el policía le hubiese dado la más brutal de las bofetadas.

Dos horas después, cuando la puerta se abrió de nuevo, Marita no lloraba ya. Tampoco temblaba. Tras todo aquel tiempo encerrada en aquella habitación casi en penumbra, sin que llegara ningún sonido ni luz del exterior, era como si su cuerpo y su mente se hubiesen agarrotado y ya no fuese capaz de sentir, pensar ni casi moverse de la silla. Según sus cálculos, para entonces llevaba más de seis horas en aquella habitación y debía de ser más de medianoche, pero eso ya le importaba poco. La única ventaja de todo aquel tiempo encerrada allí era que, tras pasar por todos los estados de ánimo imaginables, había llegado un momento en que lo único que deseaba era que ocurriese algo, cualquier cosa, aunque fuese para peor.

Esta vez entró un hombre sin uniforme. Como el policía anterior, su edad debía de rondar el medio siglo y, aunque más bajo, también tenía un estómago que a duras penas contenía la camisa. Su aspecto era algo desaliñado, con el nudo de la corbata sin apretar, el botón del cuello de la camisa desabrochado y una chaqueta de paño con las coderas gastadas. Éste no fumaba aún cuando entró, pero nada más cerrar la puerta tras de sí, se sacó del bolsillo una pitillera de latón y una caja de cerillas y las lanzó sobre la mesa después de encenderse un cigarrillo.

—Una noche larga, ¿eh, Marita?

Al oírle llamarla por su nombre familiar, que no era el de bautismo que había dado al anterior policía, Marita bajó la mirada, para que aquel hombre no pudiera leer el miedo en sus ojos. En lugar de tranquilizarla, ver que el hombre sabía cómo la llamaban sus conocidos hizo que comenzara de nuevo a temblar. Sin verle, con la mirada fija en sus propios pies, tan sólo escuchó sus pasos por la habitación en torno a la silla en que ella estaba sentada, como una fiera rondaría su próxima pieza antes de lanzarse a devorarla.

La voz del hombre sonó a su espalda cuando volvió a hablar.

—Viuda de un miliciano... —dijo, y continuó con el mismo tono de voz meloso que uno usaría para contar un cuento infantil—. Sindicalista antes de la guerra, repartidor de pasquines anarquistas, varias veces detenido por alteración del orden en manifestaciones políticas y resistencia a la autoridad... Tenemos aquí su ficha. Bastante larga, por cierto. Y por la foto que he visto, era un muchacho bien parecido...

Marita oyó cómo el hombre aspiraba su cigarrillo y exhalaba luego una bocanada. Sus ojos seguían fijos en sus pies mientras el hombre continuaba con voz pausada la narración.

—Supongo que estabas enamorada hasta las trancas de él. Normal... Un joven guapetón, idealista, revolucionario, que te prometía cambiar el mundo y ponértelo a tus pies... ¿Qué chica de barrio como tú no se habría enamorado de alguien así? Debía de ser mucho más atractivo que todos esos zopencos que sólo aspiran a pasarse el día en alguna fábrica apretando tornillos. No había comparación, ¿verdad? ¿Cómo no ibas a elegirle a él?

El hombre calló y, por un momento, Marita creyó que esperaba una respuesta. Incapaz de articular palabra, le alivió cuando aquél siguió hablando.

—Y ya ves... Tanto prometerte un futuro maravilloso y va el muy imbécil y se deja matar en el frente... —Marita acertó a oírle una breve risita sarcástica

—. El gran revolucionario probablemente acabó tirado en alguna cuneta con el pecho abierto a tiros. Viva la revolución social...

Dio otra larga calada a su cigarrillo antes de seguir.

—Y ahí te quedaste tú, Marita... Viuda y con un hijo. Pero ¿sabes una cosa?, antes de que eso ocurriera, me pregunto una cosa... —Marita pudo sentir cómo el hombre se había detenido justo a su espalda—. Dime, Marita, además de convencerte con toda su palabrería para que te casaras con él, ¿te convenció también de sus ideas? —Marita pudo percibir cómo el hombre se inclinaba hacia ella y, cuando volvió a hablar, sintió su aliento en el oído—. Dime, Marita, ¿eres tú anarquista?, ¿o comunista?

Marita no contestó. Pero esta vez no fue porque no quisiera responder. Estaba tan concentrada en contener el temblor y en ignorar el asco que le daba sentir el aliento de aquel hombre acariciando su rostro que no reparó siquiera en que tal vez debía contestarle. Pero, de nuevo, no pareció que él exigiese respuesta.

—Sería tan fácil, Marita... —le dijo, con un suspiro. Enderezó de nuevo el cuerpo y Marita se sintió agradecida con la vida por el solo hecho de que la boca de aquel hombre ya no estuviese junto a su oreja—. Sería muy fácil demostrar que tú también fuiste una revolucionaria, Marita, que participabas en las algaradas y el proselitismo de tu guapo maridito, e incluso que aún mantienes contacto con determinados círculos en los que se conspira contra el régimen... Sería demasiado fácil conseguir que te metieran en Y sería una buena temporada...

Marita cerró los ojos. Apretó los párpados con todas sus fuerzas. No deseaba nada tanto en el mundo como que aquel hombre no supiese que temblaba.

—Probablemente, allí te encontrarías con muchas amigas de juventud. Otras idiotas que como tú se dejaron engatusar por guapos bolcheviques a los que

luego se comieron las moscas en algún campo de batalla o que acabaron orinándose encima cuando los llevaron al paredón. Hay tantas pobres idiotas en nuestras cárceles que una más no tendría la menor importancia. Sería muy fácil, Marita. Extremadamente fácil...

El hombre seguía hablando con un tono pausado, como si sólo estuviese inventándose sobre la marcha una bonita historia con la que deseara entretener a su única oyente. De nuevo había dado algunos pasos por la habitación y esta vez, cuando se detuvo, se quedó justo enfrente de Marita.

—No ha debido de ser sencillo para ti salir adelante sola en el mundo y con un hijo al que alimentar...

Un escalofrío recorrió con la fuerza de una descarga eléctrica el cuerpo de Marita cuando sintió el pulgar de aquel hombre apoyándose en su barbilla. Respondió al instante a su ligera presión, más por tratar de evitar aquel contacto físico que por obediencia. Levantó la cara y se topó con su mirada.

—Dime, Marita, ¿eres prostituta?

Marita sostuvo aquella mirada. La sostuvo a pesar de que la visión se le tornó borrosa cuando lágrimas de rabia, de impotencia y de humillación inundaron sus ojos. Pero no derramó ninguna. Aquel hombre no iba a verla ni llorar ni temblar. No iba a darle ese gusto. Aquélla era su única victoria posible.

—¿No vas a contestarme?

El hombre sonrió.

—Tranquila. No hace falta que contestes. Es duro admitirlo, ¿verdad?

De no ser por la situación, la ternura que el hombre se empeñaba en poner a su voz hasta habría podido resultarle creíble.

—Una comunista que además es prostituta... Imagínate la condena. Rápida y larga. Sabe Dios cuánto tiempo pasarías en prisión... Para cuando salieses,

toda tu belleza se habría marchitado como una flor sin regar —dijo, con un burlón tono poético.

Marita mantenía su mirada sin verle. Sólo deseaba que aquel dedo apoyado en su barbilla dejase de tocarla.

El hombre recuperó su impostada actitud amistosa cuando volvió a hablar:

—No te preocupes, Marita. Eso no va a ocurrir. O, al menos, no por ahora.

Por fin, la mano del hombre se retiró de su barbilla. Se volvió hacia la mesa, recuperó su tabaco y sus cerillas y volvió a encender un cigarrillo.

—Sólo quería que nos conociéramos, Marita —continuó, tras dar un par de caladas al pitillo—. Es bueno que sepas lo que podría ocurrirte. Y quiero que pienses en ello. Sin prisa, Marita. Quiero que pienses en ello con mucha, mucha calma... Te voy a ofrecer un lugar cómodo y tranquilo para que puedas pensar con tranquilidad.

El hombre volvió a sonreír. Las lágrimas estancadas en los ojos de Marita se habían disuelto lo suficiente para que pudiese ver la desordenada fila de dientes amarilleados por el tabaco que asomaron por debajo de su mostacho.

Pasó el resto de la noche en una celda. Dos miembros del cuerpo de guardia aparecieron para llevarla al poco de marcharse aquel hombre. Bajó por las mismas escaleras que antes subiera. La condujeron hasta el sótano. Tras una puerta de metal, se enfilaba el pasillo de los calabozos. Bombillas desnudas iluminaban tenuemente un angosto pasadizo. Tuberías y cables recorrían el techo. Las paredes estaban cubiertas de restos de pintura cuarteada que se alternaban con amplios desconchones donde ésta había caído ya. Pero lo que más impresionó a Marita fueron los respiraderos. Cada pocos metros, en el techo había unas pequeñas ventanas con rejas que a su vez estaban cubiertas por planchas de hierro agujereado. Ni siquiera de día era posible que hasta allí dentro llegara la luz del sol. Pero sí llegaban los sonidos. Mientras avanzaba por el pasillo, Marita pudo oír pasos y alguna conversación de

quienes aún estaban por las calles a aquellas horas y comprendió que aquellos ventanucos cubiertos eran techo en el pasillo pero fuera formaban parte del pavimento de la Puerta del Sol. Aquello le provocó una nueva angustia, una asfixiante sensación de olvido y soledad. Poder escuchar retazos de una vida exterior que continuaba por encima de aquel pasillo, ser conducida por aquel pasadizo subterráneo sin que los que fuera caminaban y hablaban, probablemente yendo o regresando de alguna diversión nocturna, supieran siquiera de su existencia hizo que se derrumbara hasta el punto de que las rodillas le flaquearon y los dos guardias que la custodiaban hubieron de sujetarla por los brazos para ayudarla a caminar hasta llegar al calabozo.

La dejaron en una celda de tamaño semejante a la habitación en la que había pasado las horas anteriores. No había ningún mobiliario. En la pared de yeso desnudo se había picado un hueco que hacía las veces de catre y en una esquina había un cubo para hacer las necesidades. Olía a una desagradable mezcla de moho y orines. No había ninguna luz y, una vez cerrada la puerta, el silencio era tan espeso como la oscuridad.

Aunque debería haber sido al revés, Marita estuvo más tranquila en aquel agujero que en la habitación anterior. Se sentó en el suelo, la espalda contra la pared, los brazos abrazando las piernas, apoyó la frente en sus propias rodillas y dejó pasar las horas sin cambiar de postura. La oscuridad y el silencio eran tan atrozadores que uno sentía que su tamaño se reducía allí dentro hasta convertirse en un ser minúsculo, insignificante, y eso parecía reducir también la intensidad de cualquier sentimiento. A lo sumo, Marita podía percibir, como un lejano latido ilocalizable en algún rincón también oscuro y silencioso de su interior, una impertinente mezcla de ira y vergüenza. Y lo acalló tarareando mentalmente las canciones que imaginó que habrían elegido los finalistas para lucirse en el concurso de radio cuyo desenlace quizá ya nunca sabría.

La dejaron libre llegada la mañana. Otros dos guardias la sacaron de la celda, la llevaron hasta una ventanilla donde le devolvieron su bolso y la acompañaron después hasta la calle. No cambiaron con ella ni una sola palabra. No hubo ni trámites ni explicaciones. De pronto, se encontró en medio de la Puerta del Sol, cegada por una luz que pegaba ya con fuerza a horas tempranas, rodeada por gente que iba y venía pisando despreocupadamente las planchas de hierro del suelo sin reparar siquiera en ellas.

Por un instante, no se movió, desorientada por el repentino cambio de escenario. Cuando por fin comprendió que volvía a mandar sobre su propia vida, lo primero que hizo fue abrir su bolso, sacar el lápiz de labios que siempre llevaba consigo y retocarse con él la boca. Sólo entonces se sintió preparada para retomar el camino de vuelta a casa.

Cuando era un niño, Marita solía decirme que todos los sueños tienen un color. A veces, nada más levantarse, mientras se arreglaba para irse a trabajar, se quedaba detenida por un instante y me decía «Hoy he tenido un precioso sueño de color azul» o «La noche ha sido un fastidio, porque todo el sueño era de un ridículo color violeta». Marita tenía sueños rojos y verdes y rosas y amarillos. Los peores eran los sueños grises, que la ponían de lo más melancólica, y los sueños negros ceniza, como los llamaba ella, que le daban un miedo espantoso. Yo me había acostumbrado tanto a oírle aquello que, por la mañana, me bastaba con mirarla a la cara, antes de que dijese nada, para saber de qué color había sido su sueño aquella noche y, aunque nunca me contaba en qué consistían exactamente, con que sólo me dijera el color del sueño era como si ya supiese qué había soñado. Unos días después de que le notificaran la muerte de mi padre, le pregunté a Marita cómo sería la muerte, qué se

sentiría, en qué se pensaría cuando uno se moría, y Marita me contestó que morirse era como sumirse para siempre en un profundo sueño blanco.

La misma noche que Marita pasó en los calabozos de la Puerta del Sol, yo subí a la azotea de nuestra casa de la calle Buenavista y recordé aquella costumbre de mi infancia de ponerle color a los sueños. A veces, al regresar del Dixie, si el cansancio no había logrado vencerme del todo aún, me gustaba pasar un rato allí arriba, a aquella hora indefinida que para mí marcaba el final de la jornada y para la mayoría su comienzo. Subía y tan sólo contemplaba el cielo de color púrpura que precedía al amanecer, que bien habría servido para dar color a un sueño tranquilizador. Desde allí, el aspecto de la ciudad era muy diferente al que tenía vista desde las calles. Mi mirada sólo alcanzaba a ver tejados a dos aguas de teja color barro y azoteas con ropa tendida. Sin rastro de ningún edificio moderno. Parecía como si Madrid, visto desde arriba, retrocediese un par de siglos y volviese a ser un abigarrado pueblo castellano de casas rurales apelotonadas.

Los sueños de colores de Marita regresaron aquel amanecer a mi memoria sin saber bien por qué. Nunca había sido capaz de recordar mis sueños, ni siquiera de niño, así que nunca pude ponerle color a ninguno. En realidad, mi único sueño lo había tenido despierto. Mi sueño había sido unirme a Nico y a aquel mundo suyo de riesgos y aventuras que me deslumbrara desde aquel lejano primer día en que me había sorprendido robando leche en un sótano. Aquél había sido mi sueño, y si esa noche, en la azotea de Buenavista, alguien me hubiese pedido que le diera un color, no habría sabido elegir. Quizá, al principio, cuando viajaba en los trenes y cuando descubrí el Dixie y cuando Nico y yo nos hicimos no ya sólo compañeros de correrías sino amigos, habría elegido cualquier color radiante. Un color tan deslumbrante que con sólo mirarlo te cegase por completo. Pero ahora ya no estaba tan seguro. Ahora no

podía dejar de preguntarme si las luces brillantes y los reflejos dorados de aquel sueño no ocultaban demasiadas sombras esquivas y engañosas.

Aquellos días, en los habituales corrillos del callejón trasero del Dixie, sólo se hablaba de la muerte del Tuerto. Nadie dudaba de que aquello no había tenido nada de accidente y había también unanimidad en atribuir su supuesta caída fatal al Ruso y a los hombres de Matías Sampedro. Era uno de esos rumores que se contaban bajando la voz, con una mezcla de asombro y miedo, con un temor no ya por lo ocurrido sino por lo que podría acarrear. También se hablaba de aquel breve y misterioso diálogo delante de todos entre Lanza y Gante. Entre los trabajadores del Dixie o entre los correos con los que coincidía al finalizar nuestra ruta en los Billares Rodrigo se había extendido una sensación cada vez mayor de amenaza y riesgo, como si cada uno temiese ser el próximo objetivo de aquella guerra descontrolada, el siguiente protagonista de aquel cruce de venganzas. También los vendedores de quienes yo recaudaba los pagos para Sampedro habían cambiado su forma de comportarse. Lo que antes eran encuentros de moderada discreción se habían transformado en citas nerviosas y rápidas. Nadie quería dejarse ver haciendo sus pagos en sitios públicos. Ahora elegían el rincón más oculto de trastiendas, portales y callejones y me entregaban el dinero con la mayor celeridad, ansiosos por perderme de vista. Se diría que mi sola presencia se había convertido en una amenaza para ellos. En aquella ciudad en que nadie vivía ajeno al mercado negro, ya fuera vendiendo o comprando, se había extendido un miedo tan palpable como indefinido que ya no tenía por objeto la relajada persecución policial contra el estraperlo sino a esos hombres sin rostro ni nombre que mataban en callejones o te lanzaban desde edificios en construcción.

Pero, aunque pueda parecer extraño, en mi caso no era aquel miedo colectivo el que oscurecía el color de mi sueño. La muerte del Tuerto no me

despertó ningún sentimiento especial. Ni siquiera sentí un culpable placer vengativo cuando oí decir que había sido él quien había machacado a Nico en aquel callejón. El afán de venganza no iba con mi forma de ser y tampoco me alegraba lo que podía considerarse un golpe de efecto del bando al que yo pertenecía. Siempre había contemplado con una cierta distancia toda aquella lucha entre Lanza y Sampedro, como si fuese algo ajeno a mí, algo que no tuviese que ver con mis días de recaudador y mis noches en el Dixie. Supongo que había algo de inconsciencia en ello, pero me creía al margen de aquella sensación común de peligro que se respiraba en todos los que me rodeaban. Así de equivocado estaba.

Aquel amanecer en la azotea de Buenavista, mi ánimo dudoso, mi sueño ensombrecido, no tenía nada que ver con el vuelo estrellado del Tuerto sino con otro incidente que cualquiera habría considerado menor en comparación pero que para mí fue, de alguna manera, el primer apagón de la deslumbrante luz de un sueño que a partir de entonces empecé a temer que me hubiese cegado en exceso.

Ramiro López era un octogenario menudo, triste y hablador que llevaba más de medio siglo viviendo de una pequeña mercería cercana a El Rastro. Allí vendía lo que se terciase, desde botones hasta ropa usada, quincallería o herramientas viejas. Cada vez que iba a verle, me soltaba un mismo monólogo sobre su vida sin siquiera mirarme, se diría que más dirigido a sí mismo que a mí. La historia de su vida era una cadena de pérdidas que recitaba sin el menor tono de lamento, tan sólo como una letanía de muertes que parecía empeñarse en enumerar con el único fin de que los años y la pérdida de memoria no le arrebatasen el recuerdo de ninguna. Una esposa muerta al dar a luz al tercero de sus hijos, todos varones. Un primogénito que no superó unas fiebres tísicas a los ocho años. El segundo, muerto en la batalla de Belchite. El tercero, caído en una escaramuza en el Cerro de los Ángeles. A aquellas

alturas de su vida, sólo le quedaba un único nieto que tuvo tiempo de nacer entre tanta muerte, un niño de doce años al que mencionaba como conclusión de aquella riada de pérdidas y que vivía con su nuera viuda. Ramiro mantenía a duras penas a ambos con lo que sacaba con sus ventas y con el negocio ilegal de jabón que, con la ayuda de don Matías, había montado en la parte trasera de su pequeño local.

Lo del jabón, uno de los productos más escasos y codiciados en aquellos tiempos, había sido un éxito. Ramiro lo fabricaba rudimentariamente. Tenía en la trastienda tres grandes barricas de madera en las que mezclaba con una sencilla fórmula aceite, cáustica y agua. Echaba primero agua fría y cáustica y se pasaba varias horas removiendo la mezcla en las barricas con un palo, siempre en una misma dirección y a un mismo ritmo, infatigable a pesar del esfuerzo, hasta conseguir que aquella pasta se deshiciese por completo. Después echaba el aceite y seguía batiendo, a menudo durante buena parte de la noche. Era una tarea que dejaba los brazos baldados y resultaba difícil imaginar a aquel anciano pellejoso soportando semejante esfuerzo. Cuando por fin consideraba cuajada la masa, la iba vertiendo en cajones de madera y la dejaba allí endureciéndose durante otras tantas horas hasta que por fin se solidificaba lo suficiente, convertida ya en jabón crudo que podía cortar en piezas para vender. Sampedro se encargaba de proporcionarle el aceite y la cáustica y la demanda era tal que aquel simple negocio dejaba estupendos beneficios para jefe y empleado. Hasta la mercería de Ramiro se acercaba gente de todo Madrid ansiosa por llevarse jabón a casa. Todos sabían que el jabón de Ramiro López, a pesar de su sencilla composición, era de los mejores que podían conseguirse en el mercado negro, porque nadie tenía tan buena mano como él para darle el punto perfecto a la mezcla.

En los últimos tiempos, Ramiro había fallado en sus pagos. Las cuentas no cuadraban, se retrasaba, me prometía ponerse pronto al día, me pedía un poco

de paciencia y, finalmente, me confesó que su nieto había caído enfermo de tuberculosis y que estaba usando el dinero de los jabones para adquirir de estraperlo medicinas que le costaban una fortuna.

Era imposible no sentir afecto por aquel viejo que se pasaba las noches batiendo incansable su jabón y los días enumerando una tras otra las muertes que habían ido marcando los tiempos de su ingrata vida. Traté de ayudarlo. Cuando entregaba la colecta del día al Ruso y debía explicarle el origen de cada pago, repartía entre varios vendedores las pérdidas de Ramiro, ganando así algún tiempo. Pero ya sabía que poco podía engañarse o apelar a razones con las cuentas de Sampedro.

Una tarde llegué al tenderete de Ramiro y supe que la tolerancia del Ruso había terminado. El viejo tenía una brecha en carne viva sobre la sien derecha y una oscura sombra violácea bajo el ojo y llevaba el brazo derecho en un rudimentario cabestrillo con dos dedos entablillados. Pero lo peor fue la profunda tristeza que había en su mirada. Aquel día no me relató una vez más su listado de difuntos, como hacía cada tarde creyendo siempre que era la primera vez que me la enumeraba. Sólo me dijo que ya no hacía falta que fuese más por allí. El negocio del jabón se había terminado. Unos hombres se habían presentado la tarde anterior en el local, se habían llevado los bidones de aceite y cáustica, le habían destrozado las tres barricas, le habían dado una moderada tunda de palos, le habían partido dos dedos diciéndole que no necesitaría más la mano para batir con el palo y le habían informado de que ya no les interesaba su jabón, añadiendo de paso que si se enteraban de que seguía vendiéndolo por su cuenta, el cachiporrazo en la frente y el par de dedos quebrados sólo serían un módico anticipo de lo que estaría por venir.

Ramiro me contó todo aquello sin alterar el tono calmoso y resignado con el que solía hablar. Y después sí, me enumeró una vez más su retahíla de tristezas: el parto fatal de la esposa, el primogénito tísico, Belchite y el Cerro

de los Ángeles, y esta vez añadió un nuevo verso a aquel macabro rosario: el nieto tuberculoso cuyas medicinas ya no podría conseguir.

Aquello fue lo que oscureció mi sueño mucho más que la paliza recibida por Nico o la muerte del Tuerto o cualquiera de los rumores que saltaban de boca en boca. Nunca, en ningún corrillo, oí a nadie mencionar lo ocurrido con Ramiro, un asunto al fin y al cabo insignificante. Ni siquiera el Ruso me dijo nada en los Billares ni me mostró reacción alguna porque ahora las cuentas, sin las sisas del jabonero, volviesen a cuadrar. Pero aquella pequeña historia intrascendente fue la que cambió el color de mi sueño, como si de pronto hubiese estallado un inesperado y extraño relámpago negro en lo que hasta entonces había sido un luminoso cielo azul.

Quizá yo era demasiado joven o, simplemente, demasiado estúpido, pensaba. Había creído que todo aquel mundo era poco más que un juego en el que era fácil sortear riesgos y consecuencias. Durante todos aquellos meses desde que comenzara con los viajes en los trenes, había dado cada paso sin mirar nunca atrás. En ningún momento había sentido ni un segundo de nostalgia por la sencilla vida de niño que había llevado hasta entonces, alternando las clases de don Francisco en la parroquia con los partidos de fútbol en la plaza, en una sucesión de días iguales sin mayor sobresalto. Y ahora, en la azotea de Buenavista, echando un vistazo de reojo a mi propio pasado, ya no era siquiera capaz de reconocer a aquel niño que era apenas unos meses antes, como si entre él y yo hubiese una distancia de siglos de existencia. Aquél era un niño extraño. Aquel niño no tenía que sentir miedo cada tarde rindiendo cuentas al Ruso, ni se pasaba las noches trabajando en la ruidosa cocina de un club de jazz, ni sabía que había gente que moría cayendo desde edificios en andamios, ni veía cómo molían a palos a amigos o conocidos en callejones y trastiendas. Aquel niño no tenía que sufrir por un viejo que no sabría ya cómo salvar a su único nieto del destino fatal de toda su sangre. Aquél era un niño

extraño para mí porque yo ya era otro y no podía concebir una vida tan plácida y sencilla como la de aquel niño que en nada se parecía a quien era yo ahora. Tan extraño que ni siquiera estaba seguro de si despreciaba su plácida existencia o la echaba de menos, demasiado confundido por la sombra que había caído sobre mi sueño para poder pensar con claridad.

El final de aquel amanecer en la azotea de Buenavista no ayudó a disipar esas sombras. Marita llegó a casa casi al mismo tiempo que yo bajaba para acostarme. Al entrar en nuestro piso, no me había preocupado por su ausencia. Marita y yo ni nos hacíamos preguntas ni nos exigíamos explicaciones y eso ayudaba también a no preocuparnos innecesariamente el uno por el otro. Si yo llegaba a casa y ella no estaba, su razón habría.

Pero cuando estaba preparándome para acostarme en mi sofá y sonó el chasquido de la cerradura de la entrada al abrirse y ella entró en el saloncito, supe que algo malo había ocurrido con sólo verla como cuando años atrás era capaz de adivinar el color de su sueño con sólo mirarla. Por supuesto, ella me sonrió con ese afán que tenía siempre por ocultar bajo una perenne sonrisa teñida de carmín cualquier preocupación. Pero al instante vi que la llave que aún tenía en la mano temblaba ligeramente y que había demasiadas arrugas en su traje y en su frente.

—¿Qué ha pasado, mamá? —le pregunté.

Ella me miró con ternura. La conocía bien y supe que por un instante calibró si hacer como siempre y negarme cualquier problema o preocupación. Pero la vacilación apenas le duró un segundo. Marita y yo no éramos de efusiones. Pero, por una vez, mi madre se dejó de zarandajas, bajó la guardia, abandonó su permanente afán de protección y me dijo:

—¿Me darías un abrazo?

A partir de aquel amanecer, todo fue ya diferente. A Ramiro López le habían destrozado su pequeño negocio de jabón. A mi madre la habían detenido y

había pasado la noche en un calabozo de la Puerta del Sol. Y sólo unas horas después me enteraría de que Nico había desaparecido.

Fue Asia quien me alertó. Yo no le había dado ninguna importancia al hecho de que hiciera varios días que no sabía nada de Nico. Desde que concluyera su convalecencia, no habíamos coincidido demasiado. Ya no iba todas las noches al Dixie. Don Matías no le había puesto de nuevo al frente de la recaudación en los Billares Rodrigo, de lo que seguía ocupándose el Ruso, así que él ya no tenía la obligación de acudir a diario al club a entregar lo cobrado. Aun así, aparecía de vez en cuando. Como siempre, se quedaba en la zona de la barra y, cuando me topaba con él en alguna de mis idas y venidas con bandejas repletas de vasos, no notaba nada especial. La única vez que le pregunté en qué andaba me había respondido con su habitual tono animoso.

—Ya sabes. En esto y lo otro, como siempre. Don Matías me ha encargado varios asuntos, pero no puedo hablar de ello. Cosas confidenciales, tú ya me entiendes...

Yo le había creído. De hecho, al decir Nico aquello, había sentido un pinchazo en el estómago que me era familiar: el deseo de que contara conmigo para sus misteriosos «esto y lo otro». Me moría de ganas de volver a vivir alguna de esas aventuras que sólo Nico me podía ofrecer. Cualquier cosa que levantara ese ánimo oscurecido que me asaltaba en los últimos tiempos. Pero él no entró en más detalles y, fiel a mí mismo, no hice más preguntas de las debidas.

No había puesto en duda aquellas palabras de Nico. Al menos, no lo hice hasta que Asia se me acercó una noche tras su actuación y me dijo:

—¿Sabes algo de Nico?

Le dije que hacía algunos días que no tenía noticias de él y ella apretó los labios con preocupación.

—Nadie le ha visto desde hace demasiado tiempo. Es muy raro. He estado preguntando y nadie sabe nada. La última vez que vino al Dixie me acompañó después a casa, como suele hacer, y me dijo que volvería la noche siguiente. Pero no lo hizo. No ha vuelto al club desde entonces.

—¿Puede haberle pasado algo?

—No lo sé. Si le hubiese pasado algo malo, alguien lo sabría. Aquí vienen muchas personas que le conocen y alguno sabría algo. Pero, por más que he preguntado, nadie tiene ni idea. Es demasiado extraño.

Fue entonces cuando recordé aquellas palabras de Nico y de pronto se me ocurrió que quizá no eran del todo ciertas. Don Matías no había mostrado el menor interés por él cuando le dieron la paliza. Tampoco contaba ya con él para los Billares. Tal vez las cosas habían cambiado entre ambos, pensé. Por supuesto, Nico nunca me habría confesado algo así. Era demasiado orgulloso y se había jactado siempre tanto de su estrecha relación con don Matías que jamás habría admitido que quizá se había quedado fuera de juego. Tuve dudas, aunque también pensé que no había ninguna razón para que don Matías ya no quisiera contar con quien hasta entonces había sido una de sus personas de más confianza.

Estuviesen o no fundados los temores de Asia, logró inquietarme. Le ofrecí que indagáramos juntos desde la mañana siguiente y así lo hicimos. Y, por un lado, me gustó volver a compartir una ocupación con Asia, como antes compartiéramos el cuidado de Nico. Volver a tener algo que hacer más allá de las rutinas habituales, y además junto a ella, me produjo una inconfesable satisfacción. Pero no podía evitar sentir también la preocupación. El instinto me decía que Asia estaba en lo cierto, que algo ocurría, que la ausencia de Nico no era ni casual ni intrascendente.

Volvimos juntos a la casa de huéspedes de la calle Ancona donde tantas horas habíamos pasado cuidando de nuestro amigo. Preguntamos a la casera, una mujer malhumorada a la que ni Asia ni yo habíamos visto nunca con otra ropa que no fuera una bata rosa de boatiné ni sin los rulos puestos y protegidos por una redecilla. Nos dijo que hacía días que no se cruzaba con Nico, pero que eso no era raro, que ella no era muy de vigilar a sus inquilinos, que mientras pagaran la renta y se comportasen con el debido decoro de puertas adentro, a ella poco le importaban sus andanzas. Aunque se extendió en dejar muy claro que ella y su hospedería eran, por encima de todo, decentes y honrados, cumplidores de la ley y respetuosos con la intimidad de quienes allí se alojaban, bastó con darle un billete de cinco pesetas para que se sacara del bolsillo de la bata la llave maestra y nos dejara echar un vistazo a la habitación de Nico. Allí estaban todas sus cosas. No encontramos nada que nos llamara la atención o que nos diera pista alguna de su paradero.

Fuera ya de la casa, Asia reflexionaba en voz alta, más para ella misma que para mí.

—Si le hubiesen hecho algo otra vez, alguien lo sabría. Todos esos matones no son de disimular sus hazañas. Ni ha desaparecido voluntariamente ni se trata otra vez de una paliza o algo peor, estoy segura.

—¿Y si le hubiese detenido la policía? —me aventuré—. Eso es más difícil de saber.

Asia asintió, dando a entender que ya había sopesado esa posibilidad. Viéndola tan cavilosa, a mi preocupación por Nico se unió la ternura que ella me inspiraba. La fragilidad que mostraba cuando estaba desprovista de toda la parafernalia de traje, bisutería, peinado y maquillaje que la transformaba en la exuberante cantante del Dixie se acentuaba por la angustia a duras penas contenida que transmitía y que me hacía desear aún más encontrar a Nico, no ya sólo por él, sino por devolverle también la serenidad a Asia.

Nos metimos en un pequeño café no muy lejos de la casa de huéspedes y pedimos dos chocolates calientes, tan aguados que más parecían agua manchada con cacao. Ocupamos la mesa más esquinada de las cuatro que cabían en el local y allí hablamos a media voz, como dos espías planeando algún tipo de misión supersecreta.

No dedicamos ni un segundo a hacer cábalas sobre dónde podría estar o qué podría haberle ocurrido. De nada nos iba a servir perder el tiempo en especular y, además, los dos sabíamos que cualquier hipótesis nos llevaría a desenlaces en los que preferíamos no pensar. Había que ser prácticos, así que le dimos muchas vueltas a quién podría proporcionarnos alguna información útil. Pero en realidad, por mucho que pensáramos, la conclusión a la que llegábamos era siempre la misma. No teníamos manera de saber si Nico había caído en manos de la policía, si se habría convertido en otro más de los muchos que desaparecían sin dejar rastro. Ésa era una posibilidad tan real como descorazonadora, así que lo mejor era descartarla sin más. Y eso sólo nos llevaba a un único camino: si queríamos encontrar a Nico, la única forma de lograrlo era llegar directamente a quienes regían el destino de tantos como él o como nosotros mismos. Sólo Lanza o don Matías podrían ayudarnos. No había más.

Asia y yo nos separamos con la inquietud revestida de una cierta determinación. Al menos, sabíamos lo que teníamos que hacer por nuestro amigo.

Lanza solía pedirle a Asia que le acompañase a su reservado cuando tenía invitados a los que pretendía deslumbrar. Le hacía llegar la proposición de unirse a ellos a través de Giralda. «Sería un placer si la señorita Luján aceptase compartir una copa de champán conmigo y mis acompañantes tras su

actuación», solía decirle a Giralda, con tanta pompa como falsa humildad. Porque, más allá de las formas, éste sabía que aquello no era una auténtica invitación sino más bien una orden del cliente que mayores cuentas pagaba y mejores propinas dejaba en el Dixie. Y cuando Giralda le transmitía el mensaje, Asia no se negaba nunca, consciente de que agasajar al señor Lanza formaba parte de sus obligaciones.

Iba a la mesa, se sentaba a la derecha de Lanza y éste le presentaba a sus acompañantes. Nunca prestaba atención a los nombres y profesiones que Lanza iba enunciando. También ignoraba las miradas a medio camino entre el desdén y la envidia de las mujeres que estuviesen en el reservado, a las que no les gustaba sentirse desplazadas en el asiento y en la atención de los caballeros por su llegada. A Asia le daba igual todo aquello. Sabía que, con su presencia en el reservado, Lanza sólo buscaba epatar a sus invitados, añadir un elemento más en su despliegue de lujo, como los habanos o las botellas de whisky de contrabando. Ella sólo deseaba acabar con aquello cuanto antes, cumplir con lo esperado: ofrecer sonrisas a los peces gordos, responder con cortesía a los elogios de Lanza a su talento musical y poder marcharse de una vez a quitarse el vestido, que lucía mucho en el escenario pero no podía ser más incómodo cuando se sentaba.

A Lanza, como a Giralda, debió de sorprenderle que fuera ella quien pidiera acudir a su mesa tras la actuación. El mensaje recorrió el camino contrario al habitual. A petición de Asia, el dueño del club le preguntó al constructor si tendría inconveniente en que ella se acercase a hablar con él. Cuando Asia se lo pidió a Giralda, éste le había dirigido una mirada de cierto recelo, pero optó por asentir sin hacer comentario alguno. Lanza, por supuesto, se mostró encantado de recibirla.

Al principio, fue como todas las veces anteriores. Le presentó uno a uno a los tres hombres que le acompañaban, ni se molestó en hacerlo con las

mujeres, y una vez más le repitió lo mucho que la admiraba y lo convencido que estaba de que, si ella le daba permiso para mover algunos hilos, podía proporcionarle un prometedor futuro como cantante. A partir de ahí, en cambio, aquella noche fue diferente a las demás. Lo habitual era que Asia apenas hablara y que Lanza la tratara con una obsequiosa caballerosidad, sin sobrepasarse lo más mínimo. El único atrevimiento que se permitía era el de ofrecerse a llevarla en coche a su casa, algo que ella rechazaba sin brusquedad y sobre lo que él jamás insistía. El encuentro terminaba cuando ella consideraba que ya les había dedicado tiempo suficiente para no resultar grosera y podía apelar al cansancio para retirarse, momento en que Lanza y los demás se ponían en pie todos a una y la despedían con un educado ademán de besarle la mano. Pero esa noche Asia alteró aquella rutina. En cuanto se hubo sentado junto a Lanza y la atención de los demás regresó a sus propias conversaciones o a la orquesta, Asia le dijo que necesitaba pedirle un favor. Le habló de Nico, al que se refirió como «un amigo», y de lo preocupada que estaba por su desaparición y le rogó si podía hacer algo para averiguar su paradero, sin molestarse en disimular una cierta ansiedad en su voz.

Lanza no pareció sorprenderse por la petición ni le pidió aclaración o detalle alguno. A lo sumo, en su boca se dibujó una leve sonrisa que Asia no supo interpretar.

—Ese chico... —le dijo—. Te importa mucho, ¿verdad?

Asia asintió y la sonrisa de Lanza se extendió un poco más.

—¿Es tu novio?

—No.

—Pero te ven mucho con él...

—Es mi amigo.

Él asintió lentamente, como si le llevase un poco de tiempo asimilar aquella sencilla información. Asia se revolvió con disimulo en su asiento. Algo

pasaba. Aunque aún no supiera concretar qué era, aquel comentario y la indefinida sonrisa que lo acompañó aumentaron su inquietud.

Lanza retomó un puro apagado que había abandonado a la mitad sobre un cenicero de carey en la mesa. Se lo llevó a la boca y se sacó una cajetilla de fósforos del bolsillo interior de su chaqueta. Utilizó uno de ellos para prenderlo de nuevo y se tomó su tiempo en darle varias chupadas hasta que la ceniza se reconvirtió en brasa. Sólo entonces, tras soltar una primera bocanada de humo, volvió a hablar:

—Déjame decirte algo, Asia. Ese chico sólo es una fuente de problemas. Un bala perdida sin oficio ni beneficio. No está a tu altura ni te traerá nada bueno. Sólo es otro más de esos perdedores que se apiñan en la barra... —Lanza se detuvo para dar otra intensa calada al puro y dejar escapar después el humo mientras limpiaba cuidadosamente la ceniza sobrante rozando el borde del cenicero con el puro y haciéndolo girar entre sus dedos—. Ése no es tu futuro, Asia. Con tu talento, puedes aspirar a lo que quieras. No te conformes con menos de lo que puedes conseguir. Tú no querrás pasarte el resto de tu vida cantando en este garito, ¿verdad?

—Sólo quiero saber dónde está mi amigo.

Lanza la miró y Asia pudo ver un ramalazo pasajero de contrariedad en su mirada. Pero al instante volvía a sonreír.

—Claro, Asia. Y por supuesto que yo te ayudaré a averiguarlo. Haré eso por ti encantado —le dijo, con tono paternal—. Pero hay algo que querría preguntarte...

Lanza dejó el puro con cuidado en el cenicero. Sin que se alterase su pausada actitud, posó después su mano derecha en el brazo de Asia. No era más que un gesto de afecto y comprensión. Pero la espalda de ésta se enderezó como si necesitase coger fuerzas para resistir un golpe. El cuerpo entero se le

tenso porque nunca antes, en ninguna de las muchas noches en que había estado en aquel mismo sitio sentada a su lado, Lanza la había tocado.

Él la miró a los ojos. Y Asia supo que su única posibilidad de conseguir algo dependía de mantenerle sin miedo la mirada.

—¿Y tú, Asia? ¿Qué puedes hacer tú por mí?

—No entiendo su pregunta, señor Lanza.

—Te he dicho muchas veces que me llames Jorge.

—Sí, señor Lanza.

Asia ya no escuchaba el sonido de fondo de la orquesta ni era consciente de que había otras personas sentadas en aquel sofá semicircular del reservado a sus lados ni sentía siquiera el contacto de la mano de él sobre su brazo. Nada existía más allá de aquella mirada de Lanza, una mirada que nunca antes le había visto. Porque aquel Lanza no era ya el caballero de exageradas maneras empeñado en tratarla con una cortesía excesiva, ni el protector mentor que se ofrecía a ayudarla en su carrera, ni siquiera el galán que, como mayor coqueteo, se ofrecía a llevarla en su flamante automóvil a casa. Era otro Lanza. Uno que ella nunca había conocido antes. Uno que la asustaba.

—Dímelo, Asia, ¿puedes hacer tú algo por mí?

—Quiero saber dónde está mi amigo.

Esta vez, un ligero temblor entre sílabas debilitó la firmeza de aquellas palabras repetidas.

Fue Lanza quien interrumpió el encuentro de sus miradas. Bajó los ojos, negó lentamente con la cabeza un par de veces, más desalentado que enfadado, y respiró hondo antes de volver a hablar.

—Soy un hombre de negocios, Asia —dijo, con un resto de cansancio en la voz, como si le agotara tener que explicar algo obvio—. Y todo negocio es un camino de doble dirección. Cada parte da algo y recibe algo. Así de sencillo.

Compras y vendes. Da igual en qué pueda consistir el negocio. A eso se reduce todo. Y las dos partes buscan siempre quedar satisfechas.

—¿Qué es lo que quiere de mí, señor Lanza?

Él hizo una mueca de sorpresa, como si le costase creer que la conversación estuviese aún en aquel punto. Asia sospechó que se estaba conteniendo para no perder la paciencia.

—Eres una persona encantadora. Lo tienes todo. Eres una buena chica, una gran cantante y una mujer muy hermosa. Todo a la vez. Durante meses, me he puesto a tu disposición. Yo podría presentarte a gente con contactos e influencia. Pero tú siempre has ignorado mis ofertas de ayuda. Es curioso que ahora vengas a pedírmela. Y todo por ese mentecato, ese noviete tuyo que sólo es un incordio sin importancia, poco más que una piedrecita en el brillante camino que tienes por delante...

Asia no le escuchaba realmente. No quería escuchar nada. Estaba asustada y no estaba segura de qué. Sólo sabía que si le escuchaba, su miedo iría en aumento y ya no sería capaz de seguir adelante con lo que la había llevado allí. Por eso ignoró las palabras de Lanza e insistió:

—¿Me ayudará?

Lanza acabó por echarse a reír ante la tozudez de ella. De pronto, pareció convencerse de que lo mejor era abandonar los rodeos.

—¡Por supuesto, Asia! —dijo, recuperando su más deslumbrante sonrisa de hombre que todo lo puede, rendido a la inutilidad de querer hacerla entrar en razones—. Jamás podría rechazar una petición de socorro de una damisela en apuros. Buscaremos a ese dichoso muchacho. Puedes contar conmigo.

Lanza recuperó su puro del cenicero. Comprobó que se había vuelto a apagar. Se llevó la mano al bolsillo interior de su chaqueta en busca de los fósforos. Pero, antes de sacarlos, la sonrisa deslumbrante desapareció bruscamente de su rostro, sus ojos parecieron congelarse y su voz sonó carente

de cualquier otro sentimiento que no fuera la impaciencia cuando volvió a clavar en ella la mirada y le dijo:

—Pero, antes, vamos a pensar juntos qué puedes hacer por mí...

Allí estaba de vuelta. En aquel despacho pequeño y medio a oscuras, sentado en una de las incómodas sillas reservadas para las visitas, contemplando como un idiota las motas de polvo que subían y bajaban por los haces de luz que se colaban a través de las tablillas de madera de la persiana, frente a la mesa abarrotada de papeles tras la cual se sentaba Matías Sampedro. De vuelta a donde todo había comenzado.

Se lo había pedido al Ruso en los Billares. Le había dicho que necesitaba hablar con urgencia con don Matías. Me había mirado con un frío desprecio, no ya por la petición, probablemente por el solo hecho de atreverme a dirigirle la palabra. Ni siquiera me contestó. Añadí que quería hablar con don Matías sobre Nico y tampoco eso le provocó ninguna reacción. Pero, a la tarde siguiente, cuando llegué con la recaudación del día, se limitó a decirme que don Matías me recibiría en su despacho de la calle Gaztambide. Me pareció adivinar en su escueta frase una mal disimulada decepción por haberme salido con la mía, pero quizá era sólo mi imaginación.

Teresita me guio hasta el despacho con su andar mortecino y don Matías me recibió en silencio, ocupado en husmear entre sus pilas de papeles, cogiendo uno u otro, hojeándolo apenas un instante y volviéndolo a dejar sobre el caótico escritorio. Me mantuvo allí sentado, sin mirarme ni dirigirme la palabra, como si ni siquiera hubiese advertido mi entrada, durante unos minutos infinitos. Cuando por fin se echó hacia atrás en su sillón, unió las manos sobre su estómago y pareció reparar al fin en mi presencia, no perdió un segundo en saludos ni me preguntó tampoco qué era lo que quería decirle

sobre Nico. De hecho, parecía tan poco interesado en mi visita que, cuando comenzó a hablar, no supe si se estaba dirigiendo a mí o si, simplemente, disertaba consigo mismo.

—Si le preguntas a cualquiera cuál es el sentimiento más importante que uno puede tener hacia otra persona, ¿qué te dirá? Casi todos te responderían que el amor o la amistad... Todos quieren sentirlos o que los sientan por uno. Nada parece más intenso, más firme, más valioso... Un gran error. Sólo son sentimientos pasajeros. Vienen y van y uno no puede siquiera controlarlos. Son sentimientos volubles, cambiantes y arbitrarios. Pero hay un sentimiento que está por encima de los caprichos del corazón.

Don Matías calló tan bruscamente como había empezado a hablar, como si hubiese decidido darme tiempo para resolver una adivinanza. Pero yo ni siquiera me molesté en pensar en una respuesta porque toda aquella palabrería me interesaba bien poco. Luego, imprimiendo un ligero atisbo de solemnidad a sus palabras, continuó:

—La lealtad. No hay sentimiento tan noble, tan firme y que cree un vínculo mayor entre las personas. La lealtad no surge por un capricho del destino, como todas esas zarandajas del amor. Cada uno elige por quién y hasta cuándo siente lealtad por otra persona. Eso es lo que le da su fuerza. Que la lealtad sea una elección personal.

Volvió a hacer una pausa y esta vez me pareció que lo hacía con satisfacción, esperando el aplauso de una audiencia invisible a lo que estaba claro que él consideraba unos muy profundos pensamientos.

Se echó hacia delante en su asiento, puso las manos aún unidas sobre la mesa y al fin me miró, y habría jurado que sólo en ese preciso momento adquirió conciencia de que yo estaba allí. Me escrutó durante unos instantes sin decir nada más y yo aguanté el tipo sin parpadear. Don Matías no me amedrentaba. Más que impresionarme, me intrigaba. Aquel hombre menudo,

de aspecto descuidado, que pasaba la mayor parte de su jornada en la penumbra de un despacho polvoriento antes de acudir a diario a escuchar, con el fervor de un converso, música de jazz, me resultaba indescifrable. Aquél era, sin duda, el hombre más poderoso que yo había conocido jamás y, a la vez, sólo parecía un hombre solitario y aburrido que se conformaba con que hubiese alguien al otro lado de la mesa que escuchara sus más íntimas reflexiones.

No tuve tiempo para detenerme a pensar más en las peculiaridades de don Matías. Me lanzó la pregunta sin cambiar su monocorde tono de voz:

—Dime, muchacho, ¿crees que Nico me sigue siendo leal?

—¿Qué le hace pensar que no? —le respondí al instante.

Don Matías asintió ante mi pregunta, como si en realidad hubiese sido una afirmación a la que me estuviese dando en parte la razón. Pero no me contestó. Don Matías no era de los que contestan preguntas a otros sino de los que sólo las hacen. Cuando volvió a hablar, sus palabras sonaron más a otra reflexión que a una respuesta.

—La duda —dijo, con un suspiro—. La duda es otro sentimiento incontrolable. Aparece y es como un virus. Una vez que te entra la duda, ya no puedes sacártela de dentro. Te invade, te infecta y te hace su esclavo.

—Nico nunca le traicionaría.

Me miró reprobadoramente, descontento de que hubiese interrumpido lo que sin duda iba camino de ser otra perorata más larga.

—Están todos esos indicios extraños... —dijo—. Esa paliza que le dieron. Rumores que van soltando algunos. Todo ello aviva la duda...

Volvió a quedarse pensativo, tal vez repasando mentalmente los motivos de esa duda. Y su conclusión pareció ser un mero encogimiento de hombros, tras lo cual separó al fin las manos, abrió el cajoncito derecho de la mesa y sacó de él su inseparable botella de anís y un vaso, lo que me tomé por una señal

inequívoca de que dejábamos definitivamente el mundo de las ideas para bajar a la realidad.

—¿Y tú, muchacho? —me preguntó mientras llenaba el vaso—. ¿Por qué debo pensar que tú me eres leal?

Aquella pregunta sí me incomodó. Yo no había ido allí a hablar de mí y nada deseaba menos que ser el centro de la conversación.

—Lo soy —afirmé, con toda la rotundidad que pude.

Don Matías se llevó el vaso a la boca y se mojó apenas los labios.

—¿Quién me dice que no formas parte, sea lo que sea, de lo que anda metido tu buen amigo Nico?

Fui a contestar de nuevo con rapidez, pero él me interrumpió:

—El Ruso me ha hablado de cuentas que no cuadraban en tus cobros...

Noté que el corazón se me aceleraba un poco.

—Ha habido algún retraso, sí —respondí, menos firme mi voz que antes—. Pero han sido asuntos menores. Y usted ya sabrá que el Ruso y sus hombres se han encargado de arreglarlo... Yo nunca he robado nada.

Don Matías volvió a asentir con lentitud y eso me ayudó a que mi corazón recobrase su pulso normal.

—¿Sabes por qué acepté que vinieras a verme, muchacho? Porque quería juzgarte por mí mismo. Quería saber si has venido a verme por lealtad a Nico o a mí. Porque hay una cosa en que la lealtad sí es como el amor: sólo puede sentirse por una persona. No puedes ser leal a dos personas a la vez porque, entonces, en realidad no estarás siendo leal a nadie.

Había algo irritante en la calma con que don Matías parecía hacerlo todo, ya fuera hablar, beber anís o tan sólo parpadear. Y quizá él lo sabía, quizá era una forma de someterte, de dominarte y desarmarte o, simplemente, era su manera de recordar a todo el que se sentaba frente a su mesa que era él quien

decidía los tiempos y el destino de su vida y de la tuya. En todo caso, lo pretendiera o no, aquella parsimonia logró impacientarme.

—Debe ayudar a Nico —le solté, antes de que siguiera adelante con sus reflexiones—. Se lo debe.

Temí haber ido demasiado lejos nada más decir aquello último. Pero a don Matías no pareció molestarle mi ímpetu, porque se limitó —cosa rara en él— a esbozar una media sonrisa.

—¿Se lo debo?

—Él ha hecho siempre todo lo que le ha pedido.

Don Matías sonrió más aún, divertido de pronto con nuestra conversación.

—¿Te has parado a pensar en cómo habría sido la vida de Nico si no hubiese trabajado para mí?

Esta vez sí pareció quedarse a la espera de una respuesta. Pero como no se la di, optó por rascarse la poblada patilla izquierda y apurar después otro sorbo de anís.

—Vivimos tiempos revueltos. Mis modestos negocios han crecido tanto que ya no estoy seguro de poderlos controlar. Y eso me preocupa. Ni siquiera puedo asegurarme de que todas las personas que trabajan para mí no me roben o no me estén traicionando de cualquier otro modo. Hay violencia, hay crímenes... —Meneó la cabeza con pesadumbre, como si aquello sólo fuera achacable a otros—. Hay que hacer cosas terribles para mantener en pie lo que uno ha creado. Pero yo ya no puedo ocuparme de todo. Necesito confiar. Necesito tener tanta confianza en mis empleados como necesito que todos ellos me guarden lealtad. Si no, ninguno sobreviviremos. Los tiempos cambiarán pronto. Se dictarán leyes nuevas, el racionamiento terminará, el contrabando dejará de ser rentable... Y si no estoy fuerte en ese momento, cuando haya que afrontar los cambios, todo lo que he conseguido

desaparecerá. Por eso no puedo ceder. Por eso no puedo ser débil. Porque esta ciudad me pertenece y no voy a permitir que nadie me quite lo que es mío.

No había ni soberbia ni orgullo en aquellas últimas palabras. Sólo era otra afirmación más, la constatación de un hecho que para don Matías resultaba evidente. Estaba claro que aquel hombre consideraba que se había hecho el dueño de una ciudad en cuyas calles no se movía una sola peseta fuera de la ley que no acabase en parte en sus bolsillos. Y, al oírle decir aquello, tampoco a mí me sonó ni engreído ni petulante porque también yo pensaba que era así, que de alguna manera Madrid le pertenecía. Y eso me hizo empequeñecer en mi silla, me hizo pensar que tal vez yo había sido un estúpido o un loco imprudente por atreverme a acudir con peticiones a aquel despacho.

Don Matías no solía dedicar demasiado tiempo a las visitas y, desde luego, nunca más de lo que le duraba un vaso de anís.

—No me importa lo más mínimo lo que le pase a Nico —sentenció—. Por mucho afecto que pueda sentir por ese muchacho, no puedo ser víctima de sentimientos inútiles. No puedo permitirme mirar atrás. Así son las cosas. Las personas, como algunos sentimientos, vienen y van. Yo he perdido la confianza en Nico, él quizá haya perdido su lealtad por mí.

Barrió con un movimiento de la mano el aire de delante de su cara y comprendí que con ello daba por liquidada mi visita. O, tal vez, aquel gesto lo que significaba era que se quitaba de en medio a Nico de su vida con la misma indiferencia con que uno apartaría de un palmoteo a una mosca insignificante y molesta. Así de sencillo. Sin memoria y sin ninguno de esos sentimientos que don Matías despreciaba.

—En cuanto a ti —añadió, confirmándome que Nico había dejado ya de interesarle—, has demostrado varias veces que eres un chico con iniciativa. Quizá ahora sea tu momento. Tal vez quieras progresar...

Lo único que yo quería era irme de allí. De pronto, en aquel despacho

faltaba aire. Sólo deseaba marcharme, salir a la calle y respirar.

—Yo sí creo en la amistad, don Matías —fue lo que le contesté.

Él me miró sin decir nada, negó luego con la cabeza y, con resignación en el tono, dijo:

—Una pena... La lealtad puede llevarte lejos, la amistad no.

Después, cogió uno cualquiera de los papeles que cubrían su mesa y pareció sumergirse en su lectura.

Me alejé a paso rápido de allí. Casi corriendo. Me marché lleno de ira y rabia y decepción. Sentía todo ello a la vez en un único y nuevo sentimiento sin nombre en el que se reunían y disolvían todos esos sentimientos que despreciaba don Matías: los que nos condicionan, los que nos hacen cambiar, los que deciden nuestras vidas y nuestro destino. Los que nos hacen humanos. Todo aquello de lo que se protegía aquel hombre encerrado en su pequeño y asfixiante despacho para evitar que pudieran contaminar su avaricia.

Pero, al menos, no salí de su oficina sintiéndome derrotado. Al contrario. Ver cómo don Matías daba la espalda sin titubeo alguno a Nico hizo que también me sintiera más decidido aún que antes a hacer lo que fuera necesario para ayudar a mi amigo. Quizá yo, como Nico, sólo era otro ser minúsculo y prescindible para don Matías pero, mientras caminaba a paso ligero, ansioso por poner distancia entre él y yo, un nuevo y desconocido sentimiento fue abriéndose camino en mi ánimo. No me vencería, pensaba. Ni a mí, ni a Nico. Aquel hombre por el que había sentido respeto y hasta una cierta admiración, ahora sólo me inspiraba desprecio por cómo acababa de dar la espalda a mi amigo. Y el desprecio, pensé, era otro de esos sentimientos que uno podía elegir y controlar. Y yo elegí dejarlo crecer en mi interior, dejarlo crecer hasta convencerme de que ni don Matías ni nadie podría evitar que encontrara a Nico y le sacara de cualquier lío en el que estuviese metido.

Jamás habría imaginado que supiese siquiera de mi existencia. Por supuesto, nos habíamos cruzado un millón de veces en las noches del Dixie, pero parecía impensable que alguien como yo pudiera despertarle el menor interés. Por ello, cuando le vi en una esquina de la plaza del Progreso, fumando tan tranquilo un cigarrillo, no imaginé ni lejanamente que me estuviese esperando a mí. Yo estaba haciendo mi ronda de cobros y, al verle, sólo pensé que era una casualidad el encontrarme con él y no le di mayor importancia. Hasta que pasé a su lado.

—¡Eh, muchacho! —me llamó—. Ven aquí. Quiero hablar contigo.

El comisario Gante llevaba un sombrero con el ala torcida y uno de los trajes arrugados con los que solía ir al Dixie y que parecían quedarle grandes y pequeños a la vez, con su generosa tripa en permanente batalla contra la botonadura y los faldones de la chaqueta cayéndole hasta demasiado abajo sobre el pantalón. Saltaba a la vista que el porte y la elegancia no eran su fuerte ni parecían importarle en absoluto.

Me indicó con un gesto que me acercara, luego tiró la colilla del Ideales que había consumido ya hasta la boquilla, la pisó y dijo:

—Acompáñame.

Que el temido comisario quisiera hablar con uno no era presagio de nada bueno. Pero lo único que se me ocurrió pensar fue que aquella podía ser una buena oportunidad. Hacía ya un par de días que había tenido el encuentro con don Matías en su despacho y, desde entonces, Asia y yo no sabíamos por dónde seguir para dar con Nico. Ella me había contado, sin demasiado detalle, que ya había estado también con Lanza pero, según me dijo, no había sacado nada claro de la conversación. Estábamos en un punto muerto, así que lo primero que pensé fue que aquel encuentro podía abrirme una nueva vía de búsqueda. Eso hizo que ni me asustara ni me pusiera nervioso algo tan inesperado como que aquel hombre, con quien lo mejor que podía desear

cualquiera era no cruzarse en su camino, quisiera hablar conmigo. Una prueba más de que yo era o demasiado estúpido o demasiado inconsciente.

Le seguí por la calle del Mesón de Paredes abajo, hasta la Taberna Antonio Sánchez. Aunque se me pasó por la cabeza, omití decirle que estaba aún a la mitad de mi ronda y que aún me quedaban varias visitas que hacer para terminar la recaudación y no podía retrasarme.

No hablamos durante el recorrido. De hecho, yo caminaba un par de pasos por detrás de él, más en señal de respeto que porque sus andares fuesen difíciles de seguir. Gante era un hombre de movimientos lentos, con un andar peculiar en el que más que sucederse pasos parecía ir dejando caer el cuerpo sobre cada una de sus piernas, lo que le daba un cierto aire bamboleante al caminar, con el cuerpo inclinándose a un lado y a otro igual que un barco con riesgo de zozobra.

La Taberna Antonio Sánchez era un local taurino de sobrecargada decoración. En sus paredes se alternaban intimidantes cabezas de morlacos disecadas con retratos de las mayores figuras taurinas del último siglo. Al caer la tarde, solía llenarse de un público que se dejaba veinticinco céntimos en un vaso de Valdepeñas y varias horas en tertulias taurinas tan apasionadas como reiterativas. Pero a aquella hora, aún poco más de las seis, la clientela era todavía escasa, así que Gante pudo elegir entre las mesas del fondo la más discreta de todas ellas, justo debajo de un retrato de Joselito el Gallo a carboncillo y de la cabeza de un miura cuyos ojos muy abiertos parecían vigilar que nadie se acercara a interrumpirnos. Me indicó que me sentara frente a él y no me dirigió la palabra hasta que hubo venido el camarero y le hubo pedido un café con leche y una torrija, la especialidad de la casa, sin darme siquiera opción a que yo también pidiera algo para mí.

—¿Cómo te van las cosas, Emilio? —me preguntó, con una sonrisa que no

me pareció amistosa, aunque quizá pretendía serlo—. ¿Sigues recaudando buenos beneficios para tu jefe?

Me pregunté por un instante si aquel inesperado encuentro podía poner en peligro el futuro del dinero ya recogido que llevaba encima, lo cual me causaría serios problemas con el Ruso. Aunque rápidamente decidí que el comisario era un tipo demasiado importante para interesarse por un puñado de billetes, opté por contestar con un encogimiento de hombros, lo cual pareció divertirlo, porque su sonrisa rompió en una breve risita.

—No te preocupes, hijo —me dijo—. No es por eso por lo que he querido verte. Sólo quiero que entiendas que estoy bien informado, que sé muy bien lo que hacéis hasta el último estraperlista de esta ciudad.

—Estoy seguro de eso, comisario —le respondí, con sumiso respeto.

—Lo que me interesa de ti es otra cosa. Sé que eres buen amigo de ese otro joven, ese engreído charlatán. Nicolás. O Nico, como le llamáis todos. Incluso me han dicho que andas preguntando por ahí sobre él, que estás preocupado porque hace días que anda desaparecido...

Asentí en silencio, cauteloso pero animado al ver que la conversación se dirigía precisamente a donde yo habría deseado.

El camarero llegó con el café y la torrija y eso distrajo la atención de Gante, que se tomó su tiempo en silencio para cortar un trozo con los cubiertos y llevárselo a la boca.

—Lo mejor de Madrid... —afirmó, con delectación, acompañando sus palabras de un suave gemido de placer.

Esperé a que tragara el bocado, sin avisarle de que el bigote se le había manchado de azúcar, ansioso por saber qué podía decirme de Nico. Pero, cuando por fin volvió a hablar, parecía haberse olvidado de él.

—Necesito a alguien que me haga un trabajo —dijo mientras se preparaba para un segundo bocado de torrija—. Tiene que ser alguien que nadie pueda

relacionar conmigo. Alguien que nadie pueda relacionar con nadie, en realidad. Alguien anónimo. Y he pensado en ti.

—¿En mí?

Volvió a llevarse un trozo de torrija a la boca, pero esta vez no esperó a habérselo comido para seguir hablando. Podía ver el pan moviéndose en el interior de su boca mientras continuaba:

—Yo no improviso, muchacho. Yo planeo las cosas con cuidado. No cometo errores. Hace tiempo que pensé que eras perfecto para este asunto y lo he planeado todo contigo en la cabeza desde el principio.

Ver mi cara de sorpresa le hizo volver a reír. Varias migas saltaron de su boca a la mesa, pero él no pareció darse cuenta. Una vez que hubo tragado el trozo de torrija, le dio un sorbo al vaso con el café y una ligera espuma se unió al azúcar en las puntas de su bigote.

—¿Por qué yo?

Asintió como si le agradara la pregunta. Estaba claro que se sentía orgulloso de lo que había planeado, fuera lo que fuese.

—Porque necesitaba a alguien que tuviera la posibilidad de hacerlo y que además no se pudiera negar a ello.

—¿Y cómo sabe que yo no me negaré?

Mi pregunta, que podría haberle enfadado, le hizo sonreír más aún. Parecía estar pasándoselo en grande, entre el café, la torrija y mi total ignorancia sobre lo que nos había reunido allí.

Se giró y le dio una voz al camarero para que se acercara y, cuando lo hizo, le pidió una servilleta, diciéndole con brusquedad que si acaso esperaba que se limpiase con la manga. El camarero se disculpó por el olvido y se apresuró a traerle una. Gante se tomó su tiempo para limpiarse con ella el bigote, las comisuras de la boca y los dedos. Una vez satisfecho con la higiene, se llevó

la mano al bolsillo interior de la chaqueta y sacó unos papeles de color sepia que me tendió sin decir nada.

No me metió prisa para ver lo que eran. Volvió a concentrarse en el café y la torrija mientras yo desdoblaba aquellas dos hojas y leía su contenido. Para cuando volvió a hablar, a mí me temblaban las piernas.

Aquellos papeles eran el expediente policial de Marita.

—No me llevaría ni un minuto ordenar su detención y mandarla a la sombra una buena temporada —dijo Gante, a la vez que se hurgaba entre los dientes con el meñique—. Pero, por supuesto, eso no ocurrirá si aceptas echarme una mano...

Volví a sonreírme, con la misma sonrisa que uno dedicaría al mejor de los amigos para darle una buena noticia.

—Por cierto —continuó mientras retomaba los cubiertos para seguir con su merienda—, en cuanto a tu amigo, ese Nico... Un muchacho cabezota. Siempre se ha negado a colaborar conmigo. Una mala decisión. Cuando empecé a planear todo esto, pensé que él sería perfecto para el trabajo. Pero luego comprendí que nunca lo aceptaría. Así que decidí contar con él de otra manera...

Se acabó la torrija con aquel tercer bocado. Luego, vació el vaso del café de un único y largo trago. Una vez que hubo contenido a medias un eructo inoportuno, dijo:

—Ya que tanto te has interesado, te diré que tu amigo está vivo.

Le miré con sorpresa y sentí un alivio tan repentino e intenso que, por un instante, me hizo olvidar incluso los papeles que acababa de mostrarme.

—Le tengo yo.

—¿Está detenido?

—No he dicho eso. He dicho que le tengo yo.

Gante apartó el vaso y el plato hacia una esquina de la mesa y se sacó del

bolsillo un cigarrillo y una caja de cerillas.

—Ese chico ha sido siempre un incordio. Y no aprende. Ni siquiera con la tunda que le dieron. Y tiene esa absurda fidelidad a su jefe... —Encendió el cigarrillo, dio una calada y luego contempló su punta encendida, como si le sorprendiese su agradable sabor—. Sí, él habría sido perfecto para el trabajo, salvo porque se habría negado. Así que primero decidí quitarle de en medio para que no interfiriera en mis planes. Pero luego se me ocurrió que, además, podía utilizarle de otra manera. —Hizo una pausa teatral y, mirándome a los ojos por vez primera en bastante rato, añadió—: Podía utilizarle para obligarte a ti a hacerlo.

—¿Igual que a mi madre? —le espeté, sin molestarme en contener la rabia, porque a aquellas alturas de la conversación poco me importaba ya mostrarle respeto a aquel hombre.

Gante asintió.

—Sé que sois buenos amigos. Estoy seguro de que no permitirías que le pasara nada malo. Ya te he dicho que lo sé todo, chico.

Se llevó el cigarrillo a los labios y dejó que el humo subiese acariciándole la cara durante unos instantes antes de retirarlo.

—Es una jugada ganadora, chaval. Si de ello depende que tu madre no vaya al trullo y que tu mejor amigo salve la vida, ¿cómo vas a negarte a hacer lo que te pida?

—¿Qué es lo que quiere que haga?

—No vayas tan deprisa. ¿No te resulta emocionante la intriga?

—¿Quiere que le admire por amenazarme con mi madre y mi amigo?

Podía sentir el corazón latiéndome con una fuerza inusitada en los oídos. Podía sentir el temblor de las piernas y el deseo a duras penas contenido de firmar mi sentencia de muerte abalanzándome por encima de la mesa para agarrar a aquel despreciable tipo por el cuello y apretárselo hasta hacerle

saltar sus acuosos ojos de las órbitas. Nunca me había sentido así. Nunca había sentido con tanta intensidad el deseo de hacer algo sin importarme sus consecuencias. Pero, a pesar de ello, me contuve. Y si el comisario llegó o no a percibir aquel deseo, no dio la menor muestra de ello. Lo único que parecía importarle en aquel momento era su cigarrillo. Saltaba a la vista que estaba disfrutando de aquella escena que representaba lo que más podía gustarle: disponer a su antojo de la vida de los demás.

—Como te he dicho antes, no eres nadie. Un ser anónimo, insignificante, en el que nadie repara y al que nadie presta atención. Nadie relacionará lo ocurrido contigo. Eres perfecto para el trabajo. Y puedo asegurarte que, gracias a ti, tu amigo vivirá para contarlo y tu mamá nunca tendrá que pisar una celda. Me parece un pago muy generoso por tu ayuda.

—¿Qué quiere de mí?

Gante aplastó el cigarrillo en un cenicero de latón.

—Quiero que me ayudes a acabar con todo este estúpido enfrentamiento entre Sampedro y Lanza —dijo—. Mis jefes empiezan a preocuparse con lo que está pasando. Me piden resultados. Esos imbéciles... Se sientan en sus despachos y se creen que pueden dirigir el mundo desde allí. Sin pisar la calle. Sin mancharse de mierda las suelas de los zapatos. Y encima piensan que mandan. Pero no saben que el que manda soy yo. Que sólo yo puedo decidir cuándo y cómo acabar con todo esto. —Una amplia sonrisa de satisfacción apareció bajo su bigote—. Yo mando en esas calles de ahí fuera, chaval, y no ellos.

De nuevo el juego, pensé al oír aquello. A eso jugaban todos ellos. A creerse que esas calles y su gente, esa ciudad castigada que sólo deseaba sobrevivir a tipos como ellos, a los que antes estuvieron al mando, a los que estaban ahora, a los que sólo buscaban hacerse ricos o sentirse poderosos a su costa, les pertenecían, los podían usar a su antojo, dependían de su clemencia,

su bondad o su capricho. Sampedro, Lanza y el propio Gante jugaban a ese juego, como niños avariciosos y malos perdedores capaces de hacer una y mil trampas con tal de ganar su maldita partida.

—Deberías sentirte orgulloso, chico —me dijo Gante, con su sonrisa de falso amigo—. Al final, todo depende de ti, ¿quién te lo iba a decir?

Sus palabras no me hicieron sentir orgullo sino culpa. Aquello era extraño. De algún modo, el riesgo de cárcel de mi madre y la desaparición de Nico eran, en última instancia, culpa mía. Por haber querido jugar mi propio juego. Por haber querido vivir aventuras en lugar de conformarme con ser un chico más del barrio. Y eso me hizo pensar que yo no era tan diferente de Gante o de Lanza o de Sampedro. Yo también había querido jugar y había puesto a otros en riesgo por ello. Y esa sensación de culpa me desagradó más aún que el comisario Gante y su chantaje.

—¿Qué tengo que hacer?

—¿De verdad no lo has adivinado aún?

—No lo sé.

—Vaya, te creía más listo.

—Dígame usted.

Gante se atusó el bigote, limpió de un par de manotazos las migas de la mesa, se frotó las manos y, tornando en beatífica su sonrisa, me dijo en un tono casi de excusa:

—Qué despiste el mío. No te he preguntado si querías tomar algo. ¿Te apetece una torrija?

Había algo en subir a un escenario. Algo que no habría sido capaz de traducir en palabras. Había algo de alivio, de cura, de compensación, de mentira piadosa y de engaño confortable. Desde el mismo momento en que daba los primeros pasos hacia el micrófono, Rosita Muñoz quedaba atrás, se desprendía de ella como si se quitara un pesado abrigo, y sólo existía Asia Luján. Y, junto a Rosita, atrás quedaban también la madre triste, la hermana silenciosa, los parientes condescendientes, el padre derrotado por la mala fortuna y la tuberculosis, los recuerdos heredados de una tierra lejana que ella ya no recordaba por sí misma, el hambre nostálgica y el frío melancólico. Cuando acudió por vez primera al Dixie, con el único objetivo de ganarse algunas pesetas con su voz, nunca habría imaginado en lo que llegaría a convertirse la música para ella. Ya no era capaz de imaginar una vida sin el escenario. A lo largo de los meses que llevaba actuando, su voz había ido creciendo, modulándose, enriqueciéndose, adquiriendo nuevos registros y matices, recorriendo cada vez más tonos. Pero no se trataba sólo de que notara cómo iba mejorando como cantante. Era algo más que eso. Sentía que cantar aquellas piezas escritas en un idioma que apenas entendía se había llegado a convertir en una necesidad, en una manera de coger fuerzas para hacerle frente a cada día. Daba igual lo triste o alegre que fuera una canción. A ella le sonaban siempre a cambio, a huida y a esperanza. Nunca le daría la espalda a Rosita pero, a la vez, sólo cuando se transformaba en Asia encontraba algo a medio camino entre el consuelo y la felicidad.

Cuando estaba en el centro del escenario del Dixie, un único foco de una

potente luz blanca la iluminaba de manera directa. La luz se abría en un ancho haz que le impedía ver a los que estaban sentados en las mesas del patio central. Apenas si acertaba a vislumbrar difusas siluetas. En cambio, no llegaba a impedirle la visión de los reservados que bordeaban el patio a ambos lados. Aquella luz cegadora parecía partir el club en dos. A un lado, la zona donde se sentaba Jorge Lanza. Al otro, la de Matías Sampedro. Dos mundos separados por ese espacio central lleno de luz donde las personas se tornaban invisibles a sus ojos, como si ninguno de ellos existiera, como si el mundo entero se redujese al espacio que rodeaba a Lanza o a Sampedro y el resto careciese de importancia.

Mientras cantaba, Asia podía verlos a ambos. A Sampedro, siempre atento, siempre con la mirada fija en el escenario. Nunca aplaudía al final de cada canción. Asia se había llegado a preguntar si, en realidad, no estaría absorto en sus propios pensamientos y la música y su voz sólo le servían como un sonido de fondo que le ayudaba a concentrarse. Al otro lado, Lanza alternaba la charla con sus acompañantes con esporádicos vistazos al escenario. Era evidente que la música le interesaba más bien poco. Cuando la miraba, Asia sabía que su interés se centraba más en su persona que en su voz.

No le gustaba cantar para ninguno de los dos. Le gustaba pensar que sólo cantaba para ese público invisible del patio central. Le gustaba imaginar que ahí, en alguna de las mesas que la luz del foco le impedía ver, o quizá más allá, en la barra, había alguien capaz de sentir al escucharla lo mismo que ella sentía al cantar. Esa sensación de que, durante el breve tiempo que duraba una canción, nada existía más allá de la cadencia de su melodía, de la perfecta conjunción de unas palabras que parecían creadas para ser dichas siempre juntas, de la inseparable fusión de voz y música, unidas para crear una ensoñación que sólo duraba unos minutos pero que era capaz de permanecer en la memoria para siempre.

Asia cantaba y, más que nunca aquella noche, su mirada evitaba desviarse más allá del haz de luz del foco. No quería ver ni a Lanza ni a Sampetro. No quería cantar para ellos. Aquella noche ni siquiera quería cantar para el público del patio. Sólo cantaba para Rosita. Sólo para ella, que estaba allí detrás, en las sombras, esperando en soledad que Asia terminara la actuación para afrontar su destino.

Nos encontramos en el callejón. Me mandó el recado por medio de un camarero. Necesitaba hablar conmigo, así que le pedí a un compañero que cubriese mis tareas durante unos minutos y salí para verme con ella. Asia salió también un poco después que yo. Ya se había quitado el vestido y el maquillaje y se había deshecho la trenza para recogerse el pelo en un moño apresurado. Por suerte, en ese momento no había ningún otro empleado tomándose un respiro allí fuera y, aunque con prisas, pudimos también hablar con libertad.

—Creo que puedo ayudar a Nico —me dijo, sin preámbulos.

—¿Sabes dónde está?

Ella negó con la cabeza.

—Hay alguien que puede ayudarme a encontrarlo. No he querido decírtelo hasta ahora, hasta que estuviese segura. Pero ya he tomado una decisión y creo que debías saberla.

Asia y yo habíamos seguido aquellos días sin intercambiar los detalles de nuestros respectivos encuentros con Lanza y Sampetro. A lo sumo, las veces que habíamos vuelto a hablar había sido sólo para compartir nuestra desazón por la falta de noticias, de resultados o de ideas sobre por dónde continuar nuestra búsqueda. Por supuesto, yo no le había mencionado siquiera mi

encuentro con el comisario Gante. Pero en aquel momento comprendí que, igual que yo le había ocultado cosas, ella también me las había ocultado a mí.

—¿De qué me estás hablando, Asia?

—El señor Lanza...

—¿Qué pasa con él?

—Me ayudará a encontrarle. Y si él se lo propone, lo conseguirá.

—¿Y por qué iba a ayudarte el señor Lanza?

Asia había unido sus manos a la altura de la cintura y la forma inconsciente en que se retorció los dedos me preocupó más que el tono entre cauto y temeroso de su voz.

—Mañana...

—¿Mañana qué?

—Iré al hotel Palace. Por la tarde. A las seis. Tengo una cita...

—¿Qué clase de cita?

Asia bajó la vista y se mordió el labio inferior.

—Asia, no.

Levantó la mirada y el solitario farol que iluminaba el callejón hizo brillar las lágrimas de sus ojos.

—Nico está en peligro. No sé cómo, ni dónde, ni por qué. Pero estoy segura de ello.

—Pero tú no tienes por qué hacer eso.

Sonrió con tristeza.

—Si tú pudieras hacer algo por ayudarle, ¿no lo harías?

Se quedó mirándome, en parte apelando a mi comprensión, en parte reclamando mi apoyo.

Pero, aunque ella no pudiera saberlo, aquellas últimas palabras de Asia fueron para mí más un bofetón que una súplica.

No fui capaz de darle una respuesta.

Fue un día largo y extraño. Cuando regresé del Dixie, no me acosté ni tampoco subí a la azotea para esperar el amanecer. Me quedé sentado en el sofá que me hacía las veces de cama. Permanecí allí sentado un tiempo que no habría sabido calcular. Sin moverme, sin pensar. Sólo sentado. Y no recuperé la conciencia de que estaba allí hasta que se abrió la puerta del dormitorio y apareció Marita. Me había sentado siendo de noche y ahora la primera luz de la mañana entraba ya por la ventana. Marita me dio los buenos días con voz alegre y canturreó algo mientras cogía su bolso y metía en él las llaves de la casa, la barra de carmín y un pañuelito. Me debió de decir algo que no escuché porque lo primero que oí fue que repetía varias veces mi nombre con impaciencia.

—Hijo, estás alelado —me dijo, cuando al fin la miré—. ¿Acabas de llegar?

—Creo que no.

—¿Y qué haces ahí sentado como un pasmarote? —Se rio ella—. Anda, acuéstate.

Asentí. Ella se atusó un poco el pelo, me lanzó un beso con la mano y me dijo que se iba ya o llegaría tarde al trabajo y salió por la puerta retomando la coplilla que estaba tarareando.

Yo me quedé donde estaba. Inmóvil. Y no era que no quisiera moverme. Era que no podía. Como si estuviese paralizado. Incapaz de hacer cualquier movimiento. Demasiado confundido y asustado y lleno de dudas. Hasta que, de manera inesperada incluso para mí mismo, mi cuerpo se puso en pie de un brinco y, antes de saber siquiera lo que hacía, fui hasta la puerta y la abrí y salí y bajé las escaleras y me planté en la calle sin tener ni idea de por qué o para qué.

Solía pasarme las mañanas durmiendo, así que no estaba acostumbrado a ver la ciudad a aquellas horas. Quise pensar que era por eso por lo que me

sentía como si contemplase un mundo que fuese desconocido para mí. Hasta lo más cotidiano me llamaba la atención. Todo lo que me rodeaba parecía ser un pequeño descubrimiento. Había algo familiar y a la vez desconocido en cada sonido, cada voz, cada persona que veía, igual que si regresase a un lugar que sólo muy lejanamente formase parte de mi memoria pero que hiciese mucho tiempo que no había visitado. Ahí estaban los porteros barriendo sólo el trozo de calle de delante de sus portales y las señoras que salían de ellos para vaciar en el pavimento cubos de agua sucia. Y las largas colas de personas en los colmados, la mayoría mujeres y ancianos, que esperaban para adquirir la ración de carne o leche o patatas a las que aquel día les dieran derecho sus cartillas. Un afilador avanzaba en su bicicleta, pedaleando con desgana, y un limpiabotas cargaba con su cajón camino de otro barrio más pudiente donde buscar clientes que no tuvieran dificultad en pagar sus servicios. Un grupo de niños corría, quizá porque llegaban tarde a la escuela, quizá huyendo de ella. Un colchonero vareaba la lana a la entrada del zaguán donde atendía a la clientela y un zapatero cosía suelas en el de al lado. Un *botijero*, que era como llamaban a aquellos alfareros ambulantes aunque no vendieran botijo alguno, apareció caminando por una esquina, agarrando la rienda del perezoso burro que le seguía, buscando quien le comprara los cuencos y tinajas y jarras de barro que cargaba el animal y que probablemente había cocido él mismo en algún horno casero. Había vecinos que se detenían a saludarse y cruzar algunas palabras y hombres y mujeres que caminaban con paso ligero, quizá al encuentro de alguien que les vendiera un saquito de lentejas o de azúcar o aceite o pan o unas medias de seda o cigarrillos o sabe Dios qué, cualquier cosa cuyo pago quizá yo mismo recaudaría horas después del vendedor.

Fui a la plaza donde solía jugar al fútbol con mis amigos y me senté en un banco y me quedé allí contemplando el ir y venir de toda aquella gente. Tenía algo de hipnótico, como si contemplase una fascinante representación de una

obra de argumento desconocido, como si todas aquellas personas no formasen parte del mismo mundo que yo o, más bien, como si yo fuese un ser aislado y al margen de toda aquella vida que transcurría a mi alrededor.

No habría podido decir cuántas horas podían haber transcurrido cuando me levanté del banco y eché a caminar, vagando sin destino alguno. Pasé por delante de la parroquia donde antaño acudiera a las clases de don Francisco. Seguí caminando y en la plaza de Lavapiés le compré un cucurucho de chufas a un vejete que llevaba ordenadamente su mercancía en un cesto que le colgaba del brazo y me las comí sin detenerme, animado por el solo hecho de mezclarme con toda aquella gente que iba y venía, curioso por saber qué se sentía siendo uno más de ellos, alguien sin nombre ni rostro que no iba a ninguna parte. Observando caras y manos y ojos y sonrisas y andares y gestos de otros desconocidos.

Hasta que una campana comenzó a sonar y su tañido atravesó las casas y las personas y acalló los ruidos cotidianos de las calles y mi cerebro contó sin contar seis campanadas.

Y no puedo decir qué me decidió ni qué cadena de pensamientos me llevó a hacerlo. Tan sólo sé que, en ese preciso instante, eché a correr.

Jorge Lanza salió del hotel Ritz cuando las campanas de las iglesias daban las seis. No había podido escaparse antes del dichoso almuerzo seguido de tómbola para recaudar fondos para los niños desamparados de la ciudad. Al fin y al cabo, su mujer, Eulalia, era una de las promotoras del asunto, junto a otras señoras de apellidos rimbombantes, y no podía fallarle en algo en que tanto empeño e ilusión había puesto. Las organizadoras habían conseguido reunir a lo más granado de la sociedad madrileña. Allí estaban herederos sin oficio, procuradores en Cortes, subsecretarios, duques y marqueses, eminentes

doctores y prestigiosos abogados y algunas de las mayores fortunas de la ciudad. Se había servido un almuerzo opíparo y, después, se había organizado una tómbola en la que todos los invitados habían pagado cantidades absurdas por los boletos en comparación con el valor de los objetos que se sorteaban, desde un mantón de Manila de dudosa autenticidad hasta un gramófono de La Voz de Su Amo un poco pasado de moda. Todos los asistentes fingían estar verdaderamente ilusionados porque les tocara algún regalo de la tómbola, tan sólo porque esa falsa emoción hacía más entretenido el tedioso ritual. En realidad sabían que sólo estaban allí para aflojarse el bolsillo y demostrar así no tanto que les preocupaban los niños desamparados como que formaban parte del círculo más selecto de la capital.

Lanza soportó con paciencia tanto la comida como la tómbola, aparentando también que todo ello le parecía divertidísimo, aunque lo único que le interesaba de estar allí era estrechar algunas manos concretas, sobre todo de políticos con influencia y de hombres de negocios que quizá algún día pudieran ser futuros socios. Al menos, se sintió halagado al comprobar cómo su papel en sociedad iba cambiando. No hacía mucho tiempo, él era quien buscaba esas manos para estrechar. Ahora veía con satisfacción cómo eran otros los que buscaban el saludo, la sonrisa y la palabra amable de Jorge Lanza.

Se despidió de Eulalia en el salón central del Ritz, dándole un afectuoso beso en la mejilla y felicitándola por el éxito del evento. Ella estaba encantada, exultante por ocupar al fin el lugar que siempre soñara entre aquellas mujeres de vidas idénticas y sin sobresaltos que llenaban sus horas con misa diaria en San Fermín de los Navarros, té en el Embassy, partidas de bridge en casas privadas por aquello de no ser vistas jugando en público, cenas en los nuevos restaurantes de moda —el Horcher, del que se decía que estaba siempre hasta arriba de espías nazis, y el más sofisticado Jockey— o en

clásicos menos emocionantes como Lhardy y periódicas sesiones de gozosa filantropía como aquélla. Como siempre, Eulalia no le preguntó a su marido a dónde iba y, sólo por respetar las formas, sí le preguntó si volvería muy tarde a casa y él, como siempre también, contestó que no lo sabía, una respuesta con la que Eulalia parecía darse por satisfecha.

A esa misma hora, Matías Sampedro empezaba a perder la paciencia con Manolo, su barbero. Sampedro llevaba años afeitándose y cortándose el pelo en la misma barbería de Gaztambide, justo enfrente del edificio donde tenía la oficina. Sampedro le tenía afecto a Manolo, aunque no soportaba las largas peroratas sobre fútbol que le gustaba soltarle cuando le tenía a su merced, sentado en el sillón, con el mandil puesto y su cuchilla recorriéndole el cuello, convertido en su prisionero, obligado a escuchar sus interminables disertaciones sobre algo de lo que nada sabía y que en absoluto le interesaba a Sampedro, como era el fútbol.

Manolo se estaba haciendo mayor. Con los años, cada vez hablaba más y sus reflexiones futbolísticas apenas conservaban ya ilación ni sentido, si es que alguna vez los tuvieron. Aquella tarde, mientras fuera las campanas anunciaban las seis, Manolo le daba una y mil vueltas al indiscutible talento de Quincoces, al parecer antes un jugador excepcional y ahora un entrenador que llevaría a la gloria al Real Madrid, y de unos tales Ipiña, Pruden y Barinaga, unos prodigios con el balón según el barbero. Pero para Sampedro, que ni siquiera miraba las páginas deportivas de los periódicos, todos ellos eran unos completos desconocidos. Mientras Manolo hablaba sin parar, él se mantenía muy quieto y callado, dejándole trabajar en su papada y sus patillas a la vez que terminaba y volvía a comenzar una y otra vez la misma loa a aquellos héroes deportivos. A veces, Sampedro se preguntaba por qué seguía yendo a aquella barbería y sentándose en el sillón de Manolo, que era un mareo y que ya ni siquiera tenía un pulso fiable cuando sujetaba la navaja. Y la

respuesta que se daba a sí mismo era que había en su relación con aquel barbero charlatán y tedioso algo más que la costumbre. Seguía poniéndose en sus manos precisamente por lo mismo que predicaba a los demás, por lealtad.

Mientras Matías Sampedro temía por su cuello, lejos de allí, en La Latina, el comisario Gante entraba en la comisaría del barrio. Aquel edificio pequeño, incómodo, atestado de pilas de carpetones con legajos polvorientos, donde olía a tinta, a tabaco y a sudor, no tenía nada que ver en medios ni en espacio con la Dirección General de la Puerta del Sol. Pero era un lugar mucho más discreto. Y por eso le gustaba al comisario. Los jefes de los despachos de las plantas superiores de la Puerta del Sol jamás serían capaces de enterarse de nada que ocurriese en una comisaría como aquélla.

Gante fue directamente al cubículo que le servía de despacho al inspector Cabañas. Cabañas era unos diez años más joven que Gante pero llevaba camino de convertirse muy pronto en una réplica del propio comisario. También estaba engordando, también le faltaba pelo en la coronilla, también llevaba bigote, también fumaba sin parar y, sobre todo, también despreciaba a los jefes y no hacía ascos a cualquier dinerillo extra que le ayudase a sacar adelante a una mujer y cuatro hijos que nunca dejaban de tener hambre. Gante y él eran viejos compinches. Cabañas no valía para mucho más de lo que hacía, nunca dejaría de ser un mediocre agente de barrio, más ducho en la burocracia que en la acción, nunca podría hacerse con el mando de las calles como él, pero a Gante le era lo suficientemente útil para tratarle con una falsa camaradería y simular un afecto que a Cabañas le hacía sentirse respetado por el comisario a cambio de su obediencia.

Cuando entró en su despacho, Cabañas estaba tecleando en la máquina de escribir mientras un cigarrillo se consumía sin haber sido tocado en bastante rato en un cenicero desbordado de colillas.

Gante se metió la mano en un bolsillo de la chaqueta, sacó un pequeño fajo

de billetes y separó de él dos *goyas*, los nuevos billetes de cien pesetas recién emitidos con la imagen del pintor. Los dejó sobre la mesa, junto al cenicero.

—Aquí tienes —le dijo al inspector—. El pago del alquiler.

Cabañas sonrió mientras cogía los billetes y se los guardaba con rapidez.

—¿Ha preguntado alguien algo?

—Nadie. Todo tranquilo. Oficialmente, sólo es un ratero más pasando unos días a la sombra.

—¿Y cómo está el inquilino?

Cabañas fue a coger el cigarrillo e hizo un gesto de contrariedad al ver que se había consumido por completo antes de contestar con ironía:

—Encantado con su hospedaje.

Gante asintió con una sonrisa.

Lanza también sonreía. En ese mismo instante. Mientras cruzaba los jardines del paseo de Calvo Sotelo en dirección a su cita. Acudir al Palace siempre le hacía sentir bien.

A menudo pensaba que aquel hotel y él tenían historias paralelas. El pasado del Palace estaba lleno de altibajos casi en los mismos períodos que el pasado del propio Lanza. Había disfrutado de un primer momento de esplendor en los años que podrían considerarse como su infancia. Los aristócratas y millonarios de toda Europa que huían de sus países por culpa de la Gran Guerra llegaron al hotel para alojarse y dar esplendor a sus salones durante sus lujosos exilios. Hasta que regresó la paz más allá de las fronteras. Aquellos adinerados y elegantes extranjeros pudieron entonces regresar a sus casas y el Palace, como Lanza, como todo el país, tuvo que afrontar y atravesar unos años después por las penurias de la guerra propia. Igual que Lanza dejó de ser un joven adinerado, el Palace dejó incluso de ser un hotel. Se convirtió en hospital de guerra. En el mismo salón central, donde antaño bailaran bajo su gran cúpula de cristal las hijas casaderas de millonarios

belgas con arruinados barones austríacos y redichos franceses de apellidos históricos con nobles debutantes rusas que se dejaban seducir sin entender una sola palabra de francés, pasaron a practicarse operaciones en quirófanos improvisados sin siquiera luz eléctrica. Huérfanos allí recogidos y empleados reconvertidos de camareros y mayordomos en enfermeros y camilleros ocupaban por entonces las habitaciones de los desaparecidos huéspedes y los bombardeos que asolaron la zona no echaron abajo el edificio por puro azar. Pero, como Lanza, el Palace resurgió desde las sombras tras la guerra. Los madrileños más ricos, que habían huido de aquel Madrid donde eran perseguidos y ejecutados, regresaron victoriosos y ocuparon las habitaciones mientras recuperaban o reconstruían las viviendas que habían abandonado a toda prisa. La música, el baile, las cenas y el lujo regresaron con ellos. Y ahora, como Lanza, el Palace vivía un nuevo momento de esplendor, convertido por su astuto dueño, el belga George Marquet, en el centro en torno al cual giraba un mundo de negocios, acuerdos políticos, romances y conspiraciones de todo tipo que estaba reservado para un pequeño grupo de privilegiados, entre los que se contaba, por supuesto, Jorge Lanza.

Quizá por ese paralelismo que veía entre su propia vida y la del hotel era por lo que a Lanza siempre le había gustado ir al Palace, ya fuera el motivo una reunión de trabajo o una cita de placer, asuntos ambos en los que poco le preocupaba ser discreto. Atravesar la entrada, recibir el saludo del portero, de los miembros del servicio con los que se cruzaba o de los empleados de recepción al entregarle la llave de la habitación que hubiera reservado, llamándole todos por su nombre, le ponía de buen humor de inmediato. Porque sentía que aquél era su lugar, el sitio al que pertenecía, el mundo del que siempre había querido formar parte, algo que por fin había conseguido.

Lanza atravesaba el vestíbulo del Palace al tiempo que Sampedro entraba en su oficina. Allí le esperaban Teresita y el Ruso. La una para recogerle el

sombrero y el otro para rendirle cuentas de los asuntos que controlaba desde los Billares Rodrigo. El Ruso no era hombre de largas conversaciones. Sus escuetos informes se reducían a decirle al jefe que todo iba bien, a comentarle cualquier incidencia que tuviera que ver con los pagos y poco más. Eso era suficiente para Sampedro, que no esperaba de él más detalles. Le bastaba con que se asegurase de que cada vendedor entregaba lo cobrado en el día, que lo llevase de los Billares al Dixie y que se lo entregase allí a sus habituales acompañantes en el club, entre los que estaba el contable que le llevaba los números y se ocupaba de las gestiones bancarias. El Ruso no era hombre para mayores sofisticaciones intelectuales.

En el encuentro, como siempre, dedicaron también unos minutos a hablar de los problemas con Lanza, aunque en los últimos tiempos se diría que a Sampedro parecía aburrirle cada vez más aquel asunto.

—¿Cuántas personas se han hecho ricas en esta ciudad con el estraperlo? —le dijo aquella tarde al Ruso—. Nosotros hemos respetado ciertas reglas. Hemos permitido que cada uno tuviera su parcela de negocio, su zona, su mercado... ¿Sabes cómo se llama eso en el mundo de la economía? —le preguntó, sabedor de que el Ruso sería incapaz de darle una respuesta—. Libre competencia, amigo mío. Existen unas reglas. Si otra persona puede ofrecer a la gente mejor harina o gasógeno o pescado o lo que sea del que yo puedo ofrecer, hay que respetarlo. Ahí fuera hay mucha gente ganando dinero como nosotros y hemos sabido convivir con ellos, a veces aliándonos, a veces compartiendo los contactos y otras veces simplemente no interfiriendo los unos con los otros. Sólo Lanza ha roto esas reglas.

—¿Y no vamos a hacer nada para acabar con eso de una vez?

Sampedro se pensó la respuesta. Sabía a lo que se refería el Ruso y ya lo habían hablado un sinfín de veces, porque éste se empeñaba en llevarle siempre a aquel punto de decisión.

—Podríamos hacerlo —dijo Sampedro, con una expresión en la que había más de desidia que de interés—. Sería aparentemente sencillo. Nos quitaríamos a Lanza de en medio. Pero nos echaríamos encima a todos sus amigos poderosos. Hay otra regla de mercado fundamental: el correcto cálculo de la relación entre coste y beneficio.

Sampedro hizo una pausa, evidentemente disfrutando de sus académicas reflexiones sobre estrategia empresarial, aunque sin duda no era el Ruso el alumno más capacitado para apreciarlas.

—Lanza nos ha costado ya mucho dinero —continuó, hablando en un plural que en realidad sólo se refería a sí mismo—. Pero quizá tendría más coste aún su eliminación. Así que aplicaremos otra regla de mercado fundamental para cualquier empresa: el control de riesgos. Seguiremos devolviendo los golpes, seguiremos demostrando nuestra fortaleza, seguiremos intentando adelantarnos a sus próximos movimientos, seguiremos debilitándole y, con serenidad, acabaremos con él sin que ello nos convierta en el objetivo de su círculo de poder.

Sampedro concluyó su perorata acariciándose con satisfacción su recién rasurada barbilla.

—En cuanto a los siguientes pasos a dar —dijo, como cierre de un asunto al que no le gustaba dedicar ni un segundo más de lo necesario—, lo dejo en tus manos, Ruso. Soy demasiado mayor para andar planeando escaramuzas.

Quedó claro que daba por zanjada por aquella tarde esas cuestiones y la presencia del Ruso en su despacho. Su encuentro no había durado más allá de diez minutos. Luego, una vez solo, se dedicó a lo que más le gustaba, a sumergirse en la maraña de papeles de su mesa, a alternar la lectura de documentos y de prensa, buscando en todo ello inspiración para encontrar nuevas formas de mantener el crecimiento de sus negocios. Todo lo que no

fuera la obtención de mayores beneficios era algo secundario para Matías Sampedro.

Hacía ya un rato que las campanas de las iglesias habían dado las seis. La tarde avanzaba según lo esperado para todos.

Corrí tan rápido como era capaz por la calle Ave María. Crucé la calle de Atocha por entre los coches y me llevé la reprimenda del que más cerca estuvo de atropellarme en forma de un sonoro bocinazo. Me di de bruces con un chico que cargaba con un par de cajones de fruta y que a duras penas logró mantener el equilibrio y que no se le cayeran en el cruce con la calle del León. Me abrí paso por entre un grupo de señoras mayores, todas ellas vestidas de negro y con velo que salían de rezarle al Cristo de Medinaceli y todas a una me desearon la condena eterna por romperles la formación. No me detuve hasta llegar a la entrada del hotel Palace.

Me incliné apoyando las manos en las rodillas, tratando de contener los jadeos y recuperar el resuello. Miré a un lado y a otro, hacia los leones de las Cortes y hacia el dios Neptuno de la plaza. El corazón me latía a un ritmo desbocado, en parte por la carrera y en parte por la ansiedad de no ver a Asia por ningún sitio.

Me dirigí al portero vestido de frac de la entrada del hotel y le pregunté, jadeante aún, si podía decirme qué hora era. El hombre me miró con recelo desde debajo de su chistera. Probablemente me tomaba por un ratero que venía a rondar a los clientes que entraban y salían para intentar birlarles la cartera. Pero, a falta de pruebas para mandarme a paseo, se decidió de mala gana a sacar un reloj del bolsillo de su chaleco y me dijo que eran las seis y cuarto y, ya de paso, que no se me ocurriera hacer ninguna fechoría cerca de su hotel.

Justo cuando mi respiración empezaba a recuperar la normalidad, la vi.

Apareció por la esquina contraria a la de la entrada del hotel. Caminaba despacio y con la mirada baja, así que ella no me vio hasta que me apresuré a ir a su encuentro. Le cogí la mano sin decirle nada y la apremié para que desandara lo andado hasta doblar la esquina y quedar fuera de la visión del portero. Cuando me detuve, me miraba con sorpresa.

—¿Qué haces aquí?

—No vas a ir.

Por un momento, estuvo a punto de reír por la sorpresa. Pero no llegó a hacerlo. Su expresión pasó con rapidez del amago de risa a la preocupación.

—Nos vamos de aquí —le dije, con la firmeza de quien no va a aceptar una réplica.

—¿Y Nico?

Negué con la cabeza.

—Olvídate de eso.

Sus labios temblaron y no supe si era por el temor que le daba lo que iba a hacer o por lo que podía pasar si no lo hacía.

—Hay que ayudarle. No podemos...

No dejé que terminara la frase. Aquél había sido un día extraño para mí, pero en ese preciso instante dejó de serlo. De manera repentina, recuperé la conciencia del tiempo y el espacio en los que estaba. Y eso hizo que me inundara una extraña paz, la tranquilidad que llega cuando uno encuentra la respuesta a una pregunta que ni siquiera sabía que estaba pendiente de contestar.

—Yo me ocupo —le dije a Asia. Y aquél fue el momento en que decidí, sin dejar ya resquicio alguno para la duda, lo que tenía que hacer.

El atardecer encontró a Lanza caminando sin destino concreto. No era eso algo

habitual en él, siempre ocupado y poco aficionado a pasear. Pero tras más de dos horas esperando en la habitación del hotel, mucho después de haberse convencido de que la cita esperada no tendría lugar, de haber vaciado la mitad de la botella de whisky que había pedido al servicio de habitaciones, de haber oscilado una y mil veces su ánimo entre la incredulidad, la decepción y la ira, sintió que necesitaba aire para recuperar la calma. Hacía mucho que Lanza había olvidado que a veces las cosas podían no salir como él había decidido.

Su chófer tenía instrucciones de recogerle en el hotel a las nueve para llevarle al Dixie, pero antes decidió echarse a la calle. No quería llegar al club con espíritu de derrota. No quería ver salir a Asia al escenario sin haber aceptado aún que sería allí el único lugar donde la vería aquel día. No quería que los acompañantes a los que había invitado aquella noche en su reservado pudieran notar en él el menor rastro de fracaso o frustración. Iría al Dixie y sería quien era siempre, había decidido. El gran Jorge Lanza divertido, seguro de sí mismo, el hombre al que nunca nadie contrariaba y no un bobo despechado ni un galán frustrado. Pero para ello antes necesitaba escapar de aquella habitación que, con el paso de las horas, parecía haberse quedado sin oxígeno que poder respirar, alejarse de aquella ventana desde la que había tratado de ver si su cita llegaba por fin mientras bebía más whisky de la cuenta, salir al exterior y desaparecer por un tiempo hasta lograr recomponer el aplomo que le era propio.

Como siempre que sufría una contrariedad, la conclusión final a la que llegó, cuando al fin su ánimo pareció recuperar un cierto equilibrio, mientras caminaba sin rumbo por delante de la fachada principal del Museo del Prado, fue que alguien debía pagar por ello. Por supuesto, pagaría esa tonta cantante que se negaba a aceptar todo lo que él podía hacer por su futuro a cambio de un precio tan sencillo como cumplir sus deseos. Lanza no insistía, no rogaba, no daba segundas oportunidades. Si ella no sabía ver lo que le interesaba, al

diablo con la chica. Ya habría otras. Ya buscaría compensaciones que le hicieran olvidar el agravio de aquella tarde. Y ella nunca sería la estrella en que él podría haberla convertido sino sólo un nombre más en la lista de artistas de medio pelo que actuaban en tugurios como el Dixie.

Eso pensaba mientras paseaba. Pero aquello no era suficiente. El afán de castigo crecía en su interior a cada paso. Un pensamiento le llevaba al siguiente y del deseo de castigar a Asia por su rechazo pasó sin pausa al deseo de que también pagara por ello ese noviete gandul que tenía, y decidió que ya se encargaría él de que lo arrestaran por cualquier motivo y lo mandaran una temporada a la sombra. Y de ahí pasó al comisario Gante, al que le había dejado muy claro que estaba harto de darle dinero para que cumpliera con su compromiso de acabar de una vez por todas con Sampedro y que a esas alturas aún no había obtenido ningún resultado. Y, por supuesto, saltó en su escalada de rencor al propio Sampedro, el maldito patán que tantos disgustos le había ocasionado. Y el repaso mental de aquella lista de objetivos de su despecho le llevó al punto de partida, a volver a perder la paz de espíritu y a dejarse llevar por la rabia y la impaciencia.

Por suerte para el comisario Gante, no se topó de milagro con el propio Lanza, a pesar de que pasó no muy lejos de donde él estaba a aquella misma hora. Se había bajado de un tranvía en la plaza de Atocha y caminaba hacia Neptuno en dirección opuesta a la de Lanza y justo por la acera de enfrente. Con el humor del que estaba éste, un encuentro con él no habría sido nada cómodo para el comisario.

Y además, el policía tampoco estaba como para contener su propio ánimo. Volvía desde la comisaría de La Latina. Y tenía prisa por llegar al Dixie. Normalmente, no se pasaba tan pronto por el club, que solía abrir sus puertas a eso de las nueve para que los clientes más tempraneros empezaran a ocupar sus sitios en mesas y barra. Gante solía dejarse caer algo más tarde, cuando el

club ya estaba lleno y había comenzado la actuación de la orquesta, para que le viesen vigilando su territorio el mayor número de truhanes posible. Pero aquella noche quería tener la certeza de que hubiera personas que pudieran asegurar en el futuro que le habían visto en el club el mayor tiempo posible. Toda precaución era poca. Uno nunca sabía lo que se podía torcer cuando planeaba algo y era bueno cubrirse las espaldas. Sólo por si acaso.

Por eso, en cuanto empezó a anochecer, decidió salir hacia el club. Antes le había desagradado el final de su encuentro con Cabañas. Cuando el inspector le había acompañado hasta la salida de la comisaría, había caído en la tentación de hacer preguntas, algo que Gante le tenía expresamente prohibido cuando le hacía un encargo. Estaban ya fuera del edificio policial, a punto de separarse, cuando Cabañas tan sólo le preguntó:

—¿Quién es?

Era algo que no había preguntado desde que el comisario apareciese con el huésped y le pidiera alojamiento para él en los calabozos ni durante todos aquellos días en que le había tenido allí encerrado, y a Gante le decepcionó que su compañero cayera en el último momento en la estúpida tentación de querer saber.

—Te he pagado una fortuna para que no me hagas esa pregunta —fue la respuesta que le dio.

Se marchó de mal humor por la pregunta. Quizá de demasiado mal humor. Pero es que estaba nervioso. Aquélla no era una noche cualquiera.

Ya sentado en el tranvía, trató de calmarse y centrarse sólo en lo que debía hacer sin que nada más le despistara. Se bajaría en Atocha, caminaría hasta el Dixie para hacer un poco de tiempo y, una vez en el club, se acercaría con cualquier pretexto a hacerse notar con unos cuantos de sus clientes habituales para que éstos tuviesen bien claro que Gante había estado allí prácticamente toda la noche. Así de sencillo. No tenía que preocuparse, se repetía a sí mismo

mientras caminaba hacia la plaza del Carmen. No había fisuras en su plan. Iba a ganarse cada peseta que le había pagado el imbécil de Lanza. Sólo tenía que ir al Dixie y esperar. Y, aunque no lo supiera, la suerte le dio un respiro evitándole por muy poco toparse de cara con un Lanza que le habría sacado de quicio con sus estupideces de habérselo encontrado en aquel momento.

La cercanía del anochecer marcaba también los cambios en la oficina de la calle Gaztambide. Teresita, la secretaria de Sampedro, que jamás había utilizado un reloj y probablemente no sabría ni leer en él las horas, medía sus tiempos según la luz del día. Cuando comenzaba a caer en penumbra el cuartito donde dejaba pasar las horas, empezaba a recoger. La tarea de ponerse el sombrero y el abrigo, coger el bolso, recorrer el pasillo hasta el despacho de don Matías, despedirse de él, desandar el pasillo hasta la puerta de la calle y marcharse al fin, le llevaba tanto tiempo que, para cuando salía por el portal, el crepúsculo estaba ya en las últimas.

Sampedro siempre se quedaba un rato más. Permanecía buceando en sus papeles mientras hacía tiempo hasta la hora de ir al Dixie. Aquel último rato lo dedicaba a repasar recibos bancarios, albaranes, listados de gastos y de puntos de venta, pedidos pendientes, y sólo cuando estaba seguro de que cada peseta invertida o pendiente de cobro estaba localizada, daba por terminada su tarea diaria. Nada le gustaba más que aquella sensación del último instante de la jornada, cuando con un suspiro de satisfacción rubricaba la confirmación de que todos los asuntos estaban bajo control.

Como cada anochecer, fue apagando las luces de su despacho y del pasillo, una tarea de la que prefería ocuparse él porque, con sus ritmos, a Teresita probablemente le habría llevado concluirla hasta la madrugada. Recogió después su sombrero del perchero de la entrada y salió al fin de la oficina. Cogería un taxi para ir al Dixie. Sampedro no tenía automóvil. Lo consideraba un lujo tan ostentoso como innecesario para alguien cuyos trayectos diarios

eran escasos. Solía decir en sus reflexiones a los subordinados que era precisamente eso, el afán de lujos, lo que estaba echando a perder a la sociedad. La ambición sin freno. El deseo permanente de tener más. La gente no sabía conformarse y eso sólo conducía a la desesperación, y «ya sabemos en este país a lo que puede llevar la desesperación», solía decir. Pensamientos peculiares en un hombre cuya única idea diaria era acumular más y más riqueza, por más que nunca la mostrase con signos externos.

Sampedro bajó sin prisas por las escaleras. El edificio no tenía ni cocheras ni ascensor. Aquella casa antigua no había sido construida para un vecindario próspero. Nunca se esperó que sus inquilinos demandasen más espacio, así que el portal era apenas un angosto pasillo que llevaba de las escaleras a la calle.

Y allí fue el encuentro.

Apenas hubo palabras.

—¿Qué haces tú aquí? —fue todo lo que llegó a decir Sampedro.

Luego, vio la pistola en la mano y lo primero que sintió fue una breve rabieta: al final, el Ruso había tenido razón. Y si algo le fastidiaba era tener que admitir que era otro y no él quien la tenía. El Ruso le había dicho un millón de veces que era una locura que nunca tomara precauciones, que fuese siempre solo, que cualquier día iba a tener un disgusto. Y él nunca había querido ni escucharle. No le cabía en la cabeza que pudiese haber ningún peligro personal para él a pesar de todo lo que había ocurrido ya. Para Sampedro, la violencia sólo era otra herramienta de gestión empresarial. Uno se servía de ella para mantener la disciplina de los subordinados o el equilibrio entre rivales. Era algo incómodo, incluso desagradable, por supuesto, pero a veces no quedaba más remedio que utilizarla, como había ocurrido con Lanza. Pero no cabía en su cabeza que ni siquiera un tipo como ése fuera a cometer la estupidez de hacer saltar todo por los aires utilizándola

contra él. Por eso, en aquel instante su primera reacción fue la rabia por la razón perdida y la soberbia herida.

A ello le seguiría el pánico y la resignación. Sampedro sintió todo ello pero, por suerte para él, todo fue tan rápido que cada uno de aquellos sentimientos en cascada apenas llegaron a ser más un esbozo que una realidad, porque la muerte no se hizo esperar.

El único disparo retumbó con un sordo eco en el estrecho pasillo. Sampedro no cayó al suelo. Dio un paso atrás y su espalda chocó contra la pared y su cuerpo se deslizó poco a poco contra ella hasta quedar plácidamente sentado.

El atardecer había llegado a su fin y la noche ocupó su lugar cayendo como un telón que pusiera fin a aquel extraño día.

Acababa de cumplir los diecisiete años. Disparé una sola vez y, desde el mismo instante en que apreté el gatillo, supe que tendría que vivir con el recuerdo de aquel momento, con su visión permanente en mi memoria, el resto de mi vida. Pero también desde aquel momento decidí no sentirme culpable.

No, en aquel crimen no fui yo sólo el verdugo ni el muerto fue sólo mi víctima.

Aquella noche me convertí en un hombre. Me hice adulto en el instante mismo en que supe que a partir de entonces llevaría encima un peso que formaría parte inseparable de mí mismo. Y supe que más me valía acostumbrarme a ello como un compañero inevitable, como te acompaña una cicatriz o una tara física. Sin sensación de culpa ni de pecado. Porque si no lo hacía así, no podría soportar seguir adelante con mi vida.

Aquél fue mi primer pensamiento adulto. Mi primera decisión como hombre y no como niño. Y con aquella decisión quedó para siempre atrás la persona que había sido yo hasta entonces y comenzó la vida de ese otro yo, el adulto

que ya no estaba interesado en vivir emociones ni aventuras, que ya no quería formar parte de mundos en los que se ganaba dinero rápido a costa de la necesidad de los demás o en el que se disparaba a la gente en los portales. Ese hombre adulto en el que me convertí allí mismo, en aquel portal, con un arma recién disparada aún en mi mano, sólo desearía ya lo mismo que en aquellos tiempos tristes deseaban todos los demás adultos, hombres y mujeres, que veía por las calles. Sólo desearía sobrevivir.

Todos los periódicos coincidieron en no dar demasiada relevancia a lo ocurrido. Y no fue por casualidad. La censura a la que estaba sometida por entonces la prensa no buscaba sólo impedir cualquier atisbo de crítica al Gobierno y moldear la moral pública, sino también ofrecer una imagen de idílica paz social en la que encajaban mal los crímenes. En aquel Madrid atestado de estraperlistas, rateros y timadores, donde cada día se seguían culminando ajustes de cuentas pendientes, rematando venganzas que venían de lejos y aplicando castigos políticos de manera caprichosa, las páginas de los periódicos, férreamente vigiladas por los censores, retrataban una vida que transcurría con placidez y en la que los crímenes tan sólo aparecían como incidentes residuales e intrascendentes. Una muerte de un disparo en un portal de una calle de Madrid era algo que quedaba relegado a algún hueco irrelevante entre los ecos de sociedad y las páginas deportivas, lejos de portadas y grandes titulares. Ese deliberado arrinconamiento había conseguido que en aquellos tiempos el sensacionalismo y la crónica negra no tuvieran demasiado éxito entre los lectores ni generaran un excesivo eco en la gente, a diferencia de épocas pasadas y antes de que resurgieran apenas unos años después con tal éxito como género que hasta aparecerían periódicos dedicados exclusivamente a cubrir los más truculentos sucesos, cuando el público pudo empezar a dedicar más tiempo a disfrutar con las desgracias ajenas que a sobreponerse a las propias.

El diario *Arriba*, antaño un panfleto falangista reconvertido ahora en el periódico oficial del régimen, marcó el tono en que debía relatarse el crimen

de la calle Gaztambide. Los hechos conducían a la sólida conclusión de que aquello había sido un intento de robo con un final precipitado. Tras ofrecer unos escasos datos objetivos, la primera noticia del suceso apuntaba ya, sin entrar tampoco en demasiados detalles, que existía la sospecha de que Matías Sampedro pudiese tener alguna relación con el mundo del estraperlo, lo que llevaba al redactor a concluir la primera crónica sobre su muerte con una educativa reflexión sobre los riesgos de meterse en asuntos sucios. Al final del breve artículo, ya no hablaba tanto del crimen como de la curiosa paradoja de que un hombre como Sampedro hubiese acabado pagando por sus posibles delitos no ya por cumplimiento de la inaplicada Ley contra la Ocultación y la Especulación de 1941, donde se imponía la pena de muerte a quienes, según el florido texto del periodista, «violaban el honor, la disciplina y la abnegación dedicándose a la alteración de los mercados», sino por un disparo solitario en un portal que, curiosamente, valía tanto como la propia ley para acabar con semejantes individuos. La forma de morir parecía lo de menos, lo importante era la moraleja de la historia.

El resto de los principales periódicos reprodujeron dócilmente aunque con menos prosopopeya aquel relato. El *ABC*, el *Ya* o el *Pueblo* abundaron en la teoría oficial y no probada de que aquello era un crimen entre delincuentes. Eso no sólo lo convertía en un hecho ejemplarizante para quien tuviera tentaciones de enriquecerse al margen de la ley sino que además daba tranquilidad al ciudadano de bien, que nada debía temer personalmente porque no había riesgos de que en las calles de Madrid anduviera suelto un ladrón homicida o algún tipo de asesino aleatorio sino sólo un criminal que, llevado por la ambición, había dado muerte a otro que probablemente era de su misma o peor calaña.

Bastaron un par de ediciones matinales más de los periódicos para que Sampedro se hubiese convertido definitivamente en una víctima antipática. Y

eso rebajó con rapidez el interés por su muerte, dado que los lectores aficionados a las crónicas de sucesos eran más sensibles a la muerte de un inocente que a la de un personaje de reputación dudosa, por más que ninguno de los periódicos llegara realmente a exponer de manera clara sus actividades fuera de la ley. Aquello hizo que el crimen de la calle Gaztambide no tuviese ningún éxito como asunto de debate ni despertase fascinación alguna en las tertulias de los bares ni en las charlas vecinales de patio de corrala. Estaba claro que la muerte de Matías Sampedro no entraría a formar parte de la mitología macabra de Madrid junto a los más populares y recordados crímenes que ilustraban la historia más siniestra y morbosa de la ciudad, ya fueran las decapitaciones del capitán Sánchez, el rastro de muerte que dejó tras de sí el seductor Jarabo o los diferentes sucesos de la casa rosa de la calle Antonio Grilo, que comenzaron cuando un humilde sastre liquidó a su esposa y sus cinco hijos antes de suicidarse, iniciando con ello toda una serie de siniestros sucesos que a lo largo de los años se repetirían en aquel mismo inmueble terrorífico. Aquellas sí que eran buenas historias y no ésta. La muerte de Sampedro no parecía destinada a alcanzar tan alta gloria en la frágil memoria popular.

Pero, a pesar del escaso interés que despertó el asunto, el Ministerio de la Gobernación se preocupó de dejar muy claro que en aquel Madrid en paz ningún crimen quedaba sin resolver. Tan sólo tres días después de cometido el crimen, se dio una información oficial y escueta en la que se aseguraba que había ya pistas sólidas para identificar al autor. Para entonces, la noticia sólo ocupó ya un octavo de página impar en los periódicos.

Pasadas sólo otras veinticuatro horas más, las autoridades anunciaron que gracias a la eficacia de las fuerzas policiales ya se había podido determinar sin ningún género de duda quién había matado a Matías Sampedro. Al parecer, había indicios suficientes —aunque tampoco éstos se hicieron nunca públicos

— para poder confirmar que el autor de la muerte de Sampedro, tal y como habían sospechado los sagaces investigadores desde el primer momento, había sido un empleado suyo cuya intención original era robar el dinero que guardaba en su oficina. Y, efectivamente, se añadía, todo parecía indicar que el origen de ese dinero provenía de actividades relacionadas con el contrabando. La policía, se decía en las informaciones, garantizaba el carácter aislado del suceso y su pronta resolución mediante la inmediata detención del asesino. Los ciudadanos podían estar tranquilos.

Aquello hizo que la atención periodística decayera aún más y ni siquiera se mantuviese un seguimiento diario del suceso. La aburrida historia de un delincuente asesinado por un empleado avaricioso había sido presentada con tanta habilidad que hasta el desenlace de las pesquisas parecía carecer ya de importancia.

En todo caso, una de las últimas noticias que aparecieron aquellos días, comunicada de nuevo por el propio Ministerio de la Gobernación, desvelaba incluso que el empleado de la víctima respondía al nombre de Nicolás y que ya se había emitido orden de busca y captura contra él. Lo que se tardara en la detención del sujeto era ya tan sólo una cuestión de tiempo.

Pronto, los madrileños se olvidarían por completo de aquella historia. Pero no todos.

Durante los días siguientes, apenas salí a la calle. Pero no fue porque tuviese miedo o me estuviese escondiendo. Era como si, tras el breve paréntesis de aquella terrible noche, hubiese regresado al estado de ánimo de los días anteriores. Permanecía sumido en un letargo parecido a la convalecencia de una enfermedad que me hubiera dejado baldado o en el medio despertar de un largo sueño de cuya modorra no lograra desembarazarme por completo. Me

sentía carente de toda fuerza o energía, incapaz de concretar pensamientos o emociones, como si mi cuerpo, mi mente y el resto de mí mismo hubiesen elegido cada uno por su cuenta refugios diferentes donde buscar protección tras lo ocurrido. No me permití sentirme mal. Tampoco pretendí sentirme bien. No sentía absolutamente nada y aquella total indiferencia resultaba tan cómoda que en algunos momentos llegué a preguntarme si podría lograr pasar así el resto de mi vida, dedicado a ver transcurrir las horas sin necesidad de actuar o pensar.

Aquellos días no acudí a hacer la ronda de cobros ni a trabajar en el Dixie. No tenía ni idea de cuáles serían las consecuencias de que faltara sin previo aviso a ambas obligaciones y, la verdad, me importaba bien poco. Tenía la sensación de que el lugar que pudiera corresponderme en aquel mundo exterior que seguía adelante más allá de las paredes de mi casa había desaparecido y aún no sabía cuál o cómo lo reemplazaría. No sabía cómo me comportaría, cómo hablaría, cómo me relacionaría con el resto de las personas ni qué pensaría ante cada cosa que apareciese ante mis ojos o cada palabra que escuchase a partir de entonces. Porque aún no sabía cómo era yo, aún no sabía nada de la nueva persona en que me había convertido.

Sólo salía a la calle lo imprescindible. Por las mañanas, iba a comprar varios periódicos, cada uno a un repartidor diferente para no llamar la atención. Después, por liberar a Marita de la tarea, hacía la cola con la cartilla familiar para adquirir los alimentos del día, sin sentir ninguna prisa porque aquella tediosa espera terminara. Al regresar a casa, dejaba pasar un tiempo antes de decidirme a leer las noticias del día sobre el asunto. Y no era por temor a lo que me pudiera encontrar sino, simplemente, porque acababa sumiéndome en un perezoso desinterés.

A Marita le había dicho que andaba malo del estómago y que me pasaría unos días en casa para recuperarme y ella se mostró tan comprensiva como

siempre, me dijo que trabajaba demasiado, que dormía demasiado poco y que ya se encargaría ella de ayudarme a recobrar fuerzas adquiriendo por ahí alguna buena pieza de tocino o un pollo regordete para hacer un caldo sabroso pero, como era habitual en ella, luego se fue liando con sus cosas y no volvió a acordarse de cocinar para mí. Su vida seguía adelante, ignorante de lo que había pasado, ocupada como siempre con su trabajo, su lectura de revistas atrasadas, sus programas de radio y sus planes de comienzo o de ruptura de algún nuevo noviazgo en el que había depositado su ración habitual de dudas y esperanzas.

No sabría precisar cuántos días transcurrieron así, porque hasta la medición del tiempo se había convertido en algo difuso para mí, cuando aquello se terminó. Una mañana, poco después de que hubiese regresado de mis ocupaciones matinales, alguien llamó a la puerta de mi casa y fui a abrir y me encontré con el comisario Gante.

—¿Qué tal, muchacho? —me saludó, con la jovialidad del viejo amigo convencido de que da una agradable sorpresa con su inesperada visita—. He venido a ver cómo te va todo.

Entró sin esperar a ser invitado. Yo permanecí en el umbral. Me quedé mirándole como si necesitase un tiempo para reconocerle. Siempre desconcierta ver a una persona en un escenario que no le corresponde y, para mí, el último sitio en el mundo en el que le correspondía estar al comisario era mi hogar.

Gante se plantó en medio del saloncito y echó un admirativo vistazo a su alrededor, como un comprador que estuviese calibrando mercancías. Recorrió con la mirada las paredes, la mesa camilla, el sofá y hasta se acercó y acarició apreciativamente los botones nacarados del aparato de radio. No sé qué podía gustarle de todo aquello, pero lo cierto es que concluyó la inspección con un satisfecho asentimiento. Luego eligió nuestro único sillón, el que usaba Marita

para sus lecturas y escuchar sus programas, y se dejó caer en él con un relajado suspiro. Y eso fue lo que más me irritó de su presencia, que su rechoncho corpachón invadiera con semejante desfachatez el lugar más querido de mi madre.

Cruzó las piernas y se aflojó el nudo de la corbata.

—No te he visto estos días en el Dixie —me dijo—. Estaba preocupado. Ya ves que sé dónde vives —me sonrió, como si fuese a creerme que decía aquello para tranquilizarme—, así que he decidido pasarme para ver cómo te encuentras.

—Estoy bien —le contesté, detenido aún junto a la puerta.

Cogió su pitillera del bolsillo interior de la chaqueta y la agitó lo suficiente para que asomara un cigarrillo que terminó de sacar con la boca.

—No deberías faltar al trabajo, chico —me dijo, a la vez que encendía el cigarrillo—. Hay que pagar la renta de esta bonita casa y tampoco es que tu madre gane tanto en el banco...

Fui a por un platillo a la cocina y se lo llevé para que lo usara de cenicero antes de que empezara a manchar el suelo.

—No voy a volver al Dixie.

Se lo dije a la vez que dejaba el plato frente a él en la mesa camilla. Y me sorprendió el hecho de escucharme diciéndolo porque ni siquiera yo sabía que ya había tomado esa decisión. Y de pronto me sentí bien. Noté algo parecido a un calambre, como si algo en mi interior, un músculo, un impulso, un rastro de vida, se desperezara repentinamente dispuesto a ponerse en marcha.

Gante puso una leve mueca de contrariedad al oír aquello.

—Puedo entender que estos días estés algo confuso o incluso que tengas miedo, muchacho —me dijo—. Las aguas andan un poco revueltas ahí fuera. Ya sabes lo que dicen de las ratas cuando se hunde el barco. Ahora mismo, todos los hombres de Sampedro están aterrorizados. La mitad se me ofrecen

como confidentes, dispuestos a delatar a quien sea por lo que sea con tal de que los deje en paz, y la otra mitad están buscando un nuevo jefe que les asegure las cuatro perras que sacaban con sus trapicheos.

Gante sonrió, como si aquella situación le resultase cómica. Dio una larga calada a su cigarrillo y expulsó el humo por la nariz con aire de satisfacción.

—Pero todo volverá a tranquilizarse. Es sólo cuestión de tiempo. Su muerte se olvidará y la vida continuará sin las contrariedades de estos últimos meses. Sampedro era el pasado y ahora es el momento de mirar al futuro.

Gante se entretuvo en contemplar meditabundo el hilo de humo que ascendía del cigarrillo con una suave sonrisa perfilada en su boca, disfrutando consigo mismo de algún pensamiento que era evidente que le reconfortaba.

—Mis jefes también andan inquietos —continuó, hablándome como si lo hiciera con su más íntimo amigo—. La muerte de Sampedro les obliga a fingir que les preocupa el contrabando. Los asuntos del mercado negro incomodan a los políticos. Por un lado, tienen la obligación de perseguirlo o, al menos, de aparentar que lo persiguen. Pero también saben que lo necesitan. Y no sólo para llevarse su parte del pastel. Si no fuera por el estraperlo mucha gente moriría de hambre y acabaríamos teniendo revueltas en las calles. A todos les interesa que las cosas sigan como están, así que en los despachos tienen mucha prisa porque se olvide cuanto antes este molesto incidente de Sampedro y nada cambie demasiado, lo cual por cierto nos viene muy bien a ti y a mí... —Gante resopló satisfecho e hizo un gesto con la mano, como quitándole importancia a todo ello—. Sólo hay que esperar un poco a que las cosas se calmen... En fin, que todo va bien y no hay nada especial de lo que preocuparse...

Echó la cabeza hacia atrás, apoyándola en el respaldo con comodidad.

—Salvo tú —añadió después.

Se echó hacia delante, apagó el cigarrillo aplastándolo en el plato, unió las manos y apoyó en ellas la barbilla a la vez que me dedicaba una larga mirada

cavilosa. Después, me pidió que me sentara y se mantuvo pensativo unos segundos más antes de volver a hablar.

—Has cumplido con tu parte —me dijo, dando una cierta solemnidad a sus palabras—. Y yo cumpliré con la mía. Pero tengo que asegurarme de que no cometerás ninguna tontería...

Me escudriñó con la mirada, tratando de desentrañar alguna reacción en mi cara. Pero yo me mantuve impassible. Me importaba poco lo que pudiera decirme. Sólo deseaba que aquel tipo dejase de estar sentado en el sillón de mi madre.

—Deberías volver al Dixie —me dijo, recuperando el tono amistoso—. Deberías aprovechar las nuevas oportunidades que se abren. A mí me vendría bien tener a alguien como tú en el club con los ojos y las orejas bien abiertos. Has demostrado que eres un joven espabilado y los dos podemos aprovecharnos de ello.

No esperé ni un segundo a darle una respuesta.

—No volveré —le repetí, y esta vez no se contuvo en disimular lo que le contrariaba oír aquello.

Noté cómo su cuerpo se ponía rígido y su rostro y su voz abandonaban la pose de amistoso paternalismo que había mantenido hasta entonces. Y, por supuesto, supe al instante que todo lo anterior sólo había sido un preámbulo para lo que iba a decirme ahora.

—Conservo la ficha de tu madre —dijo—. No tienes de qué preocuparte. No le ocurrirá nada. Al menos, mientras tú no hagas ninguna estupidez. Será la garantía de que no te dejas llevar por ningún impulso absurdo de culpa, de remordimientos o de honestidad. Digamos que la conservaré como un contrato de colaboración entre tú y yo. Y si rompes el contrato, si hablas más de la cuenta, si llega a mis oídos que no cumples nuestro acuerdo, si me creas

cualquier problema por pequeño que sea, daré por roto ese contrato y tu madre y tú pagaréis las consecuencias. ¿Ha quedado claro?

—¿Dónde está Nico?

No le gustó que le contestara con una pregunta. Pero me dio igual, porque yo no tenía la menor intención de agradarle.

Un gesto de desprecio y descontento le torció los labios.

—Te dije que si cumplías el encargo sobreviviría a todo esto y lo cumpliré. No es necesario que sepas nada más.

Se agarró las rodillas con las manos. Por un instante, sus dedos se crisparon arrugándole los pantalones. Pero hizo un evidente esfuerzo de contención y acabó utilizando la postura para darse impulso y levantarse. Nada más ponerse de pie, su rostro pareció relajarse de nuevo y hasta regresó la sonrisa de fingida camaradería.

—Por cierto, casi me olvido —dijo, como si de verdad cayera en la cuenta de algo en lo que no hubiera pensado hasta entonces—. Tienes algo que me pertenece.

Se quedó a la espera sin añadir nada más. Asentí y me levanté del sofá y desencajé el cojín sobre el que me había sentado. Abrí sus costuras y metí la mano en su interior y saqué de sus tripas lo que Gante estaba esperando. La Browning P-35 estaba envuelta en un paño de cocina. Se la entregué y él le quitó el paño y observó la pistola que él mismo me había entregado al final de nuestro encuentro en la taberna. Era una pistola ligera y pequeña, utilizada en toda Europa por todos los bandos de las últimas guerras, fácil de manejar y de rastro difícil de seguir por el gran número de ellas que circulaba en el mercado, ya fuera el legal o el ilegal.

—La guardaremos bien. Nunca se sabe cuándo podremos volver a necesitarla, ¿verdad? —dijo, y se echó a reír como si aquello fuese realmente gracioso.

Se la colocó en el cinto, justo debajo de la sobaquera en que guardaba su arma reglamentaria.

—Bueno... —suspiró—, creo que debo irme ya. Los dos tendremos cosas que hacer y, aunque ha sido un placer verte, debemos seguir con nuestras ocupaciones... —dijo, recubriendo de una cierta sorna su aparente amabilidad.

Hizo ademán de echar a andar hacia la puerta, pero antes de ello se detuvo y me miró.

—Quiero que tengas muy claro lo que eres, muchacho. Eres un cabo suelto. Y no es bueno que las historias terminen con cabos sueltos porque siempre pueden acabar causando algún problema.

Esperó alguna reacción por mi parte. Pero yo sólo hice que mantener su mirada.

Gante se marchó de mi casa sin decir nada más. Y, en cuanto se hubo ido, abrí la ventana para ventilar la habitación, me libré de la colilla y la ceniza de su cigarrillo y me aseguré de que no había dejado ni siquiera una arruga en la tela del sillón. Lo único que me importaba en aquel momento era que no quedara ni el menor rastro que pudiera recordarme la presencia de aquel hombre en mi hogar.

Tuve otra visita aquel mismo día. Atardecía ya cuando Marita llegó a casa y me dijo que le había ocurrido algo peculiar. Un niño se le había acercado cuando llegaba al portal de Buenavista y le había dicho que alguien le había dado una peseta a cambio de transmitirle un mensaje. Le pedía que a su vez me dijera que subiese a la azotea de nuestra casa. Así me lo trasladó ella sin hacerme pregunta alguna.

Fui a la azotea y allí estaba él. La tarde llegaba a su fin y un sol anaranjado

asomaba por entre un enrejado de cirros grisáceos que surcaban el horizonte apenas por encima de los tejados de las casas. Cuando salí a la azotea, Nico estaba de espaldas, contemplando el crepúsculo. Se volvió al oírme llegar. Llevaba puesta una gorra de visera larga y vestía una camisa con el cuello algo levantado, de tal manera que su cara no era fácilmente reconocible ni siquiera para mí, de no ser por una sonrisa que resultaba inconfundible.

—Hola, monaguillo.

—Nico... —fue todo lo que acerté a decir, y el solo hecho de verle y decir su nombre fue como si recibiera en mi interior un empujón que me devolviera abruptamente de vuelta a esa realidad a la que había estado dando la espalda hasta entonces.

De algún modo, ver a mi amigo allí, frente a mí, convertido al contraluz en una silueta de contornos anaranjados, dio de pronto un cierto sentido a todo, como si todo lo hecho hubiese tenido como único fin el poder ver a Nico en ese preciso instante y en ese preciso lugar y aquella visión fuese razón suficiente para entender por qué habían ocurrido las cosas.

Se quitó la gorra y se encogió de hombros con una sonrisa de bienvenida un poco infantil.

—Han sido días extraños, ¿eh? —dijo, y luego señaló hacia atrás, a algún punto indefinido que bien podría estar más allá del sol—. Al menos, parece que ya entra el verano...

—Sí. Empieza a hacer calor.

Nos miramos, como si necesitásemos asegurarnos ambos de que realmente éramos nosotros, y durante unos largos segundos ninguno de los dos supimos qué decir. No estaba seguro de cuándo había sido exactamente la última vez que nos habíamos visto. Tal vez no habían pasado más de dos o tres semanas. Pero ya nada se parecía a como era todo entonces y supongo que eso hacía más difícil elegir por dónde empezar a hablar.

Fui hasta su lado al borde de la azotea y ambos nos volvimos y contemplamos a la vez los tejados sin decir nada y por un momento llegué a creer que no hablaríamos, que tal vez sólo compartiríamos un rato en silencio, disfrutando del plácido paisaje de la ciudad al anochecer, y que quizá luego él se iría y llegaría la noche y eso sería todo. Y aquella idea me gustó y tornó en cómodo aquel silencio para mí, porque en realidad no necesitaba ni decir ni escuchar nada. Me bastaba con tener a mi lado, vivo y libre, a mi amigo.

Fue él quien se decidió a hablar y casi diría que me molestó que lo hiciera.

—No ha debido de ser fácil para ti —dijo.

Aquellas palabras fueron suficientes para acabar con la tentación de dejarlo correr, de no mencionarlo siquiera, de evitar detalles, aclaraciones o justificaciones, de acordar entre ambos sin necesidad de expresarlo en voz alta que lo mejor sería hacer como si nada hubiese ocurrido y tan sólo seguir adelante retomando la vida a partir de la última vez que nos habíamos visto como si todo lo demás sólo hubiese sido un mal sueño. Pero estaba claro que aquella era sólo una tentación mía, una tentación absurda y fugaz, no de él.

—Preferiría no hablar de ello, Nico —murmuré sin convicción, en un vano intento de resistirme.

Nico asintió, comprensivo.

—No lo haremos. Pero al menos déjame que te dé las gracias.

Le miré y vi que él también me estaba mirando y su sonrisa me resultó tan cálida y tranquilizadora como el suave calor que aún transmitía aquel sol moribundo.

—¿Cómo sabes que lo hice yo?

—Porque nadie más habría hecho algo así para salvarme la vida.

Un silencio, esta vez cómplice y reconfortante, hizo innecesario ir más allá.

—Nadie me avisó de que te fueran a acusar a ti —le dije, a medio camino

entre el lamento y la disculpa y, para mi sorpresa, al oír aquello Nico se echó a reír.

—Oh, eso... —dijo, con un gesto de indiferencia—. No te preocupes. No tiene mayor importancia...

—Pero la policía te está buscando —insistí, sorprendido por su reacción—. Los periódicos dicen...

—Lo sé, lo sé —me interrumpió. Parecía encontrar algo divertido en aquello. Su risa parecía sincera y su voz sonó tan despreocupada como si estuviésemos hablando de cualquier bobada sin importancia—. Sigues siendo un ingenuo, monaguillo. Todo forma parte del trato. De tu trato y del mío. Me van a dejar escapar con tal de que me marche lo más lejos posible de Madrid. Con eso, tú quedas al margen y Gante se libra para siempre de mí. Es perfecto. Un tipo astuto e inteligente el comisario...

Nico extendió las manos con las palmas hacia arriba, en un gesto que bien habría servido para concluir la narración de un cuento con final feliz.

—En unos días se anunciará que dieron conmigo, que cuando me iban a detener me resistí y que tuvieron que pegarme un par de tiros. Ya se buscarán algún cuerpo que hacer pasar por el mío. Asunto cerrado y todos contentos. Y yo ya sólo seré un muerto olvidado. —Tras decir aquello, acercó su cara a la mía y añadió con tono burlón—: ¿Sabes?, es raro saber que vas a morir...

—Pero tú eres inocente... —protesté, con debilidad, porque estaba claro que a él aquello le parecía más divertido que preocupante.

—¿Y a quién le importa la inocencia? —me dijo, como si no entendiese siquiera mis preocupaciones—. Ya no hay lugar para mí en esta ciudad. Ahora soy un fugitivo, monaguillo... ¿Verdad que suena emocionante?

Como tantas otras veces me había ocurrido con él, al oírle hablar así no supe si alegrarme o enfadarme. Allí estaba Nico, el mismo Nico de siempre, rezumando optimismo, encantado de sonar misterioso, de atraer sobre él la

atención, de darte sólo una pista de lo excitante que podía llegar a ser su vida. Y verle actuar así, después de todo lo que había pasado y de lo que aún quedara por pasar, aferrado a ese afán suyo por deslumbrar, intrigar y no mostrar jamás debilidad alguna, me volvió a provocar al instante aquella familiar mezcla de admiración e irritación, el deseo de saber afrontar las cosas como él y al mismo tiempo las ganas de regañarle recordándole que no todo en la vida era un inocuo juego de intrigas y misterios. Pero esta vez esa conocida mezcla vino empañada por una espesa capa de melancolía que empapó hasta ahogar cualquier otro sentimiento.

—¿A dónde irás?

Me lo anunció con el mismo tono gozoso con que uno anunciaría que ha ganado un premio largo tiempo ansiado:

—Me voy a Chile.

—¿Por qué a Chile?

—¿Y por qué no? Está lo suficientemente lejos y tengo entendido que allí hay menos españoles que en México o Argentina... Eso me dará más oportunidades, ¿no crees? Será un buen sitio para volver a empezar. Tengo grandes planes... —afirmó, como siempre había hecho, y por un instante creí que, como antaño, empezaría a enumerarme su habitual listado de ideas que llevaban siempre de manera irremediable al éxito y la riqueza. Pero en lugar de ello, por una vez, fue a asuntos más prácticos—: Tengo suficientes ahorros y ya he contactado con conocidos que por una buena cantidad de dinero me ayudarán a pasar la frontera con Portugal y, una vez allí, a conseguir un pasaje en algún mercante que vaya a América. Será fácil. Ya está todo listo.

—¿Cuándo te irás?

—Mañana. Gante no va a esperar más.

—Entonces, has venido a despedirte...

El silencio incómodo regresó y yo traté de soportarlo volviendo a

contemplar aquellos tejados que tantas veces había visto bajo la luz del amanecer y que ahora, con la caída de la noche, me parecían más pequeños, más viejos y aún más apelotonados.

Cuando volvió a hablar, la voz de Nico sonó repentinamente queda, atrapada por una tristeza repentina.

—No puedo evitar sentir su muerte, Emilio. Ya sé que don Matías no era un buen hombre. Pero hizo mucho por mí.

Aquel tono de voz, tan impropio de él, me hizo desear al menos compensarle.

—Nico —dije—, a don Matías le engañaron sobre ti. Le hicieron creer que le estabas traicionando. Para eso te dieron aquella paliza. Y por eso no hizo nada por ayudarte ni entonces ni después.

Le vi apretar los labios. Permaneció pensativo, como si de pronto cayese en la cuenta de algo que le dolía y le aliviaba a la vez.

—Yo nunca habría traicionado a don Matías.

—Y él tampoco te habría dejado a tu suerte si no le hubieran mentido. Creo que tienes que saberlo. Sé que eso es importante para ti.

Asintió con lentitud. Luego, se encogió de hombros y pareció desechar con un movimiento de cabeza alguna idea peregrina.

Volvimos a callar, tal vez porque ambos comprendimos a la vez que ya no quedaba mucho más que decir. Nico se caló su gorra y comprobó que el cuello de su camisa se mantenía firme en alto. El sol apenas era ya un reflejo débilmente anaranjado tras un cielo de un intenso gris.

—¿Y Asia?

Me miró sorprendido, como si aquélla fuese la última pregunta que esperase que yo pudiera hacerle, y bajó después la mirada y tuve la sensación de que toda aquella vitalidad que había mostrado hasta entonces se desinflaba con la misma brusquedad con que se escapa el aire al pincharse un globo, lo cual me

hizo dudar de si, por una vez, aquella actitud airosa que había mantenido hasta entonces no tendría más de impostura, de obligada fidelidad al Nico del pasado, que de realidad.

—La vi ayer. La esperé cerca del Dixie y, cuando salió, la seguí hasta su casa.

—¿No le hablaste?

Nico negó con la cabeza como quien confiesa con pesadumbre una culpa, incapaz de realizar su confesión en palabras.

—Ya no, Emilio... —dijo después, perdiendo su mirada en el anochecer—. No quiero causarle más problemas. Ella está al margen de todo esto y así debe seguir. Sólo quería verla...

—¿Y eso es todo?

Me miró, incómodo por mi insistencia, sintiéndose regañado. Pero me contestó en un tono en el que había más de rendición que de disculpa.

—¿Acaso puedo ofrecerle algo ya?

Nico se obligó a dar la espalda a su propia tristeza. Cogió aire con fuerza y trató de recuperar el ánimo y se esforzó en volver a protegerse con una sonrisa que apenas alcanzó a ser una mueca incierta.

—Me voy a hacer rico en América, ¿sabes? —dijo, esforzándose por devolver el ánimo elevado a su voz—. Ya lo verás. Y puede que pronto te llame y te ofrezca venirte conmigo a compartir fortuna.

Por primera vez desde que le conocía, una propuesta de Nico no me produjo el inmediato pellizco en el estómago ni sentí el impulso ciego de unirme a él para lo que fuera. En cierto modo, todo lo ocurrido nos había situado a cada uno en lugares diferentes de aquella historia y, de pronto, sonaba extraño siquiera pensar que fuese aún posible construir un destino común para ambos.

Se echó la gorra un poco hacia atrás, se metió las manos en los bolsillos y

dio un vistazo a su alrededor como si necesitase ver por última vez aquella azotea en la que nunca antes había estado.

—Nos hemos divertido, ¿verdad?

—Claro que sí.

Quise respirar y me faltó el aire. Porque supe que allí, en aquel instante, terminaba todo. Iba a perder al mejor amigo que había tenido nunca y que, quizá, nunca volvería a tener. A pesar de nuestras diferencias, Nico y yo nos parecíamos demasiado. Los dos habíamos buscado, cada uno a nuestra manera, lo mismo. Habíamos querido alcanzar esa vida que sólo existe en la pantalla de un cine o en las páginas de un libro. Habíamos querido ser *cowboys*, bucaneros, bandoleros, buscadores de tesoros, creyendo que sabríamos aprovecharnos de aquel tiempo cruel que nos había tocado vivir. Nos habíamos equivocado, nuestros sueños no eran nada más que espejismos, y ambos debíamos pagar el precio de la derrota. Él tenía que marcharse y yo debía quedarme allí, luchando contra el demonio que se había instalado en mi interior dispuesto a recordarme a cada segundo lo que había hecho y en lo que me había convertido. Y, por alguna razón inexplicable, aquel mal final de una apuesta perdida, aquel instante último en que Nico y yo afrontábamos la diferencia entre las fantasías a las que nos habíamos aferrado y la realidad a la que nuestra estúpida ingenuidad nos había arrastrado, me llenó no sólo de nostalgia por un futuro que sería muy diferente a como ambos hubiésemos podido imaginar sino también de fuerza. Durante aquel último silencio compartido con mi amigo, supe de pronto, como una revelación, que sobreviviría, que saldría adelante, que el pasado no podría conmigo y que ese adulto desconocido en que me había convertido en un portal de la calle Gaztambide acabaría siendo un hombre fuerte, capaz de superar sus culpas y sus errores y de alcanzar ese otro sueño, siempre tan indefinido como anhelado, al que solemos llamar «felicidad».

Y esa certeza, tan infundada como firme, me haría abandonar definitivamente aquella inane forma de vivir cada día en la que me había mantenido escondido. Salí de aquella sombra justo en ese último segundo que pasamos juntos. Y, ahora sí, me sentí bien.

Nico se despidió dedicándome uno de aquellos guiños suyos de triunfo y esperanza con los que le gustaba rubricar sus grandes momentos. Luego, se giró y no volvió a mirar atrás hasta desaparecer con andares airosos por la portezuela que daba a la escalera.

Ya entonces supe que nunca más le volvería a ver. Nuestras vidas se separaron en aquel momento para siempre, convertidos ambos en dos hombres muy diferentes a aquel muchacho fanfarrón y al niño con ansias de aventuras al que cazó robando tinajas de leche en un sótano. Aquel camino que habíamos recorrido juntos terminaba allí. A partir de entonces, cada uno recorreríamos nuestro propio camino en solitario.

Me quedé aún algunos minutos en la azotea. Dejé que la noche cayera sobre mí y me pregunté si Nico acabaría haciendo realidad alguno de sus triunfales planes. Deseé con toda mi alma que así fuera.

Nunca lo supe. Y nunca dejé de echarle de menos.

Raimundo Giralda recorrió una vez más con la mirada las diferentes zonas del Dixie y, por fin, pareció darse por satisfecho. Todas las mesas del patio central estaban ocupadas. También lo estaban la mayoría de los reservados y en la barra se acumulaban clientes en un número habitual. El público entraba y salía, los camareros se apresuraban de un lado para otro tan atareados como siempre y la orquesta animaba una velada donde nada había diferente en las conversaciones, las risas, el sonido del choque entre vasos y botellas y los rostros risueños de una clientela ajena a todo lo que no fuera su propia

diversión. El reservado de Sampedro estaba sin ocupar. Desde su muerte, Giralda no había admitido reservas del mismo. Durante demasiados meses, Sampedro se había sentado en aquel sofá y a Giralda le costaba imaginar a alguien diferente en su sitio. Lo mantenía vacío sin saber si lo hacía por una especie de luto, de homenaje o de simple resquemor supersticioso. Tampoco el reservado de Jorge Lanza estaba ocupado esa noche. Aquélla no era noche de actuación de Asia ni de ningún otro artista más allá de la orquesta recorriendo su repertorio habitual y no era raro que Lanza no acudiese en noches así. La ausencia de ambos, la del uno voluntaria, la del otro definitiva, no alteraba la imagen de normalidad que ofrecía el Dixie.

Tras mirar y remirar y comprobar que todo iba bien, como si no se fiase de lo que le decían sus propios ojos, Giralda suspiró con alivio, fue hasta su esquina de la barra y pidió que le sirvieran su oportó. No pasaba nada, no había nada que temer, se repitió, como quien repite una letanía tranquilizadora.

Cuando supo del asesinato de Sampedro, pensó que se trataba de la señal que había estado temiéndose. Al fin, sus negras premoniciones se convertían en realidad. Sampedro había muerto y, de alguna manera, se convenció de que el futuro de su club estaba ligado a ello y que al fin había llegado el momento en que sus miedos se convertirían en realidad. Sin tener la templanza suficiente para llegar a conclusiones objetivas, no le cupo duda de que a partir de la muerte de Sampedro sólo quedaba ver cómo la clientela empezaba a abandonar el club, las noches se convertían en largas horas de soledad y hasta la música perdía su fuerza de atracción. Cada noche esperaba el desastre. Creía que abriría y nadie atravesaría la puerta de entrada. Las mesas, los reservados y la barra quedarían vacíos o, a lo sumo, desaprovechados por borrachuzos solitarios y parejas aburridas esperando el amanecer y la orquesta sólo tocaría para camareros adormilados y para él, abandonado a su suerte en su esquina de la barra. Tuvo que obligarse a sí mismo a razonar y a

aferrarse a la lógica de que no había ninguna relación entre la muerte de Sampedro y la vida del Dixie.

Y ahora, cuando cada noche comprobaba que la vida continuaba en el club como siempre había sido, no podía evitar que sus cenizos pensamientos se transformaran en una euforia a duras penas contenible.

Una vez que lograba alejar el miedo, su mirada recorría el club con un espíritu renacido. Había que hacer cambios. Sí, alguna novedad. Quizá una tela más alegre cubriendo las paredes o unos apliques menos rococó y más *art nouveau* o un cambio de tapicería de los sofás de los reservados. Y la música, también había que seguir innovando. Quizá debía buscar chicas para crear un trío de cantantes. Ahora, en los clubes americanos, la última moda era el *sisterismo*, los tríos vocales de hermanas. Las Andrews Sisters eran lo último. Quizá él debía crear algo parecido. Buscaría chicas y reuniría a las tres de más talento y las presentaría como las Rodriguez Sisters. Aquel absurdo nombre le hizo reír, porque necesitaba reír.

Giralda reía en su esquina cuando, también como cada noche, el comisario Gante se dejó caer por el club más o menos a su hora de siempre. Giralda le vio entrar y se saludaron con un leve gesto de respeto y reconocimiento mutuo. Luego, Gante buscó hueco en la barra y pidió con impaciencia a un camarero que le sirviese su primer Soberano de la noche.

Volvía de la casa de Montesquinza y, como siempre que iba allí, estaba de un humor de mil demonios. En los últimos días, iba por Montesquinza con más frecuencia que nunca. Lanza demandaba su ayuda y su consejo. Aquella tarde, ambos habían seguido respetando las reglas que Jorge Lanza fijara desde el principio sobre el asunto de Sampedro. Nada de información concreta, nada de quiénes ni cómo ni dónde, ningún detalle. Sobre Sampedro, Lanza sólo había sabido del resultado y en ningún momento había hecho a Gante pregunta alguna. Había pagado el trabajo, había dado por terminado el asunto como

quien termina una satisfactoria operación de negocios y ya ni siquiera necesitaba hablar más de ello. Ahora tocaba lo siguiente. Tocaba repartir el botín. Había que decidir con qué se quedaba él y qué minucias dejaba para otros.

Lanza ya estaba haciendo sus movimientos. Muchos de los aliados poderosos de Sampedro habían recibido el mensaje de que no tenían nada por lo que preocuparse si pasaban a mantener una relación semejante con él. Lanza se movía con soltura por las alturas. Nadie perdería sus sobornos, sus comisiones, sus influencias y su protección si seguía haciendo lo mismo que hasta entonces pero ahora para él. Estaban también los negocios callejeros, toda la red de mercado negro que la muerte de Sampedro había dejado huérfana. Lanza no estaba interesado en asumir esa parte. Los contratos de construcción seguían aumentando, su empresa daba ya pingües beneficios, ya no necesitaba buscar dinero hasta debajo de las piedras, así que podía elegir a qué dedicar su tiempo y qué despreciar, y Gante, que conocía lo que se movía en las calles mejor que nadie, le ayudaba a tomar decisiones. Y, por supuesto, le cobraba por esa ayuda.

Pero aquella estrecha colaboración no significaba que Gante no siguiera sintiendo un profundo desprecio por aquel tipo al que nunca había soportado. Le irritaba sobremanera su petulancia, sus aires de hombre importante, su manera impetuosa de darle instrucciones, hasta sus estilográficas colocadas en fila al borde del escritorio y los retratos y los marcos de plata y todos esos muebles de su despacho que, por muy limpios que estuvieran a él le parecía que de puro antiguo acumulaban siempre demasiado polvo. Gante no podía soportar a quienes lograban riqueza o poder sentados frente a una mesa, sin haber conocido nunca el frío que se pasaba haciendo una vigilancia de madrugada o lo cansado que podía llegar a ser dar una somanta de palos a cualquier imbécil para lograr una confesión. Ningún hombre merecía disfrutar

de nada que no hubiese conseguido manchándose de sangre o empapándose de sudor, solía decir el comisario.

Pero Gante no le mostraba a Lanza ni la ira ni el desprecio que le inspiraba. El comisario sabía controlar sus sentimientos cuando le interesaba. Y aquella relación con Lanza aún le interesaba. Le reportaba los suficientes beneficios para soportar desplantes e impertinencias y fingir respeto y sumisión. Pero no tenía ninguna duda de que algún día, cuando fuese necesario o resultase más beneficioso para él por cualquier motivo, acabaría con Lanza con la misma facilidad con que había acabado con Sampedro.

Ésa era la idea a la que se agarraba para superar el mal humor que le dejaban las visitas a Montesquinza. Él decidiría. Él mandaba. Igual que había decidido cuándo poner fin a aquella guerra entre Lanza y Sampedro que estaba alterando ya en exceso la tranquilidad no sólo de las calles sino, sobre todo, de los mandamases. Cuando ya no le compensó la existencia de ambos, eliminó a uno de ellos. Cuando la existencia del que había quedado, el dichoso Lanza, tampoco le compensase, también se ocuparía de él. Y pensar eso resultaba muy consolador y reconfortante.

Tras un par de Soberanos en la barra del Dixie, sintió que empezaba a recuperar la templanza y que se disolvía el mal humor. Lanza podía ser un incordio, pero las cosas no podían ir mejor, se repetía para animarse. Los jefes estaban encantados con la muerte de Sampedro y el fin de la guerra entre éste y Lanza. Para los siempre temerosos políticos que veían en cada suceso un riesgo para su futuro personal, aquello traería un período de tranquilidad. Ahora nadie le presionaría cada vez que ocurriese algo. Le dejarían en paz y podría ejercer el mando en las calles sin que nadie le diera la lata desde arriba. Y ese mando era ahora mayor que nunca. En aquellos tiempos de incertidumbre, toda aquella recua de matones, soplones, espías, cobradores y el resto de la escoria que intervenía en el estraperlo sabían que necesitaban

más que nunca estar a bien con el comisario por lo que pudiera pasar. Él parecía ser el único que podía ofrecer alguna seguridad a todos aquellos pelanas muertos de miedo. Todo tipo de rumores sobre redadas, detenciones en masa y hasta ajusticiamientos inminentes de los hombres de Sampedro corrían de boca en boca y todas las miradas de aquellos hombres asustados se volvían a Gante buscando su protección. Y él disfrutaba con todo aquello. Disfrutaba por el solo hecho de saber que nadie en ningún despacho, en ninguna casa elegante, en ningún rincón de Madrid sabía cómo mover las piezas, cómo ejercer el mando, cómo hacer que las cosas ocurrieran, como él.

Permaneció aún un rato en la barra sin hablar con nadie. Tras un tiempo aparentando escuchar aquella música que tanto le desagradaba, decidió que la mala sangre ya se había disuelto y que estaba listo para trabajar. Echó un vistazo a su alrededor, repasando los rostros de los clientes de la barra. Identificó a un par de tipos con los que tenía que tratar algún asunto. Aquellos días solía estar más ocupado que nunca cuando iba al Dixie. Había instrucciones que dar, tratos que hacer, advertencias que dejar caer para seguir reconstruyendo el escenario quebrado por la muerte de Sampedro.

Empezó por ir al aseo. Le ocurría algo que resultaba hasta gracioso, algo que no solía pasarle antes. Cada vez que iba al baño, alguien aparecía tras él. Algún tipo con prisas y miedo le asaltaba, aprovechando la discreción del lugar, para tratar de ganarse su favor ofreciéndole alguna información, suplicándole ayuda o tan sólo jurándole lealtad ciega a cambio de nada. Aquel baño parecía haberse convertido en su oficina. Pero no es que en ese momento fuera para esperar allí a una de aquellas visitas. Realmente necesitaba ir. La reunión con Lanza le había dejado revueltas las tripas.

Estaba sentado ya en el retrete cuando oyó que la puerta del aseo se abría y se apostó a sí mismo que seguro que se trataba de alguno de esos muertos de hambre, que había visto a dónde iba y corría a buscar un encuentro libre de

miradas cotillas. Confió en que al menos le dejase acabar, pensó, riéndose de su propia idea. Sólo le faltaba ya tener que atender a todos aquellos tipos con los pantalones bajados hasta los tobillos.

Aquella noche, la sensación de victoria de Gante terminó. Lo había planeado todo a la perfección. Lo había ejecutado todo tal y como lo había pensado. Los resultados habían sido exactamente los deseados.

Pero en el momento en que la puertecilla del retrete se abrió con brusquedad y vio el cañón de la pistola delante de su cara y oyó el breve y sordo zumbido del silenciador, que sonó como un escupitajo lanzado al centro de su frente, a Gante sólo le quedó tiempo para comprender que había cometido un único y fatal error.

No había caído en la cuenta de que él también era un cabo suelto.

El 15 de agosto de 1952, años después de la muerte de Matías Sampedro, el Gobierno declaró oficialmente el final del racionamiento. Las cartillas, los vales y los cupones fueron suprimidos al considerarse que el abastecimiento que llegaba a los comercios era ya suficiente y que había desaparecido el riesgo de hambruna. Esta decisión puso fin al estraperlo. Aquel intrincado mundo de compraventas ilegales desapareció de las calles y de la memoria colectiva con esa sorprendente rapidez con que a veces las sociedades deciden borrar sus recuerdos más dolorosos. Pronto, el estraperlo pareció perderse en un pasado lejano, reducido a un puñado de historias que sonaban más pintorescas que reales, anécdotas contadas por los mayores que sólo servían para dar ejemplo a los más jóvenes o alardear de sacrificios más o menos imaginarios.

Quienes más se enriquecieron gracias al contrabando fueron los primeros en olvidar aquellos años. Ya en vida de Sampedro había estraperlistas que habían prosperado al margen de las redes tejidas por él, pero tras su muerte aumentó el número de los que lideraban sus propios negocios ilegales. Ninguno de ellos llegaría a controlar el mercado callejero de manera tan extensa como Sampedro. Pero fueron bastantes los que lograron hacer considerables fortunas. Más allá de pequeñas pugnas comerciales por zonas o productos, no volvió a haber entre ellos ningún enfrentamiento. Cada uno sacaba su buena tajada y eso era suficiente para disfrutar, sin meterse en mayores líos, de una confortable vida en la que a ninguno le faltaba la casa en barrio elegante, la amante en piso discreto y el automóvil llamativo en la cochera. Y cuando todo

aquello llegó a su fin, el capital que habían acumulado fue más que suficiente para que la mayoría de ellos se reconvirtieran en respetados empresarios, acaudalados accionistas o apacibles rentistas. Y, por supuesto, todos aquellos desmemoriados se comportaron siempre como si su dinero hubiera caído del cielo sin conservar recuerdo alguno del origen de su riqueza.

Las bandas, los matones, los correos, los treneros, los delatores y los soplones, los transportistas, los almacenes clandestinos y los cientos de lugares discretos donde se llevaban a cabo las ventas también se desvanecieron como si nunca hubieran existido y, en muy poco tiempo, pareció haberse establecido un pacto de silencio por el que nadie mencionaba ya nada de lo que hubiera podido hacer, ver o escuchar durante todos aquellos años. Las heridas abiertas fueron cerrándose, dejando en algunos cicatrices que les impedirían olvidar y en otros un dolor que los acompañaría el resto de sus vidas. Pero fueron mayoría los que, simplemente, sustituyeron sus preocupaciones, metas y necesidades de entonces por nuevos afanes y objetivos sin querer siquiera mirar atrás.

Con inusitada rapidez, aquella época pasó a ser pronto más un relato que un recuerdo. Y, para entonces, el Dixie ni siquiera formaba ya parte de él.

El club nunca volvió a abrir sus puertas tras el asesinato del comisario Gante. Aquella misma noche, el local quedó precintado. Tan sólo unos días después, se le retiraron todas las licencias. No se consideró apropiado que un club donde habían matado a un policía pudiera seguir abierto al público.

A partir de entonces, a aquel sótano de la plaza del Carmen pareció perseguirlo una maldición durante muchos años. La ciudad fue cambiando a su alrededor mientras el local permanecía cerrado y olvidado. Del club sólo quedó como recuerdo la estructura de hierro que sostenía sobre la puerta de entrada las otrora luminosas letras con su nombre. Poco a poco, las bombillas tintadas de azul fueron rompiéndose hasta que ya no se pudo siquiera descifrar

la palabra que antaño formaran aquellos restos. La gran letra «D» fue la que más resistió, solitaria y orgullosa como un general decidido a seguir plantando cara al enemigo una vez aniquiladas sus tropas. Pero también acabó por ser vencida y pronto sólo quedaron esos hierros que en su día habían sujetado el nombre del club y que fueron oxidándose y retorciéndose al albur de lluvias, calor y nieves.

Alrededor del local, los comercios fueron abriendo y cerrando, adaptándose a las modas y las épocas, mientras que aquel sótano permanecía cerrado, afeando la manzana con sus paredes desconchadas, su puerta ennegrecida y aquella retorcida estructura de hierro oxidado encima que ya no sujetaba letra alguna. Hubo de pasar más de una década desde el cierre del Dixie para que alguien se decidiera a apostar por el lugar y abriera una mercería donde se hacían remiendos y se vendían todo tipo de retales, botones, agujas y demás útiles de costura. El local fue adaptado a su nueva finalidad, abriendo escaparates en las paredes y sustituyendo la puerta de entrada por otra más ligera y los hierros oxidados por un bonito toldo verde con letras góticas blancas donde podía leerse LA RETOUCHERIE DE CARMEN, un nombre con demasiadas pretensiones para tan humilde comercio.

Años después, y tras otro largo período de cierre en que los escaparates fueron cubiertos con tablones de madera y el toldo con el nombre de la mercería grabado corrió la misma suerte que las bombillas luminosas del Dixie, quedando del mismo apenas unos jirones de tela tan ensuciados por el tiempo que habían pasado de un verde luminoso a un negro apenas verdoso, el local resucitó de nuevo como un cine de reestreno. Como ocurriera con el Dixie, cualquier negocio que allí se abriese seguía siendo el hermano pobre de sus iguales situados en la Gran Vía, como si los apenas cincuenta metros que separaban el local de aquélla fuesen un trecho infinito que le hiciera imposible competir. El cine sobreviviría durante años con una digna modestia sin llegar

a proyectar nunca los grandes estrenos que podían verse en el Callao, el Avenida o el Palacio de la Prensa.

Para entonces, nadie recordaba que allí se hubiese cometido un asesinato o ni siquiera que hubiera habido en aquel mismo local un club de jazz capaz de robarles clientela a las lujosas y populares salas de fiesta de la Gran Vía. Hacía décadas que no entraban en él parejas excitadas por tener una reserva en un club en el que se decía que uno podía codearse con los más turbios maleantes de la ciudad, ni hombres de negocios dispuestos a disfrutar en un discreto reservado de la compañía de su última conquista, ni todos aquellos tipos que se juntaban en la barra para compartir rumores, dejarse ver y fingir que ocupaban un puesto más alto del que realmente tenían en el indefinido escalafón de alguna banda de contrabandistas. Ya no podía oírse desde la calle el eco de una banda de jazz remedando los éxitos de Basie y Ellington y nadie aparecía a fumar un cigarrillo en su callejón trasero, donde a veces se acumulaban demasiados restos de basura hasta que los barrenderos caían en la cuenta y los retiraban para que pronto volviesen a aparecer. Y nunca volvió a asesinarse a nadie entre sus paredes.

El Dixie había sido olvidado tan deprisa como triunfó. Los miembros de su orquesta nunca volvieron a tocar juntos, desperdigándose por otras bandas de la ciudad, volviendo a interpretar músicas más populares que el jazz, y los clientes que antaño consideraran que nunca en ningún otro local se habían divertido tanto como allí encontraron con rapidez nuevos establecimientos donde sentir aquella misma excitación, olvidándose con rapidez del club como si todas las noches pasadas en él jamás hubieran existido. El Dixie no sería mencionado en ninguna crónica de la ciudad, cuando se hacía recuento de las salas de baile o de música más populares de su época, y el jazz no volvería a sonar en las noches de Madrid hasta muchos años después.

Con el cierre del Dixie, desapareció un lugar que quiso ser mágico, un lugar

donde los sueños se transformaban en promesas, donde podías escuchar una música con sabor a libertad, donde uno podía sentir que formaba parte de un escenario irreal donde quizá, sólo quizá, era posible convertirse en alguien muy diferente a quien se estaba destinado a ser. El final de un mundo en el que aquel club tenía sentido comenzó cuando se fundieron para siempre las luminosas letras con su nombre brillando, solitarias y orgullosas, en aquella oscura plaza de Madrid.

Como todos los porteros de todos los clubes, bares y salones del mundo, aquél también era malencarado y arisco. Me había dejado entrar a regañadientes, tras repasarne de arriba abajo con una mirada que parecía por sí sola un insulto. Nada más atravesar la entrada, en un pequeño vestíbulo, había que elegir entre dos posibles túneles. Al ver desde fuera que yo titubeaba sobre cuál debía tomar, el propio portero se asomó y con un despectivo movimiento de cabeza me señaló el de la izquierda. En ningún momento me dirigió una sola palabra.

Adentrarse en aquel túnel —porque aquel angosto pasadizo era mucho más túnel que pasillo— no era una experiencia agradable. El espacio era estrecho, la pendiente pronunciada, la luz tan tenue que apenas podía distinguirse el límite de cada escalón, las paredes de ladrillo rojo visto se unían formando un arco bajo que te obligaba a caminar algo encorvado, en el aire flotaba una neblina de humo y nada más comenzar el descenso se abalanzaba sobre uno un ácido olor a alcohol, sudor y tabaco que no invitaba a continuar. Además, cada poco había gente que te cerraba el paso, sobre todo parejas que se abrazaban o se besaban sin el menor pudor, indiferentes al hecho de que te estuvieran impidiendo avanzar hasta que les demandabas paso y te lo cedían con cara de pocos amigos por haber osado interrumpirlos. Hasta allí apenas llegaba el eco

de un saxo tenor que supuse que provenía de un escenario que me era imposible situar pero que, a juzgar por lo apagado del sonido, estaba a muchas paredes de ladrillo de aquel túnel.

Llegué a un primer entresuelo, donde caí en la cuenta de algo que me resultó muy desconcertante. En aquel espacio más desahogado había un par de docenas de chicos y chicas que charlaban, bebían y fumaban en pequeños grupos. Y al poder abarcar con la mirada a aquel grupo más amplio, fue cuando lo advertí: todos aquellos jóvenes eran iguales. Cada uno de ellos parecía una copia con escasas variaciones del anterior. Jamás había visto algo así.

Los chicos peinaban todos elevados tupés y muchos de ellos lucían un anticuado bigotito a lo Clark Gable. Vestían unas llamativas chaquetas de cuadros de colores que les quedaban absurdamente grandes, con bolsillos por todas partes, una anchura de hombros tres veces mayor de lo que necesitaban y unos faldones que caían hasta casi las rodillas. Los pantalones también eran holgados de más y terminaban por encima de los tobillos para dejar ver unos calcetines de colores chillones que en la mayoría de los casos hacían juego con las corbatas, rematándolo todo unos zapatones de gruesas suelas. Era como si hubiesen elegido para cada prenda varias tallas más de la correcta y el colorido más estridente que la vista pudiese soportar, como si cada uno de aquellos chicos hubiese salido de su casa sin darse cuenta de que iba disfrazado de payaso y no se atreviesen a advertírselo los unos a los otros. Al verlos, me divertí imaginar las risas y comentarios que habría provocado a su paso alguien con semejante indumentaria en cualquier calle de Madrid.

Ellas no se quedaban atrás en extravagancia. Había muchas más rubias que morenas y todas llevaban pintados los labios de un rojo chillón. Sus blusas también abusaban de las hombreras, pero a mí lo que más me llamó la atención fue lo corto de sus faldas, todas ellas por encima de la rodilla, dejando a la

vista unas piernas cubiertas por medias de red de osados diseños. Adornaban sus brazos con un exceso de pulseras y, a pesar de la pobre iluminación de aquel sótano, eran bastantes las que llevaban puestas gafas de sol oscuras. Eran atractivas de una forma tosca y descarada. Al verlas, con sus mohínes de mujer fatal, parapetadas tras aquellos labios demasiado rojos y aquellas gafas demasiado oscuras, uno dudaba si con aquel aspecto buscaban seducir o comenzar una pelea.

Yo no lo sabía entonces, pero a los jóvenes con aquel aspecto se les conocía como *zazous*. Los que yo estaba viendo eran los últimos ejemplares de una especie en extinción. Aquellos *zazous* eran los continuadores, a esas alturas convertidos más bien ya en meros imitadores, de los jóvenes rebeldes que, con aquellas absurdas ropas inspiradas en los trajes con los que solía actuar el gran Cab Calloway, su pasión por una música prohibida como el jazz y su actitud desdeñosa y desafiante, habían plantado cara a los nazis en la Francia ocupada. Ahora, sin nazis a los que retar, aquellos estafalarios jóvenes no eran, como yo creí al verlos, el último grito en modernidad, algo inimaginable de ver en España, sino todo lo contrario, los últimos y languidecientes rescoldos de una época ya pasada, unos chicos nostálgicos de un tiempo que apenas habían conocido y que pronto se extinguirían para ser reemplazados por otros rebeldes que preferirían nuevas formas de vestir, nuevos estilos musicales y nuevos enemigos.

Pero en aquel momento yo ignoraba todo eso y al detenerme en aquel rellano y contemplar a todos aquellos jóvenes con sus deslumbrantes aspectos fue como si acabase de llegar a un planeta desconocido. A pesar de que yo tenía más o menos la misma edad que todos ellos, creo que jamás me había sentido tan fuera de lugar. Allí, con mi traje gris ajustado, mi camisa blanca, mi corbata oscura, mis zapatos de suela fina y con una maleta de cartón colgando de mi mano, era yo y no ellos el que parecía disfrazado. Y me lo

dejaron bien claro las pocas miradas que se molestaron en fijarse en mí, miradas fugaces y secas como el pinchazo de un dardo envenenado de sarcástico desdén.

De nuevo había otros dos túneles que salían de aquel rellano y de nuevo yo no tenía ni idea de cuál debía coger. Me quedé quieto. No me sentí mal por parecer transparente a toda aquella gente. Ni por no tener ni idea de qué túnel debía tomar. Tampoco por no ser capaz siquiera de comunicarme en su idioma. Por un breve instante, casi me hizo sonreír el pensar que así debían de sentirse los marcianos que acababan de llegar a la Tierra en esas espantosas películas de extraterrestres que se habían puesto tan de moda. Pero el asalto de la duda me hizo abandonar una incipiente sonrisa. En aquel momento, más que en ningún otro, no estuve seguro de haber acertado con la decisión que había tomado. A mi espalda ascendía el túnel por el que acababa de bajar y que me permitiría dar media vuelta y olvidarme de todo aquello. Delante se abrían los otros dos túneles. Y allí estaba yo, con mi maleta barata y mis ropas aburridas, sintiéndome como un estúpido marciano desvalido, obligado a elegir qué camino tomar hacia un futuro que de pronto me parecía aún más lleno de riesgos e incertidumbres que nunca.

Asia se fue. Y no puedo decir que me cogiera por sorpresa porque, en realidad, sabía que eso acabaría ocurriendo desde mucho antes de que ocurriera. Todo lo que daba razón de ser a su mundo había desaparecido con el cierre del Dixie. Asia sin escenario, sin música, sin su trenza y su traje verde esmeralda y su voz acallando todas las conversaciones aun antes de haber terminado de cantar el primer verso de cualquier canción, sólo era una chica triste y tímida condenada a marchitarse en una vida de penumbra. Se fue porque tenía que irse.

Pasamos mucho tiempo juntos después de la marcha de Nico y de que el Dixie cerrara. Entre nosotros se creó un estrecho vínculo que iba más allá de la amistad, algo parecido a una unión fraternal entretejida por un sentimiento común de desamparo y soledad. Para Asia y para mí, la compañía del otro se convirtió así en algo a medio camino entre el duelo y el consuelo. Y durante aquel tiempo compartido Asia dejó de existir para volver a ser Rosita, justo antes de que Rosita dejara de existir para ser por siempre Asia.

A veces hablábamos, a veces sólo paseábamos en silencio. Fui yo quien le conté a dónde se había ido Nico. Asia lloró cuando le narré aquel encuentro en la azotea de Buenavista y cuando le desvelé que Nico se había despedido de ella sin despedirse, diciéndole adiós desde la distancia, acompañándola una última noche desde el Dixie hasta su casa, esta vez sin caminar a su lado como solía. Quizá realmente para protegerla y evitarle problemas, como él me dijera. Tal vez porque su orgullo le impedía mostrarse ante ella en aquel momento final de derrota y rendición antes de su huida final, como pensaba yo.

Al principio, el nombre de Nico aparecía de manera constante y, en apariencia, espontánea en nuestras conversaciones, casi como si fuera por casualidad. Pero, poco a poco, acabó por desaparecer. Le dejamos ir sin confesarnos el uno al otro que necesitábamos hacerlo porque la sola mención de su nombre dolía como si un cuchillo nos cortara a ambos un pedazo del corazón.

En muchos momentos, el silencio era más reconfortante que cualquier cosa que pudiésemos decirnos. Ella nunca me preguntó por lo ocurrido tras aquella tarde en la que salí a su encuentro frente al hotel Palace. Yo tampoco hice nunca mención a aquello. Pero muchas de esas veces en que tan sólo caminábamos en silencio, tuve la sensación de que en realidad estábamos hablando de ello sin palabras. Llegaba a creer que yo le explicaba por qué hice lo que hice, que por fin le hablaba a alguien de lo que había hecho y de lo

que me había hecho sentir. Y ella me escuchaba y lo comprendía y me decía que no me preocupara, que no pensara más nada de eso, y luego, con su dulce voz, terminaba dándome las gracias. Nunca tuvo lugar esa conversación, pero para mí se repitió cada vez que Asia y yo compartimos silencios.

Así fueron las cosas durante algún tiempo. Hasta que un día, sin previo aviso, sin que nunca antes hubiese mencionado siquiera la posibilidad, durante uno de nuestros paseos Asia me anunció que se iba. Se le había presentado una oportunidad, me dijo. México, me dijo. Podría ganarse la vida allí, añadió. Quería seguir cantando y en Madrid ya no tenía dónde, concluyó. Me lo contó con frases cortas, con pausas atragantadas, con una cierta vergüenza, como si estuviese confesando un pecado o una traición. Y yo le mentí y le dije que me alegraba muchísimo y en ningún momento le mostré el menor atisbo de lo mucho que me desgarraba perderla también a ella.

Llegó el último día y subí con ella a un taxi y la acompañé al aeropuerto. Asia sólo llevaba una pequeña maleta como único equipaje y vestía un abrigo con aspecto de recién comprado y su pelo iba recogido en ese mismo moño soso que se hacía tras las actuaciones y casi lograba ocultar sus nervios de no ser porque no dejaba de morderse el labio inferior.

Nos despedimos en la acera, sin movernos de donde nos había dejado el taxi. Y, como tantas otras veces, no necesitamos palabras. Sólo nos dimos un abrazo. Luego, ella entró en la terminal del aeropuerto y yo me quedé aún unos minutos en la acera, atravesado por un impertinente viento de otoño y una asfixiante sensación de soledad. Rosita se fue o, mejor dicho, se quedó para siempre en aquella acera conmigo, y Asia subió a un avión y dejó atrás, también para siempre, un pasado que le era innecesario.

Perder a Asia fue tan doloroso como lo había sido perder a Nico. Pero llegué a convencerme de que no sólo sería bueno para ella sino también para mí. Al irse Asia, ya no quedaba en mi vida nada relacionado con todo lo

ocurrido los años anteriores. Su marcha fue la señal definitiva de que había llegado el momento de convertir en realidad aquella visión de mí mismo que tuviera en la azotea de Buenavista durante mi último encuentro con Nico: la visión de ese adulto fuerte capaz de ser algo más que la difuminada estela dejada por todo lo vivido hasta entonces. Como si para ser capaz de comenzar a crecer fuera necesario que todo aquello relacionado con los años previos a lo ocurrido en el portal de Gaztambide, ya fueran lugares o personas, hubiera de desaparecer por completo para que yo, a solas, pudiera por fin comenzar a mirar a la cara a esa nueva persona que era yo mismo, sin quedarme ya ni lugar ni excusa para seguir escondiéndome.

A diferencia de Nico o de Asia, yo no tuve un momento concreto de ruptura, de renacimiento ni de redención. No subí a ningún avión ni a ningún barco que me llevara lejos de todo aquello que habíamos vivido, que interrumpiera el presente, me alejara del pasado y me permitiera renacer en un futuro desconocido. Las calles, los rostros, los olores y los sonidos, la vida a mi alrededor siguió siendo la misma aunque yo ya fuera otro. Me quedé allí, en mi ciudad, en mi barrio, en el único mundo que conocía, y comencé mi propia lucha por sobrevivir. Y, para ello, lo primero que tuve que aprender fue a plantar cara a mis dos nuevos compañeros de viaje, dos enemigos que durante mucho tiempo tratarían de impedirme seguir adelante en mi camino. Hube de luchar contra el miedo y contra la culpa. Y no sabría decir cuál fue peor enemigo. Cada uno tenía sus propias maneras de hacerse presente, de asaltarme, de cogermelo desprevenido, de tratar de acorralarme y de tomarme prisionero, y con cada uno tuve yo también que usar armas diferentes para lograr derrotarlos.

Para cuando Asia se fue, yo ya había empezado a sacarme los cuartos como

buenamente podía. Había abandonado mi encierro en casa, consciente de que tenía que espabilar si Marita y yo queríamos seguir pagando la renta de Buenavista y teniendo algo que llevarnos a la boca. Durante los años siguientes, creo que no exageraría demasiado si dijese que llegué a ejercer todas las profesiones que existían en la ciudad.

Empecé siendo mozo de equipajes en la estación de Atocha. No era aquél el mejor trabajo del mundo y, desde luego, no ofrecía ninguna de las emociones de mis tareas de antaño. Pero era la forma más sencilla de comenzar, porque no se necesitaba ser contratado por nadie, sino tan sólo deambular por los andenes a la espera de que algún viajero solicitase tus servicios para cargar con sus maletas. El único requisito para poder desempeñar tan ingrato oficio era no causar problemas, no tener ninguna trifulca ni con los viajeros ni con los demás mozos, porque en ese caso los policías que hacían la ronda en la estación te ponían en su lista negra y ya no te permitían reaparecer por allí, así que uno cargaba con maletas y baúles sin discutir nunca con los clientes por la propina recibida y sin disputar con otros mozos a quién le correspondía ofrecerse antes a los viajeros.

A ello me dediqué durante algunos meses, hasta que el miedo se dedicó a jugar conmigo y a empujarme a dejarlo. Empecé a obsesionarme con la idea de que no era bueno estar a la vista en un lugar tan transitado. Alguien indeseado de entre los cientos de personas que cada día pululaban por la estación, un enemigo imaginario al que no era capaz de poner ni nombre, ni rostro ni motivo definido, podía reconocerme y traerme algún disgusto. Ese temor hizo que dejara de hacer de mozo y, a partir de ahí, comencé un largo recorrido de empleo en empleo, buscando en ellos tan sólo un jornal decente y la mayor discreción. Fui aprendiz de todo aquello que se pudiera aprender — desde mancebo de botica hasta segundón de tapicero, desde ayudante de retratista hasta planchador de sastrería—, un sinfín de oficios que, en realidad,

no tenía el menor interés en aprender, pero que me sirvieron para salir adelante a la vez que me dedicaba a esa otra vida que comenzaba para mí al acabar la jornada y llegar la noche.

En los tiempos de correo de Sampedro y chico para todo del Dixie, ya me había acostumbrado a llevar algo parecido a una doble vida durante el día y la noche y a descansar tan sólo en aquellos ratos libres que podía sacar de entre ambas ocupaciones. Y así seguí viviendo durante años. Mientras dedicaba el día a ganar unos reales, dediqué las noches a una tarea que me permitía soñar con un futuro mejor que el que pudiera proporcionarme el aprendizaje de todos aquellos oficios que detestaba. Me dediqué a estudiar.

Don Francisco, el párroco malhumorado y con tendencia a condenarte al infierno a las primeras de cambio que me enseñara a escribir y a hacer cuentas en la parroquia, me demostró ser un firme creyente en las segundas oportunidades cuando fui a pedirle ayuda para continuar mi formación interrumpida. Yo era ya demasiado mayor para entrar en un colegio a estudiar el bachillerato, pero me puso en contacto con unos marianistas que tutelaban a jóvenes que, como yo, querían completar sus conocimientos aunque fuese al margen de las aulas y los títulos oficiales. Así, cada noche, cuando Marita se iba a su dormitorio tras haber escuchado el último capítulo de alguna de las radionovelas que por entonces habían empezado a causar furor, cuando la ciudad entera callaba, yo cogía los libros usados que me proporcionaban los marianistas y me pasaba horas y horas aprendiendo un poco de todo, desde historia hasta matemáticas, desde la lectura de los clásicos hasta rudimentos de física, en la esperanza de que aquello me permitiese esquivar un destino laboral que, fuera cual fuese, por entonces no veía posibilidad alguna de que pudiera apetecerme. Aún no sabía a qué quería dedicarme en el futuro. Tan sólo estaba seguro de que jamás me dedicaría a ninguna de aquellas profesiones de las que había sido aprendiz.

A lo largo de aquellos años solitarios, cuando la culpa mordía mi ánimo, empeñada en recordarme aquella noche en que apreté el gatillo, me libré de ella aferrándome a la evocación de recuerdos que a la vez dolían y reconfortaban. Trataba de recuperar la imagen de Nico, marchándose libre de la azotea de Buenavista en dirección a su soñado destino de fortuna y gloria. O la de Asia, entrando en el aeropuerto camino de su propio triunfo. Eso me ayudaba a librarme del mordisco rabioso de la culpa y el remordimiento.

También me gustaba recordar aquel día en que Marita regresó a la casa de Buenavista tras su jornada de trabajo y, en cuanto abrió la puerta y entró, supe que le había ocurrido algo especial porque su cara resplandecía de placer.

—No te lo vas a creer —me había dicho, jadeante, antes aun de haber cerrado la puerta de la calle—. Me han elegido, Emilio. ¡Me han elegido!

Yo no tuve ni idea de a qué se refería. Marita nunca era de contar en qué andaba metida, así que yo no estaba a la espera de elección alguna en su vida. Pero saltaba a la vista que se trataba de algo muy importante porque se retorció las manos de puros nervios y no lograba contener su agitada respiración.

Aun antes de saber de qué se trataba, ya me alegré por ella. Daba gusto verla tan entusiasmada. Marita, a pesar de su carácter alegre, no era mujer de grandes aspavientos, así que resultaba divertido y contagioso verla así, como una niña a punto de desenvolver su más esperado regalo. En momentos como ése, cuando reía o daba saltitos gozosos, el peso de lo que había hecho para evitarle un destino fatal parecía disolverse, como si cada risa suya fuese una absolución para mí.

—Me lo han dicho hoy —me dijo, atropellándose—. Por fin han dicho que sí. Que me contratan. Vi el anuncio de que se necesitaba mujeres jóvenes con buena presencia y me presenté y bueno, la verdad, mentí un poco sobre mi edad, porque ellos pensaban más en señoritas en la treintena, pero iba bien

pintada y peinada y les demostré que he leído mucho y que sé algo de su negocio y me preguntaron si tenía hijos y les dije que sólo uno y ya crecido y...

Sus palabras surgían como una ráfaga de disparos, así que tuve que agarrarla por los brazos para frenar un poco sus nervios e intentar meter baza.

—¿Dónde te han contratado, mamá?

Marita se frenó, se obligó a tragar saliva y me miró como si fuese imperdonable que yo no supiera de lo que me estaba hablando.

—La tienda esa de la calle Preciados —dijo, al fin más controlada—. Es una tienda muy grande y al parecer dicen que tiene mucho futuro. Van a crecer aún más y necesitan dependientas. El Corte Inglés, se llama. Me presenté a una entrevista aunque ellos pensaban más en chicas en la treintena, pero iba bien peinada y pintada y...

Poco menos que tuve que agitarla para que callara y no volviera a repetir la misma retahíla nerviosa. Por fin, se calmó un poco y le solté los brazos y ella me cogió las manos y, pasando de la euforia a la emoción en un segundo, me dijo con los ojos encendidos por la alegría y por las lágrimas:

—Voy a vender ropa de señoras, Emilio. Ya no fregaré suelos nunca más. Seré una dependienta, Emilio... ¡Una dependienta de ropa para señoras!

A menudo, cuando leía aquellas revistas usadas que se traía del banco, comentándolas en voz alta consigo misma, Marita acababa divagando sobre lo mucho que le gustaba la moda y lo feliz que sería si en vez de pasarse el día aferrada a la fregona y al cubo pudiese hacer algo para lo que se consideraba nacida, como era vender ropa a otras mujeres. Y Marita, a sus cuarenta y pico, que podían pasar por treinta, según ella, una vez bien peinada y pintada, hizo su sueño realidad.

Aquéllos eran los momentos que me armaban frente a la culpa. Momentos aislados. Instantes en que el pasado cobraba sentido, en que los recuerdos que

aún sangraban podían dejarse a un lado para mirar a los ojos a un futuro sin sombras. Aquéllos eran los momentos en que la culpa retrocedía, derrotada, incapaz de impedirme seguir creciendo.

Pero aún quedaba el miedo, ese otro fantasma, que me hacía llevar una vida escondida sin siquiera saber de quién debía esconderme. El miedo apareció desde que me enterara de la muerte del comisario Gante y me iba a acompañar también durante mucho tiempo. Fuera quien fuese el que había disparado al comisario en el baño del Dixie, pensaba yo, era evidente que el motivo de aquel crimen tenía que ver con la muerte de Matías Sampedro. Alguien había decidido eliminar a quien supiera algo sobre aquello. Y estaba claro, pensaba yo, que eso le acabaría llevando a querer librarse de mí.

Tuve que acostumbrarme a vivir con ese miedo. Tal vez algún día, cuando menos me lo esperase, a la vuelta de cualquier esquina, me daría de bruces con el cañón de una pistola apuntándome. Incluso llegué a aceptar con resignación que algo así acabaría por ocurrir no ya como una posibilidad sino como una certeza, como quien acepta una dura pero merecida penitencia por sus pecados.

Pero, a medida que fue pasando el tiempo sin que nadie apareciese dispuesto a liquidarme, la duda empezó a sustituir al miedo. Me preguntaba por qué no había ocurrido aún, por qué quienquiera que hubiese silenciado al comisario permitía que yo siguiese vivo. Y tardé años en tener la respuesta. Hasta que una fotografía aparecida en la prensa me la dio, liberándome al fin y para siempre de la persecución inagotable del miedo.

El segundo túnel era más corto y tenía menos pendiente que el anterior. Cuando salí de él, me sentí de nuevo como si hubiera llegado a otro planeta ignoto habitado también por seres con los que no tenía nada en común. En el

alargado sótano abovedado al que fui a parar no había ya ninguno de aquellos *zazous*. En su lugar, me encontré con varios tipos que también resultaban muy parecidos entre sí. Eran todos negros y vestían trajes más clásicos y camisas blancas y algunos llevaban sombreros con cintas de raso. Un par de ellos fumaban apoyados contra la pared. Otro manipulaba una trompeta, instalando en su pabellón la sordina que permitía lograr el llamado sonido *wha-wha*. Otros dos charlaban a media voz y reían. Tampoco a ninguno de ellos les interesó lo más mínimo mi aparición, pero, aunque yo desentonaba allí tanto o más aún que en el rellano anterior, no me sentí tan incómodo esta vez.

Antes de que decidiera qué hacer, de una puerta lateral salió una chica en dirección a donde yo estaba. Era una chica alta, vestida con un traje gris ceñido de una sola pieza que resaltaba sus curvas y con el pelo recogido en un moño alto y ahuecado. Era negra y muy guapa y al toparse conmigo me dedicó una despampanante sonrisa que hizo que me temblaran las rodillas.

—*Est-ce que vous êtes perdu?* —me dijo.

Los tipos que estaban tras ella volvieron la mirada hacia nosotros al escucharla y de pronto me convertí en el centro de atención.

—*Bonsoir* —dije o, más bien, tartamudeé.

—*Je ne te connais pas. Vous êtes musicien?*

Le indiqué con un gesto que no entendía lo que me estaba diciendo. Ella rio y simuló con mímica tocar una trompeta.

—*Musicien* —me dijo—. *Un trompette blanc.*

Los tipos tras ella sonrieron. Yo también. Era evidente que se estaba burlando de mí, pero, aun así, me gustaba que aquella preciosa chica se hubiese detenido a hablar conmigo. Apenas había abierto la boca durante los dos días que había durado mi viaje de tren en tren hasta llegar a París. Era agradable dejar de ser invisible.

—Busco a alguien —dije en español, y decidí arriesgarme con el francés

—: *Une personne.*

La chica rio con coquetería.

—*Je te vaux bien?*

Los hombres del fondo rieron y un par de ellos incluso aplaudieron con sorna.

Luego sabría que todos ellos eran músicos y que aquella chica amable y un poco burlona era cantante de coro. En aquella época, como décadas antes ocurriera con escritores y pintores, los músicos de jazz peregrinaban con devoción a París, que se había convertido en la gran ciudad del jazz desplazando a Chicago o Nueva York. La presencia de tantos músicos, americanos y europeos, había hecho que proliferaran los clubes por toda la ciudad. Aquél se llamaba Le Caveau de la Huchette y era uno de los locales de jazz más conocidos y prestigiosos del Barrio Latino. Y yo había hecho un largo viaje para estar allí. Y, en aquel momento, el millón de dudas que me habían estado ahogando desde antes de que me subiera al primer tren en Madrid con poco más que dos mudas de ropa en la maleta, ciento cincuenta pesetas en la cartera, una carta en el bolsillo de la chaqueta y un miedo que me mantenía el estómago retorcido, se disolvieron en gran medida tan sólo porque aquella preciosa chica, la primera mujer negra que veía en mi vida, me estaba sonriendo. Aquel club no se parecía en nada al Dixie y aquella gente no se parecía a nadie que yo hubiera conocido antes, pero, por alguna razón inexplicable, desde aquel mismo instante supe que estaría a gusto allí.

—*Une personne* —repetí, como un pánfilo, y luego cogí la carta del bolsillo y se la entregué a la chica.

Ella sacó las dos cuartillas del sobre con expresión de curiosidad y las recorrió con la mirada sin entender nada de lo que en ellas estaba escrito. Le señalé la firma final y entonces su sonrisa regresó, me dedicó una mirada menos provocativa y burlona y más comprensiva y maternal y me dijo:

—*Viens avec moi, ami.*

La fotografía mostraba a un grupo de cinco o seis hombres posando serios y orgullosos delante de un alto edificio en construcción. En el centro y algo adelantado del resto estaba Jorge Lanza. La foto ilustraba un entusiasta artículo en el que se analizaba lo que a muchos por entonces les gustaba llamar «el milagro español» y en él se decía que Lanza era uno de sus grandes artífices.

El pie de foto sólo explicaba que en ella aparecían Jorge Lanza y su equipo más cercano de colaboradores durante la visita a una de sus obras. El lugar donde se había tomado la fotografía era lo de menos. Podía ser cualquier zona de la ciudad. La empresa constructora de Lanza había levantado decenas de casas y edificios por todo Madrid y sus alrededores. Durante muchos años, Lanza había seguido siendo uno de los constructores más beneficiados por los sucesivos planes de reconstrucción y expansión de la ciudad. No había barrio ni suburbio de Madrid donde no hubiesen estado presentes sus grúas y sus cuadrillas de obreros. Su empresa había participado en cada etapa urbanística de la ciudad, construyendo primero los hogares sociales y las viviendas de renta beneficiada de los barrios más humildes, los edificios residenciales para clases más pudientes después y, finalmente los grandes edificios del centro que pretendían dar un nuevo empaque a la capital.

Lanza se había convertido así en la personificación del éxito de un país del que los relatos oficiales decían que había sido capaz de pasar de la guerra a la penuria, de ésta a la supervivencia y, a partir de ahí, venciendo todas las dificultades, de la mera reconstrucción a una prometedora prosperidad. En aquel recorrido triunfal que se empeñaba en construir el régimen, Lanza resultaba de una gran utilidad, como símbolo palpable de que aquel milagro no

era sólo fruto de un ejercicio de autoridad, sino también del esfuerzo de toda una sociedad aliada con sus líderes, de la complicidad entre los gobernantes y un pueblo glorioso y feliz donde cualquiera que trabajara tan duro como él podía llegar a lo más alto.

Por supuesto, la prensa le adoraba. Era guapo, simpático y triunfador. Todo un ejemplo a seguir. Le presentaban como al otrora joven pobre y perseguido en el Madrid enemigo que había sido capaz de surgir de la nada, superar las adversidades y que, con tesón y talento, había llegado a lo más alto del mundo empresarial. En aquel relato maquillado, nadie se molestó en aclarar que el origen de su familia no era en absoluto humilde. Tampoco se explicaba nunca que desde sus comienzos había recibido la ayuda de sus influyentes amistades ni, mucho menos, que esa ayuda hubiese sido animada por sobornos, comisiones o chantajes. Que el origen de su éxito empresarial fuese el estraperlo, ni mencionarlo. Y, desde luego, nunca se le habría ocurrido a nadie relacionarle con asesinato alguno. Todo en él sonaba a modélico y sin tacha, un ejemplo a seguir para todos aquellos españoles que jamás podrían llegar ni lejanamente a llevar una vida como la suya.

A lo largo de los años, no todo fue un camino de rosas. Pero Lanza tenía una misteriosa habilidad para salir indemne de los problemas, sin que ni su patrimonio ni su honor se vieran afectados. Logró evitar una querrela criminal cuando varias personas murieron al derrumbarse por fallos en la construcción unos chalets levantados por su empresa. También esquivó no ya la cárcel sino incluso el banquillo cuando su nombre apareció relacionado con un oscuro asunto de especulación en la calificación de unos terrenos en Villaverde Alto que puso fin a la carrera de varios políticos y altos funcionarios. Y hasta hizo frente con entereza a una acusación de evasión de capitales a Suiza que nunca pudo probarse y acabó quedando en nada.

Del mismo modo que sabía zafarse con agilidad de los escándalos

profesionales, lo supo hacer también con su vida personal. Cuando abandonó a Eulalia, su discreta y amante esposa, y a los tres hijos que tuvo el matrimonio para irse con Mirna Montealto, una actriz de revista de aspecto exuberante pero escaso éxito, el círculo social en el que se movía, de natural timorato y poco dado a aceptar los escándalos públicos, no sólo le perdonó al instante sino que incluso se apresuró a aceptar a su nueva pareja como si fuera una de los suyos. A falta de posibilidad legal o religiosa, la unión fue bendecida socialmente mediante elogiosos reportajes en la prensa que más parecían anuncios publicitarios. En ellos se mostraba a Lanza y la bella Mirna enseñando su nueva casa en La Florida, veraneando a bordo de su yate en aguas mediterráneas o luciendo su estilo con los palos en el campo de golf de Puerta de Hierro. Eulalia, debidamente compensada su derrota y discreción con una considerable suma de dinero, renunció sin rechistar al marido y a las acciones que aún conservaba en la constructora que fuera de su padre y encontró consuelo en las obras de beneficencia que de siempre le habían interesado y en su propio círculo de señoras bien especializadas en lamentarse juntas por las traiciones de sus ricos maridos. Jorge Lanza parecía tener un don especial para lograr que todas sus historias acabasen siempre con un final feliz, al menos para él.

Junto a Mirna, disfrutó de la vida sin evitar la ostentación. Fue ella, incapaz de lograr la fama mediante otros talentos, la que acostumbró a Lanza a compartir generosamente cada paso que daban con los lectores de las revistas más glamurosas. Ahí estaban cada semana, en el *Hola!* o en el *Semana*. Lanza y Mirna en el hipódromo. Lanza y Mirna en un estreno teatral. Lanza y Mirna en cenas en embajadas, en recepciones en El Pardo, en cacerías... Lanza y Mirna haciendo siempre alarde de su mundo feliz. Pero ninguna de esas fotos me interesó nunca lo más mínimo. La única foto que siempre recordaría era aquella otra, muy anterior a todo eso, la aburrida foto en blanco y negro de

Jorge Lanza y sus colaboradores. Y lo que me interesó de aquella foto no fue siquiera Lanza sino otro hombre que aparecía en ella. En un tercer plano, apenas asomando por entre otros dos tipos, podía verse el rostro sin expresión, los ojos fríos, los labios prietos, la gruesa nariz y la sombra de unas mejillas perforadas por secuelas de la viruela del Ruso.

Es curioso cómo una fotografía tan simple puede ofrecer tantas respuestas. El asesinato del comisario Gante en los aseos del club Dixie había quedado sin resolver por las autoridades. A diferencia de lo ocurrido con la muerte de Sampedro, con la que éstas evitaron relacionarlo para no enredar aún más las cosas, en el caso de Gante no se encontró ni un culpable, ni un chivo expiatorio, ni una explicación creíble de lo ocurrido, así que lo único que pudieron hacer los investigadores fue apresurarse a darle carpetazo al asunto y confiar en que la prensa se olvidara también de él lo antes posible.

Como ellos, tampoco yo había logrado encontrar una explicación que me dejara satisfecho. Hasta que, años después, vi aquella foto. A lo largo del tiempo, le había dado un millón de vueltas a diferentes teorías sobre quién le habría matado, pero nunca me había quedado convencido con ninguna de ellas. Pero un día, hojeando un periódico, me topé con la foto y en ese mismo instante tuve la certeza de lo que había ocurrido. En aquellos días tras la muerte de Sampedro, cuando todos andaban buscando un nuevo jefe y protector, el Ruso había hecho honor a su leyenda. Como en todas las historias que había oído contar sobre él, había elegido bando con agilidad y sin escrúpulos inútiles. Era fácil imaginarle presentándose ante Lanza y ofreciéndole la misma lealtad y obediencia que en su día ofreciera a Sampedro. Y, probablemente, su primer servicio al nuevo jefe había tenido lugar en el Dixie, eliminando al único hombre que podía relacionar a Jorge Lanza con la muerte de Sampedro. Una manera perfecta de ganarse el sitio que

ahora ocupaba en aquella foto, entre los más cercanos colaboradores de Lanza. No tuve ninguna duda de que así había sido.

Y esa primera respuesta obtenida de la fotografía me llevó a una segunda. Porque aquella fotografía también me permitió comprender por qué yo estaba aún vivo. El Ruso nunca me habría dejado con vida. Ya había demostrado que no se andaba con miramientos a la hora de quitarse de en medio a quien importunase de algún modo a su amo, ya fuera éste Sampedro o Lanza. Si no había venido a por mí sólo podía deberse a una razón: no sabía lo que yo había hecho. Al ver aquella foto y descubrir que se había convertido en el esbirro fiel de Lanza, comprendí que Gante nunca le había hablado a éste de mí. El comisario Gante murió siendo el único que sabía lo que yo había hecho. Así que aquella fotografía no sólo me respondió a la pregunta de por qué yo estaba aún vivo, sino que también me liberó para siempre de ese miedo con el que había convivido hasta entonces. Me hizo sentir libre, indultado de una condena de muerte.

Guardé en silencio para siempre aquellas respuestas igual que guardé mi culpa para mí solo. Del mismo modo que acepté como merecido aquel miedo hasta ver la fotografía, jamás busqué un desahogo que tampoco creía merecer contándole a nadie lo que hice. Ése sería mi castigo y mi expiación. El resto de mi vida soporté, sin el alivio de confesarme a ningún ser querido, la carga del crimen cometido por aquel muchacho que había dejado de ser pero cuyos recuerdos me acompañarían para siempre.

Cuando recibí la carta, mis años de saltar de trabajo en trabajo como aprendiz habían quedado atrás. Los estudios nocturnos me habían permitido encontrar un trabajo tan digno como aburrido en la Fábrica de Tabacos de Embajadores. Compartía un estrecho y mal ventilado cuartucho con otros dos jóvenes de mi

edad donde los tres nos encargábamos de llevar la contabilidad de la fábrica. Nada podía ser más aburrido pero, al menos, me ganaba la vida. Por aquel entonces, mi vida discurría tan plácida como monótona. Mi mayor divertimento era algún efímero escaqueo con algunas de las cigarreras de la fábrica, unas chicas por lo general tan robustas y aguerridas como subversivas, tan aficionadas a los amoríos pasajeros como a planear y promover la revolución obrera. Pero, más allá de eso, no me metía en líos. Cumplía con mi trabajo y evitaba pensar demasiado en que tal vez el resto de mis días serían, todos y cada uno de ellos, iguales que aquéllos.

Hasta que llegó la carta.

Estaba en el suelo de Buenavista, junto a la puerta de entrada a mi casa. El cartero la había deslizado por debajo de la puerta. Era un sobre pequeño, de color crema pálido, con mi nombre y mi dirección escritas con una menuda caligrafía y un sello que mostraba el perfil de un tipo con gorro militar que no me resultó familiar.

La recogí del suelo y me senté en el sofá y me quedé contemplándola durante un par de minutos antes de abrirla, estirando así la intriga, disfrutando un poco más de la sorpresa. Por fin, abrí el sobre con cuidado y saqué las dos cuartillas que contenía y las leí muy deprisa, y luego otra vez, ésta más despacio, y después una tercera vez, tratando de comprender lo que decían como si fuese la primera vez porque estaba atontado por el asombro, la incredulidad y la emoción.

Tenía que tomar decisiones. Pero eso debería esperar. Antes me levanté, me guardé la carta en un bolsillo y me marché a toda prisa. Había alguien a quien quería enseñarle la carta. En aquel momento, nada me pareció tan importante como eso.

Había vuelto a verle en un bar cualquiera cuyo nombre ni siquiera recuerdo, uno de esos bares de los que hay docenas iguales en todas las ciudades. Entré allí una mañana para tomar un café rápido y fue él quien me atendió desde detrás de la barra. Había envejecido. Su rostro se había resquebrajado con pequeñas arrugas que cruzaban de lado a lado su frente y plegaban sus mejillas, su pelo había adquirido un color ceniciento y, aunque aún llevaba bigote, éste ya no tenía las puntas levantadas sino que caía como un borrón gris enmarcando su boca. Vestía la camisa blanca y el pantalón negro habituales en tantos camareros y atendía a los clientes, preguntando qué querían tomar o sirviéndoles lo pedido, sin mirarlos a la cara. Hacía muchos años que no le había visto y poco quedaba ya del hombre al que yo recordaba, tan poco como quedaba en mí del chico que trabajó para él. Pero aun así le reconocí en cuanto le tuve frente a mí, al otro lado de la barra.

—Raimundo Giralda —dije, y oír su nombre le hizo levantar la mirada apenas un instante, con una expresión tan sorprendida como si nadie le hubiese llamado así en años.

—¿Le conozco de algo, señor? —me preguntó, recompuesto de la sorpresa, con la misma cortesía mecánica con que me había preguntado unos segundos antes en qué podía servirme.

Desde aquellos tiempos, habían sido muchas las ocasiones en que en otros bares o yendo en un autobús o en el metro o, simplemente, caminando por alguna calle había reparado en algún rostro que me devolvía a entonces, que me parecía haber visto en la barra del Dixie o en los Billares Rodrigo o en alguno de los lugares donde recogía los cobros del día. No me provocaban un sentimiento especial aquellos pasajeros fognazos de la memoria. En el caso de Giralda, nunca había tenido más trato con él que el de escuchar sus órdenes y sufrir sus regañinas cuando asomaba la cabeza por la puerta de la cocina del Dixie, lo que hacía cada vez que algo no se estaba llevando a cabo según sus

deseos, y eso ocurría prácticamente cada noche. Pero, en cambio, ver a aquel hombre, que nunca me había caído bien, que me parecía un jefe demasiado histérico e impaciente, me produjo una inmediata emoción. Adivinar bajo aquel rostro apagado y envejecido al flamante propietario del Dixie, el pizpireto Raimundo Giralda de chaqueta morada y corbatín azulón, me arrastró al pasado sin poderme resistir.

—Solía ir por el Dixie —fue lo único que dije.

Al oír el nombre de su club, los ojos de Giralda parecieron cubrirse por un velo tan gris como su pelo encanecido. Se apresuró a bajar de nuevo la mirada, demasiado tarde para que yo no lo advirtiera, concentrándose en rellenar con una jarrita de leche de metal el café cortado que acababa de dejar ante mí en la barra.

—¿Es suyo este bar?

—No. Sólo soy el encargado —me respondió, sin entonación alguna en su voz.

—Le hubiese imaginado más sirviendo cócteles por la noche que cafés por la mañana.

—Ya soy viejo para eso. Ahora, por las noches prefiero dormir.

Su mirada se mantuvo esquiva. Mi café estaba servido y él no parecía tener la menor intención de seguir con la conversación. Pero, por una vez, no quise luchar por apagar los recuerdos que venían a mi mente y, antes de que se alejara para atender a otros clientes, dije algo que estaba seguro de que le retendría conmigo:

—Yo era amigo de Asia Luján.

Me miró y sus ojos brillaron con una tenue luz y su voz flaqueó cuando murmuró, como un lejano eco de mis palabras:

—Asia...

Le sonreí y él me devolvió la sonrisa.

—¿Puedo invitarle a un café?

Dudó. Como yo mismo, estuve seguro de que aquel hombre también se había acostumbrado a repeler los embates de la memoria, a mantener a distancia nostalgias inútiles, a no dejar sitio ni en su pensamiento ni en su corazón para los recuerdos que atormentan. Pero yo, como él para mí, era una tentación difícil de resistir. Y acabó por ceder a ella. Le dijo a un chico que también atendía la barra que iba a tomarse un breve descanso, que se ocupara él de los clientes, y me ofreció compartir una de las mesas del bar.

—Sólo tengo unos minutos —me advirtió cuando nos sentamos.

Pero no fueron sólo unos minutos. Giralda y yo pasamos el resto de aquella mañana hablando de Asia, tan atrapados por la conversación que nos olvidamos de nuestras respectivas obligaciones.

Lo que vivió Asia después de irse de Madrid, todo aquello sobre lo que Raimundo Giralda y yo charlamos en aquel bar, es tan conocido que quizá no merezca mayor relato. Pasó unos primeros años en México, cantando en la orquesta de Pérez Prado, el gran músico cubano, educando su voz en estilos musicales que, a pesar de sus orígenes, le eran desconocidos, como el mambo y el danzón. Asia no podía evitar adaptar cualquier canción al sonido que ella más amaba y al final fue su forma de cantar la que acabó influyendo a toda la orquesta y habría quien diría en el futuro que fue ella quien estableció unos lazos que serían ya irrompibles entre la música cubana y el jazz, un mérito quizá excesivo pero no por ello falto de cierta razón. Su forma de traducir cualquier melodía al jazz, a aquel sonido aprendido en el Dixie y que ya nunca abandonaría, pronto le dio una personalidad propia como cantante a la que debería gran parte de su éxito.

Como Giralda, yo había seguido su carrera a través de la prensa. Y de las docenas de fotos en que la vería a lo largo del tiempo, mi imagen favorita de Asia sería siempre una de aquellos primeros años. Aún no era la gran estrella

en que se convertiría después, pero las revistas españolas ya se hacían eco, derrochando elogios y alabanzas, de aquella cantante madrileña que triunfaba al otro lado del océano. En aquellos tiempos, nada despertaba mayor orgullo patrio que el que alguien nacido aquí fuese capaz de tener éxito en el extranjero, por lo que Asia siempre atrajo la atención de los periodistas. La foto que nunca he olvidado apareció ilustrando una breve columna en *Blanco y Negro* en la que se contaba, con prosa inflamada, la triunfal llegada a Cuba de la joven y exitosa cantante española para actuar como solista invitada con la Orquesta Casino de la Playa, la más famosa de la isla. Pero lo que a mí me gustó de aquella foto no fue Asia, que aparecía bajando la escalerilla de un avión de Pan Am con aquel aire de fragilidad que nunca perdería. Había otra persona en la foto. Una mujer menuda como ella cuyo rostro era difícil de discernir bajo el pañuelo que cubría su pelo y que estiraba una mano para aferrarse al pasamanos de la escalerilla antes de iniciar la bajada. Ella no era la estrella. No ocupaba el centro de la foto. No se la mencionaba en la breve crónica. Pero aquel momento era más importante en su vida que en la de la propia Asia. Porque aquella mujer era su madre. Y estaba a punto de cumplir un sueño que durante décadas creyó imposible. Estaba a punto de volver a pisar una tierra, su tierra, a la que nunca esperó volver. Y todo gracias a su hija. Asia lo había logrado. Y estuve seguro de que aquello fue para ella un éxito mucho mayor que los muchos logros artísticos que alcanzaría a lo largo de su carrera. Aquélla sería siempre mi foto favorita de Asia, la que me haría sentir más orgulloso de ella.

En poco más de una década, Asia alcanzó el más vertiginoso estrellato. Triunfó en Cuba, en México, en todos los lugares en los que actuó. Cuando comenzaron a pasar de moda las grandes orquestas y eran los pequeños grupos los que habían tomado el relevo, cuando el *bebop* de Charlie Parker había convertido en poco más que un lejano y anticuado referente del pasado aquel

*swing* del Duque que se escuchara en el Dixie, ella ya había llamado la atención de las principales casas de discos norteamericanas. Le ofrecieron su primer contrato y se instaló en Nueva York y comenzó a grabar los discos que harían de ella la estrella que estaba llamada a ser. Todos los grandes instrumentistas de jazz de la época querían arroparla con su música. Llegaría a grabar con un maduro Louis Armstrong y con un Sinatra en su máximo esplendor y, en el futuro, actuaría en los más prestigiosos escenarios del mundo, desde el Radio City hasta el Royal Albert Music Hall. Y siempre hubo algo en ella que la haría diferente de cualquier otra cantante. Quizá, precisamente, que nadie fue capaz nunca de reducirla a ningún estereotipo. Su forma de cantar, con ese sutil aire latino apenas identificable entre los acordes del jazz más tradicional, podía generar imitadoras, pero nunca competidoras. Y en una época en que las artistas eran catalogadas separando blancas y negras, su extraña mezcla de piel blanca y rasgos mulatos la situaba en una tierra de nadie donde sólo estaba ella. De Asia se decía que era tan capaz de teñir de tristeza las canciones más alegres como de introducir la esperanza en la más triste de las baladas.

—En ella —me diría Giralda— todo parece imposible de definir, de encajonar, de ser etiquetado como si no pudiese atraparse nunca del todo ni su persona ni su voz.

De todo aquello hablamos en la mesa del bar, con el orgullo un poco bobalicón con que lo harían unos padres al repasar los logros de un hijo mimado. Cada paso de Asia, cada avance en su carrera, cada éxito se hubiera dicho que había sido también nuestro. Y en ningún momento saltamos en aquel repaso del pasado a los tiempos más lejanos, a los años del Dixie. Tan sólo al final, cuando iba ya a marcharme, cuando Giralda se ponía ya en pie y volví a ver ante mí al hombre que era ahora, un camarero entrado en años de un bar

vulgar, no pude evitar preguntarle si nunca había pensado en volver a abrir un club de jazz. Aquello le hizo esbozar una sonrisa resignada.

—El cierre del Dixie me dejó con demasiadas deudas para volver a tener un negocio propio.

Calló por un instante y después, lentamente, su sonrisa se alegró y una expresión de orgullo transformó su rostro.

—Pero aún pude hacer una cosa bien... Con el poco dinero que me quedaba, le hice un regalo a Asia. Yo fui quien la convenció para que se fuera a México. Incluso le compré el billete de avión con mi propio dinero.

Aquel rostro ajado cambió. Hasta pareció rejuvenecer. Y su voz sonó a triunfo, a victoria final.

—Conocía a algunos músicos que se habían abierto camino allí y que podían ayudarla. Estaba seguro de que triunfaría. Me costó mucho convencerla para que se fuera. ¿Y sabes una cosa? Sólo eso me ha compensado siempre de todo lo demás...

Nos despedimos con un apretón de manos. Pero, desde entonces, nos volvimos a ver muchas veces más. No diré que se creó entre nosotros una profunda amistad pero, de cuando en cuando, me dejaba caer por el bar y tomábamos un café y charlábamos un rato, siempre de música. Cuando iba a verle, Giralda me regalaba algún disco de jazz o me recomendaba lo que debía escuchar y, gracias a su guía, fue creciendo mi afición y mis conocimientos sobre aquella música que era toda su vida.

Por supuesto, seguimos hablando de Asia a menudo, comentando sus grabaciones y debatiendo cuáles eran las de más calidad o comparándola con otras cantantes en unos duelos en los que al final siempre acabábamos por declararla vencedora. Creo que, para los dos, hablar de ella era una forma de mantenerla presente en nuestras vidas.

Fue a Raimundo Giralda a quien corrí a mostrarle la carta de Asia nada más

recibirla. Una vez sentados a la mesa del bar donde solíamos compartir charla y café, le entregué el sobre con mi nombre y dirección pulcramente escritos en el anverso. Giralda lo tomó y, antes de abrirlo, dio la vuelta al sobre y leyó el remite. A continuación, sus ojos se levantaron muy despacio hasta encontrarse con los míos.

—¿Habías vuelto a saber algo de ella?

Negué con la cabeza, sin decir nada. Emocionado al ver su propia emoción.

No había vuelto a saber de Asia desde el día en que nos despedimos en la acera frente al aeropuerto, salvo a través de la prensa. Habían pasado más de diez años. Ella era ahora una gran estrella. Nuestros mundos, nuestros destinos, nuestros futuros parecían haberse dado la espalda para siempre. O, al menos, eso habría pensado cualquiera. Pero yo no. A pesar de los miles de días transcurridos, a pesar de un silencio que había durado más de lo suficiente para teñirse de desesperanza, yo siempre supe que Asia volvería a aparecer. Ni siquiera puedo explicar por qué. Pero del mismo modo que aquel día en la azotea de Buenavista supe que nunca más volvería a ver a Nico, aquel otro día en el aeropuerto supe, sin tener ninguna razón para ello, que volvería a saber de Asia.

—Léala —le dije a Giralda.

Titubeó. Los dedos le temblaron un poco cuando por fin se decidió a abrir el sobre y sacar aquellas dos cuartillas del mismo color crema, escritas por delante y por detrás, que había en su interior. Tardó en leerlas. Cuando terminó, su mirada volvió a levantarse por encima del papel para buscarme.

—Venga conmigo —le dije.

Giralda esbozó una sonrisa donde había tanta nostalgia como rendición.

—No, muchacho. Esta carta es para ti.

—Iremos los dos —insistí.

Giralda metió cuidadosamente las dos cuartillas en el sobre, dobló su

solapa para cerrarlo y me lo tendió.

—Mi momento ya pasó. Éste es el tuyo —me dijo, sin perder la sonrisa.

Cogí la carta y no insistí más, porque era evidente que habría sido inútil.

Aquella fue la última vez que vi a Raimundo Giralda. Nunca tuve ocasión de volver a hablar con él en persona sobre Asia, sobre jazz o sobre ningún otro asunto. Pero nunca, durante muchos años, dejé de escribirle con regularidad contándole todo lo que viví a partir de aquel día.

La chica del coro me indicó que la siguiera. Atravesamos el sótano y recorrimos un estrecho pasadizo que nos llevó a la sala principal del club, una amplia nave subterránea donde estaba el escenario, en el que en aquel momento no había nadie actuando, y una larga barra de bar que recorría de lado a lado uno de sus laterales. La peculiar clientela del local abarrotaba la sala, todos ellos de pie, porque en este club no había ni mesas ni reservados.

—*Vous devez attendre ici* —me dijo la chica, levantando la voz para hacerse oír por encima del barullo de conversaciones, risas y ruido de vasos.

Por supuesto, no entendí lo que me decía. Me dedicó una última sonrisa y se largó dejándome solo sin más explicaciones.

Esperé, aislado en medio de aquella marabunta donde se mezclaban los mismos chicos y chicas de colorida indumentaria que ya viera antes con una minoría de jóvenes de aspecto más recatado, vestidos éstos con chaquetas de paño o jerséis de cuello alto de colores grises o negros, que mantenían un aire circunspecto y una mirada un poco atormentada, como si considerasen un castigo no ya sólo estar allí sino el mero hecho de existir. Y mientras esperaba, plantado como un pasmarote, sujetando mi maleta, con una penosa cara de palurdo y mi aburrido traje que no encajaba ni con los coloridos

*zazous* ni con aquellos tristonos chicos con aire de poetas fracasados, me asaltó una inesperada y plácida sensación.

Sentí que había llegado al final. El viaje terminaba en aquel momento y en aquel lugar. En una sala llena de gente extraña con la que ni siquiera podía comunicarme. En una catacumba de París. Aquélla era la última estación de aquel tren que me llevara a recoger fardos y garrafas mientras soñaba en convertirme en un temido y respetado contrabandista. Y también de ese otro tren que cogiera tan sólo dos días antes, tras meter en la maleta dos mudas de ropa, despedirme de una llorosa Marita que me recordaba una y otra vez mi promesa de escribirle a menudo y recorrer por última vez las calles de una ciudad que era mi hogar y a la que le prometí que volvería algún día. Aquélla era la última estación en la que terminaban su viaje los recuerdos más dolorosos, el miedo y la culpa, el niño que fui y la condena a un futuro previsible y anodino de soñador rendido.

Y entonces me sentí bien. Me sentí libre y ligero. Descansado tras aquel largo viaje.

Las luces que iluminaban la cueva empezaron a decrecer y se encendió un foco con un filtro de un pálido morado que sólo iluminaba el escenario vacío, donde los instrumentos de un quinteto —el saxo alto y el tenor, la trompeta, la batería y el piano— esperaban junto a los atriles a que alguien los tocara. Las conversaciones fueron acallándose poco a poco siguiendo el ritmo de la luz hasta que la sala acabó sumida en un silencio que tenía algo de solemne. El público pareció quedar paralizado. Hasta dejaron de llevarse los vasos o los cigarrillos a la boca. Todos miraban hacia el escenario como si un hechizo acabase de paralizarlos. Y entonces salió Asia.

En el bolsillo de mi chaqueta llevaba la carta que me había escrito tras todos aquellos años de silencio. En ella me había propuesto que me reuniera con ella en París, donde tenía previsto actuar durante algunas semanas. Me

decía que había esperado todo aquel tiempo porque quería estar segura de que podía proponerme algo que quizá me sonaría al desvarío de una loca. Me suplicaba que me lo pensara, que me decidiera, que me arriesgara. Quería que trabajase para ella, me decía en la carta. Sin más detalles. Necesitaba a su lado a alguien en quien pudiese confiar y que cuidase de ella. Y nunca nadie había cuidado de ella como lo había hecho yo, me escribió.

Tenía razón. Era una locura. Una idea estúpida. Me pedía que dejara atrás toda mi vida, mi ciudad, todo aquello que conformaba mi mundo, para seguirla hacia una vida en que todo me era ajeno y desconocido. Un desvarío, como ella misma escribiera. Pero, desde el mismo instante en que leí la carta, no tuve la menor duda de que lo haría.

Asia salió al escenario. Con su aspecto algo etéreo y su caminar decidido. Con la misma trenza y un traje largo parecido a los de antaño. Y fue hasta el micrófono y su voz desnuda comenzó a cantar los primeros versos de *Moonlight In Vermont*, mientras detrás de ella los músicos que la acompañarían iban ocupando su sitio y tomando sus instrumentos. Y su voz llenó aquella cueva y envolvió a cada una de las personas que la escuchaban como si cantase sólo para ella.

Y yo, al fondo de la sala, sonreí. Y no lo hice sólo por volver a verla. Sonreí al sentir de pronto algo que hacía muchos años, demasiados, que no había sentido. Algo que siempre había hecho que el pasado y el futuro perdieran toda importancia: aquel delicioso pellizco en el estómago que me producía el ansia de aventura, ese deseo temerario por vivir lo que estuviera por venir, fuera lo que fuese.

Y eso fue suficiente para estar seguro de que aquel nuevo viaje iba a merecer la pena.

## Una novela de gangsters ambientada en el Madrid de los años 40.



*Acababa de cumplir los diecisiete años cuando maté a un hombre.*

*Ahora, tras tanta vida transcurrida, con los recuerdos de aquel tiempo difuminados en una confusa mezcla de sentimientos contradictorios que han ido sustituyendo a las imágenes concretas, soy aún capaz de recordar aquel momento: el seco estampido del disparo, aquella mirada en la que en un solo y último instante se mezclaron la sorpresa, el pánico y la resignación ante lo inevitable, la mancha oscura que apareció al momento en la pechera de la camisa y mi mano sujetando el arma con la misma fuerza como si creyera que podría aplastarla hasta hacerla desaparecer.*

*Aquel disparo, de alguna forma, también me mató a mí. O, al menos, mató a la persona en la que me estaba convirtiendo. Aquella noche alguien murió para que yo renaciese.*

*Otra vida fue interrumpida. La vida de alguien que era yo y que ya no fui nunca más.*

En las calles de la capital se está librando una nueva guerra, muy diferente a la que acaba de concluir. Tras una falsa apariencia de calma, en una ciudad en la que el hambre y la pobreza marcan la vida diaria, las bandas de estraperlistas luchan por el control del mercado negro bajo la mirada cómplice de policías y políticos.

Los hombres que dirigen las redes de negocios ilegales se reúnen cada noche en el Dixie, un discreto club de jazz donde cierran los tratos y planean sus crímenes entre cócteles, música y hermosas mujeres. Allí trabaja como

camarero Emilio, un adolescente ansioso por vivir aventuras, que entrará por casualidad en este mundo clandestino al entablar amistad con Nico, un joven y ambicioso contrabandista. Juntos disfrutarán de una vida que les permitirá superar la penuria que les rodea hasta que se ven obligados a enfrentarse a dramáticas decisiones que cambiarán su destino para siempre.

**Fernando Benzo** (Madrid, 1965) es licenciado en Derecho y Administrador Civil del Estado.

En 1989 publicó su primera novela, *Los años felices*, tras ganar el Premio Castilla-La Mancha. Durante algunos años se centró exclusivamente en el relato breve y ganó, entre otros, el Premio Internacional de Cuentos de la Fundación Max Aub y fue galardonado en conocidos certámenes como el Gabriel Miró o el Gabriel Aresti. *Diez cuentos tristes* recoge sus relatos premiados.

Con su segunda novela, *Mary Lou y la vida cómoda*, obtuvo el prestigioso premio Kutxa-Ciudad de Irún en 1994. Desde entonces, ha publicado las novelas *La traición de las sirenas*, *Después de la lluvia* (Premio Ciudad de Majadahonda), *Nunca repetiré tu nombre* y *Los naufragos de la Plaza Mayor*. También ha hecho incursiones en otros géneros como el teatro, con la obra *Scottie* (Premio de Teatro de la Northeastern Illinois University de Chicago), o el relato de no ficción con *Héroes inesperados*.

Compagina la creación literaria con su carrera profesional en la Administración Pública, que le ha llevado en los últimos años a ocupar los cargos de Subsecretario de Educación, Cultura y Deporte y de Secretario de Estado de Cultura.

Edición en formato digital: enero de 2019

© 2019, Fernando Benzo Sáinz

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2019, Carlos Abreu Fetter, por la traducción

Diseño de portada: Opalworks Bcn

Fotografía de portada: © Opalworks Bcn / Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-02291-3

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

Las cenizas de la inocencia

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Sobre este libro

Sobre Fernando Benzo

## Créditos